







ADQUISICIONES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



6160598450

COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO XI.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARAS DE

AÑO DE 1803.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

ARGEL.

El terreno y clima de Argel son favorables para todas las producciones: sus habitantes son tan mezclados como en el reino de Marruecos. Los Moros de las campiñas son allí mas infelices que en otras partes, porque sus aduares no tienen aseo alguno, y sus muebles son los mas pobres que pueden encontrarse, pues toda su riqueza se reduce á un molino portátil, á una olla para cocer el arroz, y algunas cantarillas y esteras. Todos se acuestan juntos padres, madres, hijos, asnos, caballos, vacas, cabras, gallinas, perros y gatos, y algunas veces muchas familias á la vez. Pagan la contribucion al Dey de Argel, y el Keik es responsable por todo el lugar. Su principal guisado es de aceyte y vinagre, en donde mojan su mal pan de cebada; de aquí se puede juzgar del resto del alimento. Los hombres cultivan la tier-

ra, las mugeres y los hijos guardan los ganados. El vestido de los dos sexós es un pedazo de lana tosca, que ellos se acomodan como quieren. Las mugeres todavía hallan modo de disponerla con cierta galantería: son morenas, alegres y vivas. A los siete ó á los ocho años dan á sus hijos algunos andrajos para cubrir su desnudez. Los matrimonios son muy tempranos, y se ven madres á los nueve ó diez años de su edad.

Quando ya está tratado el casamiento el esposo de futuro lleva en ganados á la tienda del padre el presente que destina á la novia; y es fórmula que le pregunten, qué es lo que le cuesta la esposa, y que responda él, que una muger prudente y laboriosa nunca es cara. La pasean por el lugar con grandes gritos de alegría en un caballo de su marido, y en llegando á su tienda, la presentan un brebaje compuesto de leche y miel. Mientras ella bebe estan las compañeras baylando y cantando al rededor, diciendo, que desean á los nuevos casados la prosperidad en todo. Despues fixa la novia en la tierra lo mas profundo que puede un baston que la dan sus compañeras, y la dicen: „Asi como este baston no puede salir de ahi si no le qui-

tan, así no debes dexar á tu marido, si él no te despide." Este uso da á entender que se permite el divorcio; pero no hay poligamia. Ponen á la novia en posesion del ganado, y le lleva, ó hace que le lleva á pa- cer: el resto del día se pasa en diversiones. Las mugeres no se mezclan sino en el go- bierno de la casa, y nunca en los asuntos públicos, que estan exclusivamente reserva- dos á los hombres; y si sobre esto no guar- dasen sus maridos el secreto, no los estima- rian. Por lo comun sus negocios públicos no son mas que las medidas que se toman pa- ra robar á los que pasan por su territorio; porque dicen: „El pais es nuestro, y nos lo han usurpado, y así podemos tomar quanto hallamos en él, supuesto que nos tratan con la crueldad de dexarnos en una horrible mi- seria."

Los Argelinos, que son allí los señores, no pueden reconvenirles por el robo, pues ellos sin derecho, ni aun tan aparente como el de aquellos infelices, no tienen otro oficio que el de robar á todas las naciones, como que son los corsarios mas peligrosos, atrevidos y crueles de toda el Africa. Aunque conservan el título de reyno, el gobierno es del todo re-

publicano, y está en manos de la milicia. Enviaba el Gran Señor un Baxá con la autoridad de Virey; pero viéron los Argelinos que estos Baxaes solo pensaban en llenar su tesoro, y en despojar al pueblo con exórbitanes exâcaciones, y ni aun pagaban á los Genízaros empleados en mantener el pais dependiente de Constantinopla. Matáron pues á algunos Baxaes, y representáron á la Puerta, que la mala conducta de aquellos Ministros podia ser perjudicial á la soberanía del Gran Señor, que la milicia se iba debilitando de dia en dia por falta de paga, y que si continuaba el desórden, se verian muy presto los Arabes y Moros en estado de sacudir el yugo de los Otomanos.

Propusiéron elegir entre ellos mismos un Dey, que se encargase del cuidado de las rentas del pais, y de emplearlas en pagar las tropas que siempre debian estar completas, y en proveer á las necesidades del estado, para que este no fuese carga de la corte otomana, obligándose con este arreglo á reconocer siempre por su Soberano al Gran Señor. Agradó á la Puerta este proyecto, y desde entonces la milicia es la que tiene todo el poder por el derecho de elegir Dey de su mismo cuerpo. Se estableció un divan

ó consejo general, que al principio constaba de ochocientos oficiales, sin los quales nada podia decidir el Dey de Argel; y en las ocasiones importantes tenia obligacion de juntar toda la milicia, la qual llegaba algunas veces al número de quince mil hombres. A medida que los Deys, que vienen á ser como los Stathouders de Holanda, se han hecho mas poderosos, han reducido insensiblemente el divan á treinta *Chiak-Baxá*, y llaman quando les parece al Mufti y al Kadi; pero ya antes que el divan se junte está regularmente arreglado todo entre los favoritos del Dey. Las órdenes, no obstante, dimanar de toda la junta, la qual se intitula: *Los miembros grandes y pequeños de la poderosa é invencible milicia de Argel, y de todo el reyno.*

Todos los que componen la milicia, hasta el menor soldado, tienen derecho para pretender la dignidad de Dey: de suerte, que un soldado atrevido y emprendedor, se puede considerar como heredero presuntivo de la soberanía. No es necesario que la plaza esté vacante por muerte natural del que la ocupa, pues basta quitar la vida al Príncipe reynante; y si tiene maña y valor, la misma cimitarra que tiñó en la sangre del

Dey, le hará conseguir su plaza; por lo que es una especie de prodigio ver morir de muerte natural un Dey en esta dignidad, y casi á todos los han muerto ó precisado á renunciar y huir. Rara vez se hace sin alborotos y muertes la eleccion, que debe ser á pluralidad de votos. Así que el Gran Señor tiene la noticia, envia las patentes de Virey al elegido; pero algunas veces quando estas llegan, ya no es el mismo.

El oficial mas poderoso, despues del Dey, es el Agá de la milicia. Este cargo fue del soldado mas antiguo; pero despues ha pasado á los Chiak-Baxá. Este Agá es el que tiene las llaves de las puertas, y goza de grande autoridad. Siguese el Secretario de Estado, que es como el primer Ministro; y por último los Consejeros en número de treinta. De este cuerpo se compone el divan, y todos estan sentados; pero otros miembros inferiores que asisten, llamados soldados viejos, oficiales, veteranos y otros estan en pie, con los brazos cruzados, y en quanto es posible inmóviles. No se permite entrar allí con armas. El Dey ó el Agá que preside propone la cuestión, y la repiten quatro oficiales. Despues cada miembro del divan la repite á su vecino; pero esto, quando no agrada la proposicion, es con gestos,

contorsiones extraordinarias y horroroso ruido; de suerte, que sin llegar á los votos puede preveer el presidente qual será la conclusion. Como todos los que componen el divan son soldados antiguos, gente sin obligaciones, brutales y sin letras, siempre es muy grande el tumulto; pero de ordinario el Dey electo toma, para dominar, la precaucion de ahorcar á los oficiales del divan, que se opusieron á su eleccion, ó solo consintieron por fuerza.

Todas las actas se escriben en lengua turca. La de los naturales es una mezcla de árabe y de morisco, y segun se cree de la antigua lengua de los Fenicios. La del comercio es la lengua franca, que es una especie de xerga compuesta del español, del portugues, del frances y del italiano; esta se usa en todo el Levante. Cada corsario de Argel forma una pequeña república aparte. El araez ó capitan es el Baxá, y compone con sus oficiales una especie de divan que arregla todo lo perteneciente al navío. La religion solo se diferencia de la de los Turcos en que los Argelinos son mucho mas supersticiosos, aunque muy relaxados en la práctica. El xefe es el Mufti, ó el gran Sa-

cerdote. El Kadi es el que juzga las causas eclesiásticas y civiles. El gran Morabuto, ó cabeza de los Morabutos, especie de ermitaños, aunque sin jurisdiccion, tiene grande crédito en el estado. Estos tres hombres se sientan en el divan á la derecha del Dey. Todos hacen grande mérito de las abluciones y ayunos, creyendo que estos son los medios eficaces de borrar los pecados.

Los pecados que mas aborrecen son llevar el Alcoran mas abaxo de la cintura: dexar caer en el vestido una gota de la orina: escribir con una pluma en lugar de pincel: tener libros impresos ó estampas, sean las que fuesen, de hombres ó de bestias: servirse de campanas: dexar entrar los Christianos, y sobre todo las mugeres, en sus mezquitas: cambiar un Turco por un Christiano: tomar dinero y ocuparse en cosa alguna, ni aun en curar una llaga, antes de haber hecho la oracion matutina: dar una patada en el suelo jugando á la pelota, sin duda por ser señal de impaciencia: comer caracoles, porque los tienen por sagrados, y tal vez será porque es una comida mala y malsana: castigar á sus hijos, como no sea en las plantas de los pies; y cerrar su quarto

de noche. Todo esto es bien ridículo, como lo es tener por santos á los locos, á los imbeciles y lunáticos; pero lo horroroso es preconizar como virtud el pecado contra la naturaleza, y entregarse á él comunmente.

Los hombres y las mugeres tienen vestidos largos y muy semejantes; pero ellas llevan unos vélos bastante claros para ver por ellos, y gozar de alguna libertad. Los esclavos tienen un gorro que los distingue; y solo el Dey y los principales del divan pueden ir á caballo. Las rentas legítimas del Dey son de poca consideracion; pero las extorsiones, multas y robos las hacen subir mucho. La justicia es pronta, y muy dura; pero no para los Turcos, pues como todos son soldados, se les sobrelleva. Los suplicios horrorizan; pero dicen que han abolido el de arrojar los delinquentes sobre garfios de hierro colocados en lo baxo de los muros de la ciudad, y en los quales vivian enganchados mucho tiempo. Una muger no va sola á que la hagan justicia, sino que alborotando á las vecinas, van todas á gritar á la puerta del divan, y tienen precision de oírlas. Cada nacion se hace sus magistrados, y en los negocios particulares se la juzga segun sus leyes. Solamente

los infelices esclavos Christianos estan siempre sin recurso ni proteccion baxo el baston ó el sable de sus desapiadados dueños. Las mugeres ricas tienen, como en otras partes, una vida muy ociosa. Si las quieren vírgenes es necesario que puedan producirse las pruebas públicamente. Los enfermos son servidos por personas de su sexó: allí poco cuesta ser médico, pues basta conocer algunos simples y saber algunas recetas. El que tiene secretos, como encantos y sortilegios, presto se pone rico. El luto por los muertos es muy ligero. No hay mayor insolencia que la de la milicia, porque el menor soldado turco se tiene allí por superior de los mas y distinguidos ricos de las otras naciones: y todos procuran cederle el paso, ó él hace que se le cedan. Estos Turcos tan soberbios son al mismo tiempo los hombres mas avaros, y los que mas se abaten por el dinero. De aquí viene aquel proverbio, que es comun en Argel: *Da dinero al Turco con una mano, y te permitirá que le saques los ojos con la otra.*

Los estados de Argel estan repartidos en tres gobiernos, el de Levante, el de Poniente y el de Mediodia: el primero es el mas considerable por su riqueza; en él hay mu-

chas antiguas ciudades que contienen todavía restos de monumentos que dan testimonio de su celebridad, sin contar las que solamente ofrecen ruinas, como Hipona, en donde han edificado á Bona, que disputa el título de capital á Constantina. Este gobierno confina con el desierto, y sus habitantes, por lo general, son soberbios y belicosos. El de Poniente disputa también al de Levante el triste honor de estar cubierto de augustas ruinas. La capital fue por mucho tiempo Oran, la que los Españoles tomaron, perdiéron, la volviéron á tomar, y la poseyéron, hasta que en nuestros días se arruinó absolutamente con un terremoto. El gobierno del Mediodía no tiene ciudades, y sus pobladores los Arabes, que viven en tiendas de campaña, son vasallos muy poco seguros. Si el Dey los atormenta por su corto tributo, entierran el trigo y los efectos preciosos en parages que solo ellos conocen, y se retiran á los desiertos ó á los lugares inaccesibles, y el infeliz cobrador todo lo pierde.

Argel, que es la capital de todo el reino, presenta mirada desde el mar la mas bella vista, porque se ve la ciudad toda en anfiteatro. Las casas son blancas, y adornadas

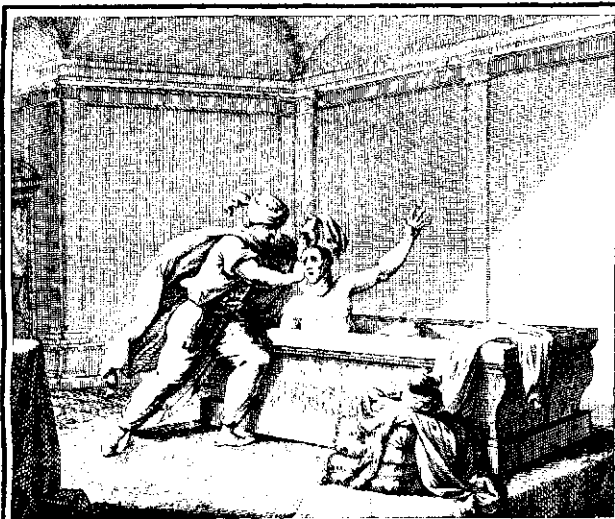
con terrazas é intercolumnios ó peristilos, puestas unas columnas sobre otras; pero entrando en ella, tiene unas calles muy estrechas, sucias y tortuosas, siempre llenas de multitud de pueblo y bestias de carga; por lo qual se visitan por los terrados. Por ellos se puede ir desde un cabo á otro de la ciudad, porque quando las casas no son de igual altura hay escaleras para subir y para baxar. No obstante esta facilidad de entrarse en las casas no hay ladrones; porque si en alguna se encuentra algun desconocido, se le castiga con la muerte. La campiña al rededor de Argel es magnífica con hermosas casas de campo, que son mas necesarias por no haber en la ciudad plazas ni jardines: al rededor hay baños calientes, y esta comodidad no es rara en aquella parte de Africa, de la que podemos creer que está sobre volcanes, segun lo freqüentes que allí son los terremotos.

Ya hemos visto que los Romanos, los Griegos, los Vándalos y los Arabes fuéron sucesivamente dueños de toda aquella costa: la dividiéron entre sí las tribus de estos últimos, y formáron diferentes estados pequeños, entre los quales hubo algunas veces ciudades independientes. De estas era una Ar-

Argel, plaza al principio de poca consideracion; pero despues creció mucho con el asilo que dió á los Moros echados de España en tiempo de los Reyes Católicos. Estos desterrados salian de Argel como desesperados por su expulsion, y procuraban resarcirse con la piratería por mar, y con el robo por tierra haciendo desembarcos. Los Españoles, para poner freno á sus estragos, entráron en Africa á principios del siglo xvi, tomáron á Oran, y por ser Argel el principal refugio de los corsarios, la sitiáron. Apeláron los Argelinos al socorro de Selim Eutemy, capitán árabe, que á pesar de sus esfuerzos no pudo impedir el desembarco de los Españoles cerca de Argel. Se sujetó la ciudad á un tributo, y tuvo que sufrir por fuerza que los Españoles construyesen en la isla, que está enfrente de la ciudad, un fuerte con buena artillería y numerosa guarnicion.

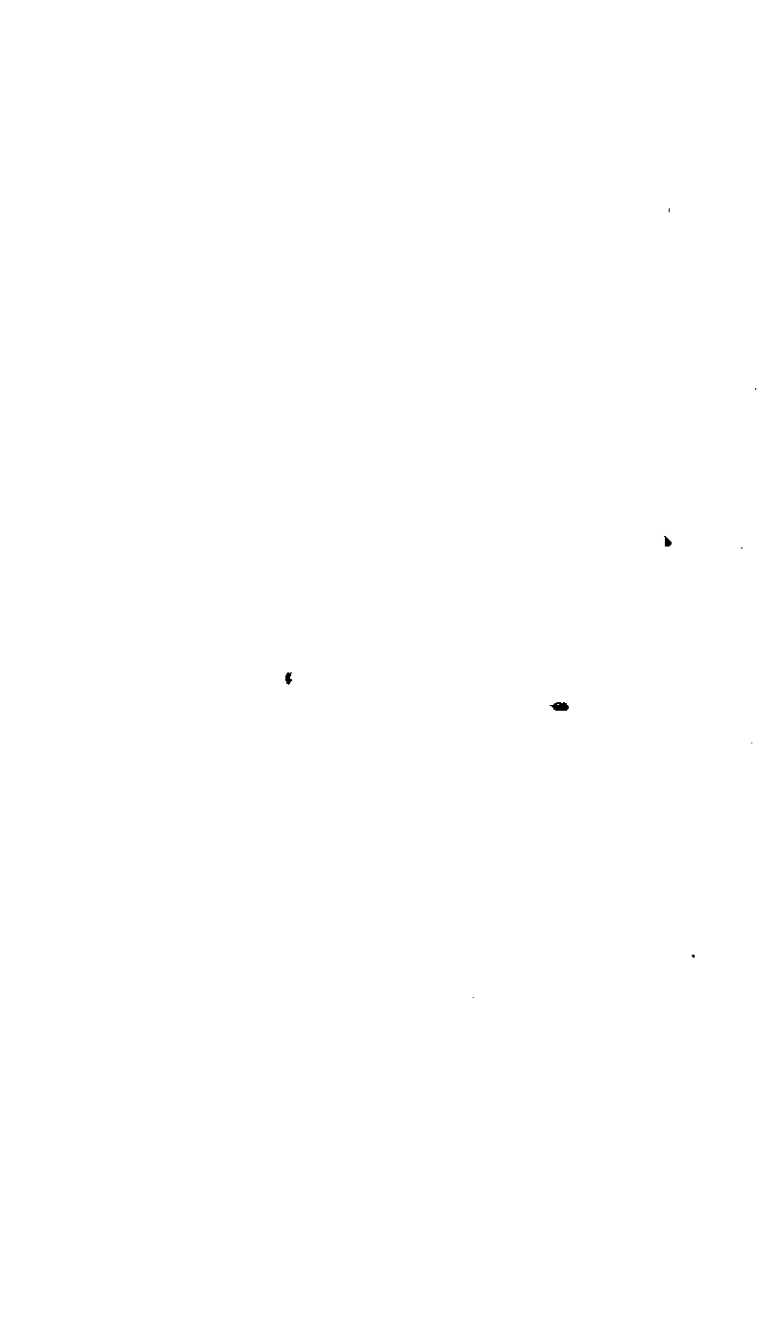
Los Argelinos impacientes de este yugo, concertáron con Eutemy, su aliado, que se llamase para librarlos al corsario Barbaroxa, del que se dice que se habia hecho temible en los mares desde la edad de trece años. Vino con su hermano Hairadino muy contento porque se le ofrecia ocasion de tener

habitacion fixa, y un buen puerto adonde retirar sus presas; pero no manifestó esta intencion á los Argelinos, y como entraba en calidad de auxiliár y de aliado, salió toda la ciudad á recibirle, llevando al Príncipe Eutemy delante. Le recibieron pues con todas las señales de distincion, se apresuraron á alojar sus tropas en la ciudad, y le convidó el Arabe con expresiones de afecto con el palacio que él ocupaba. Se aprovechó Barbaroxa de tan buena acogida para exâminarlo todo, y disponer su empresa. Dió parte de esta á sus principales oficiales, y hallándolos dispuestos á servirle, se encargó de la primera execucion. Tenia Eutemy la costumbre de tomar el baño antes de la oracion del medio dia; y sorprendiéndole Barbaroxa solo, desnudo y sin armas, le ahorcó con una servilleta. Salióse al punto y volvió á entrar acompañado, como quien iba á bañarse. La sorpresa y novedad que afectó viendo muerto á aquel Príncipe, no engañó á todos; pero ya sus soldados se habian hecho temer lo bastante para que ninguno se explicase acerca de sus sospechas. Unos abandonaron la ciudad, otros se encerraron en sus casas, y aprovechándose Barbaroxa de la consternacion general, po-



Perfidia de Barbarroja.

Abusando Barbarroja de la confianza con que le distinguia el General de los aragoneses Sebastian Buitemo, sorprendió á este desnudo y sin armas en el baño; le ahogó con un lienzo; salió; y volviendo acompañado, afectó sorpresa y dolor á vista del cadáver; pero aprovechándose de la consternacion general, se apoderó de Anjel. Los malvados no encuentran detestable medio alguno si conduce á sus fines.



ne guardias, toma los principales puestos, y en un momento, con solo una maldad, se halló dueño de Argel.

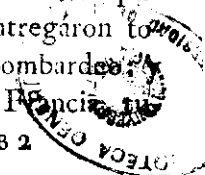
Reynó con el terror, bien que expuesto á conspiraciones, que disipó con destreza, ó castigó con crueldad; pero á un mismo tiempo dió á su reyno el esplendor que nunca habia tenido, y se hizo reconocer de sus vecinos y de los extrangeros. Sus tropas se componian principalmente de Turcos, y en las hazañas marítimas siempre habia triunfado con la bandera de la media luna. Conservó estrecha amistad con la Puerta; pero con independenciam. De este modo sacaba reclutas, y enviaba regalos. Le matáron en un encuentro con los Españoles, despues de haber subyugado á los Arabes vecinos de Argel, y quando ya tenia su reyno, con corta diferencia, la extension y poder que al presente goza.

Le sucedió Hairadino; y bien por no tener la capacidad de su hermano, ó bien porque las conspiraciones contra él fuéron mas poderosas, despues de haber probado por dos años si podria sostenerse solo, tuvo por conveniente interesar á la Puerta en que mantuviese su autoridad, y ofreció ceder la soberanía contentándose con que le reconociesen Baxá ó

Virey del Sultan. Con esta condicion le envió Selim un poderoso refuerzo de Genízaros, y de este modo cayó Argel en la dominacion de los Turcos. Se ha visto que con el tiempo ha degenerado allí la autoridad de la corte otomana, y se ha reducido á una simple influencia en el nombramiento del Dey, y despues en el puro honor de dar provisiones que no podia negar. Siempre mantenía un Baxá, como sucesor de Barbaroxa y sus descendientes; pero ya este ha desaparecido, y le ha eclipsado enteramente el Dey. Al presente es Argel una potencia del todo independiente y soberana, mas bien aliada que vasalla de los Turcos, pues no conserva con ellos mas atenciones que una union fundada en la identidad de religion.

Lo que ha pasado en la república de Argel, desde que la fundó Barbaroxa, se reduce á envidias, intrigas para subplantarse unos á otros, crueldades, deposiciones y catástrofes, con otros hechos de la misma naturaleza. Si se hubiera de presentar la pintura de estos sucesos, seria una sucesion no interrumpida de las tiranías mas horribles, de asesinatos entre los grandes, de miseria y opresion entre los pequeños, de exemplares de

la mas inhumana venganza contra los parientes y partidarios del Príncipe asesinado, de persecuciones, confiscaciones y encarcelamientos, hasta que al fin de un mes, ó tal vez de una semana, el que entró á reynar sufrió la misma suerte, y vuelve la nueva revolucion á abrir las mismas escenas de furor y crueldad. Esto y los corsos de sus corsarios por el mar haria la principal parte de la historia de cada reynado. En quanto á su corso deben tener las naciones entendido que no cesarán las piraterías mientras subsista este nido de piratas, y estas violencias son muy regulares, porque como decia con toda claridad uno de sus Deyes: *Los Argelinos son ladrones, y yo soy su capitán*; por lo que todos los que se exponen al mar, deben prepararse para sus ataques. Quando les dan en rostro con tan vergonzosa piratería, responden con aquel proverbio: „Ninguno debe dexar de sembrar por miedo de gorriones.” Hasta ahora solamente los Franceses han logrado espantarlos con el famoso bombardeo de 1682, en el qual quedaron arruinados enteramente los edificios públicos, y casi todas las casas: entregaron todos los cautivos, prosiguió el bombardeo preguntando qué mas pretendia



viéron que entregar el dinero que habian costado las bombas, y el llevar allá la esquadra. Al fin pidiéron la paz, y prometiéron respetar el pabellon y las costas; pero guardan su palabra como un animal maligno y feroz ya castigado, que se abstiene de hacer mal quando le miran.

TUNEZ.

Tunez es muy semejante á Argel: la misma religion mahometana, las mismas costumbres, y el mismo gobierno: por los mismos sucesos pasó del dominio de los Arabes al de los Turcos: en ella se ha debilitado la autoridad de estos; y por último, ya Tunez nombra sus dueños con el título de Beyes, bien que sin despreciar la influencia turca. Hasta el principio del siglo xvii nombraba el Gran Señor Deyes muy diferentes de los de Argel, pues eran unos meros representantes sin potestad. Los Beyes se pusieron en armas con el auxilio de una milicia compuesta de Moros, de Arabes, y sobre todo de renegados. Dexó la Puerta de enviar Deyes, y ya los Beyes tienen un divan ó consejo en el qual dominan, y no estan sujetos á las órdenes del Gran Señor.

Por mas que se diga que los Tunecinos son semejantes á los Argelinos, se observa cierta media tinta á favor de los primeros, porque son mas civiles para con los extrangeros, y menos fieros y soberbios. Es verdad que exercen la piratería, pero mucho mas el comercio: el pueblo mas bien se inclina á las artes que á la milicia, y aun esta no es en Tunez tan insolente como en Argel. Sin embargo que no son tan duros con los esclavos Christianos, ya ha sucedido maltratar con el baston á un caballero de Malta que hicieron prisionero; pero tambien el Gran Maestro hizo apalear á los Tunecinos que tenia en las cadenas. Por medio de esta recíproca cortesía consiguieron unos y otros guardarse aquellas atenciones con que siempre se debian haber mirado.

El reyno ó república de Tunez está dividido en la parte de invierno y en la parte de verano, y ambas las visita el Bey en persona todos los años para que le paguen los impuestos. Si aquellos Beyes fueran sensibles á las mudanzas que la mano destructiva del tiempo y la de los bárbaros han causado en toda aquella tierra, la verian con dolor impresa en los monumentos soberbios que

decoraban sus ciudades. La célebre Cartago, cuya situacion solamente se conoce por un trozo de las murallas y por las ruinas del aqüeducto, ya no tiene sino vestigios de los anfiteatros, arcos triunfales, pavimentos á la mesayca, templos, altares, y restos de las antiguas columnas, con algunos miembros y troncos de estatuas. Pocos sitios hay en sus territorios que no esten dando testimonio de que allí estuviéron las artes que ahora se ven ausentes. En quanto á la naturaleza, como esta no se muda, todavía precipita rios de lo alto de las mismas rocas: da aguas termales ó baños calientes, y sacude, como en otro tiempo, la tierra, asustando á sus habitantes; pero constante en sus beneficios da pródigamente cosechas abundantes en las llanuras, tiene separadas las montañas para que á trechos soplen por sus gargantas los céfiros frescos, y cubre de verdor sus cerros. En muchos parages es aquel pais una especie de paraíso terrestre; pero no sucede así en las cercanías de Tunez, cuyo terreno es ingrato y arenisco, y nada produce sino á fuerza de agua sacada de profundos pozos, sin dar al jardinero el gusto de apagar la sed con ella, por ser salada ó salobre; bien que todo lo lle-

va allí el comercio, y así viven contentos.

A Tunez le sucedió como á Argel, ser presa de un Barbaroxa que se introduxo allí tambien con una pérfida astucia. Reynaba en esta ciudad Hasan, de la sangre de los Reyes Arabes, el que subiendo al trono quitó la vida á sus hermanos, menos á Arrashid, el qual se ausentó, y juntando un partido, aunque no tan poderoso que pudiese arruinar á Hasan, fue á suplicar á Barbaroxa que le ayudase. Este le llevó á Constantinopla con el pretexto de que le haria conseguir tropas auxiliares de la Puerta; pero el traidor dió al divan: „Que si ponian en sus manos las tropas destinadas á su protegido, él se haria dueño de Tunez, rendiria homenaje al Sultan, y solo reynaria como su teniente.” Aceptóse la condicion, y partió con una bella esquadra, publicando que iba en sus navíos Arrashid, á quien entretanto retenian en Constantinopla. Los Tunecinos, no contentos con Hasan, aspiraban á variar de Príncipe; y creyendo que Barbaroxa traia á Arrashid en la armada, abrieron las puertas. Quedaron sorprendidos al ver que no le traia; pero ya hecho el desatino les fue preciso someterse.

Su credulidad les fue tanto mas perjudicial

por la circunstancia de que teniendo en Tunez á Barbaroxa llamáron contra si las fuerzas de Cárlos V, que en donde quiera perseguia á este pirata. A pesar de los esfuerzos del usurpador, tomó el Emperador á Tunez, y dió el trono á Hasan. No tenia este Príncipe el don de hacerse querer de sus vasallos, y así favoreciéron estos á Hamida su hijo, que se habia rebelado contra él. Fue este Hamida un monstruo de impureza y crueldad; y viéndose dueño de Tunez, deshonoró públicamente, como otro Absalon, á las mugeres mas queridas de su padre; y quando le tuvo en sus manos, sin dignarse de verle por mas que su padre le suplicaba, le envió los verdugos con la eleccion de morir ó quedar ciego: prefirió el último partido, y le metiéron por los ojos una lanceta encendida.

Para no dexar en el alma la impresion dolorosa de rasgo tan horrible, procuraré hacer diversion con la leccion utilísima que dió Mahomet, Bey de Tunez, á Hibrain, Dey de Argel. Pasaba Mahomet por hombre muy rico, y corria con reputacion de entender la química, y de haber hallado la piedra filosofal; pero con toda esta ciencia, que se le suponía, desagradó á sus vasallos, y le des-



Barbaridad de Hamúda.

*Arrojé del trono el rebelde Hamúda á su padre
 Masán: deshonré en público á las más queridas
 mujeres de este: le hice prisionero: se mece im-
 placable á verterle ensueño venturoso que le obli-
 gasen á elegir entre la muerte ó quedar ciego:
 prefirió este último aquel desventurado padre:
 y una lanceta hecha ascua le privó de la vista.
 Ah! en la historia de las fieras haria papel he-
 rrible hijo tan bárbaro*



tronáron. Recurrió pues á Hibrain para recobrar su trono, y este se obligó con la condicion de que Mahomet le habia de comunicar su secreto. Viéndose el Tunecino reintegrado en su reyno, y pidiéndole el Argelino le cumpliese la palabra, Mahomet en execucion de su promesa le envió azadas y rejas de arado, diciendo que esta era la verdadera magia que produce las sólidas riquezas, y todo lo convierte en oro.

TRÍPOLI.

El reyno de Trípoli, tributario del Gran Señor, está dividido entre el pais marítimo y el pais interior; pero los habitantes del uno no tienen que echar en rostro á los del otro; porque si los primeros viven de piraterías, los segundos viven de robos. No obstante, hacen algun comercio, y el poco que hacen y el corso son los que proveen á la ciudad; porque esta ni tiene pan ni agua, por ser las tierras muy áridas, y no producir mas que palmas y agua de pozos salobre. Todas las ciudades de la costa de Trípoli han venido á parar en aldeas ó lugares, que si son marítimos, los habitan pescadores; y si son del in-

terior, los habitan unos pobres hortelanos ó labradores tan ignorantes que se ensoberbecen por las nobles ruinas que ven al rededor. Por fortuna estan persuadidos á que si las tocaran les habia de suceder alguna desgracia grande. Esta supersticion nos ha conservado bellos restos.

La Puerta envia á Trípoli un Baxá, que no hace mas que enriquecerse; y como el Bey le llene el bolsillo y pague el tributo, le dexa hacer quanto quiere. Estas sanguijuelas arruinan á qual mas puede el pais, que está en un estado deplorable. Trípoli, despues de los Vándalos, tuvo Reyes sacados de su mismo seno: despues cayó en manos de los Arabes, que viniendo de Egipto se llevaron muchos esclavos así del reyno como de la capital. Allí tuviéron cetro unos piratas ó aventureros: la tomaron los Españoles, y la cediéron á los caballeros de San Juan quando perdiéron á Ródas. Salha-Arraez, Sinan-Dasat y Dragut, tres famosos corsarios, se la quitáron con las tropas que les dió el Gran Señor. Se quedó en Trípoli Dragut, como Gobernador, y estableció la autoridad de los Turcos; pero fue tan pesado su yugo, que hubo muchos alborotos, hasta que se formó el go-

bierno mixto, que en la apariencia todavía existe, aunque realmente es absoluto y despótico. El Bey, elegido por la milicia, parece cabeza de republicanos; pero no manda mas que á esclavos, y solo recurre al divan ó consejo en las circunstancias dificultosas.

Tal fue aquella en que se vió Trípoli quando por los robos de sus piratas atraxo sobre sí las armas de Luis XIV en 1685. El terrible bombardeo, mandado por el Mariscal de Estrees, forzó á los Tripolinos á pedir con sumision la paz. El divan, ó senado de Trípoli, fue el que hizo las proposiciones, firmó el tratado, y envió embaxadores á Francia. Como iban suplicando, no esperaban sino pesadumbres de parte de un vencedor irritado; pero quedáron agradablemente sorprendidos por la cortesía y atencion con que en todas partes los recibieron. Entre todo lo que admiráron nada les sorprendió tanto como la ópera. La música, las actrices, los actores, los vestidos, las decoraciones, las máquinas les parecieron una serie de encantamientos y un conjunto de gracias irresistibles. El xefe de la embaxada, que era un corsario viejo, se conmovió de modo con el espectáculo, que exclamó: „De qualquiera

enemigo que nos acometiese nos defenderiamos ; pero si este fuera la ópera rendiriamos las armas.”

A la extremidad de la costa está el desierto de Barca, en el qual se hunde la arena debaxo de los pies, la reverberacion que ma los ojos, y si el viento levanta las arenas, sepultan al pasagero, y no hay mas que pocos pozos y de agua mala. Sin embargo, se pasa por este desierto gobernándose por la brúxula ; y aunque la soledad asusta, lo mas ventajoso para los viageros es no encontrar persona alguna, porque las que se ven son árabes bandidos, y los mas atrevidos y feroces. Son unos hombres flacos, miserables, cubiertos con los vestidos que han robado, hasta que los dexan podrirse en su cuerpo y hacerse andrajos. Estas bandadas de Arabes son unas gentes que asustan con solo su aspecto, y mucho mas si se considera que al que cae en sus manos le atormentan por saber si ha tragado el oro para ocultarle. Si no tienen con que sustentarle le matan ; y quando menos mal, le llevan á un cantiverio eterno, persuadidos á que tratan favorablemente á sus esclavos, repartiendo con ellos su hambre y su desnudez.

M A L T A.

En la isla de Malta habitó la ninfa Calipso; y aunque no dista de Sicilia mas que quince leguas, la colocan, sin bastante razon, en el Africa, de la qual dista cincuenta. Tiene como veinte de boxeo: su terreno es estéril, como que es parte arenisco, y parte montuoso y lleno de rocas: la poca tierra que allí hay toda es pedregosa, y nada á propósito para llevar trigo ni otros granos; pero da higos, melones, naranjas y miel. Al noroeste está la isla de Gozo, separada por un canal de legua y media, y tiene ocho leguas de boxeo. En el mismo canal estan las dos isletas de Comin y de Comino, la primera de una legua de circuito, y la otra de menos. La de Lampedusa, á veinte y cinco ó treinta leguas de mar, y con cinco ó seis leguas de circuito, es desierta.

La costa meridional de Malta no tiene cala ni puerto: al levante hay unos buenos embarcaderos, y al norte un excelente puerto, dividido en dos partes dominadas por el fuerte San Telmo. Quando tomáron posesion de esta isla los Caballeros, no habia mas que una ciudad, algunos lugares, y como doce mil habitan-

tes, y al presente tiene quatro ciudades muradas, las aldeas se han hecho lugares, y los lugares villas grandes. Allí es el ayre muy sano, siempre refrescado con los vientos de mar: no hay rios, pero sí fuentes de excelente agua, y cisternas para recogerla. No hay embarcadero ni puerto pequeño por donde pudieran entrar los enemigos, que no esté fortificado y bien guardado. Las ciudades tambien estan bien defendidas, y edificadas con gusto y elegancia. Tiene bellas iglesias, hospitales grandes y cómodos, dos arsenales bien provistos, y en una palabra, nada falta de quanto se necesita en paz y en guerra. Lo que se dice de las Maltesas es que son agasajadoras; pero sus maridos son zelosos, y aunque antes del matrimonio afectan darlas mucha libertad, una vez que esten casados las guardan mucho, y los que las quieren galantear, aunque sean caballeros, se exponen á la daga y al puñal. Son los Malteses robustos, sanos, hombres de viveza y valor, y muy aguerridos. La señal de tres cañonazos puede poner en una hora veinte y cinco mil hombres bien armados, y distribuidos en el mismo instante en sus puestos correspondientes, porque saben quales son. Se dice que son

Arabes de origen, y aun hablan esta lengua; pero la mas comun en las ciudades es la italiana. Los Malteses subsisten del cultivo y del comercio; mas lo que hace su isla floreciente es el dominio de los Caballeros de San Juan de Jerusalem, que por haberse fijado en esta isla se llaman Caballeros de Malta.

Si un Mahometano escribiera la historia del Orden de Malta, diria que era una asociacion de hombres enemigos declarados de la religion musulmana, que hacen la guerra mas tenaz á los Moros y Turcos, y con sus navíos van á asolar sus costas reduciéndolos á la esclavitud, y que son tan zelosos de la fe christiana que no hacen paz ni tregua con los Mahometanos: despues diria, que este zelo era indiscreto y excesivo. Pero nosotros que sabemos cómo se formó el instituto de estos Caballeros, cuál es el objeto que se propusieron, y por qué se ven en las circunstancias de mantenerse siempre en guerra, hablaremos de su instituto con circunspeccion, pues tal vez es necesario acometer para defenderse. Los Christianos llenos de veneracion y respeto á los lugares en donde el Señor obró los misterios de nuestra redencion, siempre

han mirado como pia obligacion ir á visitarlos. Como estos santos lugares y Jerusalem, que es la capital, cayéron en poder de los Sarracenos, experimentáron los peregrinos de parte de estos bárbaros vexaciones que hacian el viage penoso y arriesgado. Unos negociantes Italianos, á los quales llaman Nobles de Amalfi en el reyno de Nápoles, se aprovecharon por los años de 1048 de la entrada que con motivo del comercio tenian en la corte del Soldan de Egipto, para pedir que se les permitiese edificar en Jerusalem, y cerca del santo sepulcro, un hospicio para que en él pudiesen los peregrinos descansar de sus fatigas, y construyéron tambien una capilla con el título de San Juan el Limosnero. Subsistió el establecimiento con las limosnas que se recogian en Italia y otras partes; y á poco tiempo pudieron fundar otro hospicio para las mugeres. Tan débiles principios tuvo el Orden de San Juan de Malta, que despues ha sido el baluarte de la christiandad.

En aquel hospicio eran recibidos los Christianos sin distincion de clases ni naciones, sin excluir los peregrinos, bien que estaban con separacion. Allí vestian á los que los ladrones habian despojado, cuidaban de los en-

fermos con todo esmero, y toda especie de miseria hallaba en la caridad de los hospitalarios una nueva especie de misericordia. El que gobernaba á los hombres era un Frances provenzal llamado Gerardo. Las mugeres estaban al cuidado de una señora Romana, llamada Ines. Ya tuviéron el consuelo de ver recompensada su caridad por los grandes donativos y las grandes rentas, que les proveyeron de medios para aumentar y multiplicar su beneficencia. Creció considerablemente el número de los hospitalarios de ambos sexós: y entonces Gerardo é Ines propusieron á los hermanos y hermanas, que renunciando el siglo tomasen un hábito religioso. Les diéron unas reglas sencillas, todas relativas á la utilidad de los pobres y peregrinos que se recibian en aquel grande hospicio, y el Papa las confirmó.

A Gerardo sucedió Raymundo, de una casa ilustre del Delfinado, y su zelo excedió mucho al de Gerardo, al ver con dolor el triste estado de los Christianos de la Palestina; á quantos riesgos y miserias estaban expuestos; y que los peregrinos corrian grande peligro por los bandoleros que infestaban los caminos, y que las mas veces llega-

ban al hospicio despojados y maltratados. Raymundo pues, hallándose á la cabeza de grande número de hospitalarios, tomó la resolución de hacerlos útiles al christianismo, no solo por el medio de la hospitalidad, sino tambien por el de las armas, limpiando de ladrones los caminos, y marchando contra los infieles siempre que los llamaban sus superiores; sin que estas nuevas ocupaciones los dispensasen de los votos religiosos y otras obligaciones de su estado.

Fue adoptado este proyecto con gran gusto de todos, por ser muchos entre los hospitalarios los guerreros que habian servido en la primera Cruzada. Dexáron la vida sedentaria á que les habia reducido la devocion despues de la guerra, viendo que podian juntar el tumulto de sus antiguas ocupaciones con las obligaciones pacíficas. Volviéron pues á las armas; pero con la condicion de no emplearlas sino contra los infieles. Los dividió Raymundo en tres clases: colocó en la primera á los que por su nacimiento y por el grado que antes habian tenido en los exercitos, eran mas proporcionados para las armas. La segunda clase la formó de los Sacerdotes, que ademas de sus ordinarios exerci-

cios en la iglesia y en la asistencia á los enfermos, deberian ser por su turno los Capellanes en la guerra. La tercera clase se componia de los que no eran eclesiásticos ni de casa ilustre, y á estos los llamaban Hermanos sirvientes, cuya obligacion era servir en lo que los empleasen los Caballeros, bien fuese cuidando de los enfermos, ó siguiendo los exércitos.

Fixó Raymundo el hábito, y las señales de distincion para las diferentes clases: arregló tambien la disciplina de la Orden en quanto á las elecciones, admision al noviciado, profesion y votos, los quales se expresan en estos términos: „Hago voto y prometo á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada Virgen Maria y á San Juan Bautista verdadera y sincera obediencia al superior que Dios me ponga, y que sea legitimamente electo: renuncio á toda propiedad, y prometo guardar castidad perpetua.” El que hace los oficios de superior dice: „Os recibimos y reconocemos por siervo de los pobres y de los enfermos, y por consagrado á la defensa de la Iglesia catolica.” El nuevo Caballero responde: „Por tal me reconozco.” Y en esta ceremonia juran el estado de religioso con la espada.

Ya en tiempo de Raymundo tenia la Orden suficiente número de Caballeros para dividirlo en ocho naciones, que llaman *lenguas*. Poco ha variado la primera distribucion, y á cada lengua está afecta una de las primeras plazas de la Orden. Raymundo fue el primer Gran Maestre. El buen empleo que hacian de sus bienes aquellos religiosos soldados excitó la liberalidad de los Monarcas, y así les diéron fondos en sus reynos. Los grandes señores y personas pias les hicieron varios legados en todos los paises de Europa. Todas las rentas debian llevarse al hospital de San Juan, y el Gran Maestre y el Capítulo las destinaban desde luego para la subsistencia del hospital y la de los Caballeros, Capellanes, Hermanos sirvientes, peregrinos que iban á visitar los santos Lugares, enfermos, heridos y estropeados, en una palabra: para los gastos de la iglesia, del hospital y de los Hermanos. Despues se aplicaban á comprar armas, pagar tropas tomadas á sueldo, juntar municiones, y quanto se necesita para la guerra, guardar los caminos, escoltar los peregrinos, y hacer otros servicios de la religion.

Para recoger estos bienes y gobernarlos fue preciso enviar oficiales sacados del cuer-

po de la Orden; y á los Caballeros encargados de este cuidado los llamaron Comendadores por el título de su comision, que era *comendamos ó os encomendamos*. Este título no era de por vida, sino por el tiempo que el Capítulo quisiese, y mientras le desempeñaba. Sobre los Comendadores vigilaban los Priorres, que visitaban las encomiendas, y respondian de la aplicacion de los Recibidores, por lo que las contribuciones enviadas al lugar que hacia cabeza se llamaron *responsiones*. Los Baylíos eran Comendadores subalternos, ó como arregladores de las encomiendas, que las hacian valer á los Comendadores mediante una retribucion. Estos algunas veces se hicieron arrendadores; pero en esta clase no se comprehendian los grandes Baylíos, pues estos eran superiores á los mismos Comendadores. El tiempo ha ocasionado algunas mudanzas en aquellas dignidades fiscales, que han venido á hacerse muy lucrativas.

La historia de Malta está llena de grandes hechos de armas así generales como particulares; y debiera leerlos la juventud para no ceñir á las reglas ordinarias el exercicio del valor que hoy está demasiado metódico. En quanto á lo que ha pasado en lo interior, rivalidad, zelos y

envidia de gobierno, astucia para adelantarse sobre los otros, á pesar de la franqueza militar que ostentan los Caballeros, son verdaderas intrigas, que no merecen contarse quando no han producido algun notable suceso, ó influido en la constitucion de la Orden.

Gilberto Asali, quarto Gran Maestre Ingles, empleó las armas de la Orden en favor del Rey de Inglaterra, no siendo *guerra santa*, y le obligáron á desistir. La primera posesion de la Orden es el castillo de Margat, en los confines de la Palestina. A este castillo se retiráron quando Saladino tomó á Jerusalem, y en él fixáron su principal residencia, hasta el año 1192 que adquiriéron otra mas segura en la ciudad de San Juan de Acre, cuya toma fue en gran parte obra suya. Entonces les diéron el nombre de Caballeros de San Juan de Acre. Alfonso de Portugal, que fue el undécimo Gran Maestre, quiso reformar el luxo y los demas desórdenes que se habian introducido, pero nada consiguio. Renunció en el año 1207, y empezó en la Orden la anarquía. Batalláron entre sí los hospitalarios y los Templarios, que era otra Orden militar, de la qual hablaremos despues; pero la necesidad de resistir á los Sarracenos los re-

unió, y se restableció la regla de los hospitalarios. Entonces empezó la abundancia de bienes con que los favorecieron los Príncipes por sus servicios en la Palestina, y los honoríficos privilegios con que los honraron los Pontífices. El Gran Maestre XVI extendió los dominios en Palestina: fortificó en ella muchos castillos, que fuéron en aquel país puntos de apoyo para los Christianos, y jamas tomaron plaza los Sarracenos sin pasar sobre los ensangrentados cadáveres de los Caballeros que la defendian, perdiendo todos la vida.

Despues que los infieles tomaron la ciudad de Acre á fines del siglo XII, Juan de Villers, Gran Maestre XXI, y natural de Francia, recogió su Orden en la isla de Chipre, y aunque ofrecian todos en Italia y en otras partes refugio para los Caballeros, nunca quisieron alejarse mucho de la Tierra santa, en la qual pensaban volver á entrar. Entretanto armáron embarcaciones para comboyar á los peregrinos que iban á visitar los santos Lugares, y volvian con presas considerables tomadas á los corsarios infieles que cruzaban por aquellos mares para cautivar á los peregrinos. De este modo empezó el corso, que en aquel tiempo fue el recurso principal de los Caba-

llos, porque, perdida la Tierra santa, muchos Príncipes, mirándolos como inútiles, les detenían las rentas en su reyno. Por esto se quejaban los Caballeros del Gran Maestre, quando no era muy activo para este género de guerra que les aseguraba la ganancia.

En 1308 Fulquier de Villaret, Frances, y Gran Maestre XXIV, consiguió grande socorro de los Príncipes Christianos por lo mucho que le estimaban, y sacando su Orden de la isla de Chipre, cuyo Rey le tenia sujeto, la colocó en la isla de Ródas que habia conquistado, y desde entonces se llamárou *los Caballeros de Ródas*. Las pequeñas islas que rodean la principal formaban como un reyno, y este se hizo mas poderoso con las reliquias de la riqueza de los Templarios que Villaret se aplicó en parte á sí mismo, y vivió como Soberano con cierto ayre de potencia absoluta. Le depuso la Orden, le restableció el Papa, y despues de haber logrado esta honra, renunció por sí mismo, y murió tranquilamente en su patria. En tiempo de su sucesor se hizo la constitucion que declaró incapaces de toda dignidad á los que no hubiesen residido en Ródas cierto número de años, y durante esta residencia no hubiesen ser-

vido en las guerras y en los navíos de la Religión.

En su tiempo sucedió la aventura del Caballero Gozon, que mató una monstruosa serpiente que hacia horribles estragos en la isla. Ya muchos Caballeros habian hallado la muerte por acometerla, y así estaba prohibido que ninguno se expusiese; pero Gozon, Caballero provenzal, se determinó á tentar la aventura; y despues de haber exâminado de lejos la figura del dragon, hizo formar otro muy semejante, con el que acostumbó á dos valientes perros á no espantarse, y arrojarle á la figura del monstruo, cogiéndole por debaxo del vientre en donde no tenia conchas, entre tanto que él, armado de pies á cabeza, le acometia. Venció pues Gozon al dragon, y no sin gran peligro le mató. El Gran Maestro, fiel observador de la disciplina, le despojó del hábito del Orden; pero despues se le volvió con solemnidad, y le hizo su Teniente General. El mismo Gozon le sucedió por una arrogancia que tal vez á ninguno sino á él ha salido bien.

Se hallaba muy discorde el Capítulo en la eleccion, porque los ancianos querian un hombre grave y religioso, los jóvenes un guer-

rero que los llevase á la ganancia y á la gloria de las armas. Llego el instante en que Gozon tenia que dar su voto, y dixo: „Quando entré en esta asamblea hice solemne juramento de no proponer otro Caballero que el que me pareciese digno de tan eminente puesto. Habiendo considerado el estado en que se halla la christiandad, las guerras que continuamente tenemos que sostener con los infieles, y la constancia y vigor que se necesita para impedir la relaxacion de la disciplina, declaro que no hallo persona mas capaz de gobernar bien nuestra religion, que yo mismo;” y viendo que todos callaban, repitió: „*Yo mismo*: ya vosotros habeis experimentado mi gobierno, sabeis lo que podeis esperar de mí, y no creo que sin injusticia me negueis los votos.” Es preciso tener una conciencia irreprehensible para aventurar semejante proposicion en una asamblea de rivales. Gozon, único exemplar, reunió á su favor los votos, y realizó las esperanzas que se habia atrevido á proponer.

Heredia, Gran Maestre XXXI, electo en 1376, dió á los Caballeros una leccion de magnanimidad. Le habian hecho prisionero los Turcos: ofreció la Orden por su res-



Magnanimidad de Heredia.

*Esclavo de los turcos D. Fernando de Heredia, Gran
Maestre de la Orden de San Juan no permite que
se le recatase a costa de ella, ni que por él queda-
sen en rehén los caballeros que la misma encie-
ra a este fin y le dize: Dexad que muera esclavo un
viejo inútil, y reservaos los jóvenes para servir a la
religion. Gran gloria dieron a este español las armas,
pero mayor se la dió esta accion en los quillos.*

cate la restitucion del castillo de Patras en la Morea, una gran suma de dinero, y que tres de los empleados en las primeras dignidades de la Orden, quedarian en rehenes hasta extinguir la deuda. Quando los rehenes llegaron con muchos Caballeros adonde él estaba, les dixo: „Queridos hermanos, dexad que muera entre cadenas un viejo inútil como yo, que no puede vivir mucho tiempo, y vosotros que sois jóvenes reservaos para servir á la Religion.” No quiso que se sacase su rescate del tesoro de la Orden, diciendo: „Si se ha de pagar el rescate, mi familia ha recibido de mí muchos bienes, y los suficientes para que me dé esta prueba de su agradecimiento.” Permaneció por tres años en duro cautiverio, y le rescató su familia.

Los Grandes Maestres se viéron precisados á fines del siglo xiv y en el siglo xv á dexar á Ródas para ir á la corte de Roma, porque los Papas tomaban mucha parte en los negocios de la Orden. Por estas freqüentes ausencias se relaxaba en Ródas la disciplina; y por otra parte gustaban los religiosos mucho del corso, durante el qual se podian eximir sin escándalo del rigor de la regla: eran bien recibidos entre los Príncipes Christianos, y

tomados muchas veces por árbitros en los negocios, á causa de su grande experiencia. Negociaban por su propia cuenta, y la Orden, en tiempo de Filiberto de Nallat, Gran Maestro XXXII, compró la Morea; pero no quisieron los habitantes entrar baxo de su dominio. Mantuviéron este Gran Maestro y sus sucesores una guerra activa por todas aquellas costas y las de Egipto. Los Sarracenos y los Turcos en quantas expediciones emprendian siempre hallaban la oposicion de los Caballeros. Las porfiadas agresiones y resistencias fuéron causa de que los Musulmanes se resolviesen desde el año 1428 á tomar á Ródas, y arrojar de sus mares unos enemigos tan incómodos. Las tentativas de este proyecto se realizáron en 1480, siendo Gran Maestro Pedro de Aubuson, que fue el XXXVIII.

El Gran Visir Palcologo, renegado Griego, y de la casa Imperial, fue á quien encargó el sitio Mahomet el conquistador de Constantinopla. Desembarcó, y puso en tierra un grande ejército con todo lo necesario para empresa tan importante. No escaseó el renegado la sangre de sus soldados, ni sus tesoros, ni aun las traiciones. Quiso que diesen veneno ó asesinasen al Gran Maes-

tre, y faltó poco para que lo consiguiese. Puso los medios para ganar á los habitadores con promesas é intimidarlos con amenazas. Los asaltos se sucedieron rápidamente siempre; pero fuéron rechazados por el valor inalterable de los Caballeros, y el de los soldados, traídos de todas las partes de Europa, que parecian invencibles con tales capitanes. Probó á atraer al Gran Maestre á una capitulacion, haciéndole presente el triste estado de una plaza con las murallas arrasadas, las torres arruinadas, y los fosos cegados. „La ciudad, respondió el intrépido Aubuson, tiene la fuerza suficiente mientras la defienden los Caballeros, porque nosotros todos tenemos un mismo corazon, un mismo espíritu, y un mismo objeto, que es la defensa de la fe, y el honor y gloria de nuestra Orden: hombres que no temen la muerte son mas fuertes que los bastiones y murallas.”

No obstante, algunos Caballeros viendo la pintura que el enviado de Paleologo supo hacer de los horrores que se cometen en una plaza tomada por asalto, los robos, las muertes, los incendios, y la violencia con que deshonorarian á las mugeres y á las doncellas, se inclinaban á capitular; pero sabiendo Aubuson estas dis-

posiciones de sus ánimos, los llamó, y como si ya no fueran sus hermanos les dixo: „Señores, si alguno de vosotros no está seguro en la plaza, ahí está el puerto, cuyo bloqueo no es tan estrecho que no halle yo medio para proporcionarle la salida.” Despues de una breve pausa, prosiguió con ayre de autoridad y de indignacion: „Pero si quereis quedaros con nosotros no se hable de composicion, ó mandaré quitar á todos la vida.” Estas terminantes palabras cubriéron de vergüenza y confusion á los Caballeros, los quales arrojándose á sus pies le prometiéron expiar con su sangre aquel movimiento de flaqueza. El Gran Maestro les daba exemplo, siempre ocupaba el puesto mas peligroso. Encargó el Visir á doce de los mas valientes, que al tiempo de dar un asalto penetrasen hasta donde estaba Aubuson, y le matasen. Le diéron cinco golpes que no fuéron mortales, y su sangre misma animó á los Caballeros, tanto, que precipitáron á los Turcos de la muralla abaxo, los persiguiéron hasta su campo, desde el qual huyéron tumultuariamente, y en completa derrota á sus navíos.

La reputacion de Aubuson recibió sin embargo una mancha por su conducta con Zizim.

Buscó este Príncipe asilo en Ródas contra la mala voluntad de su hermano Bayaceto, y fue bien recibido. El Gran Maestre tomó las precauciones posibles para libertarle del puñal, del veneno y de las emboscadas que le armaba su hermano; pero dió oídos á las falsas ofertas del Emperador Turco, y mediante una considerable suma y otros beneficios en favor de la Orden, consintió en constituirse carcelero del Príncipe, quando pudiera haberse valido de él para encender una guerra civil entre los Otomanos. Se quejó altamente Zizim de tan vil comercio; pero aun no habia llegado al fin de sus trabajos. Quería el Papa tenerle en su poder por el bien de la cristiandad, y por contener á los Turcos en respeto: le entregó Aubuson contra la palabra dada á Bayaceto de custodiar siempre al infeliz, pues por esto recibia una grande pension. Dicen que le entregó sin interes; pero es cierto que consiguió grandes favores del Sumo Pontífice, y entre otros la reunion de las Ordenes del Santo Sepulcro y de San Lázaro con la de San Juan.

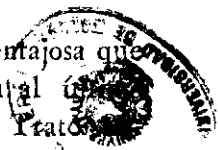
La valiente defensa de Aubuson no entibió el deseo que tenian los Turcos de apoderarse de Rodas. Soliman, su Emperador,

dixo abiertamente que estaba determinado á esta conquista, y la Orden le opuso por contrario á Villers de L'Isle Adam, frances, Gran Maestre XLII, electo en 1521. Este se ocupó incansable en los preparativos necesarios para inutilizar la invasion que le amenazaba. Despues de algunas proposiciones amigables le envió Soliman la intimacion de abandonarle la isla, prometiéndole todo favor y buen tratamiento, añadiendo: „Pero si no os rendis pronto á mis órdenes, pasareis todos por el filo de mi temible espada, y las torres y murallas de los bastiones de Ródas se verán reducidos á la altura de la yerba que se cria al pie de esas fortificaciones.” Apoyó este cartel con un ejército fuerte, que así que desembarcó empezó sus trabajos contra la plaza; pero rechazados los Turcos en muchos asaltos desmayáron.

Sabiendo Soliman las murmuraciones y quejas de los suyos, acudió en persona, desembarcó á la cabeza de quince mil hombres escogidos, subió á un elevado tribunal, y mandó que se le presentasen sin armas todas las tropas. Dispuso que las cercase su escolta; y despues de vivas reconvenciones, acompañadas de miradas terribles y colérico tono, dió la señal á

los quince mil hombres, los quales desnudando los sables los tuviéron sobre la cabeza de los culpados. Se arrojáron los Generales á los pies del Sultan, le suplicáron que los perdonase, y todos imploráron su misericordia. Se dexó pues aplacar, y dixo: „Por vuestras súplicas suspendo el castigo de los culpados; pero vayan á merecer el perdon en los bastiones y baluartes de los enemigos.” El asalto siguiente á esta escena fue terrible, y muy encarnizados los que despues se diéron; pero bien pudiera Soliman haber sido desgraciado en la empresa, como Mahomet, á no haberse hallado en la ciudad y en el mismo consejo un traydor, el Canciller del Orden, el qual daba aviso al Turco de quanto pasaba, y aun le dictaba las medidas que podia tomar. La sola envidia y el despecho de que no le hubiesen elegido Gran Maestre le precipitáron en semejante perfidia. A la verdad fue descubierto y castigado; pero como tenia á su cargo la provision de municiones de guerra, se halló por su malicia la ciudad en tanta escasez, que esta apresuró su rendicion.

La capitulacion fue la mas ventajosa que podia esperar una ciudad reducida al extremo, y se observó fielmente. Trató



liman al Gran Maestre con toda atencion y distincion ; mas no por eso Villers , aunque oprimido con la pesadumbre , descuidó la seguridad de los que abandonaban la isla. Ademas de los Caballeros pasaban de quatro mil habitantes los que siguiéron la fortuna de la Orden. Se embarcó el último de todos el Gran Maestre , despues de haber mandado á los que se iban separando que se uniesen con él en Candia. Quando ya casi todos se hubiéron reunido , partió á Italia , y se detuvo en el camino en Mesina. Ya los Mesineses habian tenido la noticia , y toda la ciudad se halló en la ribera. En lugar del pabellon ordinario de la Religion habian enarbolado una bandera , en la qual estaba representada la Santísima Vírgen con su hijo en los brazos , y se leian estas palabras : *Este es mi último recurso en la afliccion*. Todos tenían clavados los ojos en aquel venerable anciano : le ofreció el Virey de parte de Carlos V la ciudad y puerto de Mesina para descanso de su armada ; y el Arzobispo , los grandes , los nobles y los plebeyos , todos daban á entender en su triste y muda admiracion la parte que les tocaba en su desgracia.

Le lleváron al palacio con el mas melancó-

lico silencio; y la pesadumbre de haberse visto en la precision de entregar á los infieles una isla en que sus antecesores habian reynado por mas de doscientos años con tanta gloria, se manifestaba en todas sus acciones y discursos, y hasta en sus miradas; pero nada usurpaba el dolor á su vigilancia, pues aplicaba todos sus cuidados á los enfermos y heridos, procurando darles todo el alivio que podia. Quando ya su colonia se hubo restablecido alguntanto, volvió al mar, desembarcó en el golfo de Bayas, y fue á ver lo que podia esperar del Papa Adriano VI, del qual solo recibió promesas; y se hubiera visto en el estado mas peligroso, si Adriano no hubiera muerto, ó no le hubiera reemplazado Julio de Médicis, que habia sido Caballero de la Orden. El primer beneficio que hizo á esta fue una bula, en que prohibió á los Caballeros separarse, y de este modo impidió que se disolviese la Orden como parecia inevitable.

Despues les dió por fixa habitacion la ciudad de Viterbo, plaza del Estado eclesiástico, entre tanto que hallaban sitio mas conveniente. Despues de muchas negociaciones les cedió Cárlos V la isla de Malta con la onerosa condicion de defender la ciudad de

Trípoli, lo qual exígia numerosa guarnicion y grandes gastos. No pudiendo el Gran Maestre hallar otro arbitrio mejor, tuvo que abrazar este. Tomó posesion de la isla en 1530, y desde entonces se llamó Orden de los Caballeros de Malta. Villers de L'Ile Adam se aplicó á fortificarla por estar sin defensa: murió por último en edad muy avanzada, y grabaron sobre su sepulcro estas palabras: *Aquí descansa el valor, victorioso de la fortuna.*

Las precauciones tomadas para fortificar el nuevo establecimiento de la Orden contribuyéron á inutilizar otra segunda empresa de Soliman. Picado este de que los que llamaba él corsarios, y de los quales pretendió limpiar sus mares tomando á Ródas, continuaban en infestarlos, dió orden á Sinan Baxá, á quien enviaba á sitiar á Trípoli, para que destruyese de paso aquel nido de piratas; pero quando Sinan puso el pie en tierra, y consideró atentamente el castillo Santo Angel y sus baluartes, dixo al corsario Dragut, que le instaba á que formase su ataque: „¿No estas viendo ese castillo? Pues á la verdad que el águila no podría escoger jamas para colocar su nido la punta de una roca mas escarpada: para llegar á él seria preciso tener alas como ella:

todas las fuerzas del mundo nunca le podrian forzar." Sin embargo, para no desobligar enteramente á Dragut, asoló Sinan la isla, y puso sitio á la capital; pero el buen continente que observó en los sitiados le precisó á retirarse.

Todavía hizo Soliman en 1565, siendo Juan de la Valeta el XLVII Gran Maestre, una tentativa, que fue el último ataque importante que experimentó la Religion. Un hombre que imaginase los sucesos imprevistos y extraños que pueden verse en un sitio, no pudiera inventar otros mas extraordinarios, que los que ha descrito la pluma del historiador de Malta. Dice que solo se determinó á hacer aquella especie de novela despues de haber esperado inútilmente y por largo tiempo las verdaderas memorias que le habian prometido, y que quando llegaron respondió: *Mucho lo siento, pero ya es tarde, y ya tengo hecho mi sitio.* Si esta anécdota es verdadera, nos avisa que nos guardemos de historiadores panegiristas; pero aunque se propase en las circunstancias, no por eso es ménos cierto, que no puede haber mayor fortaleza, valor y actividad que la que manifestáron el Gran Maestre y sus Caballeros. A La Valeta le hiriéron en la brecha, y queriendo re-

tirarle dixo: „¿Acaso podré yo á los setenta y un años de mi edad acabar mas gloriosamente la vida que con mis hermanos?” Los Turcos, rechazados con la mayor resistencia, se retiráron sin duda para no volver jamas á aquella tierra empapada en su sangre. La Valeta edificó en el sitio principal, que habia sido el teatro de su gloria, una ciudad, que por su nombre se llamó tambien La Valeta. El convento ó casa de residencia de los Caballeros se trasladó á ella; y como no era razon que por falta de dinero se cesase en la obra, pagaban con moneda de cobre; pero en llegando la de plata tomaban la de cobre, dándole todo el valor de la de plata: en la de cobre se leia: *Non æs, sed fides*: No está el valor en el metal, sino en la buena fe.

En 1724 se concluyó con los Turcos una tregua de veinte años, con la condicion de renovarla si se conviniesen las partes. Miéntas dura deben los Malteses gozar en los estados del Gran Señor de los mismos privilegios que los Franceses. Se estipula el cambio y el precio de los esclavos. No podrá el Sultán socorrer á los Berberiscos, y será el tratado nulo desde el punto en que un Príncipe cristiano tenga guerra con la Puerta. Malta aca-

na de rendirse á los Franceses; y aunque el escritor de este Compendio dice que verosímilmente la Orden queda destruida para siempre, no se ha verificado hasta ahora su rezelo.

EUROPA.

Dexando el Africa, vasta península, cuyo interior se ignora, y aun las costas apenas son bien conocidas, se entra con gusto por la Europa, en la qual en vez de desiertos y bestias feroces, se hallan por todas partes campiñas cultivadas y habitadas de hombres. En Europa ya no se camina entre ruinas como en el Asia, ni entre desiertos como en Africa, sino por ciudades florecientes, que anuncian desde luego que esta parte del mundo está todavía en su vigor. En ella han fixado su domicilio las ciencias y las artes; y si no siempre es la virtud propiedad de los pueblos que la habitan, á lo ménos la religion, las leyes y la policía ponen un freno al vicio para que sea ménos atrevido. La Europa da á la historia moderna mas materia que el resto del universo; pero siendo los hechos muy semejantes entre sí, debe contenernos el rezelo de que referidos por extenso carecerian de la gracia de

singulares, porque los Europeos casi todos se han modelado los unos por los otros en su política, en sus guerras y en lo mas general de sus costumbres. En el modo de gobernarse se advierte tambien cierta uniformidad, por la qual parece que todas las naciones europeas, son, en este punto, una misma.

FRANCIA.

Si ha de creerse á los autores, ocupados en averiguar la genealogía de las naciones, la de los Celtas, procedentes de los Escitas, es la madre de los pueblos que inundaron las Galias en la decadencia del Imperio Romano con los nombres de Salianos, Alóbroges, Tectósagos y Visigodos. Estos disputaron á los Romanos la Francia por mucho tiempo. El Imperio Romano habia tenido que luchar por muchos siglos contra la vigorosa inclinacion á la libertad, que fue natural en los Gaulas. Por los años 420 salió una nueva multitud de bárbaros de los bosques de la Germania, mandada por Faramundo, y con el nombre de Francos penetraron por las Galias; pero en lugar de fixar su habitacion se contentó el gefe con llevar diversas veces

á su campo los despojos de este rico país. Clodion, Meroveo y Chílderico, sus sucesores, tambien hiciéron acometimientos momentáneos, y poseyéron en la Francia poco terreno. Clodoveo fue el primero que, juntando con una guerra feliz una política profunda, y muchas veces bárbara, se estableció sólidamente en estas tierras á fines del quinto siglo; y fue el tronco de la primera rama de los Reyes de Francia, llamada Merovingia.

A la grandeza de Clodoveo contribuyéron dos cosas muy contrarias, la religion y la crueldad. Haciéndose cristiano ganó á los Obispos y al Clero, que tenian grande ascendiente sobre los pueblos; y á estos les dexó sus leyes y costumbres. Al mismo tiempo se deshizo, con la astucia ó con la fuerza, de los pequeños Príncipes que tenia al rededor, y se apoderó de sus Estados. Hizo asesinar á Sigeberto, Rey de Colonia, por medio de Clodorico, su propio hijo; y despues castigó á este por mano de sus propios criados. Entónces se presentó en la frontera, como para vengar aquellas muertes; y los vasallos, que no sospechaban que hubiese tenido parte en ellas, se sometieron al vengador. Cararico, Rey de los Morinos, y el hijo de este, fuéron orde-

nados sacerdotes por disposicion de Clodoveo; mas temiendo que procurasen conseguir la corona, aunque les privaba de ella el sacerdocio, los hizo asesinar. Mató con su propia mano á Renacario, Rey de Cambray, y á su hermano Riciario, que le entregáron sus oficiales; y á estos les pagó en cobre dorado en vez de oro, diciendo irónicamente que aquella era la moneda propia para traydores. Despues de tantos delitos y trabajos para hacer un reyno grande, en 511, hizo al morir quatro pequeños, dividiendo sus estados entre sus hijos, con los títulos de Rey de Metz, de Orleans, de Paris y de Soisons.

Clotilde, su viuda, fue tutora de los mas jóvenes: era hija de Chîlderico, Rey de Borgoña, á quien Gundevaldo su hermano habia hecho matar para apoderarse de sus Estados. Clotilde, que habia convertido á su esposo Clodoveo, armó á sus hijos contra su tio y los hijos de este. Clodomiro, que era el mayor de los hijos de Clotilde, ayudando en la venganza á su madre, se apoderó de sus primos, y los hizo echar en un pozo. Los hijos de este bárbaro fuéron muertos por Clotario su tio á la vista de su abuela Clotilde, madre del asesino. En aquellos tiempos

nninguno baxaba del trono , sino para un monasterio ó para la sepultura.

Entre los hijos y nietos de Clodoveo se nota que solo Teobaldo ó Tibaldo , Rey de Metz , creyó que no eran los talentos militares las únicas virtudes de los Reyes ; y así se aplicó á gobernar bien , y dió prudentes leyes á sus pueblos. A él se le atribuye el siguiente apólogo , que expuso á sus ministros congregados : „Un hombre tenia excelente vino en una vasija muy ancha , y de cuello estrecho : dexándole abierto se introduxo por él una serpiente , que bebió tanto que no podia salir. El dueño del vino , viendo que la serpiente se mataba de todos modos por salir , dixo : miserable animal , para salir por un cuello tan estrecho no hay otro medio que vomitar.” No gustó mucho el apólogo á aquellos ministros del siglo vi.

Por este tiempo se viéron las dos famosas rivales , Brunequilda y Fredegunda : la primera era Española , y se habia casado en 565 con Sigeberto , Rey de Austrasia. La segunda , hija de un paisano de Picardía , fue primero amiga , y despues esposa de Childe-rico , Rey de Soisons : y llegó á tan alta fortuna , consiguiendo de su amante la muerte

de Galsvinta , hermana de Brunequilda , que se habia casado con Chîlderico : por lo que nació un odio irreconciliable entre estas dos mugeres. En una y otra no podemos ménos de reconocer mucho talento , y la misma inclinacion á la galantería , y aun la misma facilidad en aprovecharse del favor para salir con sus empresas.

Sigeberto y Chîlderico eran hermanos : sus mugeres los enemistáron , y los armáron uno contra otro. Fredegunda , viendo que su esposo Chîlderico no era el mas fuerte , hizo asesinar á Sigeberto , y tomó tan bien sus medidas , que se apoderó de Brunequilda su cuñada , y la tuvo prisionera en Paris , desde donde la envió Chîlderico á Ruan , para que la tuviesen en buena custodia. Tenia este Príncipe un hijo llamado Meroveo , que marchando á una expedicion pasó por Ruan , y tocándole la cautiva al corazon , la dió la mano en presencia de Pretextato , Obispo de aquella ciudad. Fredegunda , irritada por el triunfo de su rival , llevó á Chîlderico á Ruan , separáron á los dos esposos , y enviáron á Brunequilda á Austrasia como desterrada ; pero allí tuvo modo de sublevar á los señores Austrasios contra su suegro , y les

persuadió que al punto que Meroveo su esposo los viese en campaña, se presentaria por Xefe como mal contento de su padre. A la verdad se preparaba á esta expedicion de vuelta de la de Poitou ; pero le asesinaron. Fredegunda ya habia hecho sus pruebas contra Sigeberto su cuñado. No se dudó de qué mano salió el golpe que previno las intenciones de su yerno.

Tenia este Príncipe otro hermano llamado Clodoveo, hijo de Andobera, muger de Chílderico, que aun vivia ; pero muger desgraciada y desterrada. La vista de este Clodoveo era molesta para Fredegunda, que acababa de perder por enfermedad tres hijos que habia tenido de Chílderico, quando apénas habian salido de la cuna ; y no podia sin despecho considerar que aquel Príncipe habia de ocupar el trono que ella tenia destinado para sus hijos. Tanto se dió á entender la envidiosa pesadumbre de Fredegunda, y lo que deseaba, que uno de aquellos malvados, que rara vez faltan en las cortes depravadas, acusó á Clodoveo de que habia dado veneno á los tres hijos de la Reyna. Pusieron al Príncipe en prisiones, le hicieron una especie de proceso, y entre tanto que le instruian, le hallaron muerto con un puñal á su lado, pa-

ra que se creyese que él mismo se había quitado la vida. Temiendo que la Reyna Andovera fuese llamada por Chílderico, que había dado algunas veces á entender que no la tenía enteramente olvidada; y rezelando que sobre estas desgracias viese algunas luces, tambien la quitáron la vida. De este modo se halló Chílderico á discrecion de una muger cruel y ambiciosa, que había sido causa de que pereciese toda su familia. Al mismo Chílderico le asesináron volviendo de caza; y tambien se atribuye esta maldad á Fredegunda. Dicen que la cometió para no ser castigada, por los amores con otro, que ya su esposo había advertido.

Ya se creeria que estaba perdida esta muger: poco amada de los vasallos de su esposo, expuesta al resentimiento de Brunequilda, que se había hecho muy poderosa en Austrasia, y sin mas defensa que un niño de quatro meses, último fruto de su union con Chílderico. En este infeliz estado se puso en manos de Gontrano, Rey de Orleans, tio y padrino de Clotario su hijo. Este tomó á los dos baxo de su proteccion; y aunque puso en angustias á la madre con motivo de la muerte de Chílderico, cuyos autores preten-

dió descubrir, ella se evadió con habilidad, haciendo sospechoso á un señor que habia sido su favorito, y que se habia separado de ella, creyéndola sin remedio por haber muerto á su marido. De este modo logró Fredegunda á un mismo tiempo el placer de que la declarasen inocente, y el de vengarse. No obstante Gontrano mortificó á esta ambiciosa por donde mas sentia, pues nombró un consejo para el jóven Clotario; é irritada la madre con este golpe dado á su autoridad, se retiró al castillo de Verneuil.

Desde aquella soledad Fredegunda, que nada olvidaba, maquinó la muerte de Pretexato, el Obispo de Ruan, que habia casado á Brunequilda con Meroveo. Tambien, aunque de léjos, armó emboscadas á Childeberto, Rey de Austrasia, y á la que era su rival. Por último sacó Gontrano á Fredegunda de aquel retiro, en que por despecho habitaba, y la llevó al lado de Clotario su hijo; y con motivo de haber acometido á este Príncipe una peligrosa enfermedad, fuéron tantos los votos que por su salud hizo su madre, y tan grandes las dádivas á las iglesias, que para con algunos historiadores se hizo recomendable su reputacion.

Muriéron los dos Reyes, Gontrano de Orleans y Childeberto de Austrasia; y las dos rivales, que dominaban cada una en su corte como madre y abuela, se viéron en proporcion de acometerse personalmente. Levantáron pues exércitos, y ántes de llegar á las manos iba Fredegunda llevando á su hijo de fila en fila, con lo que ínspiró tanto valor á sus soldados que lograron una completa victoria, la qual sin duda hubiera tenido funestas conseqüencias contra Brunequilda; pero murió poco despues Fredegunda, y dexó la escena de los delitos ocupada por su rival.

Era abuela esta de Teodoberto y de Tierri, Reyes de Metz y de Borgoña, y para que no se la opusiesen en el gobierno, no solamente les permitia las diversiones, sino que ella misma se las proporcionaba fuesen lícitas ó ilícitas. Dexó que se casase Teodoberto, Rey de Metz, con una criada, creyendo que así aseguraria mandar al marido por medio de su muger; pero la esposa, temiendo las astucias de la suegra, hizo que la separasen de la corte. Habiendo llegado Brunequilda á Borgoña, ya resentida del casamiento del Rey de Metz, hizo quanto pudo para que el de Borgoña no se casase; mas los se-

ñores con las representaciones mas vivas le hicieron resolverse á tomar esposa. Sobre haber tenido ya tres hijos naturales, que no es el mejor agüero para la fidelidad en el matrimonio, eran tan conocidos el genio y el modo de pensar de la suegra, que el Rey de los Visigodos, si dió su hija á Tierri, fue con la condicion de que jurase que aquella Princesa jamas habia de caer de la clase de Reyna; pero no llegó á serlo, porque Brunequilda consiguió que su nieto no gustase de la futura esposa: no se celebraron las bodas; y pasado un año en desagradables dilaciones restituyeron á España la Princesa. Todas estas intrigas son nada si se comparan con otros manejos de Brunequilda. Esta, para conservar la autoridad exclusivamente, suscitó guerras entre sus nietos, y envenenó ó dispuso dar muerte violenta á los Generales que no la agradaban. Durante las hostilidades cayó Teodoberto en manos de Tierri, y este le entregó á su suegra, la que acordándose de que la habia separado de su corte por complacer á su muger, le hizo cortar el cabello, inutilizándole así para conservar el cetro; pero reflexionando despues que para quitar toda pretension no hay mejor medio que la muerte,

dió veneno al desgraciado Teodoberto, y aun se cree que le tenia preparado tambien para Tierri, con el fin de ser señora de los dos reynos; pero una disenteria que le sobrevino y le quitó la vida excusó á su abuela este delito.

Entónces no se veian grandes mudanzas en el reyno por la muerte del Rey, porque en aquel tiempo de los Reyes Merovingios estaban los Xefes de palacio con el exercicio de toda la autoridad. Aunque oficiales domésticos, por la indolencia de los Monarcas, solo les faltaba para Reyes el título; y aun solian dar en su nombre disposiciones que los Monarcas no se atrevian á repugnar. Presidían á la administracion de la justicia, decidían de la guerra y de la paz; y miéntras los ociosos Monarcas se entorpecian con el regalo, los Xefes del palacio llevaban á los Franceses al combate. Garnier, Xefe del palacio de Austrasia, continuó, muerto Tierri, la guerra que este Príncipe hacia á su primo Clotario, Rey de Borgoña.

Brunequilda, á quien no pareció Garnier bastante dócil, escribió á uno de sus oficiales para que le quitase la vida: leyó el oficial la carta, y la hizo pedazos; pero jun-

*Hordens Ularo f. del otro con que su madre
 Frigidanda habia presiguido siempre a la espansa
 la Brumeguida, quando lepra tenida en su poder
 ne supo satisfacer con sola su madre, y despues
 de apartarla sin respeto el carader de regnar
 la hizo morir arrastrada por un caballo conde
 pero la posteridad que compadecera siempre
 a tan infeliz regna, detestara tambien a rey tan
 inhumano.*

Saphiro de Brumeguida.



tándolos, y colocando cada uno en su lugar, se los llevaron á Garnier. Dió parte de la intencion de Brunequilda á los otros señores de Austrasia, y todos conviniéron en entregar la Reyna á Clotario, como se executó.

Este Príncipe, heredero del odio de Fredegunda su madre contra Brunequilda, despues de vivas reconvenciones con que dió en rostro á esta Princesa con todos sus delitos, la entregó á los verdugos. Montada en un camello la paseáron por todo el campo, diciéndola los soldados mil injurias, y por último la atáron por el cabello y por un pie, y una mano á la cola de un caballo cerril, que arrastrándola á galope la despedazó. Bien merecia otro tanto Fredegunda, que habia muerto en su cama; pero á falta de suplicio lleva su memoria entre los mejores historiadores el sello del oprobrio, quando la reputacion de Brunequilda ha pasado á la posteridad con alguna estimacion, pues entre otras obras dignas de una gran Reyna, se cuentan los caminos de los Romanos que restableció, y otros nuevos que construyó, y aun conservan el nombre *de calzadas de Brunequilda* (*).

(*) Concluye el autor haciendo alguna justicia al mérito de la española Brunequilda; pero admira sin embargo

Clotario II reunió baxo su cetro, en 613, todos los Estados de Clodoveo: multiplicó los Xefes del palacio, y los puso en Austrasia, en Borgoña, en Neustria y en Aquitania. Tuvo parlamentos ambulantes, y cayó como Clodoveo en el error de repartir sus Estados entre sus dos hijos Dagoberto y Châriberto; pero la fortuna corrigió su imprudencia con la muerte de este último. Se apoderó Dagoberto de quanto poseia, y quitó la vida á Chîlderico su sobrino, para gozarlo con seguridad. La corte de este Príncipe fue

que escritor tan juicioso, en nuestros días y á pesar de lo que ha progresado la buena crítica, al tratar los sucesos de esta gran Reyna haya abandonado su delicada pluma á los fabulistas de su nacion. No debe hacerse agravio á su sinceridad, quando lo poco que dice á favor de Brunequilda persuade que si mas hubiera hallado no lo habria omitido; pero debe sentirse la desgracia de que solo tuviese á la vista escritos indignos de fe para todo crítico. Prescindiendo de los diligentísimos investigadores de las antigüedades francesas Estéban Pasquier y los Padres Le Coite y Cordemoi, franceses todos, en San Gregorio Magno y San Gregorio Turonense hubiera hallado repetidos testimonios del apreciable concepto que se habia merecido Brunequilda. Estos dos respetables escritores contemporáneos de aquella Reyna, frances el uno, y ámbos tan notoriamente sabios, no es posible que el uno en el solio pontificio, y el otro en la silla episcopal de

de una magnificencia que hubiera pasmado, á no saberse que entraban con afluencia en Francia las riquezas del Oriente por las relaciones con Constantinopla, y las de Italia por las irrupciones de los Franceses en aquellos países opulentos, de los quales, aun expelidos, siempre regresaban cargados de despojos.

Con la riqueza vino la corrupcion de las costumbres: públicamente se casó Dagoberto con tres mugeres, sin contar las concubinas. Al fausto acompañaba el orgullo. Habian hecho correrías algunos esclavones por las tierras de Francia, y Dagoberto representó sus

Tours, hubiesen dexado de advertir, en caso de haber sido ciertas, las maldades que se la imputan; y uno y otro por su santidad y demas prendas fuéron incapaces de canonizar excesos. No permite la estrechez de una nota que se inserte la nerviosa apología de esta española, Reyna tan desgraciada en Francia; pero los amantes de la verdad, de qualquiera nacion que fueren, la leerán con satisfaccion en el tomo 6.º del Teatro crítico del Ilustrísimo y Reverendísimo Feixoo, discurso 2.º, párrafo 6.º No se extrañe, sin embargo, que entre tanto se haya procurado aquí rectificar á prevencion, en lo posible, las falsas ideas que puede haber hecho formar á los lectores el autor frances por uno de aquellos descuidos, ó llámense azares, de que no se libran algunos de los mas diligentes escritores, y que parece se han hecho inevitables á los extrangeros quando intentan hablar de los Españoles.

quejas por medio de su Embaxador, el qual, soberbio por el poder de su Monarca, habló con grande altivez. Samon, que de comerciante frances habia llegado á ser Rey de aquellos pueblos, respondió con humildad, y prometió tomar bien las medidas para mantener la amistad entre las dos naciones. „¡La amistad! replicó groseramente el Enviado, ¿acaso puede haberla entre los christianos siervos del verdadero Dios, y unos perros paganos como vosotros?“ „Pues si somos perros, replicó Samon, os haremos ver que tenemos dientes.“ Tanto se lo diéron á conocer, que el Monarca frances se arrepintió de haberlos ultrajado.

Dagoberto cayó en el mismo error que su padre, dividiendo el reyno entre sus dos hijos Sigeberto y Clodoveo II. Con estos dos Príncipes y sus sucesores se puede decir que mas bien reynáron los Xefes del palacio que los Monarcas. Por los años de 680 se disputáron dos de estos Xefes el poder: trastornáron las cortes: invirtiéron las successiones de los Príncipes, y se diéron entre sí batallas. Una rara casualidad los reduxo al estado monacal, y así se viéron, á pesar suyo, con el hábito religioso en la Abadía de Luxeuil, en la qual vivióron por algun tiem-

po como puede juzgarse de semejantes rivales. Con ardides, que les saliéron bien, volviéron del claustro al palacio de donde los habian echado, y continuáron en perseguirse. Ebroin, que vino á ser el mas fuerte, hizo sacar los ojos á Liger; pero tambien él fue luego asesinado.

Este fue el tiempo de los Reyes, llamados ociosos, porque lo fuéron mas que sus predecesores, aunque á estos no les faltó indolencia. En 690 Pipino de Eristel gobernó toda la Francia, siendo un simple Xefe de palacio; pero era mas Rey que los quatro Monarcas que vió sucesivamente en el trono, y en cuyos nombres reynó. Estuvo su poder para aniquilarse con su muerte, porque solo dexaba un hijo legítimo muy jóven, baxo la tutela de su viuda; pero tenia otro de mas edad, llamado Carlos Martel, nacido de una concubina, y este sostuvo las pretensiones de su padre. Halló un contrario digno de su valor en Chílderico II, que no le quiso recibir por Xefe del palacio, y que emprendió sacudir el yugo de tan imperiosos ministros. No debemos por lo mismo colocar á este Príncipe entre los Reyes ociosos, pues mas bien le faltó la fortuna que la resolu-

cion. No le favorecieron los señores Franceses, que querian mas un Xefe del palacio, á quien miraban como igual, que un Monarca, á quien no podian ménos de reconocer como superior.

Cárlos Martel señaló su gobierno con victorias contra los vecinos de la Francia y los extranjeros que pretendieron invadirla. En 732 derrotó á los Sarracenos en los campos de Poitiers. Muerto un Tierri, por sobrenombre de Chelles, Abadía en donde casi siempre habitaba, no atreviéndose Cárlos Martel á tomar la corona por temor de los obstáculos que podria hallar en la envidia de los señores Franceses, no permitió tampoco que pasase á otra cabeza, y continuó en gobernar como soberano, aunque sin el título de Rey. Pipino, su hijo, por sobrenombre el Breve por su pequeña estatura, observando en los Franceses demasiado afecto á la familia de Clodoveo, colocó en el trono en 743 á Chílderico III, descendiente de este Rey; pero viéndose bien asegurado de su poder con la prueba de siete años, y no teniendo ya que rezelar del afecto de los pueblos, porque la incapacidad de Chílderico le habia desterrado de los corazones, encerró en un monaste-



Valor de Pipino.

Por la baxa estatura de Pipino no le creian valiente; pero en un combate de fieras en que un leon iba ya á destrozarse á un toro; quien de vosotros, dixó á sus cortesanos Pipino, va á librar al toro? Yo que ninguno iba, y contigué: Será preciso que yo vaya; y baxando á la plaza corté la cabeza al leon, y luego la del toro. Resonaren los aplausos; pero no advertian que por darlos al valor les tributaban á la temeridad.

rio al infeliz Monarca y á su hijo, todavía muy jóven. Este se crió en la obscuridad, y debió vivir muy poco, pues no se ha oido despues hablar de él. En 750 se acabó la familia de los Merovingios, que habia durado 270 años.

Pipino era hombre de admirable vigor, sin embargo de su pequeña estatura de quatro pies y medio. Supo que algunos señores se burlaban de su talla; pero en el espectáculo de un combate, que se dió en presencia de toda la corte entre un leon y un toro, quando habia aquella fiera derrivado á este, y ya iba á degollarle. „¿Quién de vosotros, dixo Pipino á sus cortesanos, va á libertar al toro?“ Todos calláron; y advirtiéndolo el Rey continuó: „Será preciso que yo vaya;“ y al mismo tiempo baxó á la plaza, cortó de un tajo la cabeza del leon, y luego de un revés la del toro.

Sin duda este rasgo de valor y fuerza fue el que haciendo impresion en aquella nobleza belicosa, le adquirió la estimacion; pero el poder de Pipino se aseguró mas con su discreta conducta. Manifestó mucha sumision á la autoridad de los Papas, y este buen exemplo fue muy útil para los Grandes, pues vien-

do que el Rey se conformaba con las decisiones del Pontífice, no se atrevían ellos á contradecirlas. Quando quiso usurpar la corona al débil Chílderico, propuso este político problema. ¿Conviene juntar el poder con el título de Rey, ó agregar el título de Rey al poder? La respuesta fue como él la deseaba, y arreglada á la razon, suponiendo que el poder no se haya separado del título por astucia ó por fuerza; pero en los pueblos no se ven las cosas tan de cerca, quando se suponen persuadidos.

Pipino supo ganarlos con demostraciones de confianza: celebró freqüentes juntas de la nacion: comunicaba en ellas sus intenciones de un modo conforme á sus fines: y oída la decision se tomaba como obligacion de su dignidad el encargo de executarla, dexando á la junta el honor de haber formado y arreglado los proyectos. De este modo era en la apariencia ministro executor de la voluntad del pueblo, haciendo siempre la suya, y tenia continuamente á la Francia en actividad con estas asambleas ó con las guerras que emprendia. Miéntras sujetaba la Aquitania y la Baviera, vencía á los Saxones, hacía respetar el nombre frances en Italia y dictaba sus leyes á la misma Roma. Viendo sus vasallos el espectáculo de un Papa

que imploraba su proteccion, no tenian tiempo para pensar en conspiraciones, ni para urdir tramas contra su autoridad y su vida. Si á Pipino le quieren dar el nombre de usurpador, él fue el que vivió mas tranquilamente, hasta que murió de enfermedad á los cincuenta y quatro años. Para ilustrar su memoria no necesitó del epitafio que pusieron sobre su sepulcro: *Aquí yace Pipino, padre de Carlo Magno.*

Este Príncipe era tan alto de estatura como su padre pequeño, pues dicen que sobre siete pies de alto, su constitucion era robusta, su ayre magestuoso, alegre y afable al mismo tiempo. Sus estados se dilatáron desde el mar Báltico hasta los Pirineos, y desde el canal de la Mancha al Mediterráneo, comprendiendo la Italia. Pasaba rápidamente de un extremo á otro, y no se ve que fuese su residencia fixa, porque tenia palacios en el centro, al Norte y al Mediodia, y vivia en ellos segun la necesidad: método útil para los pueblos, pues de este modo experimentan sucesivamente las riquezas de la corte, y son ménos vexados si vela el Príncipe sobre los subalternos que gobiernan. El gran talento de Carlo Magno era saber escoger sus minis-

tros y Generales, y dirigirlos en el Consejo y en campaña. Igualmente recomendable, como legislador y como guerrero, promulgó leyes cuya prudencia se admira, y resonó en todo el universo el ruido de sus armas victoriosas.

Se llaman estas leyes capitulares por estar repartidas por capítulos: se hacian en las juntas generales con el parecer y consentimiento de los señores y de los prelados que se hallaban presentes. La ocupacion de las juntas eran los negocios y los placeres; pues para entonces estaba reservado el luxo; pero fuera de estas ocasiones era el Monarca tan sóbrio en la mesa, como modesto en los vestidos. Puede formarse juicio de esto por las leyes suntuarias, conservadas en las capitulares. Carlo Magno en la sancion de una ley juntaba el exemplo con la reconvencion. Habia advertido que sus cortesanos se iban acostumbrando á gastar vestidos de seda con pieles de grande precio: y viéndolos adornados así un dia, propuso una cacería, en que los hizo correr por los campos y los bosques con grandes vientos y lluvias. A la vuelta no permitió que mudasen de vestido: cada uno se presentó al fuego; pero sin atreverse á acercarse demasiado

para no exponer á su actividad perniciosa la seda ni las pieles. „Amigos, muy mal estais, dixo el Emperador, muy traspasados de frio al mismo tiempo, que yo con este manto de piel de carnero que vuelvo, segun viene el ayre, conservo mi vestido tan hermoso como quando salí, y á la vuelta me caliento á mi gusto. Avergonzaos, y aprended á vestiros como hombres. Dexad la seda y exquisitos adornos para las mugeres, ó guardadlos para los dias de ceremonia, quando se llevan esos vestidos por solo ostentacion, y no para el uso cotidiano.”

Tódo el tiempo de su reynado estuvo Carlo Magno en guerra: sujetó en varias veces la Aquitania; y quando ya creia ser absoluto dueño de ella, salió un Duque, ya viejo, á pelear con él, despues de veinte y cinco años de monasterio, y le volvió de nuevo al claustro. Recorrió dos veces la Italia como vencedor: recibió en Roma la corona imperial: destronó á Didier, Rey de Lombardia, y le envió con su familia á Francia á morir en una prision. No fuéron tan felices los Franceses en España baxo sus órdenes, pues con bastante trabajo pudo retirar su ejército, casi destruido en Roncesvalles, por

mas esfuerzos que hicieron el famoso Rolando, llamado por los Españoles Roldan, y otros Paladines que le acompañaban. Tasillon, Duque de Baviera, á quien habia perdonado en otra ocasion por haberse sometido al homenaje, volvió de nuevo á la carga; pero fue confinado á un monasterio con toda su familia. Este era el menor castigo que daba Carlo Magno á los Reyes vencidos; y el silencio que la historia guarda sobre los que encerró en esta especie de sepulcros, nos hace creer que Carlo Magno no les dexaba hacer larga penitencia.

Este Príncipe, con todas las virtudes que decoran su memoria, no sé como podrá llamarse clemente, pues estremecen sus execuciones sanguinarias contra los Saxones, de los quales ademas de los que morian en las batallas hizo degollar hasta quatro mil y quinientos despues de una victoria. La muerte ó el bautismo era lo que proponia á aquellos idólatras, y así no se convertian sino por no perder la vida, y quando veian distante al vencedor se volvian á sus Dioses. A fuerza de matar ó de desterrar estableció este Emperador el cristianismo en las tierras de Saxonia. Las victorias de Carlo Magno, el ruido de su reputacion, y la felicidad de sus armas no im-

pidieron que los Moravos, los Dinamarqueses y los Normandos entrasen algunas veces por sus fronteras; pero siempre los rechazó, y los retiró á sus países, reduciéndolos á mantenerse en la defensiva.

Estas tumultuarias ocupaciones todavía le dexaban tiempo para otras mas sosegadas, aunque no ménos penosas, quales son las del gobierno, porque un gran talento todo lo abraza, y aun multiplica las horas. Exâminaba Carlo Magno las leyes de los pueblos que conquistaba ántes de permitirles el uso de ellas. Su cuidado particular era el respectivo á la religion: el Clero adoptó por su parecer el canto romano en los divinos officios: estableció en los cabildos y en los grandes monasterios escuelas de gramática, de aritmética, y de todas las ciencias que entónces se conocian. En su palacio se juntaba una especie de academia, en la qual cada miembro tomó el nombre de algun célebre antiguo, como el de Platon, Aristóteles, Ciceron, Agustino, Horacio; pero Carlo Magno eligió para sí el de David. Esta idea, que nuestro siglo abundante en ciencias tratará de puerilidad, podia servir para animar en aquel tiempo, en que se necesitaban medios extraordinarios para sa-

cudir la estupidez de los entendimientos.

Se habia visto con admiracion un órgano que de Constantinopla enviáron á Pipino, y sin duda no se admiró ménos un reloj que lleváron á Carlo Magno los Embaxadores de Persia. Concibió este Príncipe el proyecto de juntar el Rhin con el Danubio, estableciendo así la comunicacion del Océano con el mar Negro; y aunque no lo consiguió por falta de máquinas y otros medios, que aun no estaban inventados para la execucion de tan grandes obras: es preciso reconocer por lo ménos que era un Príncipe que se interesaba verdaderamente en la felicidad del género humano. Ningun trabajo útil se ocultaba de su atencion, y así se lee con placer que entraba en las menores circunstancias de las ocupaciones de la agricultura, que conocia sus tierras de renta, su producto y el número de sus ganados; que las mugeres de sus palacios manejaban el uso como la aguja, y que él se complacia en adornarse con tareas de su muger ó de sus hijas. Tuvo sucesivamente cinco esposas legítimas; y como en sus amores era indulgente, no fué severo con los de los otros. Era hombre accesible, afa-ble, y que sabia disfrutar las dulzuras de la

vida privada sin ofensa de su dignidad. Vivió Carlo Magno setenta y un años, y reynó quarenta y siete.

Habia asociado al Imperio á su hijo Luis, por sobrenombre el Débil. Este Príncipe fue enviado á Aquitania para ensayarse en el gobierno, y se portó tan bien, que su padre, sabiendo su buena conducta, no pudo ménos de decir: „Doy gracias á Dios, y alegrémonos de que este jóven es todavía mas prudente y mas hábil que nos.” No se realizáron tan bellas esperanzas en otra administracion mayor, pues la historia de Luis el Débil apénas es otra que la de sus defectos, y entre estos puede colocarse el estrépito que hizo con motivo de la conducta de sus hermanas, con las cuales habia sido Carlo Magno demasiado indulgente. Luis, que necesitaba de perdon, pues se le conoce un hijo bastardo, hizo arrastrar públicamente á los amantes de estas Princesas, y á ellas las encerró en conventos, en donde pasáron sus tristes dias como penitentes. Este castigo hizo ruidosamente notoria al pueblo la deshonra de la familia imperial.

Sostuvo este carácter con rigor cruel en la ocurrencia con Bernardo, Rey de Italia. Era este Príncipe hijo de Pipino, pri-

mogénito de Carlo Magno que le dió el reyno de Italia. Murió Pipino antes que su padre. Empeñó Luis al Emperador para que diese la corona de Italia á Bernardo , hijo de un hermano ; pero llevó á mal este Príncipe, quando murió su abuelo Carlo Magno , que no hubiese trasladado á él la corona imperial, siendo hijo de su primogénito , y antes bien se la hubiese dado á Luis , hermano menor de su padre. Significó á su tio sus pretensiones , y se armó para sostenerlas. Aquí se nota que tenia á su favor los principales ministros de su abuelo , y entre otros á Teodulfo , Obispo de Orleans. No se rindió Bernardo porque le faltase el mayor número de los señores , ántes viéndose abandonado fue á implorar la clemencia de sus tios. Luis le dió en rostro con su ingratitude , y le remitió para ser juzgado á la asamblea general : esta le condenó á muerte igualmente que á sus cómplices. Luis el Débil reduxo el castigo de la mayor parte de los Obispos á la deposicion; pero hizo sacar los ojos á los legos. Bernardo murió tres dias despues , y sus tres hermanos fuéron encerrados en monasterios.

Haciendo justicia á Luis el Débil , siempre le estuvo remordiendo esta execucion , pues así

lo manifestó en muchas ocasiones, y principalmente en sus desgracias, mas no se ve que rehabilitase á los hermanos de Bernardo; bien que dió manifiestas señales de arrepentimiento por haber castigado con la deposicion y otras penas corporales á los Obispos, Abades y otros magnates del Clero, como complices de Bernardo. En una junta de Obispos, convocada en Artiñi, les pidió perdon y penitencia. Ademas de esto llamó á su lado á aquellos Clérigos sospechosos, aquellos enemigos reconciliados: los admitió en su consejo, y entre otros á Vala, célebre Abad de Corbia; pero de aquí le proviniéron todos sus infortunios.

Hermengarda su muger, le dexó al morir tres hijos en edad perfecta; y Luis, sin saberse por qué, y sin preveer que podria casarse y tener hijos que con el tiempo pidiesen su parte, repartió sus estados, dando á Pipino la Aquitania, á Luis la Baviera, y asociando al Imperio al primogénito Lotario. Llegó el caso que debió haber previsto: se casó con Judit, Princesa alemana, muy hermosa y tan galante como él, de voto. Esta tuvo un hijo llamado Cárlo, que dió grande inquietud á los tres del imperio.



matrimonio, y no sin razon, porque Judit procuró que á su hijo se le señalase parte en los bienes de su padre. Los que habian tocado á Pipino y á Luis eran pocos para quitarles porcion alguna; y así puso la mira en los de Lotario, y á fuerza de instancias le hizo consentir en un desmembramiento que daba al jóven Cárlos, en el corazon de la Francia, una extension considerable, redondeándose desde el rio Loire hasta el Mosa. Todavía le quedaba á Lotario buena parte quando sucediese á su padre, á saber, casi toda la Alemania, comprehendida tambien la Italia y la Lorena. Para asegurarse mejor de sus estados tuvo la precaucion de no atenerse á solo el nombramiento de Emperador, y en vida de su padre se hizo consagrar en Roma.

Las intrigas de Judit introduxéron el desorden en la corte de Luis. Habia llamado como ministro á Bernardo, Conde de Barcelona, y como era hermoso, jóven y bien formado, suponian que ocupaba otra plaza. Lotario, noticioso de estas murmuraciones, se creyó con derecho de arreglar la casa de su padre, y así se presentó con un ejército. Le acompañaban sus hermanos con la esperanza de conseguir una nueva distribucion, que con

perjuicio de Cárlos, el hermano menor, fuese mas ventajosa para ellos. No se halló el Emperador en estado de hacer gran resistencia, y se abandonó á sus hijos. Se retiráron los hermanos menores, y dexáron á Lotario, que era el mayor, el cuidado de dar complemento á sus proyectos.

Ver á Luis el Débil sometido á pública penitencia en Attigni, daba esperanzas de que sin repugnancia haria dimision, pues solamente su muger era la que podia empeñarle en mantenerse firme. Tuvo Lotario la fortuna de que esta cayese en sus manos con su hijo; y así la declaró que no podia evitar la muerte sino tomando el velo, y consiguiendo de su esposo que cortándose el cabello se retirase á un convento por el resto de sus dias; y con estas condiciones la puso en libertad.

No se cree que cumplió exâctamente con su comision para con su esposo; pero efectuó la mitad tomando el velo: y creyó Lotario que todo lo demas por sí mismo se arreglaria. Convocó pues una gran junta en Compiegne, en la qual se presentó Luis, su padre, muy consternado, confesó las faltas en que habia incurrido, protestó la rectitud de sus intenciones; pero quando esperaban que concluiría tan

humilde confesion con la renuncia del trono, dixo, con gran sorpresa de Lotario, que en adelante gobernaria con mas circunspeccion y prudencia: y la asamblea, con mayor sorpresa del hijo, suplicó al padre, que habia hablado de pie á un lado del trono, que volviese á ocuparle. El hijo no tuvo mas recurso que el de reconciliarse, lo que con respecto á Luis el Débil no fue difícil; pero Lotario, ménos sincero, se valió de la reconciliacion para una nueva ofensa. Encerró á su padre en un monasterio; pero un monge, llamado Gonbaldo, le proporcionó medio de ponerse en salvo, y juntó á favor del Emperador un poderoso partido de señores, que celebrando dieta en Nimega, le rehabilitáron. Entró de nuevo en la posesion de sus estados del centro, y llamó á su muger, bien que no la admitió hasta haberla hecho jurar, que estaba inocente de los delitos que la imputaban, y haberse conseguido la dispensacion por haber tomado el velo.

No dexó Judit de llamar á su ministro Bernardo; y aquí fuéron los nuevos clamores y nuevos alborotos. Pipino de Aquitania dexó malcontento la corte de su padre, adonde habia ido á pasar algun tiempo: se armó con el

tan usado pretexto de querer reformar los abusos: el Emperador le declaró rebelde, y dió sus estados al hijo de Judit. Con este castigo temieron los otros dos, Lotario y Luis de Baviera, que su madrastra, la qual mandaba á su anciano esposo, los despojase al uno despues del otro; por lo que se unieron entre sí, y diéron con todas sus fuerzas sobre el Emperador. Sobornáron á las tropas de este, y en una junta, celebrada con precipitacion, depusieron á su padre, enviáron al Príncipe Carlos á un convento, y á la Emperatriz á otro. Se retiráron Pipino y Luis de Baviera, dexando todo lo demas á su hermano Lotario, como mas interesado que ellos en quitar á su padre hasta el título de Emperador. Convocó Lotario una solemne junta en una iglesia de Compiègne, en la que su padre se presentó como delinqüente. Le leyéron una memoria que contenia varios capítulos de acusacion; y sin oírle las respuestas, le despojáron de los ornamentos imperiales con todas las ceremonias de humillacion que se usaban en las degradaciones: le vistiéron con hábito de penitencia: arrojó con su propia mano la espada al pie del altar en señal de renuncia: le encerró su hijo en la abadía de San Medardo de Soissons, rodeán-

dole de monges, encargados de darle por modo de conversacion, ideas que le quitasen toda esperanza para que así tomase el partido de abrazar la vida monástica, diciéndole, que la Emperatriz se habia hecho religiosa, y despues que ya habia muerto: y últimamente, que habian cortado el cabello á su hijo Cárlos, y le habian precisado á hacerse monge.

Pero entre aquellos religiosos no faltó alguno que le consolase en secreto; y que desengañándole contra mentiras tan tristes, le inspirase valor para no dexarse sorprender. La paciencia, resignacion y humildad del recluso causáron compasion á los buenos monges del monasterio, y esta se comunicó á los Grandes, los quales, mortificados de haber concurrido con su inaccion y silencio á tan grande injusticia, se coligáron y levantáron un ejército. Acudió Lotario desde Italia; mas viendo que no tenia las mayores fuerzas, y temiendo que se le adelantasen sus hermanos, fue en persona á sacar á su padre de Soisons: le llevó á San Dionisio, y allí le dexó libre con su hijo Cárlos. Se le juntó de nuevo Judit; le absolvió una junta de Obispos, restituyéndole públicamente la espada y la corona; y por no parecerles esto su-

ficiente, en otra junta mas considerable celebrada en Tionville, se declaró por nulo todo lo obrado en Compiègne.

Lotario le pidió perdon, y le consiguió. Judit, aprovechándose de aquel instante de calma, y de la especie de prosperidad en que se hallaba su esposo, consiguió una nueva reparticion de sus estados: dió pues el Monarca á Lotario la Italia, con título de Emperador, á Pipino la Aquitania, á Luis la Germania y la Saxonia, á Cárlos la Francia, propriamente así llamada, con la Borgoña. Ya se advierte que este último no fue tratado mal; pero todavía le sobrevino al padre otro disgusto. Pipino, malcontento de estas disposiciones, se sublevó, y murió en su rebelion. El Soberano quitó en castigo la Aquitania á los dos hijos de Pipino, y la añadió á las posesiones de Cárlos. Luis de Baviera, en lugar de abrazar el partido de sus sobrinos contra un abuelo demasiado condescendiente con su muger, pensó en apropiarse sus despojos, y cercenó de la Aquitania lo que pudo para aumentar lo de Baviera. Lo sufría el Emperador, y su paciencia dió tantos alientos á Luis, que amenazaba en persona á los estados de su padre. Ya estaba en las riberas del Rhin: se puso el Em-

perador á la cabeza de sus tropas, y salió al encuentro á su hijo sublevado.

Sentia aquel piadoso Monarca ponerse en campaña en quaresma, tiempo que ordinariamente consagraba al ayuno, á la oracion y al retiro: no obstante se determinó; y aunque su salud estaba quebrantada, dexó su corte en Aix-la-Chapelle, y se adelantó para pasar el Rhin; pero aumentándose su enfermedad se detuvo en una isla, en donde vió sin temor que se acercaba la muerte: hizo un testamento, en que destinó para los pobres y para las iglesias parte de las joyas, y separó algunas para Lotario y para Cárlos. Observó un Obispo que se olvidaba de Luis el de Baviera, y que tal vez podia provenir esta omision de algun resentimiento contra él, debiendo perdonarle como christiano. Respondió el moribundo: „Yo le perdono de todo corazon; pero advertidle que él debe pensar en pedir á Dios perdon, y en acordarse de que ha hecho que mis canas baxen con dolor al sepulcro.” ¡Tierna reflexión, y digna de que la sepan los padres y los hijos!

Luis el Débil, muy digno de este nombre, si por debilidad entendemos la costumbre de dexarse gobernar, murió á los sesenta y dos



Batalla de Fontenai.

Afectado Teodoro que tomaba a su cargo el desagravio de sus sobrinos, rompió con sus hermanos y en los campos de Fontenai se dieron una de las más memorables batallas. Pericieron en ella 7000 hombres; y despues se concertaron los príncipes como pudieran haberlo hecho desde luego. Pues para qué pelearon? Parece que solo para asegurarse de que sabian sacrificar inútilmente 7000 buenos vasallos.

años. Debiera haber reservado para sus hijos parte de la rigidez con que trató á su sobrino Bernardo: debiera haber castigado la culpa de Pipino de Aquitania con el despojo de sus hijos, el mayor de los quales se llamaba Pipino como su padre. En Luis el Débil se hallaban todas las virtudes sociales: se dice que era muy aplicado á la astronomía; y á vista de las desgracias que le sucedieron sobre la tierra, se le pudiera comparar con aquel astrónomo que cayó en un pozo por ir mirando y considerando el cielo.

Imaginando Lotario que los títulos de primogénito y de Emperador le daban algun derecho sobre sus dos hermanos Luis el de Baviera y Cárlos, afectó una superioridad que llegó á desagradarles. Dió á su gravedad el colorido de que debia proteger á sus sobrinos, hijos de Pipino, Rey de Aquitania. Los dos hermanos por una parte, y el tio y los sobrinos por otra, se diéron en los campos de Fontenai una batalla de las mas memorables que se cuentan en la historia: perecieron en ella cien mil hombres; y despues de tanta sangre derramada, se compusieron entre sí los hermanos, como pudieran haberlo hecho ántes: porque Lotario conservó la Italia con el

título de Emperador; Luis la Germania, por lo que le llamaron Germánico; y Cárlos los estados del centro, como antes los tenía con la Neustria. Abandonó Lotario los intereses de sus sobrinos, habiendo servido estos de pretexto para la guerra. Emprendieron ellos la defensa de Aquitania, su patrimonio; y Cárlos, haciéndolos prisioneros, los encerró en un monasterio, y se apoderó de su reyno.

Acompañó la fortuna á este Príncipe en todas las empresas contra su familia: se aprovechó de la discordia de sus sobrinos para tomar de sus estados quanto le acomodaba; y de este modo llegó á ser el mas poderoso de los descendientes de Carlo Magno, y á tomar como él el título de Emperador. Durante su reynado entraron los Normandos en Francia en mayor número, y con mas frecuencia que nunca. A sus inundaciones opuso diques de plata; porque la primera vez les dió el peso de siete mil libras, y cinco mil la segunda; pero esto no era rechazarlos sino empeñarlos á que volviesen á ver si habia quedado mas cantidad de tan precioso lastre para sus navíos, y así no dexaron de acudir en su tiempo y en los de sus sucesores.

Vivia entónces Roberto el Fuerte, señor

distinguido, que tenia suficientes estados para hacerse temible: por una mala política se los aumentó Cárlos en el centro de sus dominios; y para separarle de los intereses de Salomon, Duque de Bretaña, le dió el Ducado de Francia, ó como otros lo entienden, el gobierno, si no fue la soberanía del pais, que está entre el Sena y el Loire. No preveia que semejante generosidad habia de ser algun día perjudicial á su familia.

Cárlos el Calvo murió á los cincuenta y quatro años: celebró freqüentemente concilios, ó por mejor decir asambleas mixtas, en las que se hacian reglamentos útiles, conocidos tambien con el nombre de capitulares. El uso de trasladar á los Obispos de una catedral á otra le hizo mas dueño de ellos que á sus predecesores, porque de él dependia pasar de un obispado á otro mas opulento ó distinguido. No sé si seria falta de política ó vicio del tiempo, el que fue causa de que sus hijos no fuesen mas obedientes que lo que habian sido para Luis el Débil sus hermanos. Cárlos, el hijo menor, al qual habia hecho Rey de Aquitania, no obstante que murió jóven, vivió lo suficiente para manifestar su desobediencia. Otro, llamado Carloman, pu-

so á su padre con sus frecuentes rebeldías en la precision de encarcelarle y privarle de la vista. Judit, su hija, no observó la mejor conducta para su reputacion, pues habiendo enviudado de un Rey de Inglaterra, se casó con el hijo mayor de su marido con escándalo de todo el mundo cristiano; y habiéndole enterrado, volvió á Francia todavía jóven, siempre galante, y se dexó robar de Balduino, Conde de Flandes, consintiéndolo Luis su hermano mayor. Se vió Cárlos precisado á perdonar estos desaciertos, y aun á sufrirlos en Riquilda, su segunda muger; y tal vez estas intrigas fuéron las que le apresuraron la muerte. Se dice que le dió veneno un médico Judío llamado Sedecias; y no solamente se dice, sino que se afirma; como si á un médico, por ignorante que sea, fuera fácil probarle, que él es el que dió el veneno. Sedecias, ni fue castigado ni aun buscado.

Al Calvo sucedió el Tartamudo su hijo, llamado Luis. Parece inútil dar el motivo de estos sobrenombres. El nuevo Rey, con el fin de asegurar su tranquilidad, dió con profusion gobiernos, obispados, abadías, y otros empleos útiles y honoríficos, á todos los Grandes que al principio se le presentáron. Los

que llegaron despues murmuraban, y no de la prodigalidad, sino porque no eran partícipes; y así enojados, se negáron á reconocerle. Pero reflexionándolo mejor se sujetáron con la condicion de que les distribuyese lo restante. Esto es quanto se puede decir de un reynado de tres años.

De Luis III y de Carloman, sus dos hijos, el primero murió de enfermedad, y el segundo de accidente. Este dexó á su muger en cinta. Cárlos el Gordo, primo hermano de los dos, ya Rey de Alemania, y reconocido Emperador, fue admitido por los señores Franceses, segun unos, como Rey, segun otros, como tutor del póstumo Cárlos, que nació de la viuda de Carloman. De qualquiera suerte, Cárlos el Gordo se mostró muy inferior á lo que de él se esperaba: pues era visionario, melancólico, valetudinario, devoto, dado á las mugeres, débil de cabeza, sin valor ni resolucion. Durante su gobierno sitiáron los Normandos á Paris, y los retiró á fuerza de dinero. Tuvo que dexar la Francia por el desprecio que hacian de él sin disimulo. Volviendo á Alemania cayó enfermo, y lo que jamas se ha visto, le abandonáron de modo que le faltó lo necesario. Todos sus criados le dexá-

ron, siendo su muger, que suponía permanecer vírgen, la primera que dió el exemplo de desampararle. Si el Arzobispo de Maguncia no hubiera sabido casualmente su enfermedad, hubiera muerto de hambre. Arnaldo, Rey de Baviera, señaló á este Emperador la renta de tres ó quatro pueblos para que pudiese vivir.

Hasta que el hijo póstumo de Carloman llegase á competente edad, diéron los señores la corona á Eudo, hijo de Roberto el Fuerte, que se habia distinguido en el sitio de Paris; y ya colocado en el trono, no le quiso ceder al póstumo Cárlos III el Simple; pero este le ocupó por muerte de Eudo, y cedió á los Normandos la Neustria, llamada por esto Normandía. Cárlos el Simple tuvo un hijo, que fue Luis IV, llamado de ultramar, porque su madre se salvó con él en Inglaterra, por evitar la triste suerte que acababa de experimentar su marido. Cárlos el Simple, que no carecia absolutamente de energía, habia sostenido valerosamente su corona contra Roberto, que quiso quitársela muerto su hermano Eudo. Cárlos le venció, y despues por un terror pánico, le abandonó sus estados, y se puso en manos de Heberto, Conde del Vermandes, el qual le tuvo en la cárcel hasta que murió.

Entre tanto, Hugo el Grande, de la familia de Eudo, tuvo las riendas del gobierno, y para ganar á los señores les dió muchos dominios con la carga de homenaje y reconocimiento. Desde esta época empieza la creacion de los feudos en Francia. Hugo el Grande, ó por no dignarse, ó por no atreverse á hacerse Rey, dexó á Raoul su pariente tomar el cetro. Volvió Luis de Inglaterra á disputar á este la corona, y Hugo el Grande sostuvo el fantasma de Rey que habia creado, porque él se titulaba Duque de Francia y de Borgoña, Conde de Paris y de Orleans, en lo qual se ve quan reducido era el reyno que Luis pedia á Raoul, y en el qual entró, á pesar de los esfuerzos de Hugo el Grande, dexándole despues á Lotario su hijo, y este á Luis V, llamado el Ocioso, que no reynó mas que un año. Murió envenenado por su muger, y lo mismo dicen que sucederia á su padre. En estos acabó la familia de los Carlovingios, que duró 237 años.

Todo estaba dispuesto para quando murió Luis V, en tales términos, que Hugo Capeto, hijo de Hugo el Grande, y biznieto de Roberto el Fuerte, no tuvo que hacer mas que presentarse para ser proclamado. La feliz con-

currencia de las circunstancias que le colocaron en el trono, no fue todavía suficiente para que se dixese que habia tenido parte en la muerte precipitada de su antecesor. Vivía entonces un hijo de Luis el de Ultramar, llamado Cárlos, Duque de Lorena, á quien pertenecia la corona: la reclamó, y sostuvo su derecho; pero sus fuerzas no eran iguales á las de Hugo Capeto, el qual, antes de ser Rey, ya era Duque de Francia, Conde de Orleans y de Paris, y cuñado de los Duques de Borgoña y de Normandía. Cárlos fue hecho prisionero, y murió siéndolo. Dicen que un hijo suyo le sucedió en Lorena; pero la opinion mas recibida es que no dexó posteridad.

Gobernó Hugo Capeto con mucha prudencia rodeado de grandes señores, envidiosos los unos de los otros, y él los dexaba pelear sin mezclarse en sus querellas. De este modo se debilitaban, y la autoridad real iba tomando á proporcion nuevas fuerzas. Determinó este Monarca hacerse consagrar, y tomó la misma precaucion para con Roberto su hijo. No reynó Hugo Capeto mas que nueve años, y dexó el reyno tan pacífico como si su familia le hubiera gobernado largo tiempo. Por

genio era político, y valiente en la ocasion. Se cree que le llamáron Capeto porque tenia muy gorda la cabeza, y sus descendientes se quedáron con este sobrenombre.

Roberto su hijo nos ofrece en el trono un fenómeno singular, porque en las leyendas le vemos tratar como á santo, y al mismo tiempo vemos que le excomulgáron, y en términos que los prelados, señores y toda su corte huian de él como de un apestado, porque no queria despedir á Berta, viuda, con quien se habia casado, habiendo sido padrino de un hijo suyo en el bautismo, impedimento que por falta de dispensacion hacia nullo el matrimonio. No era Berta jóven ni hermosa; pero por su buen carácter convenia á Roberto, que en su casa era piadoso y amante de la paz. La excomunion le proporcionó para muger á Constanza, que era hermosísima, pero soberbia, caprichosa, y tan altiva, que el desgraciado marido no tuvo con ella un momento de sosiego.

Ella quiso gobernar, y gobernó por mas esfuerzos que hizo Roberto para que no le dominase. Como su padre, Hugo Capeto, hizo consagrar y reconocer por Rey á un hijo suyo, viviendo él, precaucion que parece

era un secreto de familia, que los Capetos heredaron unos de otros. La imperiosa Constanza se alegró mucho de que su esposo admitiese en la autoridad un rival; á quien ella pudiese manejar, si Roberto resistia á su voluntad. Empezó pues á doctrinar á su hijo, excitándole á que atraxese á sí el poder de que pensaba aprovecharse: mas no hallando en el jóven la docilidad que esperaba, le atormentó, le maltrató, le precisó á dexar la corte, y aun á tomar las armas. El padre, en lugar de valerse de la fuerza contra su hijo, sabiendo la causa de su rebeldía, le buscó, le reduxo, y le trató tan bien, que le convirtió en un amigo que le ayudase en el gobierno.

Murió por desgracia este hijo, y empezaron las nuevas pretensiones de la madre. Quería que no le sucediese Henrique, sino Roberto, que era el menor, porque esperaba acomodarle mas fácilmente á sus ideas; pero el padre se mantuvo firme, é hizo coronar á Henrique. Trabajó Constanza lo posible por suscitar á Roberto contra su hermano, pero no consiguió desunirlos. Viendo frustrada esta esperanza concibió un odio mortal contra los dos; y á fuerza de malos tratamientos, los obligó á dexar la corte. Volvió

el padre á buscarlos, los reduxo, y todo lo puso en paz, en quanto era posible con muger semejante. Sin duda se santificó el buen Roberto en el exercicio de la paciencia; y en esta virtud se le puede poner por modelo á muchos maridos. Era muy exácto en el oficio de la iglesia, y todavía se cantan en ella himnos de su composicion. Asistió con la Reyna Constanza al suplicio de los hereges Maniqueos, quando los quemáron vivos en Orleans. No quiso recibir la corona imperial, ni el reyno de Italia: murió á los sesenta años con sentimiento universal; y los que asistian á su funeral decian llorando: „Hemos perdido nuestro padre que nos gobernaba en paz, y baxo de su mando estaban seguros nuestros bienes.” Lo que decian los asistentes lo repetia toda la nacion desde léjos, porque jamas ha habido Príncipe mas alabado, ni que lo fuese mas universalmente.

No habia agotado Constanza toda su malicia con su marido: alguna le quedaba para su hijo Henrique I. Como no esperaba que este la dexase gobernar, suscitó contra él á Roberto su hermano, y tuvo el gusto de ver como los dos buscaban alianzas para pelear entre sí; pero tambien tuvo el despecho de ver

que se reconciliáron. Para conseguirlo cedió Henrique á su hermano el Ducado de Borgoña. Tambien fue comprehendida la Reyna Madre en aquella composicion; y no teniendo ya esta muger que enredar, murió.

Imitó Henrique á su padre y abuelo en la política de dexar que los señores se arruinassen con guerras, y así se mezcló poco en las quejas de unos con otros. No obstante, viéndose mas fuerte que Hugo Capeto y Roberto, se atrevió á castigar á algunos indóciles, empezando por los mas débiles. De su tiempo es el primer exemplar que se halla del castigo del crimen de felonía con la confiscacion de las tierras del vasallo, y su reunion á la corona. Tambien dicen que traen origen de su tiempo las largas guerras que se han verificado entre los Reyes de Francia y los Duques de Normandía, de donde se han seguido casi siempre despues con Inglaterra.

En la que Constanza suscitó á su hijo Henrique, imploró este el auxilio *de Roberto el Diablo*, Duque de Normandía, llamado así en Francia por los estragos que hizo en ella. Creyó, segun la opinion de aquel tiempo, expiar sus crueldades con una peregrinacion á Tierra Santa, y quando partió encomendó

al Rey de Francia, á quien habia hecho servicios, su hijo Guillelmo; pero Henrique, en lugar de sostener al hijo de su amigo contra las empresas de los señores Normandos, dicen que fomentó á los malcontentos, y suscitó al jóven Guillelmo grandes dificultades, de lo qual provino entre los dos Principes, el odio, en que despues se interesáron las naciones. Procuró Henrique dexar consagrado Rey á su hijo, aunque de poca edad, y murió á los cincuenta años por haber tomado sin precaucion una medicina. A este se debe *la tregua del señor*, ó la ley que prohibia los desafios desde el jueves hasta el domingo, por respeto á los misterios que en estos dias obró Jesucristo. Esto es todo lo que por entónces pudieron hacer reunidas la autoridad civil y eclesiástica contra la manía de los duelos, tanto jurídicos como voluntarios.

Felipe I no pasaba de ocho años, y así le puso su padre baxo la tutela de Balduino, su cuñado, y Conde de Flandes, que le crió con mucho cuidado. A lo que parece no faltaba á Felipe entendimiento; pero mal arreglado, y era de poca delicadez en la probidad, porque toda su vida se valió de astucias, alabándose con grande satisfaccion de

su habilidad en ellas quando le salian bien; y por el contrario se confundia, y caia de ánimo quando le salian mal. Este carácter le hizo despreciable á sus vasallos, y odioso á los Príncipes vecinos. Pudo costarle cara una insolente burla. Estaba perpetuamente en guerra ó en negociaciones de paz con Guillelmo, Duque de Normandía, el que conquistó á Inglaterra; y quando le ponía en alguna dificultad, principalmente dando auxilio con fraude á los hijos rebeldes del Normando, triunfaba el Frances gloriándose de su astucia; pero al punto que Guillelmo, sabiendo sus maniobras, le amenazaba con la venganza, le aplacaba Filipo con sumisiones, aunque con ánimo de volver á darle que sentir.

Guillelmo, que era hombre muy grueso, se hallaba en cierta ocasion en cama por una indisposicion, y tardaba en salir á campaña. Dixo Felipe á sus cortesanos por modo de chiste: „¡Quando parirá ese hombre preñado!” El Duque, á quien contáron este dicho, dixo, aludiendo á la ceremonia de las mugeres, que quando salian á Misa llevan una vela á la iglesia: „Presto me levantaré del sobreparto, y será tanta la luminaria que presentaré al Rey de Francia, que se arrepentirá mucho de su

chiste." Esta luminaria no fue ménos que el incendio de Nantes, ciudad que pagó la insulsa chanza de su Rey; y fue fortuna, que el Duque, que tenia un buen ejército, sobreviviese poco á su cruel venganza. Con su muerte se abrió el camino á las intrigas del genio cauteloso de Felipe. Tuvo el gusto de enredar unos contra otros á los Príncipes Normandos, sembrando entre los hermanos la cizaña. Estas desavenencias le proporcionaban, bien manejadas, el medio de que le concediesen algunas plazas al reconciliarlos; pero muchas veces, despues de hacer la paz, le quitaban á él mas, en castigo de sus intrigas, quando las descubrian.

Por los hechos siguientes se conocerá mejor lo poco escrupuloso que era Felipe I. Habia mucho tiempo que estaba casado con Berta, y tenia de ella muchos hijos ya grandes. Se cansó de la Reyna, y se separó con pretexto del parentesco: le propusieron la hija del Conde Rugero, que era muy rico: lisonjeado este del honor de colocar á su hija en el trono de Francia, la envió á su futuro esposo con un tren magnífico, y gran suma de dinero: se apoderó Felipe de las alhajas y del dinero, y volvió á enviar la Con-

desa á su padre. Historiadores hay que aseguran, que solamente la llamó por lograr sus despojos. Despues de esta accion, que en estilo familiar pudiera llamarse una estafa, no nos admiraremos de verle en otra accion de hombre sin honra: bien que si entónces habia gentes que pensasen, como los que ahora llamamos hombres de mundo, les pareceria admirable el hecho que reprehendemos como contrario á la probidad, porque fue una sorpresa hecha á un marido desagradable.

El Conde de Monfort tenia una hija llamada Bertrada, que pasaba por la persona mas hermosa de la Francia: y por esta reputacion, Foulques, Conde de Anjou, que por su mal humor fue llamado el *Rechin*, la pidió por esposa, y la consiguió. Bertrada se habia prestado á esta alianza con la mayor repugnancia, y solo por atencion á su familia. Ademas su esposo no supo despues agradarla. Con la noticia de que Felipe se habia separado de Berta, seduxo á Bertrada el atractivo de una corona: tomó secretamente sus disposiciones con el Rey de Francia: pasó este á visitar al Conde de Anjou en política amistad: fue bien recibido por el Conde; y el Rey, en reconocimiento, le quitó la muger. Aquí habia

dos dificultades que vencer para vivir tranquilo con ella: era preciso que la iglesia aprobase su divorcio de Berta y el de Bertrada y el Conde de Anjou. Aunque duraron largo tiempo las negociaciones, vivian los dos amantes como esposos, pero excomulgados. La muerte de Bertrada quitó luego una de las dificultades. Llegó el caso de reducir al Conde de Anjou, y este cedió, y aun volvió á ver al infiel amigo sin acreditar mucho su mal humor.

Entónces ya pudo el Monarca pasar ocioso el resto de sus dias á los pies de su Onfala; y no por esto se crea que fue un Hércules, antes bien tan léjos estaba de manifestar que era propio para los trabajos que hicieron ilustre al héroe fabuloso, que abandonó todos los cuidados del gobierno en manos de su hijo, conocido despues con el nombre de Luis el Gordo. Todavía pudiéramos sacar de la vida de Hércules otro paralelo, diciendo que Luis el Gordo, fue como aquel el blanco del odio de su madrastra. Bertrada, imperiosa y zelosa como Juno, persiguió á su hijastro, y aun quiso quitarle la vida con veneno para que cayese la corona en sus propios hijos; pero por no haber sido suficiente la dosis, le sanó un médico hábil, que le administró en

tiempo el contraveneno. Perdonó Luis á su madrastra, y esta vivió con él con tan buena correspondencia, que se creyó haber sido verdadero el arrepentimiento que mostró. Desde entónces se mezcló muy poco Felipe en los negocios de su propio reyno, y ménos en los de sus vecinos. Murió á los cincuenta años, esclavo sumiso de Bertrada.

A Luis VI, el Gordo, le había asociado su padre al trono, consagrándole; pero Luis se hizo coronar segunda vez, y se aplicó, como quando era heredero de la corona, á hacer que reconociesen los derechos de su centro los señores que le rodeaban, entre los cuales se cuentan los Condes de Corbelle, de Nantes, de Couci, de Monfort y otros, cuyos feudos, ó estaban situados en la extension del dominio real, ó la atravesaban. Este dominio se reducía entónces á Paris, Estampes, Orleans, Compiègne, Melun, Burges, y algunas ciudades de poca consideracion en estos territorios. Contemplando lo estrecho de estos límites causa admiracion ver que iba Luis el Gordo á la cabeza de doscientos mil hombres contra el Emperador Henrique V, el qual traía contra la Francia todas las fuerzas de Alemania; y sin duda en las ocasiones im-

portantes se reunian al Rey de Francia los principales vasallos, como los Duques de Borgoña y de Aquitania, los Condes de Champaña y de Flandes y otros semejantes. Entónces podria decirse verdaderamente que un Rey de Francia era un gran Monarca. Los Duques de Normandía no eran ya del número de sus defensores, ni conservadores de la integridad del reyno; porque como llegaron á ser Reyes de Inglaterra solo pensaban en estrechar al de Francia extendiéndose por el continente. Les oponia Luis poderosos obstáculos: tenia por ministros quatro hermanos llamados los Garlandas, pero ningun favorito; porque „un Rey, decia él, no debe tener otro que su pueblo:” en solo este dicho se contiene su elogio; de modo que es inútil decir que fue un Monarca excelente. Vivió Luis el Gordo sesenta años.

Se habia criado en la Abadía de San Dionisio, y en ella hizo educar á su hijo Luis VII, llamado el Joven, para diferenciarle de su padre. Eran aquellos grandes monasterios las escuelas de la noble juventud, y se hallaban en ellos hombres de eminente mérito, que eran la honra de su siglo. Un Súgero, Abad de San Dionisio, profundo po-

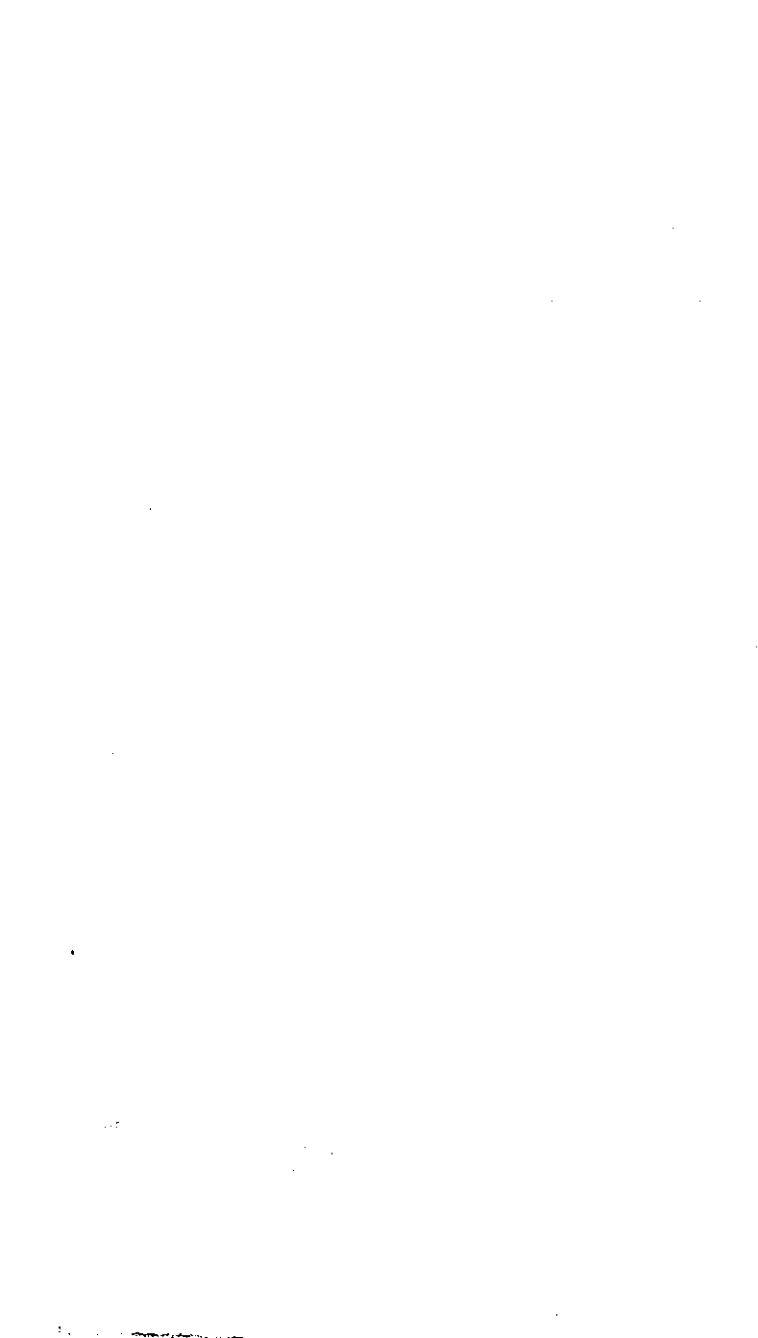
lítico, ministro prudente, consejero de los Reyes y amigo suyo: un San Bernardo, Abad de Claraval, ingenio brillante, dotado de una eloqüencia dulce y llena de calor, que como el Hércules Gáula tenia los oidos de sus oyentes pendientes de su lengua con cadenas de oro. Entónces vivía aquel Abaylaro, castigado por sus amores y sus escritos: y que extraviado por la metafísica, y por el laberinto de una dialéctica abstracta cayó en la heregía, y hubo de sufrir la humillacion de retractarse públicamente.

San Bernardo predicó la Cruzada, y la persuadió. No llevan fundamento los que desacreditan la buena fe de aquellos Reyes, diciendo, que animaban tales peregrinaciones para debilitar á los vasallos con los gastos que tenían que hacer, y establecer de este modo la autoridad real sobre su ruina; porque en esta primera Cruzada no se halla razon política; pero sí el entusiasmo con que toda la corte y todo el reyno tomó la cruz, como por una repentina inspiracion. La misma Reyna se cruzó con las principales damas de la corte. El dote que Leonora habia llevado á Luis fue el Ducado de Guyena, con el condado de Poitou. Partió á la Tierra Santa, tal



S. Bernardo predica la cruzada.

Predica una cruzada un S. Bernardo, cuya sublime virtud y sabiduría están fuera de duda; y una perniciosa de orgullosos políticos la desaprueba toda. Estos las juzgan solo por sus efectos; aquel la persuadía conforme al digno objeto de su fin. No correspondieron á este, por empresa tan digna de los Christianos podía disminuir por los vicios, abusos y errores de los que intervinieron.



vez mas por curiosidad y diversion que por zelo; y llegando á Antioquía, halló Eleonora en el Soberano de esta ciudad un Cristiano que la agradó, y en el jóven Saladino, Sultan de Egipto, un Mahometano que la interesó. Su marido, que no gustaba de tanta afabilidad, la sacó de Antioquía para que cumpliese en Jerusalem con sus devociones; y volviendo á Francia la repudió; pero la restituyó las hermosas provincias que habia llevado en dote. Seis semanas despues se las dió con su mano á Henrique, Conde de Anjou, Duque de Normandía, y heredero del reyno de Inglaterra. Quando subió á este trono se halló aquel Principe en posesion de los Ducados de Normandia y de Guyena, de los Condados de Anjou, Poitou, Turena y Mayne, y tan poderoso en Francia como el mismo Rey. Luis VII pasa por un Rey piadoso y casto; y á la verdad, si hubiera sido ménos escrupuloso, hubiera hallado modo de deshacerse de su muger, sin dexar salir de sus manos un dote tan considerable. Murió á los sesenta ños.

Tuvo de su tercera muger á Felipe II, por sobrenombre Augusto, que le sucedió. La historia de este Príncipe, como conquis-

tador, pudiera ser larga; pero ya he dicho que todas estas historias de guerras se parecen unas á otras, y se reducen á destrucción y desolaciones, á paces y treguas para tomar aliento, y volver á empezar la miseria de los pueblos. No obstante, pueden tener excusa las guerras de este Monarca por no haber tenido otro fin que sujetar á su corona las porciones que la habian quitado, y así volvió á reunir la Normandía, que trescientos años antes se habia separado, Anjou, Mayne, Turena, Poitou, la Oubernia, el Vermandes, el Artois, y muchas ciudades intermedias.

Aunque fue Príncipe prudente, se dexó llevar del genio de aquel siglo, y así hizo el viage á Tierra Santa; pero no estuvo allá mas que el tiempo preciso para que viesen que habia cumplido su promesa. Tuvo, como su padre, el capricho de divorciarse de su muger Ingerberga, y estuvo por tres ó quatro años excomulgado; pero viendo que se tomaba en su reyno con seriedad este punto, y que ya los pueblos empezaban á murmurar de verle tranquilo entre los rayos de la iglesia, pidió que se juzgase su divorcio en una junta de Obispos. Miéntras estos se dividian en opiniones, bien fuese por temor de no agra-

darle, bien fuese por remordimientos de la conciencia del Príncipe por no haber tratado bien á una esposa devota y paciente, que se habia merecido la estimacion general, envió Felipe á decir á los Obispos, que ya él habia resuelto sobre el punto; y llevándose á Ingerberga á su palacio, siempre vivió bien con ella. A este Príncipe pudo llamársele el padre de las ciudades; porque las dió privilegios, leyes de policia, y en quanto permitian las artes, que entónces estaban en su infancia, las adornó. Coronó sus hazañas militares con la victoria de Bovines, en la qual derrotó con peligro de su vida al Emperador Oton, que tenia fuerzas superiores. En los años que se siguiéron á este triunfo, siempre se exercitó Felipe en las virtudes pacíficas y útiles á sus pueblos, los quales le temian, amaban y respetaban. Despues de su muerte, que fue á los sesenta años de su edad, le dió la pública voz el sobrenombre de Augusto, quando ya calla la lisonja.

A Luis VIII, su hijo, le llamáron el Leon, para dar á entender su grande ardor en los combates. La prueba principal que dió fue contra los Albigenses, hereges crueles y libertinos: no carecian de estos vicios los que

combatian con ellos , á excepcion de Luis , que fue un modelo de pureza en sus costumbres , y de exâctitud en las obligaciones de la religion. Murió á los treinta y nueve años , dexando un hijo de doce baxo de la tutela de la insigne Reyna Doña Blanca de Castilla , su madre.

La Regencia de esta Princesa hizo mucho honor á su espíritu : fue muger fuerte y política : dirigia los sucesos como superior á ellos : contuvo en su deber , y no sin trabajo , á los señores , los quales creian que baxo del gobierno de una muger volverian fácilmente á su antigua autoridad ; pero reprimió á unos con la fuerza , y á otros los ganó con la mansedumbre. Aunque intentáron excitar sospechas de galantería quando ya tenia quarenta años , nada perdió su opinion ; porque generalmente quanto reprehendiéron en su conducta no fue mas que una prueba de la ligereza y perversidad , que presiden en los juicios que se forman de los Soberanos en sus propias cortes. La acompañaba mucho Tibaldo , Conde de Champaña , que la queria ; pero la Reyna Blanca le sufrió , porque seria peligroso chocar con él : ¿ luego le amaba ? Daba á entender que deferia á los consejos de un legado del Papa , y le admitia freqüentemente : ¿ luego le tenia pasion ?

Mas la Reyna dexaba hablar, y obraba. No ha habido otra que tan indiferente se mostrase á las hablillas del público; pero los sucesos la justificáron mucho mas que quantas medidas pudiera haber tomado para que cesasen. Pretendian desacreditar todas sus acciones con maligna calumnia. Educaba Blanca á su hijo con grande piedad, y en los preceptos de la mas exácta virtud; y solo por esto decian que pretendia mas bien criar un monge, que un Monarca para continuar gobernando en su nombre. Quando San Luis se casó era muy jóven; y temiendo que los excesos le debilitasen, templaba la Reyna el comercio de los dos esposos, y esto lo atribuian á que rezelaba la madre que la jóven Reyna llegase á tener demasiado imperio en el corazon de su esposo; pero las malas interpretaciones que se diéron á las prudentes precauciones de la madre, no consiguiéron separar de ella á su hijo; porque le habia inspirado con la felicidad de su gobierno una estimacion y ternura que jamas flaqueáron.

Esta educacion, que llamaban monacal, no dió al Monarca debilidad ni exceso en la administracion del reyno, porque era devoto sin ser supersticioso: respetaba la autoridad de

los sumos Pontífices; pero sabia distinguir entre el sacerdocio y el imperio. Trataba con atencion al clero, pero le tenia bien arreglado: no saqueaba los bienes de la iglesia, pero sostenia con su socorro el estado. Todo el efecto del rigor con que le criaron en los principios religiosos, fue hacerle inflexible en los principios de la justicia: la hacia al estilo de los Patriarcas debaxo de una encina, cuya sombra abrigaba á los clientes á la puerta de su palacio. Aun en los pleytos en que se interesaba su patrimonio no habia que temer en tomarle por juez á él mismo. Los señores Ingleses, en la causa mas importante en que se trataba de decidir entre ellos y su Rey, tomaron por árbitro á San Luis, y pasaron por su decision.

Aun en las dos Cruzadas se le debe excusar, porque sobre ser la mania de su siglo, procedió en ellas con todas las precauciones y preparativos para lograr buen éxito; y aunque se desgraciaron por la peste que sobrevino á los soldados, y él cayó en poder de los infieles, entre las mismas cadenas se mostro grande y constante, é hizo respetable su virtud. Murió de peste á los cincuenta y seis años en su expedicion contra Tunez.

Si pensare alguno que la devocion apo-

De tal modo gobié la meigue Blanca los prin-
cipios de justicia en el conuen de su hijo, que
la debieron los franceses u los envidiosos mur-
de en su Lamo un medlo de Reyes justos. Im-
parcial hasta conuigo mismo, solo á la mueren
atendida. Debese de una muelca enuina excitada
repreto, conuianza, temer u admiracon. No es el
aparte, es la irresistible fuerca de la verdad lo
que conuenen todos.

S. Luis administrando justicia.



có su espíritu, lea los establecimientos de San Luis, y hallará en ellos todas las instituciones civiles que han hecho floreciente el reyno. Sus instrucciones á Felipe su hijo son un modelo de lo que debe saber un Príncipe. Fue guerrero infatigable, valiente sin alteracion, buen hijo, buen esposo, buen padre, Monarca justo y compasivo. Con estas calidades sobra el título de santo, si este no significara que Luis IX poseia todas las virtudes en quanto pueden juntarse en la flaqueza humana.

Felipe III, su hijo, fue llamado el Atrevido; porque entre los Sarracenos, estando prisionero con su padre, tuvo valor para castigar á un soldado insolente que le faltaba al respeto. Siguió los pasos del autor de sus dias; y en la carrera militar logró muchos aciertos para contener á sus vasallos y á sus enemigos. Se le censura el favor que dió á Brosse, á quien desde el estado de barbero elevó á la dignidad de Mayordomo mayor; pero tambien se censura en la Reyna el suplicio de este privado, á quien hizo ahorcar, y á lo que se cree, mas por venganza que por justicia. No estimaban á Brosse; pero ninguno aprobó que le castigasen por un de-

lito, de que no hubo mas prueba que la revelacion de una falsa beata. En tiempo de este Felipe sucedió la horrible matanza, llamada *las vísperas Sicilianas*; y sin embargo de llamársele el atrevido, no la vengó. No le disgustaba el dinero; pero fue muy detenido en la imposicion de tributos, y muy moderado y justo en su cobranza. Murió á los quarenta y un años de edad.

En su reynado cesáron las Cruzadas, y empezó á perder algo de su esplendor *la caballería*, que tenia entónces tales ceremonias que parecia una institucion religiosa. Un Caballero era entónces un noble, á quien desde la infancia le inspiraban dos obligaciones bien opuestas, á saber: el amor de Dios y el de las damas; y tenia que guardar la misma fidelidad á uno que á otro. Quando llegaba á la edad de poder llevar el morrion y el escudo, y despues de haber pasado por los grados de *garzon*, *page*, *doncel*, nombres casi sinónimos, que indicaban el primer aprendizaje de las armas, se le admitia el grado de Escudero, el qual le autorizaba ya para intentar hazañas que le mereciesen el grado de Caballero.

Quando le juzgaban digno de este título

se juntaban los Caballeros del territorio, y durante la noche que precedia á la ceremonia, el candidato, que habia estado ayunando todo el dia, oia con devocion el oficio, y esto se llamaba *velar las armas*. Le bañaban, y se confesaba para limpiarse de toda mancha, así interior como exterior. El Caballero mas antiguo, ó el mas distinguido por su mérito, le daba el espaldarazo, esto es, un golpe con la espada en las espaldas, y le abrazaba, diciendo: *Yo te hago Caballero*. La dama mas respetable le ceñia la espada: las mas jóvenes le calzaban las espuelas, y le ponian el talabarte, que regularmente habian ellas bordado por sus propias manos.

Entónces podia el Caballero salir á correr el mundo, y desafiar con la lanza á quantos encontraba de su órden, y pelear hasta matarlos, si no querian confesar que la dama del acometedor *era la mas hermosa de todas las hermosas*, aunque jamas la hubiesen visto. Todos los Caballeros eran bien recibidos en los castillos, aun quando no fuesen conocidos; y si llegaban con heridas cuidaban de ellos las damas y doncellas, las quales se preciaban de saber remedios, y recetas propias para semejantes circunstancias. A la compasion

que causaba el herido sucedía muchas veces la ternura; pero siempre observaban la mas pura conducta, á pesar de la intimidad que causa el trato. Con ser las prácticas respetuosas de la Caballería tan distintas de nuestras costumbres, no hay cosa mas conforme á la verdad que la noticia que nos conservan las antiguas novelas. Los torneos sostenian la institucion de la Caballería, porque proporcionaban lides y destreza en ellas, y ponian á los grandes señores en la ocasion de desplegar su magnificencia.

La belleza del rostro, y lo agraciado de la persona, diéron á Felipe IV de Francia el título de Hermoso. Era cauteloso en sus tratados, y poco fiel en su palabra: esto le suscitó muchas guerras, y fue causa de la desavenencia entre él y Bonifacio VIII, la qual llegó á tales términos que no dexó de escandalizar: porque escribiendo el Pontífice al Monarca que solo un insensato dudaría del derecho con que le podia pedir cuenta de su conducta y corregirle, le respondió con el mayor desprecio. Con motivo de no estar conformes los Cardenales en la eleccion del sucesor, que habian de dar á Bonifacio VIII, y de haberla remitido á tres prela-

dos, uno de los cuales era Beltran de Got, Arzobispo de Bordeaux, se abocó el Rey, con él, y le prometió los votos de los otros dos Electores; pero con varias condiciones que explicó, añadiendo otra que reservaba en su pecho, y que se cree haber sido la destruccion *de los templarios*. Poseian estos inmensas riquezas, y aun se rezela que este fue su principal delito. No puede negarse que con la libertad militar pudieron introducirse vicios entre estos Caballeros, y aun abusos reprehensibles. Es muy posible que una juventud petulante imaginase en los accesos de su alegría algunas prácticas absurdas y ridículas; pero no parece creíble, que todo el cuerpo de los templarios, así viejos como jóvenes, las consagrasen como leyes, ni que á los pretendientes los recibiesen en su orden con ritos antichristianos y abominables.

No obstante, la mayor parte se viéron acusados de estos delitos, incluso el Gran Maestro y los principales oficiales, que eran personas de mucha gravedad. Los pusieron á quëstion de tormento: les prometieron la vida, si confesaban: confesáron con efecto, y fuéron quemados vivos hasta cincuenta de ellos. Confiscáron los bienes: el Rey y el Papa se lle-

váron lo mejor ; y distribuyéron lo restante á los Caballeros , que despues se han llamado de Malta. Al pie de la hoguera emplazáron los infelices á sus enemigos para que compareciesen en el tribunal de Dios , el Papa á los dos meses , y el Rey á los quatro : y á esta época fixa compareciéron los dos en el tribunal divino. Si las maldades atribuidas á los Templarios no se probáron con evidencia , fue este Felipe IV un juez iniquo. Murió á los quarenta y seis años deshonado en su misma familia ; porque las mugeres de sus tres hijos fuéron acusadas de adulterio ; y el castigo que sufriéron sus amantes supone que eran culpadas.

Luis X, llamado Hutin , que quiere decir el amotinado , debió ser muy tenaz en sus caprichos , de lo que puede darse esta prueba. Se amotinó contra su corte , y contra toda la nacion en el asunto de Enguerando de Mariñi. Era este un Ministro encargado de la Hacienda que incurrió en el odio de Cárlos de Valois , tio del Rey , porque no queria prestarse á las dilapidaciones de este Príncipe. Le acusáron pues de infidelidad en su ministerio ; pero las faltas de que le convencieron , inevitables en aquel empleo , apénas

merecían alguna reprehension. No obstante, por la autoridad que el tio tenia para con su sobrino, le condenáron á muerte, y por mas que todo el mundo suplicó por él, como que le tenia por inocente, se executó la sentencia. A Cárlos le sobreviniéron grandes remordimientos; y en su última enfermedad dió, aunque tarde, muestras muy sinceras de estar arrepentido. Murió Luis X á los veinte y quatro años, no sin sospechas de veneno.

Del mismo género de muerte dicen que pereció su sucesor Felipe el Largo. Estaba por entónces muy acreditada la opinion de que se daban venenos; y acusáron á los Judíos de que habian emponzoñado los pozos, las fuentes, y hasta los rios; y por fatal conseqüencia de esta persuasion los quemáron y matáron por millares. A los químicos pertenece resolver si puede hallarse veneno tan activo y permanente, que pueda hacer mortíferas aun las aguas corrientes.

Le sucedió Cárlos el Hermoso, aunque no muriéron sin sucesion Luis Hutin y Felipe el Largo; pero solamente dexáron hijas, y se decidió en una junta de los Estados, que el reyno de Francia, como *feudo sálico*, no podia caer en hembra. Siempre se viéron estos

tres Príncipes en grande estrechez en punto de hacienda, y así no hubo medio que no imaginasen por adelantarla. Precisaban á los Judíos á comprar el derecho de poseer tierras, y á los ricos pecheros los empeñaban en comprar la nobleza, con la que adquirian privilegios: alteráron y baxáron el precio de las monedas. Por último, Cárlos el Hermoso hizo que los usureros vomitasen el dinero. Eran estos casi todos Lombardos, que saqueando al pueblo habian juntado riquezas inmensas; „pero el Rey, dice Meceray, los envió á Italia tan desnudos como habian salido,” que es el mayor castigo para tales pícaros. Murió Cárlos á los treinta y quatro años, y dexó á la Reyna en cinta.

Miéntras se esperaba el parto hubo grandes debates por la Regencia entre Felipe de Valois y Eduardo, Rey de Inglaterra, que se lisonjeaban con la esperanza de que el que la consiguiese lograria el trono, si la Reyna paria niña. Eduardo era pariente mas cercano como sobrino del difunto Rey, aunque por hembra, como hijo de una hermana. Felipe no era mas que primo; pero su parentesco venia por varon, como hijo que era de Cárlos de Valois, el perseguidor de En-

guerando, hermano de Felipe el Hermoso. Le adjudicó el Parlamento la Regencia: parió la Reyna una hija: y de este modo consiguió la corona, empezando en él á reynar la rama de los Valois. Le llamáron el Afortunado por haber llegado desde tan lejos al trono, aunque por otra parte su reynado no fue favorecido de la fortuna.

Tres guerras bien funestas tuvo que sostener Felipe de Valois, y la una en Bretaña. Esta provincia sirvió á los Reyes de Francia y de Inglaterra de palestra, en que se ensayáron para darse despues golpes de otra entidad en liza de mayor extension. Otra guerra se sostuvo en Flandes, donde un simple fabricante de aguardiente, llamado Jacobo de Artebele, gobernaba casi como Soberano en la menor edad del Duque. Ganó Felipe contra los Flamencos una gran victoria, y les impuso un tributo considerable, que prometiéron con juramento pagar al Rey de Francia.

No se habia conformado Eduardo con la sentencia que daba el cetro de Francia á Felipe de Valois, y así pretendia tener derecho para reclamar esta corona. Artebele, para descargar á sus compatriotas del tributo prometido, sin que pareciese faltar al juramento,

aconsejó al Rey de Inglaterra que tomase el título de Rey de Francia. Este nuevo Rey perdonó á los Flamencos su deuda, y se declararon en favor suyo. No declaraba Eduardo esta pretension al principio sin bastante timidez; pero la sostuvo con audacia quando emprendió la guerra, que fue la tercera que affigió al reynado de Felipe. Tomó esta el aspecto mas fatal con la famosa derrota de Cressi, que fue el manantial de todos los males que inundáron la Francia en tiempo de los sucesores del poco afortunado Valois. No obstante, tuvo la felicidad de añadir el Delfinado á la corona, con la condicion de que el primogénito de los Reyes de Francia se hubiese de llamar Delfin, y esto es lo que despues se ha practicado. Hallándose viudo Felipe, y habiendo tambien enviudado Juan su hijo mayor, pidió para este Príncipe á Blanca, hermana de Cárlos Rey de Navarra. Quando esta llegó le pareció al Monarca tan hermosa, y se prendó tanto de ella, que aunque tenia ya cincuenta y seis años, no se detuvo en casarse con una Princesa de diez y siete; pero murió un año despues.

Tenia Juan quando subió al trono el título de Duque de Normandía, y casi quaren-

ta años de edad. Le habia empleado su padre en los negocios, y muchas veces mandó los exércitos con felicidad, por lo que se esperaban grandes ventajas de su gobierno; pero no hubo reynado de mas desgracias. Empezáron estas en la batalla de Poitiers, que perdió por su culpa. El Príncipe de Gales, hijo del Rey de Inglaterra, llamado el Negro por el color de sus armas, logró una victoria completa: hizo prisionero al Rey de Francia, y de esto se siguiéron alborotos y desórdenes, que pusieron el reyno en términos casi de perderse.

Se halló el gobierno en manos del hijo mayor del Rey César, entónces Delfín, y despues César V, Príncipe de quince años. Ademas de los partidos contrarios que le rodeaban, era el blanco de la perversidad de *César el malo*, Rey de Navarra, que era su cuñado, y le envidiaba la Regencia. Juntaba el Navarro grandes talentos con la mas profunda malicia: ganó el favor de los partidarios con su eloqüencia rápida y vehemente, lisonjeando la vanidad de los populares con la esperanza de hacerlos depositarios de todo el poder. La junta de los Estados generales, que se habian congregado al principio de buena

fe, se convirtió en intrigas, y se formó un partido que proyectó la mudanza del gobierno, poniendo el poder supremo en manos del Estado general, y dexando al Rey un título vano; pero esta proposición, hecha por los Parisienses á las provincias, no fue bien admitida.

Por dos años estuvo la capital en horrible confusión: ya dominaba Carlos el Malo, y ya le expelían. Con estas fluctuaciones sucedían recíprocas muertes. Las cárceles llenas de los que encerraba en ellos el partido contrario, ó hechas asilo de los que iban á refugiarse en ellas, fueron forzadas é inundadas de sangre. Un tal Marcelo, preboste de los mercaderes de Paris, se levantó con todo el poder, y ninguno tenía su vida segura si no enarbolaba el color de su divisa: tuvo la audacia de quitar la vida á dos Mariscales de Francia, al lado y á vista del Delfín: „¿Me quereis matar á mí, exclamó el Príncipe?“ „No, respondió Marcelo; y así tomad mi sombrero para vuestra seguridad.“ Diciendo esto le recibió el Delfín con mucha docilidad, teniéndose por dichoso, pues con aquella divisa tutelar podía librarse del furor del pueblo. Carlos el Malo se había

casado con la hermana del Delfín, y no se libró este de la perfidia de su cuñado sin quedar con señales de ella, pues se dice que el Navarro le dió veneno, que con la violencia de la ponzoña se le cayó el cabello y las uñas, y que sin duda hubiera muerto, á no haber dado con un médico muy hábil que le salvó la vida; pero siempre quedó con una grande debilidad de temperamento.

De la capital se extendió el desórden por las provincias, y tomaron los paisanos las armas por todas partes. Muchos motivos concurriéron para la sublevacion: el despecho de ver triunfar á los Ingleses, siendo una nacion rival; la indignacion contra los Grandes, porque dexaban en las prisiones al Rey Juan, á quien amaban; y mas que todo el deseo de vengarse de los malos tratamientos que sufrían de la nobleza. Esta saqueaba á los labradores sin respeto alguno para sostener su fausto y magnificencia, añadiendo la burla á la opresion, porque entre sí llamaban al paisano, *Santiago el buen hombre*; pero los *buenos hombres* se cansáron de sufrir y de verse humillados; se armáron con las horcas de cargar, con palos y quanto les vino á la mano; saqueáron los castillos, y degolláron las fa-

milias nobles que pudieron sorprehender. A esta especie de milicia la llamaron *la jaquería*; y por ser general el peligro se armaron los nobles para la comun defensa, y castigaron cruelmente á aquella multitud sin disciplina. Esta se fue disipando con las derrotas que pudiéramos llamar matanzas.

El Delfin, aunque en edad tan jóven, tomó con su prudencia mucho ascendiente: abrió los ojos al pueblo: reduxo los espíritus á la moderacion, y aun supo inspirársela á su cuñado. Trató de paz con los Ingleses en Breitiñi; y aunque á la verdad no fue muy ventajosa, no logró poco en solo hacer las paces. Volvió el Rey Juan, quedando dos hijos suyos en rehenes con los Ingleses hasta la entera execucion del tratado.

Considerando la conducta de este Monarca desde que volvió á gobernar, se cree que fue mayor la indiferencia con que miró su reyno, que el contento de verse libre. Estaba interiormente resentido del poco interes que habian manifestado los Grandes acerca de su persona durante la prision. En los estados generales pensáron mas en aprovecharse de la ocasion para restringir su autoridad que en restablecerle en el trono. Hallando los negocios bien

manejados por su hijo, los dexó en manos de este, y apénas se presentaba sino en las ocasiones de lucimiento. Dudoso en sus resoluciones, ó irresoluto sobre lo que debía hacer, quisiera borrar con alguna hazaña ruidosa la vergüenza de su prision. Con este fin tomó la cruz; pero tambien señalan otro motivo de utilidad á su devocion.

Despues de la paz los soldados despedidos se reuniéron baxo de algunos xefes de su eleccion, y cometiéron mil desórdenes: ellos mismos se pusieron el nombre de *tardevinístes*, dando á entender que solo habian llegado á espigar despues de la rica cosecha que otros habian recogido. Uno de sus capitanes se llamaba *el amigo de Dios y enemigo de todo el mundo*, que son dos títulos bien difíciles de conciliar. Quando los xefes se viéron ricos se retiráron á disfrutar sus riquezas: dexáron sus compañías, y ya estas no formaban cuerpo; pero quedáron muchos soldados errantes los mas perversos de toda Europa.

La intencion del Rey Juan, quando tomó la cruz, fue juntarlos todos, y llevarlos como Generalísimo de los exércitos christianos, á donde pudiesen exercitar su valor y saciar su codicia, haciendo presa en los extra-

ños en lugar de desolar la christiandad; pero este proyecto bien imaginado no llegó á execucion, porque uno de los hijos del Rey que se habia quedado en rehenes en Inglaterra, se huyo ántes de haberse cumplido las condiciones del tratado: quiso su padre que se volviese: resistió, y creyó Juan que debia ir él á ponerse en su lugar. De este modo murió en Inglaterra á la edad de cincuenta y seis años. Dicen que volviéron á llamarle; pero es verisímil que un hombre de su edad y de su carácter cediese al impulso mas noble, qual es la fidelidad á su palabra. Así debe pensarse de un Príncipe que decia: „Que si la buena fe se perdiera en el mundo, debiera encontrarse en el corazon de los Reyes.” Le diéron el sobrenombre de *Bueno*, y es razon dexársele, á pesar de sus imprudencias y desgracias.

Su hijo Cárlos V mereció el nombre de *Prudente*, y la simple indicacion de sus principales acciones, probará que le mereció de justicia. Este executó lo que, prevenido su padre por la muerte, no pudo hacer. Libró la Francia de salteadores, que la desolaban con el nombre de *malandrines* ó *grandes compañías*. Así como el viento arroja al mar las lan-

gostas de las llanuras de Africa, así Cárlos V echó á España todos aquellos ladrones baxo de la conducta del célebre Guesclin.

Tomáron el camino por Aviñon : se asustó el Papa , y les envió á preguntar por un Cardenal : „Quiénes sois vosotros, y adónde vais?” A lo que respondió Guesclin : „Somos treinta mil Cruzados, que vamos á hacer la guerra á los infieles : pedimos la absolucion de nuestros pecados, y doscientas mil pesetas para el viage.” La absolucion se les concedió sin dificultad, en quanto al dinero se regateó bastante. Por último, se determinó el Papa á imponer una contribucion á los Aviñoneses, y lleváron el producto á Guesclin. „No es eso, dixo, como yo lo entiendo, ni hemos venido aquí á saquear á la gente pobre, sino á tomar alguna contribucion de los ricos. Vuélvase ese dinero á los que le han dado, y el Papa y los Cardenales nos den lo que hemos pedido.” Fue preciso pasar por todo, y despues recibiéron la absolucion con mucha humildad.

Ganó Cárlos en esta emigracion : lo primero librar su reyno del robo, y de gente sin disciplina para poder restablecer la policía y las costumbres : lo segundo hacerse de

Henrique , Conde de Trastamara , á quien Guesclin puso en el trono, un aliado fiel, que envió para socorrerle contra los Ingleses una poderosa armada. Todo el tiempo de su reynado estuvo en guerra con esta nacion. Hasta cinco cuerpos de tropas se viéron en campaña: reconquistó sus provincias, unas enteramente y otras en parte, con muchas importantes ciudades. Entre sus excelentes Generales debe contarse Guesclin, á quien hizo Condestable, porque él rara vez se presentaba á la cabeza de los exércitos: solia decir Eduardo por él, que aunque no habia Rey que ménos se armase, ninguno le habia dado mas que hacer. Consultaba gustoso públicamente; pero decidia solo en su gabinete secreto, diciendo, que en los asuntos de estado bien pueden ser las razones conocidas como las decisiones sean secretas.

En su reynado se viéron la Condesa de Monfort y la de Pentievre, que se disputáron la Bretaña durante la prision, y aun despues de la muerte de sus maridos, baxo de los estandartes de los Reyes de Francia y los de Inglaterra. Tambien se habla de otras muchas guerreras que atacaban y defendian las ciudades: una de ellas detuvo todas las fuerzas del

Condestable delante de Fontenay-Lecomte, exponiéndose como un soldado. Era hermosa y jóven, por lo que quando llegó á capitular dixo Guesclin con galantería que dexaba en su mano las condiciones.

Este grande hombre no sabia leer, ignorancia que era comun en su siglo; pero un Xefe de la Rochela se aprovechó de ella diestramente. Tenian los Ingleses la ciudadela, y el Xefe, aunque frances de inclinacion, se correspondia bien con el Comandante. Le convidó un dia á comer en la ciudad, y al sentarse á la mesa llegó una carta del Rey de Inglaterra para el Comandante. La examinó, reconoció el sello, y quedó persuadido á que la carta era de su Rey; pero como no sabia leer, suplicó al Xefe de la Rochela que le dixese el contenido. El astuto paisano, que habia preparado al mensagero con una carta antigua, y esperaba semejante súplica, leyó, no el contenido, sino una órden supuesta del Rey de Inglaterra para que sacase la guarnicion del castillo con el fin de hacer la revista. Obedeció el Comandante; y el Xefe, viendo fuera las tropas, se apoderó de la ciudadela.

Cárlos V hizo quanto pudo por desterrar

de su reyno la ignorancia, é introducir el gusto de la literatura, dando mucha estimacion á los que la cultivaban, los quales en aquellos tiempos se llamaban *clérigos*. Murmuraban algunos de las distinciones que les concedia; pero respondia Cárlos: „Los clérigos ó la sabiduria nunca se honrarán con exceso, porque miéntras la sabiduria sea honrada en este reyno continuará la prosperidad; pero si esta se desprecia vendrá á caer.” Con efecto, la Francia ha adquirido cierta especie de dominio sobre el universo, tanto por las ciencias como por las armas. A Cárlos V se le debe considerar como fundador de la inmensa Biblioteca, de que París se gloria con razon. Le habia dexado Juan su padre, como unos veinte volúmenes, á los que él añadió novecientos: enorme cantidad para aquel tiempo, en que no se habia inventado el arte de la Imprenta. El regalo mas de su gusto que le podian hacer era un libro: gustaba de conversar en materias de ciencias, y este era su único descanso.

La debilidad de su temperamento no le permitia los exercicios violentos que practicaban sus predecesores, y así permanecia muy gustoso en su palacio; pero en él era acce-

sible á todo el mundo. Aunque grave por su carácter, no era enemigo de la alegría templada. En su vestir era modesto, y no obstante gustaba del aseo en su corte, y de la magnificencia en las ocasiones de lucir. Era muy fiel en las prácticas de la religion, muy arreglado en la vida privada; y siempre igual, despachaba en las desgracias sus órdenes con la misma serenidad que en las ocasiones prósperas. Logró en Juana de Borbon una esposa digna de su persona, prudente, piadosa, limosnera, exemplo de buenas costumbres, y vivo modelo de virtudes para las hijas de los grandes señores, que en aquellos tiempos se criaban en la corte.

Murió Cárlos V á los quarenta y quatro años. El reyno estaba tranquilo, las tropas bien disciplinadas, la hacienda en el mejor estado, y el tesoro lleno, siendo el mas liberal de los Monarcas; pero su generosidad era una especie de comercio con los pueblos. Por exemplo, daba tierras al Condestable, este las vendia, y gastaba el dinero en premiar la tropa, en animar los países arruinados con la guerra, en mantener las familias nobles y los edificios útiles. Todo esto lo sabia el Rey; y quando se habia consumido el precio de

aquellas tierras, daba otras, y lo mismo hacia con sus Ministros. Por este medio lograba que circulase el dinero, aumentaba la industria, y podian los pueblos pagar las contribuciones. Con haber sido tan deseoso de moderarlas, tuvo al morir escrúpulo de las que habia impuesto, y encomendó á su sucesor que las disminuyese. Mejor seria que ninguno retardase para la hora de la muerte el arrepentimiento.

Aun en los tronos se observa cierto contraste, porque suele suceder un loco á un hombre prudente. Cárlos VI no tenia mas que doce años: se apoderó de la Regencia el Duque de Anjou, tio suyo, y con esta autoridad se aprovechó de los derechos que le habia dado Juana, Reyna de Nápoles, adoptándole por hijo. Tomó los tesoros del difunto Rey, que subian á muchos millones, y los Duques de Borgoña y de Berri, otros dos tios del Monarca por parte de padre, robáron lo que pudieron. Solo el Duque de Borbon procedió como convenia á su clase, aplicándose á la educacion del jóven Rey; pero todas sus buenas intenciones fuéron inútiles, porque el Duque de Borgoña, su compañero en el cuidado de educar al nuevo Rey, acomodándose al genio de su pupilo, favoreció la desen-

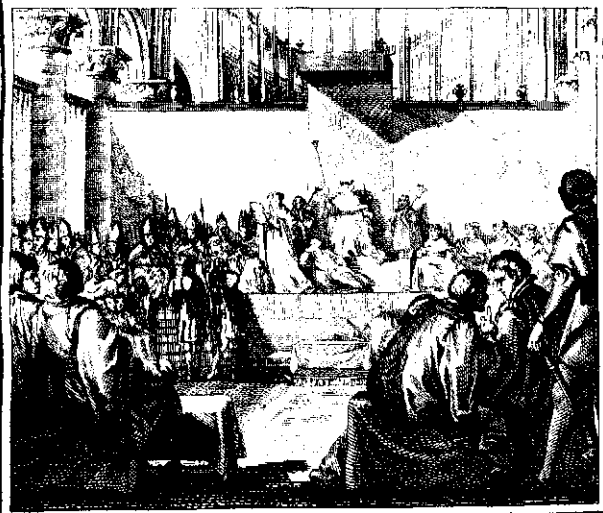
frenada inclinacion que manifestaba á los placeres.

El Duque de Anjou juntó el mas bello ejército que jamas salió de Francia para Italia, y todos le viéron partir con el mismo placer que se ve ausentarse un ladron, aunque se lleve el robo. Tomó el Duque de Borgoña la autoridad, y persuadió á su sobrino á que hiciese la guerra en Flandes, aunque sus habitantes no tenian mas delito que no poder sufrir las exácciones de su Soberano, suegro del Duque de Borgoña. De este modo salió tambien de Francia otro ejército por unos intereses absolutamente extraños. Tambien fue preciso enviar tropas al Langüedoc, cuyo gobierno se habia dado al Duque de Berri, á quien no queria recibir la provincia, porque viviendo el difunto Rey habia experimentado sus vexaciones. Aquel prudente Príncipe, cediendo á los deseos de sus pueblos, habia llamado á su hijo; pero el sobrino le envió armado y mas temible. La desgracia de Cárlos VI era verse en la precision de ser el instrumento de la codicia de sus tres tios.

A la edad de diez y ocho años se casó con la Princesa Isabel de Baviera, y su her-

mano el Duque de Orleans con Valentina, hija del Duque de Milan. Entónces pensó el Rey en salir de la tutela de sus tios, y para ello no hizo mas que juntar un consejo, y declarar en él que en adelante queria gobernar por sí mismo. Cayó la autoridad de todos: llamó á los Ministros de su padre, y mudáron de aspecto los negocios. Se aplicó el jóven Monarca al alivio de sus pueblos: disminuyó los gastos necesarios, cercenó los superfluos, y tomó á su cuidado el reparo de los agravios. Era afable, y familiar con decencia, y gustaba de hablar con la mayor cortesanía; por lo que los pueblos, encantados de sus bellas calidades, le diéron el nombre del muy amado. Los proyectos de guerras que algunas veces se le advertian, y de guerras caballerescas, como el de ir á pelear con los Turcos, y á sosegar los partidos diferentes que tenian al Papa fuera de Roma, daban motivo para temer que se entregase á esta pasion con grande detrimento de su reyno; pero le contenian sus Ministros. No pudiéron sin embargo oponerse á la justa venganza de un asesinato infame, cometido casi á vista suya.

En una corte, compuesta de Príncipes ambiciosos, que habiendo caido de su auto-



Carlos VI. toma el gobierno.

Seis años de viciosa tutela hicieron conocer á Carlos II. que su inerte nombre habia servido de instrumento á muchos para cebar su ambición y destruir el reyno. Juntó un Consejo en que se declaró mayor de edad; y recobrando su poder, despojó de él á los usurpadores. Poca pena habria sido para estos la pérdida de un poder usurpado, á no sufrir con ella la vergüenza de haber merecido perderle.

ridad aspiraban á tomarla de nuevo, y de mugeres galantes, autorizadas con el exemplo de sus maridos, y zelosas entre sí, ¿qué habia que esperar si no intrigas particulares, precursoras de los generales alborotos? El Duque de Orleans, poco arreglado en su conducta, procuraba ocultar de su jóven esposa sus desórdenes; pero esta, que llegó á saberlos, reconvinó á su marido, y habiéndola hecho confesar este que debia las noticias á Pedro Craon su favorito, le echó de su corte. Era Pedro Craon uno de aquellos hombres peligrosos al lado de los Príncipes jóvenes, pródigo, audaz, y sin costumbres ni principios. Oliverio Clison, Condestable, hombre grave y arreglado, habia procurado separar del Duque aquel escandaloso, y no pudo conseguirlo. No ignoraba Craon sus diligencias, y creyendo que pudiesen haber contribuido á su desgracia las anteriores tentativas de Clison, por sola esta sospecha le acometió en Paris á la cabeza de muchos asesinos, le dexó por muerto, y se huyó á Bretaña, en donde el Duque, enemigo de Clison, le recibió gustoso.

Irritado el Rey, con semejante atentado, pidió que le entregasen el asesino: se resistió el Duque; y Cárlos, poniéndose á la cabeza

de sus tropas, se preparó para obligarle á obedecer. Tenia el Duque de Bretaña un fuerte partido en la corte, y entre otros le favorecian los Duques de Borgoña y de Berri, que procuraban apartar á su sobrino de esta guerra, no obstante que le seguian. Llegando al Mans le acometió calentura, sus tios le aconsejaban que se detuviese, pero él continuó en su marcha. Estando en tan mala disposicion su salud, y despues de haber marchado muchas horas en un dia de los mas abrasados de Agosto, el Príncipe, que iba como soñoliento en su caballo, advirtió con sobresalto que le despertaban, y que saliendo de detras de un árbol un hombre de mala traza, cubierto de andrajos, se agarró de la brida del caballo, y le gritó con voz terrible: *Detente Rey, adónde vas: traycion te han hecho*: y al punto desapareció.

Desde luego pudiera creerse que los tios y los que no querian esta guerra habian apostado aquella fantasma; pero sin duda no previeron las funestas consecuencias de su estratagemas. Habiendo pasado el primer susto de aquella vision continuáron la marcha. Un page que llevaba una lanza se durmió sobre el caballo, y la dexó caer, de modo que dió en el capacete de otro page que iba detras del

Rey. Al oír el sonido agudo volvió la cabeza; y viendo aquella lanza como en ristre contra él, se arrojó con ímpetu sobre el page, le mató, y fue como un loco corriendo por todas partes, hiriendo adiestro y siniestro hasta que pudieron sujetarle. Volviéron á llevarle á Mans, en donde estuvo dos dias aletargado sin poder conjeturarse en qué pararía accidente tan extraño. Entre tanto los Duques de Berri y de Borgoña volviéron á tomar la autoridad con perjuicio del Duque de Orleans; pretextando que era muy jóven. Ocultaban al Rey todos los asuntos, y los gobernaban sin él por tener su entendimiento debilitado, y sujeto á continuos eclipses; y esto mismo servia de razon para multiplicarle los placeres, con el objeto de disiparle la melancolia, que le tenia muchas veces oprimido.

En una de las fiestas que diéron con este fin, dispusiéron una máscara de seis sátiros, que para señalar la desnudez no tenían mas que la tela exâctamente aplicada sobre la piel, y un baño de pez para retener la lana que figuraba el pelo: era el Rey uno de ellos, y todos estaban unidos por una cadena. El Duque de Orleans acercó imprudente una hacha encendida á uno de ellos para recono-

cerle. Se pegó fuego á su vestido, y se comunicó á los demas, tan rápidamente que se abrasáron hasta quatro, y murieron á los dos dias; otro tuvo la fortuna de encontrar una cuba llena de agua, y se arrojó dentro; y al Rey, quando ya el fuego le iba alcanzando, le libertó la Duquesa de Berri, que apagó la llama con sus ropas envolviéndole en ellas. Desde aquel momento hasta su muerte siempre tuvo este Príncipe tres ó quatro ataques cada año, que le duraban unos mas que otros con síntomas diferentes. La víspera del insulto estaba pesado é inquieto: al despertar por la mañana, ó se ponía furioso ó lelo: ya se sentia violento y ardiente, y ya triste y melancólico: entónces lloraba, y algunas veces jugaba y retozaba como un niño. Quando estaba así á nadie conocia, si no á la Duquesa de Orleans, su cuñada, ni queria tomar cosa alguna como no fuese de su mano. Se dixo por entónces que esta habia envenenado á su cuñado para que pasase su autoridad á su marido: otros dixéron que debia esta preferencia á condescendencias delinqüentes: como si pudiera saberse la causa de las manías de un loco. La Reyna y las tias de Berri y de Borgoña se mostráron en-

vidiosas de la predileccion con que el Rey distinguia á su cuñada, y sus esposos tomaron por su cuenta las querellas de sus mugeres; de lo que procedieron los odios que causaron tantos alborotos en el reyno. Conocido el principio, ninguno debe admirarse de los extraños sucesos que señalaron aquel infeliz reynado.

El Duque de Orleans, con el ascendiente de su muger, se hizo declarar en uno de los buenos intervalos del Rey, Teniente General y Gobernador del reyno, en las recaídas de su hermano. Se opuso á este edicto el Duque de Borgoña, y se prepararon los rivales para hacer sus hostilidades, bien que las tuvo suspensas el Duque de Borbon mientras duró la mayor fuerza de la locura del Rey. Restituido este á su mediana salud, dió por nulo quanto habia hecho á favor de su hermano, y concedió toda la autoridad á su tío. Se aprovechó el Duque de Orleans de otro acceso que sobrevino á su hermano para que le restableciese en su empleo, ayudándole su cuñada la Reyna. La correspondencia entre estas dos personas mantenía, no sin escándalo, su autoridad, y las daba para robar al pueblo una especie de derecho, de que no dexaban de aprovecharse.

Murió el Duque de Borgoña, y dexó sus estados á Juan, llamado *Sin miedo*: era tan ambicioso como su padre, y aspiró á tener su parte en el gobierno; pero la Reyna y el Duque de Orleans querian excluirle de él. Los dos cuñados se portaban con la mayor imprudencia, no omitiendo baxezas ni vexaciones para atesorar dinero, y aun decian que la Reyna le enviaba á Alemania para retirarse allá, y vivir espléndidamente si el Rey llegase á morir. El Duque de Orleans compraba tierras, no pagaba las deudas, tenia una corte muy lucida al mismo tiempo, que muchas veces faltaba lo necesario en la del Rey y la de sus hijos. El infeliz Monarca, que en un lucido intervalo se vió instruido de aquellas maniobras, creó un consejo que gobernase el Estado, durante *la ausencia del Rey*: así llamaban por decencia los accesos de su locura.

Esta precaucion no sosegó los alborotos, ni impuso silencio á los atrevimientos, y así el nuevo Duque de Borgoña, por venganza y por rivalidad de amor y de poder, hizo asesinar á su primo el Duque de Orleans. Confesó públicamente su delito: pretendió justificarle, y consiguió que le absolviese el Rey,



El Duque de Orleans asesinado.

El trastorno que sobrevino al juicio de Carlos II proporcionó que se apoderasen nuevamente del poder los ambiciosos; pero se competían sobre qual había de abusar mas; y Juan, Duque de Borja, para librarse de la competencia del Duque de Orleans en amor y poder, hizo asociarle, como cesaría el gobierno del reyno en sus manos de quien abrazó medio tan infame para deshacerse de su rival!

á quien mantuvo en Paris, despues de haber hecho salir á la Reyna y á los hijos de Orleans con todos sus partidarios. Volviéron todas estas personas á la capital, en la qual eran los mas fuertes, y así la corte intimidada porque los parisienses favorecian al Duque de Borgoña, se retiró á Tours. Facilitó una composicion la muerte de la heredera presuntiva de Orleans: dió Juan algunas excusas al nuevo Duque de Orleans su primo; y la Reyna, que al principio se habia irritado con el castigo de Montaigu, á quien habia quitado la vida el Duque de Borgoña por su afecto á esta Princesa, se sosegó, dándola el Duque parte de la confiscacion de los bienes del difunto. Consiguió el Duque de Borgoña que le confiasen la educacion del Delfin en perjuicio del Duque de Berri, y este para vengarse, renovó las quejas del asesinato del Duque de Orleans: pidió justicia, y al mismo tiempo levantó tropas, y avanzó hácia Paris. Volvió otro lucido intervalo del Rey á calmar la tempestad que iba á hacer ya su estrago: retiró de la corte los rivales: quitó al Duque de Berri su tio el gobierno de Paris, dándosele al Conde de S.-Paul como pedian los habitantes. A este Capitan se le habia

quitado el gobierno de Génova, y habia sido reintegrado. Se decia que los Genoveses no gustaban de él, porque era muy del gusto de sus mugeres. No tomó las medidas correspondientes de benignidad para establecerse con solidez en su nuevo gobierno; y no contando con la obediencia de los paisanos, que manifestaban afecto al Duque de Borgoña, formó un cuerpo militar de quinientos verdugos, que apenas se vieron con las armas en la mano hicieron temblar á toda la ciudad, la qual se dividió en tres facciones. La del Duque de Orleans, llamada de los Armañacs, por el nombre del Conde de Armañac, suegro del Duque, llevaba una banda blanca con la cruz de San Jorge; la de los Borgoñones banda roja, y la cruz de San Andres; y la tercera de los Cabochianos, así llamados por su xefe Caboche. A esta faccion volante la temian, y la llamaban alternativamente las otras dos. Sedienta de sangre y de robos designaba las muertes y latrocinios, los ordenaba, los executaba, y hacia dominante la faccion á que se juntaba.

El Duque de Borgoña casó á su hija con el Delfin Luis, que ya empezaba á mezclarse en los negocios. Viendo que los Duques de

Berri y de Orleans se acercaban á Paris, en donde los Armañacs, baxo el gobierno del Conde de S.-Paul, eran muy poderosos, apeló á su suegro para que sostuviese su causa. Fue el Borgoñon con un cuerpo considerable de Ingleses; pero Juan *Sin miedo* no hizo mas que presentarse; porque le llamó á Flandes una sublevacion de los Flamencos; y miéntras esta exponia á Paris á ser presa de los Armañacs, despertó el Rey de su demencia: juntó un ejército, auyentó á su tío y á su sobrino, hasta que se refugiáron en Burges, en donde los sitió. Aunque oprimidos, y con pocas fuerzas, no ofreciéron proposicion alguna de paz, porque esperaban un cuerpo de seis mil Ingleses, á los quales tambien habian ellos llamado por su parte; y de este modo cada faccion, igualmente traydora á la patria, se detenia poco en entregarla á sus enemigos, como estos la ayudasen para destruir á su rival. El temor de aquellos auxiliares precisó al Rey á que recibiese en su gracia á los Duques de Berri y de Orleans; pero los Ingleses, que ya habian llegado, viendo que no les pagaban, se desquitáron robando.

Recayó el Rey en su locura: tomó el Delfin las riendas del gobierno; y aunque yer-

no del Duque de Borgoña, que habia vuelto á Paris, resolvió substraerse de su dominio, y le pidió que tuviese á bien poner por comandante en la Bastilla á Desesarts, hombre de su confianza. El maligno Borgoñon, muy léjos de oponerse, firmó la patente del gobierno; mas no bien habia entrado Desesarts en la fortaleza, quando se vió embestido por una multitud de gentes que se habian juntado baxo la conducta de Caboche y de Juan de Troya, otro xefe íntimo partidario del Duque de Borgoña. El Delfin empeñó á su suegro en que retirase aquellos sediciosos: consintió este; pero al Delfin le fue preciso entregar á Desesarts, á quien degollaron para que sirviese de escarmiento á los que se atreviesen á tomar resoluciones desagradables al Duque. Se esparciéron despues por la ciudad los Cabochianos, y matáron á todos los que el Borgoñon y sus amigos indicaban como sospechosos. El Delfin y el Duque de Berri, se viéron en la precision de tomar la banda roxa para ponerse en seguridad. Los vecinos de Paris despertáron con estas violencias del letargo que los tenia sobrecogidos, y echáron fuera á los Cabochianos no sin mucha efusion de sangre. El resto de estos malvados

se retiró á Flandes con el Duque de Borgoña.

Entónces se declaró Paris absolutamente contra él; pero amenazados con su vuelta los parisiense tomáron las armas, y se sujetáron á las funciones militares. Con efecto, llegó el Borgoñon hasta las murallas, y se presentó delante de las puertas; pero viendo contra lo que él esperaba, que ninguno se movia en su favor, se retiró. El Rey volvió en sí: le persiguió; y despues le concedió la paz, porque importaba defenderse de los Ingleses, que habian desembarcado en Francia con grandes fuerzas. El ejército del Rey, que les salió al encuentro, era muy superior; pero por tener malos comandantes fue totalmente puesto en fuga en Azincourt. Esta derrota fue por las circunstancias mayor desastre que los de Creci y Poitiers. Se aprovechó el Borgoñon de la desgracia para volver al favor del Rey, y restituirse á la corte, protegido de su yerno el Delfin Luis. Pero este Príncipe murió en la flor de su edad, dicen unos que envenenado, otros que asesinado, y otros que por sus muchos excesos, á pesar de su temperamento fuerte y vigoroso. Los Armañacs adquiriéron entónces la preponderancia; pero les duró poco tiempo. El Borgoñon se apoderó del cora-

zon del nuevo Delfin Juan, el qual murfó de un absceso en la cabeza, y demasiado temprano para dar vigor á la faccion Borgoñona en Paris; bien que las intrigas de corte la diéron nueva fuerza.

Al Delfin Juan sucedió Cárlos, que despues ocupó el trono. Dió este Príncipe su confianza al Condestable de Armañac; y este, por la extrema escasez en que se hallaba el reyno, amenazado de nuevo por los Ingleses, aconsejó al Delfin que se apoderase, como lo hizo, del tesoro de su madre Isabela, el qual era muy considerable. Lo sintió esta mucho; y dexando á su esposo con su hijo se retiró á Vincennes, en donde tenia una corte lucida y galante. En uno de los lucidos intervalos del Rey, le hizo ver el Condestable que no debía tolerar lo que pasaba. Fue el marido á Vincennes, hizo arrestar y quitar la vida á un hombre, de quien decian ser amante de su muger, y la desterró á Tours con Catalina su hija menor. Despechada con esta afrenta, en la qual creyó cómplice á su hijo, aunque todavía podia llamarse niño, apeló Isabela al auxilio de Juan *Sin miedo*. Este la extraxo de su destierro, y la aconsejó que hiciese revivir cierta órden, por la qual el Rey, en otro tiem-

po la habia declarado Regente del reyno. Tomó pues Isabela el título y autoridad de Regente: fixó su residencia en Troyes: creó un Canciller y un parlamento, nombrando por Condestable al Duque de Lorena en lugar de Armañac.

Por esta potestad, rival de la del Rey, y acompañada de todas las autoridades que podian hacerla respetable, se temió un cisma político en el Estado. El Legado del Papa se mezcló en la negociacion de la paz; y mientras esta se conseguia se introduxéron por sorpresa en Paris hasta ochocientos Borgoñones, con quienes se juntó el populacho; y forzando las cárceles, matáron á quantos en ellas se habian refugiado: quitáron la vida al Condestable de Armañac, y apénas se salvó el Delfin. Con esta noticia no tardáron la Reyna y el Duque de Borgoña en ir á la capital; pero tampoco tardáron en verse bien estrechados del espíritu de sedicion que en ella reynaba. Todo rico era un Armañac, á quien robaban y mataban sin misericordia. La canalla desenfrenada se habia entregado á toda suerte de excesos: el verdugo iba delante, y tuvo desvergüenza para tocar la mano del Duque de Borgoña, y este se vió precisado á

sufrírselo. Entre tanto mandáron entrar algunas tropas en la ciudad, las quales restituyéron el buen orden. Se retiró el Delfin á Poitiers, en donde estableció un parlamento formado de los Consejeros que se habían ausentado de Paris: nombro Canciller, y se declaró Regente por el tiempo que durase la demencia de su padre.

Durante este tiempo, la Reyna Isabela, siempre irritada contra su hijo, trataba con Henrique Rey de Inglaterra, que había avanzado hasta Nantes; y para que la socorriese y restableciese en la autoridad absoluta le ofreció la mano de su hija Catalina, con muy ventajosas condiciones. Aun no le parecieron estas suficientes al Ingles: el Duque de Borgoña tenía la balanza entre los contratantes: no le halló Henrique en la disposición que él quisiera para favorecer sus pretensiones, las quales no se dirigian á ménos que conseguir la corona de Francia con la mano de Catalina. Creyendo que no necesitaba al Borgoñon, le despreció; y Juan *Sin miedo*, picado de este desden, dió oídos á las sollicitaciones del Delfin, que se ofrecia á la reconciliacion. Sentados los preliminares, se citáron los dos Príncipes á Montcreau para con-

venir en los últimos artículos; y á la vista del Delfin fue asesinado en la conferencia el Duque de Borgoña. Negó el Príncipe haber tenido parte en esta muerte, protestando que se habia cometido sin su consentimiento; pero por mas que lo negase, Paris y á su exemplo toda la Francia, se subleváron contra aquella perfidia, y en un momento se adelantáron los negocios del Rey de Inglaterra mas de lo que hubiera conseguido con las mayores victorias. Se concluyó un tratado, por el qual se convino en que Henrique IV se casaria con Catalina, que gobernaria el reyno de Francia como Regente miéntras viviese Cárlos, y despues de su muerte le sucederia en el trono. Aprobáron este tratado, como por un entusiasmo general, el parlamento, todos los cuerpos y las principales ciudades del reyno: accedió á él el nuevo Duque de Borgoña Cárlos *el Temerario*. Los otros Príncipes de la sangre habian ido prisioneros á Inglaterra despues de la batalla de Azincourt. El Delfin fue declarado enemigo de la patria, é incapaz de suceder en la corona.

Empezó la guerra entre el Delfin, que tenia muy pocos partidarios con algunas provincias de la parte meridional, y entre Hen-

rique, apoyado de las fuerzas de Inglaterra, de los auxilios del Duque de Borgoña, del voto de Paris, el de las ciudades principales de todo el reyno, y el odio que la Reyna Madre tenia á su hijo. ¿Quién no hubiera contado por cierta la perdicion del Delfin, y por seguro el triunfo del Ingles? Pero murió Henrique IV á los treinta y seis años de su edad, dexando de Catalina un niño de nueve meses, á quien llamáron Henrique V. Dos meses despues murió de cincuenta y quatro años el desgraciado Cárlos VI, que á fuerza de recaidas se habia quedado lelo. Su fortuna fue no conocer las desgracias de su reyno. Se dió la Regencia en la menor edad de Henrique V al Duque de Besfort, hermano de Henrique IV, porque no quiso admitirla el Duque de Borgoña. Cárlos de Valois, que era el Delfin, se hizo proclamar Rey en sus provincias, y fue reconocido en su pequeña corte, tan reducida, que le llamaban por burla, *el Rey de Villorrios*.

Desde este estado al de un Monarca, que no conoce en su reyno otros límites que los antiguos, hay mucha distancia; y así Cárlos VII, llamado el Victorioso, tardó quince años en llegar al término. Tambien le llamáron

el bien servido, y á la verdad lo era porque premiaba noblemente. No pasaba de la edad de veinte años; y aunque pocos señores siguiéron al principio su fortuna, estos eran valientes, fieles y zelosos; y por otra parte le llegaron socorros extranjeros, pues el Rey de Escocia le envió seis mil hombres, y el Duque de Milan seiscientas lanzas, y un cuerpo de ballesteros. Con estos auxiliares, y los Franceses voluntarios que pudo reunir, sostuvo la campaña. Eran tan cortos sus caudales, que al principio no tuvo mas soldados que los que se contentáron con las esperanzas, y el deseo de adquirir gloria.

El carácter de Cárlos VII era muy propio para las circunstancias: franco, cariñoso y de un genio igual. Aunque inclinado á la diversion, no temia el trabajo; y con tanto gusto se ocupaba en los preparativos de un combate como en las disposiciones para una fiesta. En una circunstancia de las mas críticas, despues de una pérdida importante, hacia á uno de sus Generales la descripcion de una diversion que pensaba dar á su amiga Ines Sorel: „¿Qué te parece, preguntó al guerrero anciano?” y este respondió: „Me parece que nadie puede perder su reyno mas alegremente.”

Suponen que debió mucho á esta favorita, porque contento él con la parte del reyno que los Ingleses le dexaban, hubiera vivido en la indolencia á no haberle Ines sacado de ella, despidiéndose de él un dia, y diciéndole: „Yo estoy destinada para un Rey, pero pues vos os conformais con dexar de serlo, voy á buscar un Monarca en otra parte.” Esta amenaza, hecha oportunamente, le dió aquella energía que le habia faltado muchas veces. Como era moderado y tranquilo, necesitaba de que le excitasen; pero en las ocasiones importantes ninguno de sus guerreros le podia disputar la palma del honor. Mas de una vez le viéron el mas avanzado en las filas de los enemigos, y el primero en la brecha; pero mitigaba su ardor la grande superioridad de los Ingleses. Estando para perder á Orleans, que los Ingleses sitiaban y era la única plaza que le ofrecia un punto de apoyo en el centro del reyno, se veia expuesto á verse reducido á la mayor extremidad, y tal vez sin otro asilo que las montañas del Delfinado, que era su mayorazgo antes de ser Rey. En situacion tan crítica solo un milagro, si hemos de creer á algunos historiadores, ó una singular y feliz estratagemas, segun otros, salvó á

Orleans, y aseguró el trono á Carlos VII.

No se sabe la causa, el objeto, si fue inspiracion, astucia política, íntima conviccion ó seduccion extranjera lo que excitó á cierta heroína. El hecho contado con la mayor sencillez, fue este: Una aldeana jóven, que no llegaba á los veinte años, llamada Juana, natural de Arc, aldea de Lorena, se presentó al Gobernador de Dom-remi, suplicándole que la enviase al Rey, porque Dios la habia revelado, que mandando ella las tropas reales harian levantar el sitio de Orleans. La despidió el Gobernador, volvió á instarle; y vencido de sus instancias la envió al Rey, baxo la guardia de dos Caballeros. Era muy peligroso el viage por un pais enteramente ocupado de los Ingleses, pero ella prometió que seria feliz, y así sucedió. Llegando á la corte, la llamó el Rey á su presencia despues de haber consultado á su Consejo. Estaba el Rey vestido con sencillez, y se confundia entre la comitiva de cortesanos; pero ella le distinguió; y dirigiéndole la palabra, dixo: „Que se la habian encargado solamente dos cosas: hacer levantar el sitio de Orleans, y llevar al Monarca á Reims para ser allí consagrado.” Sufrió sobre su mision el exá-

men de los Doctores y Teólogos, cuyo parecer la fue favorable. Pusieron un grande convoy á sus órdenes: le introduxo en Orleans, é hizo tantas salidas y con tales ventajas, que los Ingleses levantáron el sitio. Por este triunfo la llamáron *la Doncella de Orleans*.

Iba á caballo vestida de hombre, y á la frente de las tropas cargaba sobre los enemigos con mucha intrepidez. Mostraba por otra parte grande piedad, mucha modestia, y tal juicio y continencia que jamas se sospechó de ella la menor libertad. Conseguida esta victoria propuso la Doncella el viage de Reims: se opuso la mayor parte de los capitanes, pareciéndoles un paso imposible; respondió ella del suceso: superó todos los obstáculos, dispersó las tropas enemigas, mandó abrir las puertas de las ciudades *de parte de Dios*: entró en Reims, hizo consagrar al Rey, y pidió permiso para retirarse por haber concluido su mision. Creyendo sin embargo que su presencia era necesaria la detuviéron, y solo con grande sentimiento permaneció allí presagiando un éxito funesto. Así sucedió: la prendiéron los Ingleses, la formáron proceso suponiendola hechicera, y la quemáron viva en Ruan. Sufrió la infeliz tan bárbaro suplicio con

gran valor, sosteniendo hasta el fin que no era culpada de lo que la imputaban. Debe contarse esta doncella entre las víctimas inocentes sacrificadas al resentimiento ó á las razones políticas. ¿Es posible que ignoró Cárlos la horrible suerte que se preparaba á esta heroína? y si la supo, ¿cómo no la previno con amenazas de usar de represalias con los prisioneros que él tenia en su poder?

Desde que Cárlos VII se consagró, fue su reynado una serie de victorias: echó á los Ingleses fuera de la Francia: y tuvo la satisfaccion de introducir en su reyno la policía. A los soldados, que con la guerra civil se habian hecho ladrones, los envió á cultivar las tierras, ó á emplearse cada uno en sus artes. De este modo, sin echarlos de la Francia, como se habia executado con los malandrines y las grandes compañías, se libró de ellos, haciéndolos útiles al mismo tiempo. Exâminando el órden con que dispuso todos los ramos de administracion, la hacienda, la policía y la disciplina, es preciso decir que fue un gran Rey.

Le sucedió lo contrario que á otros Monarcas, porque su trono no fue invadido en los principios de su reynado, quando todavía

temblaba, sino quando parecia estar mas asegurado; pues pasados diez y siete años de victorias, se vió asaltado por una peligrosa faccion, llamada la *pragueria*, palabra cuyo origen se ignora. La principal fuerza la tomó de haberse agregado á ella Luis el Delfin, hijo de Cárlos. Le sujetó su padre, y le perdonó como á casi todos sus cómplices.

Cárlos fue infeliz como padre y como hijo. Habiendo nacido de Isabela de Baviera fue aborrecido, detestado, y aun despojado si hubiera podido ser, por esta madrastra; y así ninguno puede reprehenderle por la indiferencia en la muerte de una muger, acompañada hasta el sepulcro del público desprecio y odio. Fue infeliz como padre, pues su hijo se puso en el caso de necesitar del perdón, lo que para un padre es muy doloroso. Pero lo mas horrible para este Príncipe fue creer que aquel hijo pretendia darle veneno; y tan profundamente ocupaba esta persuasion su espíritu, que de miedo se estuvo sin comer muchos dias. Quando vencido de las instancias de sus domésticos consintió en tomar algun alimento, ya fue tarde, porque el estomago no podia exercer sus funciones, y así murió á los sesenta años.

Luis XI, aquel hijo que llenó de amargura los últimos años de su padre, aunque acostumbrado á disimular, no pudo ocultar el contento quando supo la muerte del Rey. Se hallaba fuera del reyno con el pretexto de temer alguna violencia de parte de su padre; pero este tenia mas justo motivo para rezelar de él. Entró pues en Francia: se fue derecho á Reims, en donde se hizo consagrar. Le tienen en reputacion de grande político; pero es tan equívoca la significacion de este término, que no es fácil fixarla á idea cierta. Si por esta voz entendemos un Príncipe, que siempre va por tortuosas sendas, que toma el disimulo por vasa de su conducta, se aplica á armar emboscadas, aunque tal vez sea cogido en sus propios lazos, le conviene el término de político á Luis XI, y aun se le puede añadir la inclinacion al odio, el arte de preparar sus venganzas para hacerlas crueles, y entónces tendremos el retrato de este Príncipe muy parecido al original.

Se acercaba á los quarenta años, que era poco mas ó ménos, la edad de Tiberio quando subió al trono; y así como el Romano habia estado el Frances tascando con impa-

ciencia el freno, esperando el supremo poder. Del primero se cree que dió veneno á Augusto; pero el segundo quitó á su padre la vida á pesadumbres. Despidió todos los ministros: llamó á los que Cárlos habia desterrado, y afectó un gobierno en todo diferente. Debía grandes obligaciones á Juan, Duque de Borgoña: le habia recibido este Príncipe con la mayor atencion quando creyó que se veia en la precision de huir para evitar la ira de su padre; y en reconocimiento de tan buena acogida, se unió con el heredero de Borgoña, Conde de Charolois, llamado despues Cárlos el *Temerario*, que era tan mal hijo como él. Colocado en el trono de Francia continuó sus correspondencias con este Cárlos, miéntras creyó mantener las desavenencias entre padre é hijo; y quando vió que se reconciliaban, se hizo enemigo de los dos.

Todo le parecia bien para llegar á sus fines. Le habia hecho el Duque de Saboya buenos servicios entre tanto que sublevaba al Delfin contra su padre; y Luis, agradecido, se empeñó en que se casase con la heredera de Bretaña; pero no pudiendo conseguirlo del Breton por medio de las insinuaciones,

le llamó á su corte con cierto pretexto; y mientras detenía al padre en la corte tomó las medidas para robar la hija, y por poco no lo consiguió. Este mismo Duque de Saboya, reñido con su hijo, suplicó á Luis que interpusiese su mediacion: convidó el Monarca al hijo á que fuese á explicarse con su padre, empeñando su palabra por salvo conducto: le oyó, y le hizo encerrar. Siempre igualmente inclinado á la traycion habia tomado sus medidas para prender, habiendo paces, al Duque de Borgoña y al Duque de Charolois, mas no le saliéron tan bien por imprudencia de uno de los encargados de la execucion.

Esta conducta obliqua, y capaz de inspirar rezelo no solo á los extrangeros sino tambien á los Grandes del reyno, ocasionó la guerra, que llamáron *del bien público*, ó la de aquellos que procuraban empeñar al pueblo con pretexto de procurarle sus ventajas, para que sirviese á su ambicion ó resentimientos. Se hallaban á la cabeza los Duques de Borgoña y de Bretaña con casi todos los señores de la corte anterior. Se dió cerca de Paris una batalla, seguida de una composicion, y nunca se habian visto tantos tratados juntos, porque los hizo con cada uno de los xefes,

que habia con arte separado, concedió el Rey á cada uno lo que queria; pero lo que concedia á uno era contrario á lo que habia concedido al otro: y de este modo se halló Luis con las razones que necesitaba para executar lo que queria. En quanto al bien público manifestó grande deseo de procurarle, y nombró con ostentacion los comisionados que debian reformar los abusos. Esto le sirvió como de inquisicion particular contra los señores sublevados; y citándolos á todos, como culpados en las vexaciones, cubrió su venganza con capa de justicia.

Para mayor seguridad convocó los estados generales para confirmar en ellos quanto habia hecho, encomendando con cuidado que se hiciesen reglamentos para el bien público á favor de los pueblos. En esta asamblea quedó la Normandía reunida irrevocablemente á la Francia. Como ordinariamente le salia bien al Rey todo lo que manejaba por sí mismo, y esto le daba grande idea de su capacidad, tuvo la vanidad de avocarse con el Conde de Charolois, ya Duque de Borgoña, para arreglar un convenio que pedia astucia y destreza. No hay duda en que pensaba engañar á Cárlos el Temerario, y así le pro-

puso que se viesen , lo qual se verificó en Perona , que estaba en los estados de Borgoña; y para inspirar mas confianza , se presentó Luis sin guardias.

Miéntas conferenciaban , los de Lieja, ganados por el Rey , y á quienes parece que este no habia señalado el preciso momento de romper , se subleváron é hicieron piezas la guarnicion borgoñona. El Duque , instruido del mal proceder del Rey , le hizo arrestar , y le tuvo tres dias preso en la torre del castillo. Se sujetó Luis á toda especie de baxezas por salir del mal paso en que se habia metido , y no salió sino á fuerza de sacrificios , y obligándose á ir con el Duque á Lieja no solo para ser testigo del castigo de sus protegidos , sino para cooperar por sí mismo con sus propias tropas; y toda su vida sufrió la confusion de esta imprudencia. Los parisienses , pueblo burlo , enseñáron á sus pegas ó cotorras á repetir *Perona , Perona*, hasta que sofocado el Monarca , hizo matar en todas partes aquellas aves habladoras.

Era justo que un Príncipe , que tanto gustaba de engañar , fuese tambien engañado. Pudiéramos citar muchos ministros que le fuéron infieles. Uno de los mas notables

fue su último confidente , el Cardenal de la Balúe , que mantenía correspondencia con el Duque de Borgoña: la descubrió el Rey , y le hizo encerrar en el castillo de Loche , en una jaula de hierro de ocho pies en quadro , castigo que fue de la aprobacion de todos por haberle inventado el Cardenal , y haberle hecho sufrir á otros. Once años estuvo allí.

La muerte libró á Luis XI de los Príncipes que mas le estorbaban , de su hermano , que se cree haber sido envenenado , y de Cárlos el Temerario , que pereció en una batalla en Lorena. Se cree que el Rey habia intentado deshacerse de él con veneno , y que el Duque le habia pagado en la misma moneda : sospechas muy honoríficas para aquellos Príncipes. El Duque de Borgoña no dexó mas que una hija , de cuya menor edad se aprovechó el Rey para invadir lo mejor de sus estados , queriendo mas deberlo á la astucia y á las armas , que al casamiento que pudiera haber contraido el Delfin su hijo con esta heredera.

Buscando el motivo de esta preferencia se cree que se halla en el carácter de Luis , el qual temia que , viviendo él , se hiciese

Hiciera sin duda por sus delitos perder la ci-
 dad el Duque de Xantur desde de lemanar
 pere quando al mismo tiempo finto XI desdixar
 en este personal, mudi no solo de hallar sine que
 sus hijos estoviesen en el castillo para que aviese
 sobre ellos la sangre de su padre, hacondelo parti-
 cipos de la pena para aprabar la de aquel despar-
 tado, sin Rey en hombre el que fue capta de die-
 tar las cosas?

Crueldad de Luis XI.



su hijo muy poderoso con aquella alianza. Desde que llegó á hacerse dueño de sus negocios, tuvo á los señores y á todos los de la corte en la mayor sujecion. Una mirada suya hacia temblar á aquellos en quienes la fixaba: y buen exemplar es de su carácter cruel y vengativo el suplicio de Jacobo de Armañac, Duque de Namur, hombre á la verdad cargado de delitos; pero que hubiera quedado sin castigo si el Rey no se le hubiera dado por algunas ofensas personales. Hizo degollarle, y mandó que estuviesen sus hijos en el cadahalso, para que cayese sobre ellos la sangre de su padre. ¡Rasgo de la inhumanidad mas atroz!

La vida doméstica de Luis era severa y triste. Dice su historiador, que era naturalmente amigo de gentes del estado medio; pero su favorito principal era Olivier, llamado el Gamo, que habia sido su barbero. Con estas gentes gastaba mas familiaridad que la que conviene; y si por ello le reconvenian respondia con una máxîma verdadera, pero cuya aplicacion no entendia bien: *Quando el orgullo va delante, cerca vienen caminando la perdicion y la vergüenza*. Se vestia y se presentaba de un modo que no causaba respeto; pero inspiraba

temor, que era lo que él pretendia. Poco tenían que hacer sus ministros, porque decia, „que él en su cabeza llevaba todo su Consejo.” Se dice que era muy fácil en hablar de todos, ménos de aquellos que le eran terribles, porque era de carácter harto medroso. De esta pusilanimidad procedia su supersticion, y ningun Rey la manifestó con mas señales exteriores de devocion, ni practicó mas menudencias. Prometia y juraba quanto querian; pero nunca quiso jurar sobre la *cruz de San Lo*, por estar persuadido á que morian dentro del año los que faltaban á este juramento, y como siempre estaba dispuesto á no cumplir su palabra, no queria exponerse. Pero juraba gustoso sobre una pequeña imágen de la Vírgen, y de plomo, que llevaba en el sombrero. En su última enfermedad se rodeó todo de reliquias haciéndolas llevar de todas partes, hasta la Santa Ampolleta que sacó de Reims. Corria entónces en Calabria la reputacion merecida de Santo á favor de San Francisco de Paula; y como en la opinion de Luis, todo santo debia hacer milagros, le llamó para que le diese la salud, pero no se contentó con que el Santo le dixese, que solo podia rogar á Dios que le sanase, porque este en-

fermo no pedía oraciones. Murió á los sesenta y un años de edad.

Fue, como hemos visto, mal hijo y mal marido, pues no tuvo para Carlota de Saboya, ni aun aquellas atenciones exteriores que la pudieran hacer sufrir con paciencia sus infidelidades y caprichos. Para con su hijo fue padre indiferente, pues le hizo criar léjos de sí, y raras veces le veía. Algunos dias ántes de su muerte le llamó, y le dió estos consejos dignos de un Monarca prudente y virtuoso: „que amase la paz: que viviese en buena inteligencia con sus vecinos, y que tratase á sus vasallos con equidad y dulzura.” Fue Luis XI favorecido de las casualidades, porque quantos podian hacerle frente, y contener su ambicion y codicia, murieron ántes que él. Se apropió sus despojos con los diferentes pretextos de homenaje, herencias, hipotecas, y aun reversiones á la corona, soldándolo todo como queria. Es cosa particular, dice un historiador, que diese realce á la autoridad real al mismo tiempo que su modo de vivir, su carácter, y todo su exterior parecia que debieran envilezerla. Reunió baxo de su centro el Anjou, el Maine, el Barois, la Provenza, casi todo el Artois, muchas ciudades

de Picardía, el Rosellon, la Cerdania, y el condado de Bolonia.

Como Cárlos VIII era mayor de edad, no hubo Regencia propiamente tal: y segun las disposiciones de Luis XI, fue puesta la autoridad en manos de Ana de Baujeu su hija, hermana del nuevo Rey. Luis, Duque de Orleans, y el Duque de Borbon, Príncipes de la sangre los mas cercanos, quisiéron disputar esta especie de tutela á madama de Baujeu; pero ella apeló á los estados generales, y la confirmáron en su autoridad: decision que hace honor á la eleccion de Luis XI, y al objeto de ella. A la verdad gobernó con mucha prudencia.

Se creyó que debia darse satisfaccion á la impaciencia pública con el castigo de tres insolentes favoritos. A Olivier el Gamo, que de barbero habia llegado á ser Conde de Melun, le ahorcáron por adúltero y homicida. A Juan Doyac, que tambien habia subido de baxa extraccion á una dignidad en el parlamento, y se habia llenado de riquezas, despues de haberle azotado por las calles de Paris, le cortáron la lengua y una oreja, y le lleváron á Auvernia, en donde habia sido Gobernador. Le cortáron la otra oreja en Mont-

ferand su patria, y le volviéron á azotar; pero tan bien habia ocultado sus tesoros, que no pudieron descubrirlos. El tercero era un médico llamado Jacobo Coctier, á quien Luis XI no se atrevia á negar cosa alguna, ni á castigar su insolencia. „Bien sé yo, decia descaradamente al débil Príncipe, que algun dia me tratareis como á los otros, que me hareis poner en la cárcel, ó me quitareis la vida; pero tampoco vivireis tres dias despues de mi muerte.” Se contentáron con desterrarle, rescatando él sus riquezas con una fuerte multa. Buenos avisos para los intrigantes que se introducen en las cortes.

No estuvo por mucho tiempo el Duque de Orleans sujeto á la decision de los estados: hizo quanto pudo por apoderarse de la autoridad, y aun levantó algunas tropas. Lo que mas molestaba á madama de Beaujeu era que este Príncipe afable, condescendiente, y dotado de amables prendas, lograba mucho crédito con el jóven Rey. No obstante consiguió separarle, y él se retiró á Bretaña empeñando al Duque en adoptar sus querellas. Hubo una batalla: la perdió el Duque de Orleans, y le hiciéron prisionero. Tres años despues fue el Rey en persona á sacarle

de la torre de Bourges , en donde le tenían encerrado, y le encargó que negociase su casamiento con Ana, heredera de Bretaña.

Era muy pretendida esta Princesa ; y el pretendiente mas bien recibido habia sido el mismo Duque de Orleans ; pero no obstante, por la tranquilidad de la Francia y la Bretaña, tuvo la generosidad de persuadirla á que se casase con Cárlos VIII. Este jóven Monarca , lleno de buenas intenciones, se dexaba fácilmente llevar de falsos proyectos. Le persuadiéron la conquista del reyno de Nápoles, en el concepto de que le pertenecía por heredero de la casa de Anjou , diciéndole por otra parte que era un objeto de gloria conveniente á un Príncipe jóven , en quien seria vergonzoso no hacer alguna ilustre hazaña. Se llenó Cárlos de ideas gigantescas : juntó un ejército , atravesó la Italia sin oposicion , entró en Roma como vencedor y señor , subyugó el reyno de Nápoles á excepcion de una ciudad : y aunque á la vuelta le acometió un formidable ejército de Príncipes coligados de Italia , le derrotó , y entró en Francia triunfante , pero arruinado. No escarmentando con esta prueba , meditaba una nueva expedicion contra el mismo reyno de Nápoles , del qual habian echado á

sus soldados sin dexar uno; pero murió de accidente á los veinte y ocho años de su edad con el sobrenombre de afable y civil.

Luis XII, Duque de Orleans, amenazado por las intrigas de la corte, temia la prision ó la desgracia, quando la muerte de Cárlos VIII, que no dexó hijo varon, le abrió el camino al trono. Era nieto del Duque de Orleans, y hermano de Cárlos VI, el asesinado por el Duque de Borgoña. Al ver á Luis XII en medio de la corte de su predecesor, parecia que siempre habia sido suya, porque no hizo mutacion alguna, y se quedó con los mismos ministros. Los que habian tratado mal á Luis antes de ser Rey, no experimentáron venganza ni disfavor; porque decia: „No pertenece al Rey de Francia castigar las injurias hechas al Duque de Orleans;” y así todos conserváron sus bienes y sus empleos: últimamente, nada desapareció sino la persona de Cárlos VIII. Su viuda, Ana de Bretaña, pasado un año por el bien parecer y las formalidades necesarias para separar á Juana, hija de Luis XI, con quien siendo Duque de Orleans, se habia casado contra su gusto, volvió al trono y al lecho del nuevo Rey. Hasta en la guerra se pare-

ció á su antecesor , pues la introduxo en Italia , y no como Rey de Nápoles , pues abjuró el supuesto derecho de heredero de la casa de Anjou , sino como representante de su abuela Valentina de Milan , heredera legítima de este Ducado.

Se hizo Luis XII formidable á las dos Repúblicas de Génova y Venecia. La primera , humillada y sometida , recibió severas leyes : la segunda , soberbia por sus riquezas , no solo se vió abandonada de sus aliados , sino tambien acometida por una liga , cuya cabeza y agente era el Rey de Francia. Evitó Venecia su ruina á costa de sacrificios y humillaciones. En esta guerra hicieron gran papel los Papas Alexandro VI y Julio II. Pero Luis XII , ya enemigo , y ya reconciliado , no usó de todo su poder contra ellos por complacer á su esposa Ana de Bretaña , que era muy temerosa de Dios ; y así con su mucha condescendencia perdió en Italia las conquistas que habian costado tanta sangre y dinero á la Francia.

Esta es la única falta que pudo reprehenderse en este Príncipe afable , accesible y compasivo. Ningun Monarca respetó mas la libertad de sus vasallos. Debiéramos desear

que los que tienen autoridad para condenar á cárcel, hubiesen antes experimentado, como este Rey, las inquietudes de un preso, sus disgustos é impaciencias. Tambien se extrañó su casamiento á los cincuenta años de su edad con María, hija de Henrique VIII, Rey de Inglaterra, que no pasaba de los diez y siete; pero no se le retardó mucho tiempo la pena de esta culpa; porque le hizo mudar todo su modo de vivir. Acostumbrado á comer á las ocho, le era preciso comer al medio dia: y quando ántes solia acostarse á las seis de la tarde, tenia muchas veces que acostarse á media noche. Estas condescendencias con la esposa jóven, le lleváron al sepulcro dos meses y medio despues de su casamiento. Era demasiado económico, y los cortesanos codiciosos le hicieron sobre este punto sátiras, y aun le representáron en el teatro; pero léjos de enojarse por ello dixo: „Mas quiero que mis vasallos se rian de mi economía, que el que lloren de ver que los despojo.” Con efecto, disminuyó los impuestos en mas de la mitad, y no volvió á crear alguno. Por último, la murmuracion de la crítica, si alguna mereció, quedó sepultada con esta proclamacion del pregonero público quando anunció su muerte: *Ro-*

gad á Dios por el buen Rey Luis, padre del pueblo. No puede hacerse mejor oracion fúnebre.

Su sucesor Francisco I, que venia del mismo tronco, el Duque de Orleans y Valentina de Milan, distaba de la corona un grado mas que Luis XII, que no dexó hijo varon. Era de carácter caballeresco, quiero decir, apasionado por las armas: ponía su gloria en desafiar los peligros, y exponerse á las aventuras sin detenerse en los riesgos, ni preveer las conseqüencias. Casi al subir al trono se le ofreció ocasion de exercitar su valor contra los Suizos. Habian hecho estos pueblos, en tiempo de Luis XII, una irrupcion en Francia, de la qual salieron baxo de la promesa de darles cierta suma de dinero. Vió Francisco que no se la habian pagado, y por consiguiente los halló muy descontentos quando pasó los Alpes para ir á tomar el Milanesado. Hubo en Mariñan una batalla sangrienta que duró dos dias; y aunque fue mas ventajosa para los Franceses que para los Suizos, en ella aprendiéron las dos naciones á mirarse con estimacion, y desde entónces siempre tuvo Francisco I compañías Suizas en sus tropas. Se aseguró pues del Milanesado, y

dexando guarniciones volvió triunfante.

Jóven, ambicioso, y ya vencedor, hizo su pretension á la corona imperial; pero la obtuvo Cárlos V, que sabia negociar mejor. Este fue el origen del odio que se profesáron estos dos Príncipes, iguales con corta diferencia en la edad y en el poder; y por las constantes felicidades del Emperador, se vió quanto puede mas la prudencia que el valor destituido de consejos. Cárlos se hizo dueño, por decirlo así, de los sucesos; y todo le venia bien para dar que hacer á su enemigo. Mas de una vez quitó á Francisco I los aliados, que por su mismo interes debieran serle fieles, y uno de estos fue Henrique VIII Rey de Inglaterra. El Frances y el Ingles se habian jurado amistad sincera en una entrevista, cuya magnificencia fue célebre por entónces. El lugar de la concurrencia se llamó *el campo de la tela de oro*; pero los juramentos de Henrique VIII, no obstante su estimacion y afecto á Francisco I, casi nunca se sostuviéron contra las diestras sollicitaciones de Cárlos V.

Una de las mayores desgracias de Francisco I, y que causó otras muchas, fue la desercion del Condestable de Borbon. Dicen

que á este señor le puso en la necesidad de dexar la Francia madama de Angulema, madre del Rey. Le habia gustado mucho en un viage que hizo á la corte, en tiempo de Luis XII; y quando ella se consideró en cierto modo sentada en el trono con su hijo, se imaginó que no dudaria Borbon aceptar su mano; pero no solamente no quiso admitirla, sino que, lo que nunca es disculpable, dio para negarse motivos que ofendian al carácter y hermosura de la Princesa, la qual, aunque nada jóven, no dexó de sentir la critica de sus gracias, por lo que se convirtió su amor en el odio mas violento. Incurrió el Rey su hijo en la flaqueza de no reprimir los efectos de este odio, que no se dirigian ménos que á arruinar al Condestable con una acusacion injusta.

Se pasó Borbon al servicio del Emperador, y Francisco I sintió perder tan gran capitán, quando se hallaba en guerra con Cárlos V. Avanzó el Rey felizmente á Italia, y puso sitio á Pavía: no tenían los Generales del Emperador suficientes tropas para librar la ciudad, que estaba ya para rendirse, y el Condestable les llevó doce mil Alemanes levantados á sus expensas. La prudencia dictaba al Rey que se retirase; pero él hizo punto de honor la toma

de la ciudad. „Señor, le decia Mr. de La Trimouille, en la guerra el verdadero honor es el salir bien, y no hay razon que pueda jamas justificar una derrota.” Por no oír con docilidad una reconvencion tan discreta, esperó Francisco I al enemigo, que le venció, y le hizo prisionero.

Cárlos V no fue tan generoso que no pidiese por su libertad mas promesas que las que debiera creer que el Rey habia de cumplir en viéndose libre. Las infracciones de este tratado fuéron entre los dos causa de nuevas guerras, bravatas, y desafios insultantes. Estos procedimientos, que son reprehensibles aun entre particulares, no impidiéron que Cárlos V se fiasse de la palabra de Francisco I, á quien habia insultado, para pasar por la Francia con solo un salvo conducto de este Príncipe, ni que fuese magníficamente recibido, y amigablemente tratado. Faltó el Emperador á la promesa de dar la investidura del Ducado de Milan al hijo segundo del Rey, por lo que se encendió una nueva guerra; mas como se iba apagando la actividad de los dos rivales, tambien se apagó la guerra; y Francisco I, que ni un dia de su reinado habia estado en paz, se

halló en ella quando murió á la edad de cincuenta y tres años. Fue un Rey noble, generoso y magnífico, que mereció el glorioso título *de padre y restaurador de las letras*.

Tenia Henrique II veinte y nueve años quando subió al trono; y Ana de Poitiers, Duquesa de Valentinois, su amiga, tenia quarenta y siete. Esta supo fixar su corazon hasta la muerte con gran disgusto de su esposa, Catalina de Médicis, herida de la doble pesadumbre de verse privada del amor de su marido, y de mirar el dominio en manos de otra. Trece años de reynado fuéron trece años de guerras exteriores, al mismo tiempo que duró en lo interior de la Francia una paz constante, á pesar de las intrigas de corte, y de que fue preciso perseguir á los protestantes. Francisco I, que dió el exemplo en esto, se arrepintió, pero Henrique II no se negó al horrible espectáculo de ver quemar vivos á muchos de estos sectarios; y aunque le conmoviéron los gritos de aquellos infelices, no por eso dexó de expedir contra ellos edictos fulminantes, con lo que se iban fomentando el odio y el furor, que despues hicieron tan encarnizadas y crueles las guerras civiles. Salió herido en un ojo Henrique II de una

Et ante de preterit amque, fahil, ha sido meante
 siempre. De este arte precede el llamade orden
 de abalasteria; y de este los torneos en que con
 tianan una especie de foyeje legal ha mar de
 foyes y averiguadas suertes de armas, sin una
 de ellas, fue herido en un ojo Henrique II, y
 muere de esta herida. Un guerra? Deseo es
 que ni pacifico pueda enaigante el hombre sin
 que le sea, fuyesta!

Henrique II herido en un torneo.



lanzada en un torneo, y murió de esta herida á los quarenta y dos años de su edad. Si hubiéramos de dar á este Príncipe algun carácter, seria el de haber sido poco constante en sus proyectos políticos: haber permitido variaciones perniciosas en los negocios, y haber adoptado con demasiada facilidad las ideas del último que le hablaba. Por otra parte era afable, cortés, valiente como su padre, y Caballero leal.

Con él acabó aquella institucion que dió los Pothon, los Lahire, los Bayard, y otros muchos Caballeros, llamados como este último, *Caballero sin miedo y sin defecto*, dos palabras que ellas solas designan las prendas que constituyen al verdadero Caballero, á saber: el valor y el conjunto de todas las virtudes sociales. Ya queda notado que en la recepcion de los Caballeros se usaban unas ceremonias religiosas y otras galantes, que habia entre ellos confraternidad, y que practicaban la hospitalidad con gran gusto y esmero. La llegada de un Caballero al castillo de otro era una fiesta, y los *Trobadores* con los *Ministriles* (poetas y músicos ambulantes) ponian en verso, y cantaban los grandes hechos de armas de aquellos valientes, y

encendian en los Caballeros jóvenes el deseo de imitarlos. No tanto fue la muerte de Henrique II, por la herida que recibió en el torneo, la que destruyó esta sociedad, como el uso de las armas de fuego, con el qual se ha mudado el ataque, la defensa particular, y el orden de los combates.

Todo el reynado de Francisco II fue una conspiracion. Tenia diez y seis años; y los Guisas, segundos de la casa de Lorena, casándole con María Estuardo su sobrina, se tomaron toda la autoridad. Antonio, Rey de Navarra, y Condé Príncipe de Borbon, procuráron tener en ella alguna parte; y ayudados de Coligni y otros mal contentos proyectáron apoderarse del Rey, que estaba en el castillo de Amboise, para gobernar en su nombre. Se descubrió la conjuracion: tres de los cabezas fuéron castigados en presencia de la Reyna Madre y de las damas de la corte: y hasta mil y doscientos fuéron ahorcados, anegados ó degollados. Corria la sangre por las calles de Amboise.

Hiciéron proceso al Príncipe de Condé y al Rey de Navarra: al primero le condenáron á muerte; pero no resultó cargo alguno contra el segundo. Iban á executar la sentencia contra Condé, y por falta de prue-

bas, trataban de asesinar al de Navarra, quando murió de repente Francisco II á los diez y ocho años de edad, de un absceso en la cabeza. La conjuracion de Amboise fue el primer suceso de la guerra civil, que abrasó á la Francia por espacio de quarenta y cinco años; y fue la que puso una línea de demarcacion entre los católicos y los reformados, llamados protestantes ó hugonotes. Entónces hubo en la corte dos facciones bien declaradas, y dos partidos bien distinguidos en el reyno.

La muerte precipitada de Francisco II mudó en un instante el aspecto de la corte. La Reyna Madre, despreciada de los Guisas durante su autoridad, fue buscada de estos, porque conocian su imperio sobre Cárlos IX, que no tenia mas que diez años; pero no se dexó prender de sus lazos, y fue separando, por medio de insinuaciones y con dulzura las cabezas de partido, logrando así gobernar con bastante tranquilidad. No agradaba esta calma á Francisco de Guisa, que se hizo xefe de los católicos; y como necesitaba de la guerra, la empezó, quitando la vida á los protestantes miéntras oían el sermon en Vassi. Aceptáron sus rivales esta especie de desafio, hiciéron con

furor la guerra, y matáron á Antonio Rey de Navarra que estaba sitiando á Ruan. A Guisa le asesinaron al pie de las murallas de Orleans quando la tenia en grande estrecho. El Príncipe de Conde habia quedado herido y fue hecho prisionero en la batalla de Dreux. La muerte de dos cabezas y la prision de la otra, proporcionaron la conclusion de la paz, manejada por Catalina, y se hizo con condiciones equitativas; pero no duró, porque Condé no adelantaba con ella, y así intentó con *Coligni* sorprehender la corte en Mouseaux; bien que esta se puso en salvo en Paris. Peleáron en la llanura de San Dionis, pero no fue decisiva la batalla. El Condestable de *Montmorenci*, Comandante del ejército católico contra su sobrino *Coligni*, que era con el Príncipe de Condé General de la protestante, perdió la vida. Se hizo de nuevo la paz, pero no fue mas estable que otras veces. Se dió una batalla en Jarnac; y el Príncipe de Condé, herido en el campo, fue asesinado á sangre fria. Salvó *Coligni* las reliquias del ejército protestante: volvió á presentarse en Montcontour, en donde fue derrotado; pero se retiró como vencedor. En estas dos ocasiones mandaban á los católicos Henrique, Duque

de Anjou, hermano menor de Cárlos IX, que fue despues Rey con el nombre de Henrique III, y Henrique, Príncipe de Bearne, hijo de Antonio y de Juana de Navarra, que tambien fue Rey luego con el nombre de Henrique IV. Este hacia entónces sus primeros ensayos en las armas á vista de *Coligni*. Sin embargo de las victorias que lograron los católicos, todavía consiguieron los reformados una paz honorífica.

Viéndolos indestructibles con la fuerza, resolvieron Catalina y su Consejo deshacerse de ellos de otro modo. Atraxeron las principales cabezas de los reformados á la corte, á pretexto del casamiento del jóven Príncipe de Bearne con la Princesa Margarita, hermana de Cárlos IX. La Reyna Juana, que llevó en persona á su hijo, murió casi de repente; y si fue con veneno, le disimularon de modo que los señores protestantes nada rezelaron por este suceso. Se dexaron todos ellos sorprehender en París, como en una red, y perecieron asesinados en la noche de San Barthelemi del año de 1572 en la capital y en todo el reyno con las mas bárbaras circunstancias.

Cárlos IX pronunció contra el jóven Rey de Navarra su cuñado, y contra el Príncipe de

Condé, hijo del que matáron en Jarnac, esta terrible sentencia en tres palabras: *Misa, muerte ó bastilla*. Dobláron todos la cerviz, y creyó el Rey, que teniendo sujetas las cabezas había exterminado su partido; pero este se sostuvo en las provincias, y bien presto halló protectores en la corte, de donde habían salido el de Navarra y Condé. Francisco, Duque de Alençon, último de los hermanos del Rey, con el apoyo de los reformados, quiso exígir de él algunas gracias; y los rebeldes, que Cárlos IX creyó destruir bañándose en su sangre, volviéron á presentarse como espantosos espectros cerca de su sepulcro. Se habían juntado en la Normandía; y para no caer en sus manos se vió precisado á huir del castillo de San German, en donde esperaba la muerte en su última enfermedad. Murió pues entre grandes y crueles dolores á los veinte y quatro años de edad.

Henrique III se hallaba en Polonia, cuya corona le habían dado con grande satisfacción de su hermano Cárlos IX, que se alegró mucho de ver distante de sí este objeto de su rezelo. A los veinte y tres años puso la corona de Francia en su cabeza, adornada ya con los laureles de muchas victorias. Su

madre, mientras le esperaba, gobernó con habilidad y destreza. Quando llegó Henrique dió buena idea de su administracion por una aparente neutralidad entre los partidos, su firmeza en las resoluciones y su aplicacion á los negocios; pero no duraron mucho tan bellas disposiciones.

Tenian contra él los reformados presunciones bien fundadas, como que le consideraban cómplice en la matanza de *San Barthelémí*, y no se fiaban de sus demostraciones de neutralidad, ni de su fidelidad en cumplir sus palabras, porque le conocian inconstante, variable y muy expuesto á ser engañado. A la verdad, la Reyna Madre, cuyo fin era gobernar, consiguió que se cansase de los penosos cuidados del reyno, y le presentó placeres fáciles con que adormecerle en la indolencia de la sensualidad, favoreciendo y aun excitando sus pasiones con una condescendencia, no solamente indigna de una madre, sino tambien de una muger honrada. Llegaron á creer que ultrajaba en sus excesos á la naturaleza; y si la respetó, sus desórdenes llegaron á ser tan licenciosos, que públicamente llamaban galanes á sus favoritos.

Pensó Henrique en ganar ó conservar la estimacion de los católicos con demostracio-

nes afectadas. Con este fin estableció hermandades de penitencia y asociaciones familiares, distinguidas entre sí con los colores blancos, azul y negro. Le vieron asistir descalzo á sus procesiones con un saco y un capucho, en que se escondia la cabeza; pero los xefes católicos le quitaron el fruto de su ridícula afectacion descubriendo su torpeza. Tambien hacian sospechosa la religion en Henrique, publicando que la tranquilidad con que dexaba vivir á los protestantes, no tanto era temor de su poder como afecto que les tenia.

Estos xefes católicos eran los dos hijos del Duque de Guisa asesinado en Orleans, uno Cardenal, muy atrevido en los consejos, otro guerrero é intrépido en la execucion: el tercero, llamado el Duque de Mayena, era todavía muy jóven para hacer figura. Observando la indolencia del Rey, con la sospecha de que por sus excesos no tendria sucesion, y viendo que no habia á su lado otro que el Duque de Alenzon, soltero y de genio mezquino, no se duda que el Duque de Guisa pensó procurarse la corona con el apoyo de los católicos, en perjuicio del Rey de Navarra, heredero presuntivo y que habia vuelto al partido protestante. Henrique III favoreció

sin querer esta pretension con su imprudente conducta.

Se dexó quitar de los protestantes algunas plazas fuertes, como necesarias para su seguridad contra las empresas de los católicos: estos tambien dixéron que necesitaban de asilos; y habiéndoselos negado, creyéron que estaban en el caso de unirse entre sí con juramento para defender su religion, que parecia abandonada por el Rey. De aquí nació la *liga* ó *la santa union*. Permitted Henríque III, en lugar de reprimirla, que se estableciese; y quando la vió ya fuerte, creyó que el mejor medio de destruir su proyecto era hacerse cabeza de la liga; porque así penetraria los secretos, y moderaria los movimientos; pero los Guisas no le dexáron mas que una autoridad aparente, reducida á la que en rigor era necesaria para dar con su nombre á la liga el ayre de legitimidad.

Bien quisiera Henríque III mantener en balanza las dos ligas; porque tambien llamaba liga á los reformados que tenían sus plazas fuertes, sus xefes y sus tropas; pero jamas los católicos le permitiéron la libertad de hacer la paz, y á pesar suyo le arrastráron á la guerra. Como no la hacía con el vi-

gor que quisieran los coligados, diéron estos toda su confianza á los Guisas, y precisáron al Rey á salir de la capital. Estando para set depuesto en los estados de Blois, ó para experimentar suerte mas funesta, si hay alguna peor para un Monarca, los hizo asesinar.

Estaba la liga tan bien cimentada, y el pueblo tan bien persuadido y declarado por ella, que aquellas muertes, muy léjos de restituir su poder á Henrique III, le pusieron en el mayor peligro. En una sublevacion general de los catolicos, se halló el Rey casi solo, perseguido de estos, y abandonado de los protestantes. Despertó en él con la desgracia su antiguo valor. El Duque de Mayena, reconocido por xefe del partido de los Guisas en lugar de sus hermanos, perseguia de cerca á Henrique III, precisado á huir, y le encerró, por decirlo así, en los arrabales de Tours. Como un animal furioso se vuelve contra los cazadores que le estrechan, salió contra los de la liga: los derrotó, y los obligó á retirarse, y dexarle libre el paso para juntarse con el Rey de Navarra.

Ya habia mucho tiempo que le persuadia este Príncipe á que no se fiase de la liga, y le ofrecia sus servicios. Acometido con furor

de los coligados baxo las banderas de Henrique III, los habia derrotado en Contras; pero despues de la victoria se estaba incierto é indeciso en los paises montuosos de la Francia, mas acomodados para sostener una guerra defensiva, esperando con ansia saber qué resoluciones eran las de la liga contra él. No podia dudar que los Guisas dirigian sus tiros contra su persona desde que la muerte del Duque de Alenzon le hacia heredero del trono. Supo con mucha alegría interior que habian muerto á este rival suyo; pero tuvo la modestia de no manifestar su alborozo, contentándose con ofrecerse de nuevo á Henrique III. Este Príncipe estaba irresoluto con el temor de que si se juntaba con los reformados confirmaria la noticia que se habia esparcido de ser inclinado á su secta; pero viéndose reducido á un corto número de vasallos fieles, se determinó á llamar al Rey de Navarra. Llegó este á buen tiempo para ayudarle á retirar los coligados de los muros de Tours.

Vamos á Paris, le dixo el Príncipe lleno de valor y entusiasmo, y al punto marcharon. Gobernaban esta capital los Diezyseis, esto es: se hallaba dividida en diez y seis quarteles; los que eran cabeza del consejo

de cada uno se juntaban ; y baxo la influencia de los xefes de la liga formaban sus decisiones , y las adoptaban todos los quarteles. Sostenian al pueblo en sus ideas los oradores, que en un partido católico serian naturalmente los predicadores. Se esparcian muchos escritos á gusto del partido , pero no se permitian otros. Era grande el furor y la rabia contra Henrique III en esta grande ciudad ; y con la noticia de la muerte del Duque de Guisa , declaráron haber caido del trono su asesino , y borráron su nombre de las oraciones públicas. Decian generalmente que seria accion meritoria quitarle la vida, y no faltó quien, por complacer á la Duquesa de Mompensier, hermana de los Guisas, tomó á su cargo este delito, y le executó. Herido del cuchillo de este asesino murió Henrique III en la edad de treinta y nueve años cerca de Paris. Tenia las bellas prendas de valiente, eloqüente y popular ; y á no haber ocupado el trono le juzgarian digno de reynar.

No hubo dificultades sobre el derecho de Henrique IV á la corona, sin embargo de haber mediado 333 años entre él y Roberto, sexto hijo de San Luis, y señor de la Baronía de Borbon, de quien descendia ; aunque muchos



Batalla de Arque.

Abandonado por muchos de sus primeros vavalleros Henrique II quando acababa de tomar el cetro, levantó el sitio de París; y persiguió por el Duque de Mayena quando huía para refugiarse en Inglaterra, quise aventurar antes en Arque una batalla. Triunfó en ella, y este triunfo le abrió el paso á otras victorias con que ajuntó su reino. No hay mas feliz recurso en las adversidades que la presencia de ánimo.

señores Católicos tuviéron por razon suficiente para abandonarle el ser protestante. La desercion de estos le forzó á levantar el campo delante de Paris , persiguiéndole el Duque de Mayena á Normandía, adonde se retiraba para ir á Inglaterra si le estrechaban mucho; pero ántes aventuró una batalla en Arque, y la ganó. Esta victoria le dió confianza para volver á Paris: le opuso Mayena otro nuevo ejército en las llanuras de Ivry, y tambien este fue vencido. Se acampó Henrique delante de Paris, y hubiera podido tomarla por hambre si hubiera negado el paso á una multitud de viejos, mugeres y niños, que su Gobernador el Duque de Nemurs obligó á salir para economizar los víveres. Los Generales del Rey no llevaron á bien esta indulgencia; pero dicen los historiadores que mas bien se expondria Henrique IV á la censura de todo el mundo que á las reconvençiones de su corazon.

Sabemos por experiencia quan presto pierde su fuerza el fermento de las guerras civiles quando los extrangeros no acuden á fomentarle. Los reformados habian apelado á los Alemanes, y los coligados á los Españoles. Felipe II, su Rey, previendo que la liga se veria aniquilada si tomaban á Paris, envió á

su socorro al Príncipe de Parma que hizo levantar el sitio. Se retiró Henrique IV, y dexó el curso libre á las intrigas que consternaban la capital. Dominaban en ella los Diezyseis; pero con tal depotismo é insolencia que irritaban al Duque de Mayena. Habian hecho ahorcar por sospechosos á dos Magistrados respetables; y Mayena en despique, mandó ahorcar á quatro de los Diezyseis, con lo que se disipáron los otros, y quedó París en una especie de calma, divertido con el espectáculo de los Estados que suponian haberse congregado allí. No aspiraba á ménos el Rey de España Felipe II que á hacer declarar Reyna de Francia á la Infanta su hija; pero no halló al Duque de Mayena dócil á sus deseos, y Henrique IV desconcertó los partidos volviendo á la Religion Católica, de la qual hizo pública profesion.

No bastó sin embargo esta novedad para ponerle desde luego en posesion de la totalidad de su reyno, y se vió precisado á vencer con la fuerza algunas provincias; pero otras le reconocieron voluntariamente. Los reformados, descontentos por su conversion, se aplacáron con un edicto dado en Nantes. Los mas difíciles de contentar fuéron los señores que le habian

seguido en su desamparo: estos nunca se tenían por suficientemente recompensados, y así murmuraban y amenazaban. Se vió el Rey en la precision de hacer un exemplar con el mas peligroso, y Biron pagó con su cabeza el haber tomado mal sus medidas.

Tuvo Henrique IV quatro amigas conocidas, cada una de las quales le dió hijos; y no se cuentan las ocultas. Es muy notorio que quando murió iba á poner en combustion á toda Europa por un galanteo. Sin embargo de tener ya blanca gran parte de la barba, se apasionó de la jóven Montmorenci, esposa de su primo el Príncipe de Condé. Sacó este á su muger de la corte, y los dos halláron asilo entre los Españoles. Se dió Henrique por insultado con esta proteccion, y empezó con ardor los preparativos de una guerra formidable, aunque se cree que para ella dió muy distintos pretextos. Estas flaquezas le harian despreciable en la posteridad, sino las compensara con las prendas que constituyen un gran Rey, quales son los talentos militares, el deseo y el arte de hacer felices á sus pueblos, y el discernimiento en la eleccion de Ministros. Con este motivo se acordarán todos de Sully, que tantas veces ha sido citado por modelo de buena ad-

ministracion. Era Henrique IV bueno, franco, familiar, y con todo esto, le acometió el cuchillo de dos asesinos; y á los cincuenta y ocho años de su vida murió herido por otro tercero. Es una mancha en la reputacion de su amiga, Henriqueta de Barsac, y en la de su muger, María de Médicis, que se dude entre las dos qual fue la que armó el brazo del delinquente. Dan por cómplices á algunos señores, á quienes este Príncipe llenó de beneficios; pero aunque otros dicen que le vino el golpe de la corte de España, bien pudo suceder que el asesino fuese un malvado melancólico, y fanático, sin cómplices ni consejeros, como él lo dió á entender. A Henrique IV le llaman Henrique el Grande, y todos han aprobado generalmente este verso que puede servirle de epitafio: *Fue padre y vencedor de sus vasallos.*

El reynado de Luis XIII su hijo, puede distribuirse en tres épocas: la de María de Médicis su madre, la del Condestable de Luynes, y la del Cardenal de Richelieu.

María de Médicis solo reynó baxo de la direccion ó al arbitrio de Concini y Leonor de Galigaye. El primero fue un caballero pobre de Florencia, que pasó á Francia con la

Reyna para hacer fortuna, y lo consiguió casándose con Leonor, hija de un artesano de Florencia, la qual habiendo ido con Maria de Médicis en calidad de criada de baxa clase, llegó á ser su favorita. Quatro años tuvo la Reyna la Regencia de su hijo, el qual subió al trono en la edad de nueve. Entrado en la mayor continuó sin embargo su madre con las riendas del gobierno, rodeada de cabalas é intrigas.

Estaban á la cabeza de una multitud de mal contentos los Príncipes de Condé y de Soisons: arrestáron al primero, y despues le diéron libertad. Levantáron tropas; pero los mal contentos no contaban tanto con la fuerza de las armas, quanto con los negociadores secretos que tenian al lado del Rey. Persuadiéron estos al jóven Príncipe que la discordia solo provenia de la obstinacion de su madre en sostener un favorito indigno de sus bondades; y se convino en que fuese Concini sacrificado. Habia este conseguido que le diesen el baston de Mariscal de Francia sin ningun servicio militar, y únicamente porque le convenia. Despues se le diéron á Vitri, Capitan de guardias, por haberle asesinado. A la Reyna la enviéron prisionera al castillo de Blois; y á Leonor la

lleváron al suplicio como hechicera. Todos sus bienes se diéron á Luynes , que habia sido el alma de la intriga.

Tenia este dos hermanos , Brantes y Cadenet , que quando mas eran nobles provenzales , y de Guardias del Rey , consiguieron su favor con juegos pueriles ; por lo que ni la Reyna ni su favorito desconfiaron de ellos , y les dexáron tomar imperio sobre el corazon del jóven Luis. Al principio de la revolucion que aseguró á Luynes la autoridad , hormigueaba la corte en intrigas : este era el camino de la fortuna , mas no todos llegaban á ella. Un tal Gignier se propuso fingir una conspiracion : fue á descubrirla á Luynes , esperando que le premiaria ; pero exâminado á fondo el asunto , se reconoció la falsedad. Estrechando al delator á que manifestase el motivo de su delacion , respondió de buena fe : „Viendo yo que las intrigas son de moda , forgé una para adelantar , y por desgracia no me ha salido bien.” Esto á Gignier le pareció solo una burla pesada ; pero la pagó con su cabeza.

Conservó la Reyna Madre en su destierro tantos mas partidarios , á proporcion que Luynes subscitó contra sí la envidia por su poder y sus

riquezas. Se apoyó con el casamiento de la hija de uno de los principales señores de la corte, y sus hermanos contraxéron otros tambien útiles; pero los malcontentos sacáron á la Reyna de su prision, y tuviéron poder para darla un ejército. Luynes, que era de un carácter dulce y pacificador, se concertó con ella: volvió María de Médicis á la compañía de su hijo, y á tomar influxo en los negocios. Con el fin de cortar el curso de estas intrigas, y tener ocupado á Luis, que manifestaba gusto á la guerra, dió Luynes, aunque amigo de la paz, algunos sentimientos á los reformados, hasta que tomáron las armas. Entró el jóven Monarca con ardor en el nuevo camino que se le abria, y se distinguió en él. Ganó en esto Luynes la espada de Condestable, sin derecho mas legítimo que el de Concini y Vitri al baston de Mariscales. A su dignidad juntó el Condestable los sellos, de suerte que todo el poder se hallaba reunido en él; pero no le duró mucho, porque murió quando elevado á la cumbre de los honores y de la potestad iba á ser precipitado por haber perdido ya el favor.

María de Médicis se hizo árbitra del Consejo, introduciendo en él á Richelieu, Obis-

po de Luzon, que habia contribuido á reconciliarla con su hijo y con Luynes. El Prelado, que era un Argos en política, examinó la conducta de sus compañeros: vió que solo trabajaban por suplantarse en la confianza del Rey: los dexó arruinarse unos á otros; y quando los vió debilitados en número y en fuerza, los echó del Consejo, poniéndose en su lugar, y rodeando la vasa de su poder con algunos débiles puntalillos, de los quales pudiera deshacerse si le estorbasen. Es verdad que á este ascendiente que tomó le dan otros origen mas laudable que las astucias de corte, pues dicen que se apoderó de Luis XIII por el camino de la estimacion, conociendo en él este Príncipe la exáctitud de su juicio, un sistema de gobierno bien seguido, miras prudentes, y medios proporcionados. Le explicaba las causas y los motivos; y lo que todavía es mas eficaz, le procuraba los aciertos.

De este modo hizo al Monarca dueño de los protestantes de Francia: sofocó la semilla de las guerras civiles con la toma de la Rochela. Se pasmó el mar de verse contenido por un dique, y recibió un freno que no habia sentido desde el tiempo de Alexandro. A los Ingleses que querian oponerse á sus es-

fuerzos los hizo llamar á su isla con los alborotos que fomentó en ella. Llevó á Luis á Italia, haciendo que le acompañase la victoria en aquel pais tan estéril de laureles para los Franceses despues de las guerras de Nápoles y Milan. En Flandes y en Alemania, la casa de Austria, que hasta entónces habia sido siempre agresora, se vió precisada á mantenerse sobre la defensiva. Empezó el comercio á florecer, la potestad real tomó fuerzas y se hizo respetar, los pueblos se viéron libres de la tiranía de los señores, y los castillos de estos fuéron demolidos. Las ciencias, despreciadas durante la confusion de las guerras civiles, se cultiváron con esplendor sirviéndolas de asilo y de santuario soberbios edificios. En una palabra, la Francia, esqueleto descarnado, agotada de hombres y de dinero, volvió á su vigor y robustez.

Tenia la Reyna Madre en su mano gozar de todas estas ventajas en la corte de su hijo con todos los gustos que Richelieu solo pensaba en proporcionarla. Pero los envidiosos del crédito de su antiguo protegido la preocupáron contra él. La persuadiéron á que un hombre que la debia su poder tenia obligacion de obedecer quanto ella dispusiese bue-

no ó malo; y á que la menor resistencia, aunque acompañada de todas las atenciones que pueden suavizar una negativa, era una ingratitud y una afrenta. La dixéron sus aduladores, que en su poder estaba derribar aquel coloso que habia ella misma levantado. De lo mismo se lisonjeaba ella, y aun blasonaba diciéndose á sí misma: „El ídolo que yo he formado yo le sabré destruir.” Empezó María á intrigar, y se propuso arruinar al Cardenal en el espíritu de su hijo.

Se trataba de crédito, de autoridad, de perder todo su poder: y Richelieu no conocia lenitivos. Por el ascendiente que logran las almas fuertes sobre las débiles, despues de un ligero eclipse, volvió á tomar mas imperio que nunca en el corazon de Luis. Le mandó hacer los sacrificios que tuvo por necesarios para sostener su propio poder. Arrestaron á la Reyna Madre; pero esta en lugar de ceder, y entrar en composicion, huyó á Alemania, en donde se consumió en la pobreza; las súplicas mas humildes no bastaron para mover al inexorable Ministro, ni conseguir de él el permiso de volver á Francia. Murió en el destierro y la miseria. Hiciéron sospechosa á la Reyna jóven, que se habia prestado á los desig-

nios de su suegra. La miró su esposo siempre con frialdad; y si llegó á ser madre lo debió á alguna casual sorpresa de la indiferencia con que la miraba su esposo.

Gaston, hermano del Rey, por demasiado condescendente con los enemigos del Ministro, se vió esclavo en medio de la corte; y si huyó de sus cadenas y tomó las armas, fue para desacreditarse sin recurso en el espíritu de su hermano, y no volver á su gracia sino por mediacion del Prelado, siéndole preciso deber esta obligacion á su enemigo. El Conde de Soisons, Príncipe altivo, firme en sus resoluciones y contrario peligroso, se vió impelido á revelarse; y si logró feliz suceso, se precaviéron las consecuencias con su muerte, efecto de la casualidad, ó procurada en el campo de batalla. Solo Condé supo no solo preservarse de la desgracia, sino aumentar su casa en autoridad y riquezas por medio de alianzas con el imperioso Cardenal.

No perdonó este á señor alguno de los que le eran contrarios, ó tuvo por tales. Puy-laurent, favorito de Gaston, á quien el Prelado habia dado una sobrina en casamiento, fue puesto en una cárcel por sospechas de no ser enteramente afecto á su tío, y allí mu-

rió. Montmorenci tomó las armas en favor de Gaston: en esto á la verdad era culpable; pero tambien habia salvado la vida á Richeliu, en una ocasion en que ya estaba el puñal levantado contra él; sin embargo no pudo conseguir gracia, y murió en un cadahalso. Culpas, que apénas merecian una multa, sirviéron de pretexto para condenar al Mariscal de Marillac; pero su verdadero delito fue que en una junta de enemigos del Prelado, en la qual se deliberaba sobre el modo de deshacerse del Ministro, habia opinado que se le pudiese en tela de juicio, persuadido á que en una administracion grande no podria faltar algun gran yerro para condenarle á muerte. Richeliu le castigó con la pena del Talion.

Por último, arrancó del corazon del Rey quanto afecto y bondades dispensaba al jóven Cinquars, su favorito, mas atolondrado que perverso; pero aspiraba á ser rival en la estimacion con Richeliu: y siendo este el mayor delito que podia cometer, le cortáron la cabeza á los veinte y dos años de edad; y lo mismo le sucedió á su amigo Dethou, aunque no se le pudo probar delito. Nadie dudó en atribuir estas muertes al Cardenal, pues así que

murió este mandó el Rey poner en libertad á todos los infelices que esperaban la sentencia , y llamó á los desterrados: probando claramente con esto que hasta entónces habia reynado el Ministro. No le sobrevivió Luis XIII medio año , y murió á los quarenta y dos de edad. Le llamáron el justo y el severo; y aunque pueden ir juntos estos dos epitetos , si se le hace responsable de la impía dureza del Ministro, todos confesarán que le conviene mas el de severo que el de justo.

Nació Luis XIV despues de veinte y tres años de un matrimonio estéril , y no tenia mas que cinco quando sucedió á su padre. Declaráron los Parlamentarios á la Reyna por Regente: pero con admiracion de toda la Francia, Ana de Austria, tan ofendida del Cardenal de Richelieu , tomó por Ministro al Cardenal Mazarino , hechura de su perseguidor. Dixo un poeta: *El mundo es una obra escénica* ; y siguiendo esta idea hemos visto en el reynado de Luis XIII la tragedia llena de catástrofes , y corriendo sangre. En tiempo de Mazarino veremos el juego de las pasiones ménos violentas por los autores de la *honda*. La mayor parte del reynado de Luis XIV puede pintarse como un espectáculo de gran-

des máquinas dispuesto para sorprehender, pero en que al fin solo quedan las ruinas de aquella magestad teatral, y se desvanece la ilusion.

Quando cesó el miedo, inspirado por el terrible Richeliu, y empezó á aclararse la triste sombra que el severo Luis XIII habia extendido sobre su corte, las personas que habian sido perseguidas por afectas á la Reyna, ó á quienes habia tocado parte de sus persecuciones, se llenáron de pretensiones y esperanzas. A estos llamáron *los importantes*; porque así hombres como mugeres se imaginaban con derecho para mezclarse en los negocios, creyendo que debia deferirse á su parecer. Ellos protegieron altamente y desgraciáron; pero la Reyna se cansó de su *importancia*, y enviando á las mugeres á sus tierras, se libró de los hombres con algunos meses de prision.

Se impacientó Ana de Austria por las representaciones del Parlamento con motivo de algunos impuestos; y este Tribunal, soberbio por haberla dado la Regencia, tomó como promesa inviolable la urbanidad con que la Reyna ofreció á las Cámaras del Parlamento, que se gobernaria por sus consejos. Poco seguidos estos por la Reyna, los eleváron

ellos á sentencias que la Regente anuló, dando ocasion á murmuraciones. Entró el pueblo en el mismo descontento de los Magistrados, y manifestó disposiciones para sostenerlos. El Duque de Anguien, héroe de veinte y dos años, y coronado de los laureles recogidos en Rocroi, se presentó para reprimir al paisanage indómito. Llenos de orgullo, por haber sido útiles á la Reyna, el Príncipe y los oficiales jóvenes que le rodeaban, tomaron cierto ayre de altivez, por lo que los llamaron *señoritos*.

No solamente disgustaron sus servicios á la Reyna, sino que castigó su atrevida presuncion con la desgracia. Atribuyéron ellos la fortaleza de la Regente á los consejos de Mazarino; y todos los partidos se declararon contra él, ya reunidos y ya separados, siendo como el blanco adonde se dirigian los tiros de los mal contentos. A la faccion que le era mas contraria la llamaron la *honda*, y esta se dividió en grande y pequeña. Todas las facciones durante estos alborotos, aunque conservaban los nombres, mudaron muchas veces de intereses, porque tambien hubo una *honda* favorable á Mazarino.

Entre tanto que duraban estas intrigas domésticas se hacia la guerra con felicidad contra

los Españoles en las fronteras. Daba el jóven Monarca mayores esperanzas al paso que iba creciendo, y lo interior del reyno estaba tranquilo y muy bien gobernado. Evitaba Mazarino con destreza los ataques de los envidiosos; pero tenia uno con quien no podia hacer paces ni treguas, por ser un rival que aspiraba á derribarle y colocarse en su lugar. Este era el famoso Gondi, coadjutor de su tio, Obispo de Paris, y despues Cardenal de Retz; y él era el alma de todas las intrigas contra Mazarino.

Este suministró inconsideradamente el pretexto á las malas intenciones de sus enemigos, porque hizo venir de Italia una hermana, una cuñada y un tropel de sobrinos; y desde luego se creyó que no habia llamado á aquella familia sino para enriquecerla. Se la representó en los papeles como una carga del estado, al mismo tiempo que la corte pedia nuevos impuestos. Se negó el Parlamento á registrar estos edictos: se obstinó la corte: porfió el Parlamento, y declaró al Cardenal, perturbador de la pública tranquilidad y enemigo del estado. La corte dexó á Paris, y le puso sitio.

No obstante, se hizo la paz. Condé y sus hermanos, que habian tenido á su cargo el si-

tio, pusieron precio muy alto al servicio que habian hecho en aquellas circunstancias. Los hizo Mazarino arrestar, y no cabian de gozo los Parisienses viendo en prision á los que los habian sitiado; pero tomó la *honda* nuevas fuerzas, y se vió precisado el Cardenal á ir á romper los grillos de los que habia encarcelado, y á dexar el reyno. En Paris se hicieron fiestas de fuegos por el regreso de los Príncipes. Consiguió Mazarino una composicion, que le permitió volver; pero se descomposieron otra vez. Se halló la corte expuesta á verse encerrada en la capital, pero se puso en salvo. Mazarino fue proscripto, se puso precio á su cabeza, con grande aplauso de los Parisienses, y salió del reyno segunda vez. La corte anduvo errante por las provincias, juntó en ellas un ejército: y tambien Mazarino envió de Alemania un buen cuerpo de tropas. El Parlamento, para sostener sus resoluciones contra el prelado, hizo por su parte reclutas, de suerte que baxo de los muros de Paris habia quatro ejércitos. No obstante, solo hubo un combate, y muy funesto para Condé, enemigo irreconciliable de Mazarino; y en él hubiera perecido este Príncipe, á no haberle salvado de lástima los Parisienses, recibéndole

en sus muros; aunque le obligáron á salir del reyno. Volvió á entrar Mazarino triunfante de todos los partidos: le recibieron los Parisienses con grandes demostraciones de júbilo: le felicitó el Parlamento formado, y le hizo los mas pomposos elogios. Pusiéron preso al Cardenal de Retz: huyó de la prision: perdió el Obispado de Paris, y fue á pasar una vida obscura en una pequeña ciudad de Lorena. Desde entónces fue un perpetuo triunfo la vida de Mazarino. La concluyó en 1659 con el tratado de los Pirineos, y dió la paz á la Europa ántes de morir.

Es preciso ser Frances, y colocarse en las circunstancias para formar concepto del entusiasmo de la Nacion en aquellos años brillantes del reynado de Luis XIV. Este Príncipe jóven, rodeado de gracias, servido de las artes, y seguido de la victoria, parecia haber nacido para dar leyes al universo. El precisó á la España á ceder el paso á sus Embaxadores. Se atrevió Roma á resistir á sus altivas pretensiones, y él la impuso condiciones humillantes. A peticion suya, equivalente á una órden, se quitó la guardia de Corsos; y una columna levantada en el palacio de los Césares, testificó la superioridad de la

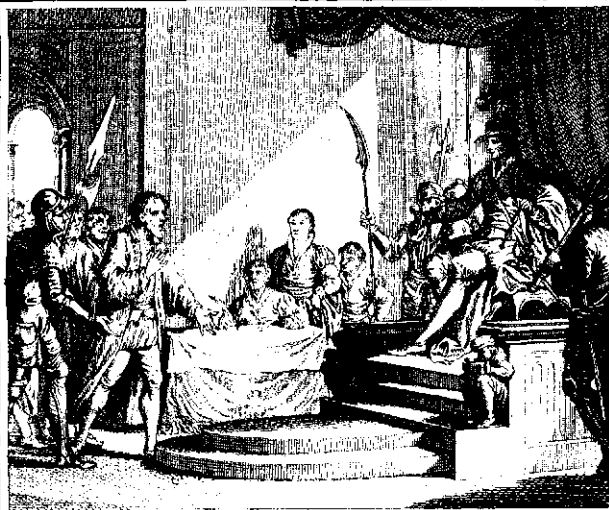
Francia. Intimó Luis á la España unos derechos, que á la verdad pudieran haberse disputado; pero sus exércitos, que siguiéron volando á los negociadores, abreviáron la discusion, y en 1668 legitimáron sus pretensiones con el tratado de Aix-la-Chapelle.

Acostumbrado á vencer á los Reyes se indignó de que le resistiese una República. La Holanda sufrió la pena de su audacia, y se vió muy á riesgo de su ruina; pero la sostuvo Inglaterra: la Alemania entera se levantó á su favor; y la España, aunque abatida, hizo tambien sus esfuerzos. Casi toda la Europa se coligó contra una Potencia acometedora, de la qual se ignoraba el objeto y el término que se habria propuesto en sus miras. Luis XIV se opuso á todos sus enemigos, y dictó en 1678 las condiciones de la paz de Nimega, tambien brillante, pero ménos imperiosa que la de Aix-la-Chapelle. Las fuerzas que mantuvo en pie, previendo ó meditando una nueva guerra, le sirviéron para humillar á Argel y á Génova. Clamaba en vano Argel debaxo de sus ruinas con súplicas que no fuéron atendidas, hasta que rompió las cadenas de los Franceses, y prometió no volver á esclavizarlos. Génova, maltratada ya con las bombas, detuvo las que baxa-

ban para acabarla, á costa de enviar á su *Dux* á Versalles para disculparse humildemente.

Volvió á empezar la guerra, quedó asolado el Palatino; y los fuegos que abrasaban este infeliz pais fuéron una señal para reunir á toda la Europa contra los Franceses, cuyo nombre causaba horror. Se sostuvo Luis XIV; pero experimentó pérdidas, quedó su marina destruida en la *Hogue*, y se viéron infestadas las costas. Hiciéron los Ingleses desembarcos; y sus bombas, cuyo uso en el mar habian enseñado los Franceses, arruináron el Havre, é hicieron cenizas á Dieppe. Entre tanto no abandonó la victoria á Luis en la tierra. Fleuro y Stenikerque, campos de sus triunfos, Mons y Namur, trofeos de su gloria, diéron testimonio de su superioridad; pero los numerosos exércitos que levantaba despoblaban el reyno, y causaban el hambre; y en medio de la grandeza del luxo de su corte, sentia Luis XIV que se acercaba la carestía. Ya los pueblos empezáron á no admirarle, y murmuraban. Esta triste situacion le costó sacrificios en Risvik en 1697.

Se hicieron estos por la necesidad de prepararse para la guerra de sucesion al trono de España. Poco importaba á los Franceses que



Génova humillada.

Redada Génova por las espaldas de Luis XIV. cinco bombas destruyeron las murallas, palacios, casas y demas edificios, poniendo en la mayor consternacion al pueblo, se reduxo á la humillacion de que su Dux fuere á presentarse al Monarca franco, y disculpar la conducta de la Republica; Quán delezoso debe ser á un estado verse en un caso tal! pero, quanto mas verse en él por su propia imprudencia!



le ocupase un Borbon; pero Luis XIV y su Consejo, en vez de hacer una division pacífica, prefirieron aceptar el testamento de Carlos II, que daba la España al Duque de Anjou, y recibir con presente tan funesto la despoblacion, el hambre y otras plagas que affigiéron á los reynos de Alemania y Flandes, que habiendo sido teatros de los triunfos de los Franceses se convirtiéron en sepulcro suyo. Tallard, con cuerpos enteros de tropas, fue hecho prisionero en Hochstet en las mismas llanuras, en donde Villars habia derrotado á los enemigos. Perdió Villerroi un ejército entero en Ramillies, y los campos españoles se encharcáron con la sangre francesa. Para que á la Francia no la faltase calamidad alguna, desplegó la guerra civil sus furores: se rebeláron los protestantes por la imprudencia de haber revocado Luis XIV en tales circunstancias el edicto de Nantes. Sostuvo con valor la adversidad, y con su constancia se cansó la resistencia de sus enemigos, desarmando su odio con sus desgracias. Villars, vencedor en Denain, hizo concluir la paz de Utrecht en 1713 y 1714; y este mismo con el Príncipe Eugenio, su digno antagonista, aseguró en Rastadt la paz de Europa.

Despues de verse en las mas crueles extremidades, precisado á abandonar á su nieto, y casi reducido á la triste promesa de dar tropas y dinero para destronarle, vió en la cabeza de este Príncipe asegurada la corona de España. Su propio reyno, cercenado por las conquistas de sus enemigos, volvió á su integridad, pero debilitado y desnudo. No obstante, si se reprehenden con razon en Luis XIV la ambicion excesiva que tantas desgracias causó á la Francia, su pasion á la guerra que hizo derramar tanta sangre, el luxo y magníficos edificios que sepultáron tantos tesoros sacados de los pueblos con impuestos; no se le puede negar la estimacion por otras grandes calidades que le distinguen entre los Soberanos.

La firmeza de su gobierno disipó las conspiraciones, y no volviéron á verse mas. Supo elegir Ministros, y dar á cada uno de ellos los destinos que mas les convenian. En su reynado floreciéron las ciencias y las artes: le mereciéron su atencion el comercio interior y exterior, los grandes caminos, y la comunicacion por medio de canales. Creó la marina militar: sostuvo las colonias: limpió puertos, fortificó las fronteras, reformó las leyes, y estableció la policía. En su rey-

nado llegó á su perfeccion la poesía, como la eloqüencia en el púlpito y en los tribunales. Animó las investigaciones históricas, y los viajes propios para dilatar la esfera de los conocimientos. En su mismo palacio se reunian baxo de su proteccion, los sabios de todas clases, y los mantenía noblemente. Por último, en su reynado se enriqueció la Francia en primores, y llegó á ser para las demas Naciones la escuela de la urbanidad, del gusto, y de todos los talentos útiles y agradables.

Luis XIV era uno de los hombres mas hermosos de su reyno. Le amaban, y él amaba tambien; pero no se picaba de fidelidad, ni con las mas queridas. Su esposa María Teresa de Austria merecia por su virtud y sus gracias conservar su afecto y ternura; pero ya que la privó de este derecho legítimo, procuró observar con ella las atenciones que la hiciesen ménos penosa la inconstancia de su esposo. Luchó con los Parlamentos, y los sujetó con el terror; pero la desgracia era que habian de levantarse luego que cesase la opresion. Su reynado fue el mas dilatado que vió la Monarquía, y el mas glorioso despues del de Cárlo Magno, si es que no le igualó ó excedió. Murió á los setenta y siete años.

Se nota comunmente que el principio de un reinado es el contraste, y como la crítica de los fines del anterior. Subiendo Luis XV al trono, todo se mudó, costumbres, opiniones y relaciones políticas. No porque las antiguas desagradasen al nuevo Rey, pues siendo niño de seis años no tenia por consiguiente influxo preponderante; sino porque cayó la autoridad en el Duque de Orleans, sobrino de Luis XIV, que nunca le miró bien, y el Regente correspondiendo con igual amor á su tio, tuvo el gusto de mudar quanto habia hecho el anciano Monarca.

Dió pues un aspecto diferente á la corte, y en lugar del exterior grave y austero que dominaba en ella, no se vió mas que ligereza y disipacion. De la religion tan escrupulosamente practicada, solo quedó lo que absolutamente no se podia cercenar por atencion al público. Nunca habia tenido Luis XIV mas conexiones con los Ingleses que las que eran indispensables, como que los tenia por rivales naturales de la Francia, y desconfiaba de ellos. El Regente se entregó del todo á los Ingleses, y se dexó guiar por sus consejos para asegurar su proteccion, si el nuevo Rey, que era de poca salud, llegase á faltar.

No puede dudarse que en este caso pensaba el Regente sentarse en el trono en perjuicio de la rama española; pero es calumnia decir que intentó dar veneno á su pupilo; porque aunque poco escrupuloso, y muy indiferente en punto de costumbres, no era capaz de accion tan abominable; y la prueba de que no la pensó es que no la executó. Pudo ser, quando mas, que intentasen esta maldad las gentes perversas que le acompañaban, porque se lisonjearian de llegar á ser despóticos en la Francia con un Rey enemigo de la sujecion al trabajo, pues tenian la experiencia de que siendo mas capaz que ellos, les dexaba gobernar por solo tomarse mas tiempo á las diversiones.

Murió repentinamente este Duque de Orleans, y le reemplazó el Duque de Borbon Condé. Este Príncipe, como un particular codicioso, pretendió enriquecerse con lo restante, ó con lo que no habia destruido el anterior sistema en los particulares. No tenia familiaridad, popularidad, ni aquella especie de hombría de bien, que habian hecho tolerables los defectos del Regente. Murmuró el pueblo de sus depredaciones; pero él no hizo caso, creyendo que el Rey le sostendria en su mayor edad,

teniéndose por necesario para un Príncipe á quien procuraba diversiones; pero Condé se vió burlado por un muchacho de diez y siete años, y un viejo de setenta y tres. Quitó Luis á su pariente el Ministerio, y le envió á su casa sin decir por que, como se despide á un criado; y lo mismo hizo despues con sus Ministros. Fleuri, su preceptor, ocupó el lugar del desgraciado Borbon Condé sin preliminar alguno, y como si fuera su antiguo destino.

A este Cardenal se le mira con razon como á un niño privilegiado de la naturaleza. Dice un historiador: „Que hasta los setenta y tres años pasó por el hombre mas amable y de la mas deliciosa sociedad; y quando en esta edad, en que tantos ancianos se retiran del mundo, tomó en su mano el gobierno: le tuviéron todos por un hombre de los mas prudentes, y conservó hasta cerca de los noventa años una cabeza sana, libre y capaz de los negocios.” A lo que parece tomó por basa del sistema de su gobierno la paz interior y exterior, proyecto laudable, porque con la paz todo se tiene; pero no siempre se eligen bien los medios aun con las mejores intenciones.

Persuadido á que solo los Ingleses eran

capaces de turbar por fuera la tranquilidad de que él queria gozar, manifestó demasiado el temor de descontentarlos; ellos, viéndose temidos, empezáron á pedir; y Fleuri condescendió hasta el extremo de arreglar á sus pretensiones, algunas veces imperiosas, las fuerzas de la marina. Por otra parte en el ahorro de gastos, que serian consiguiente á este objeto, satisfacía él á su natural economía. De este modo vivió tranquilo en esta parte; pero quando las circunstancias suscitaron la guerra, la marina decrepita que habia quedado, y la que añadió no pudieron resistir á la de los Ingleses, que estaba en todo su vigor.

Tambien se engañó Fleuri en la esperanza que habia concebido sobre la paz interior por las medidas que habia tomado. La turbaban los eclesiásticos, porque una parte del Clero de Francia era opuesta á la opinion que el Ministro queria prevaleciese. Pretendió subyugar á sus contrarios con la autoridad; y como si el rigor pudiera prevalecer en punto de opiniones, desterró, encerró y proscribió. Las plazas se diéron á solos aquellos que aceptáron ó firmáron las fórmulas prescritas. Como era mas fácil mostrar esta sumision que estudiar y arreglar la conducta, la juventud

eligió el camino ménos costoso. Insensiblemente se relajó la decencia exterior que atrae el respeto, y se introduxéron en los claustros los modales del mundo. A los estudios penosos y profundos sucediéron los conocimientos vagos, tomados en compendios superficiales, y se multiplicáron los diccionarios. Permitted el Cardenal muchos Obispos en la corte, y las asambleas del Clero diéron ocasion á algunos de mostrar talento para el gobierno y administracion de la hacienda, por lo que los llamáron despues *Obispos Administradores*. Decayó la religion, no por Fleuri, que todavía libraba con su poder la seguridad del santuario de los golpes de sus enemigos; pero no tomando bien las medidas, contribuyó involuntariamente á dexarla destituida de sus mejores defensas, que son la ciencia, la vida reglada de los Ministros, y la estimacion de los pueblos.

Algunas reflexiones podiamos hacer sobre su conducta para con los Parlamentos, marcada con el sello de su ordinaria timidez. Sufrió que estos cuerpos diesen á sus representaciones, muchas veces bien fundadas, una publicidad peligrosa, que acostumbrió á los pueblos á tomar conocimiento del gobierno, y á que no respetasen la autoridad, cuyos resor-

tes se descubrian, perdiendo muchas veces su fuerza por manifestarlos al vulgo. Quando Fleuri empezó su ministerio habia dado grande idea de sus conocimientos diplomáticos y de su destreza para negociar, reuniendo á la Francia la Lorena, objeto que fue intentado inútilmente por muchos siglos. Con el mismo arte eludió muchas insinuaciones de guerra, á la qual procuraban dar ocasion varios intrigantes de la corte; pero al fin no pudo evitar este azote; y quando murió se hallaba la Francia empeñada en estas empresas hostiles, que él miraba con repugnancia.

Se distinguió Luis XV por un valor, que le mereció la estimacion de los Franceses, que apénas se le habian conocido hasta que llegó la ocasion. Despues de las hazañas militares, dignas de elogio en la Flandes, quando iba á buscar á los enemigos, que penetraban hasta la Francia por el lado de Alemania, cayó enfermo en Metz. No es fácil de pintar la consternacion de todo el reyno; pero aún es mas difícil expresar las demostraciones de alegría que por todas partes hicieron con la noticia de su convalecencia. „Tal es, dice un historiador, el pueblo frances; porque en sus afectos siempre procede con en-

tusiasmo, y tan excesivo es en el amor como en el odio." Dió la aclamacion general á este Rey, el nombre de muy amado. Entónces habia de haberse muerto.

Sobrevivió Luis XV para gobernar, como él decia; mas no hizo sino mudar de Ministros como de amigas. Por lo comun no entraban al manejo de los negocios por sus talentos ni por sus aciertos, sino por la mayor ó menor condescendencia con los gustos del Monarca. El Ministro que le parecia mas capaz era aquel, que librándole de cuidados é inquietudes le facilitaba seguir su inclinacion á la indolencia y los placeres. Dicen que conocia la miseria de los pueblos, que los compadecia, y que quisiera poner el remedio; pero que creia no poder conseguirlo por sí mismo, y se imaginaba que no le rodeaban gentes honradas que le ayudasen á intentarlo. Tenia la desgracia de no creer probidad en nadie, ¿pero seria esto midiéndola por su propia conciencia ó por haberle muchas veces engañado? Llegó á temer el ocuparse en los negocios, y hasta los mismos placeres le cansaban si no los avibaba alguna variedad difícil de inventar. Dexó á su nieto una corte entregada al fausto devorador, la hacienda en

desórden, y el reyno ocultamente alborotado con sordos descontentos. La murmuracion y general inquietud anunciaban tempestades; y afloxándose los lazos que estrechan al pueblo con el Soberano, hacian temible la disolucion total del Estado. Preveia el Monarca, segun dicen, estas desgracias; pero en vez de trabajar para precaverlas, temiendo las tareas, y entregándose á sus recreos, parecia que estaba diciendo á la revolucion: *Espera á que yo haya muerto*. Tenia este Príncipe tan buenos principios de religion, que su inclinacion á los placeres, ni el imperio que tomó sobre él esta inclinacion jamas se los borraron. Rodeado del resplandor de las ciencias, que tanto brillo habian adquirido en el reynado de Luis XIV, no se dexó deslumbrar. Las favoreció, pero con discernimiento. Multiplicados, como ahora, los escritores de todas clases, no lograron con él la mayor acogida; pero protegia noblemente las empresas literarias, y los proyectos cuya utilidad le demostrasen. Hizo felizmente la guerra en tierra, pero en el mar le fue casi siempre funesta; porque los Ingleses con sus armadas consiguieron tratados ventajosos. Murió Luis *el muy amado* en 1774 á los sesenta y quatro años

de edad. No habia tenido mas que un hijo llamado Luis, Delfin de Francia, de grandes esperanzas, el qual murió ántes que el padre, dexando tres hijos y una hija.

Luis XVI, hijo mayor del difunto Delfin Luis, sucedió al abuelo; pero recibió la corona en bien fatales circunstancias. Un funesto accidente, que causó la muerte á gran número de personas en una de las fiestas que se hicieron con motivo de su matrimonio con María Antonia de Lorena, hija de la Emperatriz Reyna de Hungría, dió motivo á las funestas conjeturas de los propensos á presagiar sobre todo.

El Rey sin embargo dió principio á su gobierno con un rasgo de prudencia, capaz de desvanecer la idea de tales pronósticos. Reflexionando que le habian criado en absoluta ignorancia de los negocios; y viéndose en edad de veinte años, conocio que necesitaba de un conductor que le guiase por el laberinto del gobierno en que iba á entrar, y le tomó.

Uno de los mas árduos negocios del largo reynado de Luis XV habia sido su continua lucha con los Parlamentos. Le habian estos freqüentemente molestado y fatigado con representaciones executivas, interrupciones en su

servicio, y coaliciones conminatorias: Luis XV les habia correspondido humillándolos, anulando sus providencias, desterrándolos; y puede decirse que estaban baxo del anatema quando murió este Príncipe.

Habria sido quizá buena política aprovechar esta ocasion para poner freno á la autoridad de estos cuerpos, ya fuese consolidando las variaciones introducidas en su régimen por Luis XV, ó ya no restituyéndoles el poder sin restricciones que le debilitasen quanto convenia; pero Luis XVI, haciendo mas caso de la opinion pública que del interes de su propia autoridad, decreto el regreso del Parlamento, que fue una de las primeras providencias de su reynado.

Agradó mucho al pueblo, y especialmente al pueblo de Paris sumamente afecto á estos magistrados. El Rey habia hecho que á esta gracia precediese la exêncion de los derechos llamados *del suceso alegre*, que habrian llenado su tesorería. Este fue su primer edicto; y por otro hizo libres á los siervos de las tierras domaniales, aboliendo al mismo tiempo la rigorosa ley que gravaba con mancomunidad á los pecheros para el pago de los impuestos: suprimió las corbeas, y abolió la lla-

mada cuestión preparatoria. Estos testimonios de beneficencia con que empezó á darse á conocer el Monarca, hicieron concebir esperanzas de un buen gobierno.

Habia Luis XV sostenido severamente la prohibicion de libros opuestos á la religion, sin permitir que sus autores residiesen en Francia por mas celebridad que les prodigasen algunas obras suyas; pero empeñaron á Luis XVI para que alzase estas proscripciones; y el xefe de estos perniciosos escritores volvió á Francia, acogido con entusiasmo por muchos que creian acreditarse de sabios abrazando sus extravagantes opiniones.

Estas se hicieron el asunto ordinario de las conversaciones. Era comun y continua la discusion sobre los derechos que atribuyen al pueblo tales obras, cuyos principios en nada son favorables á los Soberanos; y la insurreccion de la América inglesa, de un pueblo que se armó contra su metrópoli por la libertad, y á quien auxiliamos los Franceses, extendió y acreditó los principios republicanos, que diéron motivo á esta guerra en que tuvimos parte.

Nuestra nacion la hizo antes que el Rey, voluntariamente, y con la intervencion de al-

gunos particulares. Una juventud ansiosa de gloria dexó nuestra corte y exércitos por ir á enseñar disciplina militar, y preparar para la victoria á los batallones Anglo-Americanos. Algunos negociantes, excitados con el cebo de las ganancias, surtiéron á los mismos de municiones, y de las mercaderías que el rompimiento con su metrópoli hacia muy lucrativas para los que las llevasen á aquellas colonias. Los que censuran como error grande en Luis XVI su condescendencia con la efervescencia militar y con la codicia mercantil de sus vasallos, no pueden negar sin embargo, que continuando los Ingleses en vexar tanto secreta como abiertamente á los Franceses en las dos Indias y en todos los mares, nos autorizáron para las represalias.

De aquí se siguiéron entre las dos naciones desabrimientos, que en 1778 termináron con formal declaracion de guerra, que produjo á los Franceses las ventajas de privar á sus antiguos rivales de una gran parte de su poder, y procurarse una alianza sólida y durable con un Estado irreconciliable ya con la Gran Bretaña. De esto resultó en los Ingleses un vivo resentimiento, y un ardiente deseo de vengarse del perjuicio que quisimos hacerles.

Luis XVI se determinó en 1783 á una paz poco ventajosa, por el desórden de su Real Hacienda. La habia recibido de su predecesor en muy mal estado; y su primer objeto quando subió al trono habia sido restablecerla. En su edicto para la exención del derecho, llamado *del suceso alegre*, se explicó así: „Entre los diferentes gastos que sufre el tesoro público, hay algunos necesarios, que deben conciliarse con la seguridad de nuestros dominios; otros que derivan de liberalidades, susceptibles acaso de moderacion, pero que han adquirido derechos en el órden de la justicia por una dilatada posesion, y que por otra parte solo ofrecen economías parciales; y hay por último algunos que corresponden á nuestra persona, y á la magnificencia de nuestra corte. Sobre estos últimos podremos seguir mas prontamente los movimientos de nuestro corazon.....”

Reducciones graduales hubieran disminuido insensiblemente la desproporcion que resultaba entre las rentas y el gasto, cubriendo el *déficit* que le atormentaba, y que ha causado todas sus desgracias. Los Ministros, á quienes sucesivamente encargó el manejo de su Real Hacienda, empezáron todos por in-

sinuar la necesidad de estas reformas, y los medios mas oportunos para igualar el gasto con las rentas; y para salir de este conflicto convocó el Rey en 1787 una asamblea de Notables, compuesta de los Príncipes y de Diputados escogidos en la primera nobleza, en el clero superior, en los Parlamentos y en las provincias. Se creia que estas personas, ricas por sus empleos, pensiones, y sobre todo por sus propiedades territoriales, interesados mas que nadie en el alivio del tesoro público, de que dependia la seguridad de todos los manantiales de su opulencia, no se detendrian en sacrificar aquellos privilegios de que hacia mucho tiempo que se quejaba el pueblo sobrecargado con estas exênciones. Se propuso en esta asamblea un impuesto territorial, que se cargaria con proporcion á los bienes de los contribuyentes, sin excepcion alguna á favor de la nobleza ni del clero. Esta proposicion produjo grandes altercaciones, que concluyéron con una negativa general. Bien agenos estaban los Notables entónces de que la negativa de una pequeña parte pudiera arrastrarlos á perderlo todo.

Disuelta sin haber producido fruto alguno la asamblea de los Notables, y creyendo

el Ministro lograr mejor partido con el Parlamento, dispuso y se le remitiéron edictos sobre el impuesto territorial, y aumentando el derecho llamado de *timbre*, y el Rey hizo registrarlos en su presencia; pero el Parlamento los reclamó y adelantó públicamente la opinion, que tan graves conseqüencias ha tenido, de que en Francia el derecho de establecer nuevos impuestos era privativo de los Estados generales, cuya convocacion pidiéron.

Este voto vino á ser por aclamacion el de la nacion entera; y el Rey ofreció solemnemente la convocacion de los Estados. Los juntó en 1789 con la mira de obtener de los dos primeros órdenes lo que habian negado los Notables; y para estrecharlos á esto se resolvió; contra el dictámen de congregar otra asamblea de Notables, dar al estado llano una fuerza capaz de contrabalancear la de los otros dos, lo que se creyó lograr poniendo en esta última clase un número de Diputados que igualase al de las dos primeras.

Pero, como lo habian previsto los que querian humillar á los dos primeros órdenes, duró bien poco la igualdad de votos, llevándose muy pronto la pluralidad el estado llano, al qual se unieron inmediatamente varios

miembros del clero inferior poco obligados por el superior, y luego una porcion escogida de nobles de las provincias, hombres de talento, y de otros nobles de corazon ambicioso ó malcontentos.

Entónces los Estados generales tomaron el nombre de *asamblea nacional*: variacion de nombre que no era indiferente, porque sabiéndose por la historia hasta dónde se extendian los derechos de los Estados generales, podian hallar obstáculos las innovaciones que se meditaban; al paso que una asamblea nacional, instituto del todo nuevo, podia autorizarse á su placer con todo el poder que la pareciese necesario.

La primera tarea que abrazó la asamblea nacional fue la confeccion de una constitucion, con cuyo motivo tomó el nombre de *asamblea constituyente*, sirviendo de pretexto para esta empresa la suposicion de que un imperio que contaba mil y cien años de existencia carecia de constitucion. Se dividió entónces la asamblea en varias facciones. A los que sostenian la prerogativa real los llamaron impropriamente *Aristócratas* ó amigos del gobierno de los Grandes; los que aspiraban á reducirla *Demócratas* ó amigos del gobierno

popular; y de aquí nació las violencias contra los nobles, los incendios de los castillos, los tumultos en las ciudades y campos, y otros muchos excesos.

Nada mas singular en este género que el armamento de todo el reyno en un solo dia, y casi en un instante. Miéntras tronaba el cañon contra la Bastilla, corriéron por todas las calles tropas de pillos, que se aparecian en todas las plazas gritando *á las armas*, y anunciando que los salteadores iban á robarlo todo. Por este medio, á vista de los magistrados que no hicieron oposicion, y de las tropas todavía fieles, que ningun movimiento hicieron, se sublevó el populacho, formó cuerpos de bandidos y asesinos, y encontró xefes que los capitaneasen y animasen para todos los delitos.

Buscando el principio de estos movimientos, y cómo es que pudieron organizarse, se cree que el principio fue la venganza del Duque de Orleans, descontento de la corte, por el maligno placer que hallaba en incomodarla, y acaso con la esperanza que concibió de arrojar del trono á su pariente que le ocupaba, y de sentarse en su lugar. Dicen que dedicó al logro de este proyecto la

mayor parte de sus bienes, que eran inmensos: se duda tambien si le ayudó con dinero la Inglaterra para pagar al populacho; pero esta duda pasa á evidencia quando nos acordamos de que al principio de nuestras inquietudes el Ministro Pitt pidió, y le concedió el Parlamento un millon de esterlinas, de cuya inversion no habia de obligársele á dar cuenta.

Este hecho nos recuerda otro de Temístocles. Pidió en cierta ocasion á los Atenien-ses una suma considerable para una expedicion muy ventajosa, pero que se malograria si se divulgase. Respondiéron que no se detendrian en dársela si la expedicion fuese justa; y mandáron á Temístocles la confiase solo á Arístides para que este juzgase de su equidad. Informado Arístides se presentó al pueblo y dixo: „Lo que propone Temístocles puede sernos muy útil, pero es injusto.” Esto bastó para que á una voz se negase el dinero. El Parlamento de Inglaterra no piensa con esta delicadeza; pero su nacion, arrastrada á una guerra fatal para toda Europa, ¿es mas feliz acaso con nuestras inquietudes?

Despues de la toma de la Bastilla, acompañada de crueldades, de que no se hubiera

creído capaz al pueblo tres meses antes, pasó á Versalles una multitud armada con designio de llevar al Rey á Paris, y retenerle aquí como un salvoconducto contra las empresas hostiles de que se decia estar amenazada la capital. Satisfecho el Rey de su buena conciencia, y superior á los temores que su familia le hizo presentes con la mayor vehemencia, se confió al pueblo, fue bien recibido en Paris, y por última vez oyó de los Franceses el alegre grito, el grito lisonjero de *viva el Rey*.

En una sesión real habia dado un edicto de que se prometia el mejor suceso, pues en él habia principalmente limitado los derechos exercidos hasta entónces por el poder soberano en orden á los impuestos, y habia ofrecido congregar los Estados en determinadas épocas; pero con gran dolor vió desechado este medio conciliatorio: disgusto que le hizo prever otros mayores que no se retardaron; y como los escritos seductores de la opinion pública se desencadenaban abiertamente contra los hermanos del Rey, este los permitió salir de Francia. Partiéron con ellos varios señores y magistrados, que eran ó temian ser sospechosos al pueblo; y este fue el princi-

pio de la emigracion, que vino á hacerse moda.

Continuaban las tareas para forjar la constitucion; pero cada artículo, cuya aprobacion se pretendia, costaba las mayores angustias al Monarca, ya dudando, ya difiriendo la sancion, ó ya rehusándola. Los xefes de las facciones vivian sobresaltados viéndole en Versailles, de donde podia huirse fácilmente, internarse en las provincias, juntar en ellas un ejército, y regresar con este á disolver los Estados generales, por lo qual tomáron la resolucion de encerrarle en Paris.

Sus guardias, en una fiesta que se graduó de borrachera, se arrojáron, acaso imprudentemente, á públicas protestas de su amor y fidelidad al Soberano, lo qual sirvió de pretexto para suponer algun proyecto contra la asamblea; y algunos regimientos llamados á Versailles, sirviéron de alarma. De la capital se arrojó al camino de aquel real sitio una tropa de furiosos, blandiendo toda clase de armas; y sus horribles gritos y alaridos anunciáron su llegada. Insultáron aquel palacio, se repartiéron por todas sus estancias, y matáron á quantos guardias intentáron defender las puertas. Luchaba desde algunos dias antes la asamblea con el Monarca sobre la sancion de algunos artículos;

pero se la arrancáron con el cuchillo de aquellos verdugos que degollaban á sus guardias; y aun se le prescribió al mismo tiempo que regresase á Paris con su familia. Partió á la capital acompañado de tan terrible escolta, é hizo su entrada baxo de una bóveda de picas, horcas, y de quantos instrumentos de muerte hizo inventar la rabia. Fue sin embargo muy bien recibido en la casa consistorial de la ciudad, y conducido desde ella con testimonios de amor, ó acaso de compasion, á las Tuillerías, donde fixó su residencia con su familia, y donde á poco tiempo se estableció tambien la asamblea.

Pocos dias despues se consumó la destruccion de la nobleza, aboliendo sus títulos, privilegios y distinciones de sus clases; y se aruinó tambien al clero, declarando que sus bienes quedaban á disposicion de la nacion. Se señaláron estos como hipoteca de un papel-moneda que llamáron *assignados*, los quales distribuyéron con profusion al público, y han sido el instrumento principal de la revolucion.

El real aparato que rodeaba el palacio de las Tuillerías no bastaba á alejar los rezelos y funestos pesares que afligian al Príncipe que le habitaba. Cada dia le asaltaban nuevas

inquietudes, siendo las principales la emigración y la guerra extranjera.

Se habian esparcido los emigrados por todas las cortes, y en ellas ponian en movimiento quantos resortes se les proporcionaban para que se armasen contra la Francia. Acompañaban sus esfuerzos con amenazas contra los rebeldes, que decian ellos tener preso al Rey; y sus instancias, como las apariencias con que lisonjeaban sobre la facilidad de la empresa, determináron á algunas potencias á coalizarse para una invasion en Francia, en favor del Monarca preso, el qual entre tanto padecia la repercusion de estas medidas. Se le imputáron como delito propio las amenazas de los emigrados, suponiéndose que estos procedian en todo con órdenes suyas; y aunque fue bien notorio que el Rey deseó evitar la guerra extranjera, persuadiéron al pueblo que si los enemigos entraban en Francia era á instancia del Rey, ó quando ménos con su aprobacion. Los primeros triunfos de los aliados irritáron á los Franceses, á quienes la necesidad de defenderse inspiró una energía á que debieron asombrosas victorias; pero estas mismas diéron una fuerza irresistible á la faccion enemiga del trono, y acaso fuéron ellas las

que alentáron á sus xefes para excesos, á que sin ellas no se hubieran atrevido.

Las representaciones que en 1791 hacian al Rey, dirigidas todas á limitar su autoridad, mas desagradables y atrevidas aun de lo que él mismo habia previsto, le determináron á evadirse de ellas con la fuga que logró emprender despues de varias tentativas inútiles. Su designio era llegar á una frontera, en la qual se proponia tal vez juntar un ejército para volver con él á la capital, disipar la asamblea y recobrar toda la autoridad que le habian hecho abandonar; pero fue detenido en el camino, conducido á Paris con ignominia; y solo pudo evitar la pérdida de todos sus derechos, en que iban á declararle incurso, aceptando la constitucion, y ratificándola en todas sus partes en presencia de los Diputados de toda la Francia que concurrieron á esta ceremonia. Esta fue la obra última de la *asamblea constituyente*, la qual fue reemplazada por la *legislativa* el 1.º de Octubre. No fue para el Rey esta ménos embarazosa que la otra. La primera le habia dado muchos pesares forjando la constitucion; pero no le dió ménos la segunda continuando en su execucion.

Al tiempo de la apertura de los Estados generales se habian formado sociedades compuestas de Diputados, principalmente del Estado llano, que se llamáron *clubs*, y se reunian para discutir de antemano las proposiciones que habian de hacerse luego en la asamblea. Continuáron estas sociedades en Paris despues que la asamblea se transfirió á Versailles. Los Diputados, que al principio las componian solos, franqueáron luego la entrada en ellas á la multitud de intrigantes que desean darse á conocer en las revoluciones. La de los *Jacobinos*, que tomó este nombre por el lugar donde se congregaba, absorvió insensiblemente todas las demas. Por el número, el entusiasmo, y tal vez los talentos de algunos de sus miembros, como por la reunion de los clubs erigidos á su exemplo en las provincias, la sociedad madre vino á ser tan poderosa que imponia á la asamblea leyes de que no se atrevia á desentenderse.

De aquí nació el entorpecimiento que deshonoró á la asamblea legislativa, haciéndola sufrir á su vista asesinatos continuados por tres dias en las prisiones, la carnicería hecha en los traídos de Orleans, á quienes habia tomado baxo de su proteccion, y en fin,

tantas atrocidades cometidas en varias partes con órdenes de los Jacobinos, y conocidas con los nombres de anegaciones, fusilaciones y metralladas, que expresan con harta claridad los géneros de muerte que hicieron sufrir á una multitud de desgraciados: pues la guillotina, instrumento de muerte inventado para abreviar los suplicios, no era sin embargo bastante expedita para satisfacer á la impaciencia de hombres tan sedientos de sangre.

Se distinguieron entre ellos los llamados *Sans-culottes* ó *sin calzones*, la hez del populacho, honrándose con los andrajos de la miseria y con nombre tan despreciable, como hicieron los Holandeses con el de *gueux* ó *mendigos* al principio de su revolucion. Los *gueux* se adornaron las cabezas con un gorro pardo: los *Sans-culottes* se las cubrieron con uno encarnado, que vino á ser el signo decisivo de los mas acalorados patriotas; y era muy arriesgado no enarbolar este, que ellos llamaban signo de patriotismo, así como el no imitar el traje asqueroso, y el grosero lenguaje de estos frenéticos demagogos.

Su aborrecimiento á quanto estaba fuera de sus conocimientos y costumbres se manifestó en los estragos que hicieron, y que con-

servarán por mucho tiempo la memoria de sus furores. Depósitos de las ciencias y de las artes, monumentos de gusto y magnificencia consagrados por el respeto religioso, el amor filial, y aun por el voto de la nación, nada perdonáron. Tropas de ignorantes fanáticos, que con la hacha, el hierro y la llama en la mano se esparciéron por todo el reyno, derribáron, destruyéron y abrasáron quanto creyéron que representaba, ó era capaz de perpetuar las insignias de la nobleza y del clero que querian aniquilar. Si la capital ha podido indemnizarse de estas pérdidas con las riquezas de los países conquistados que se han trasladado á ella, las provincias despojadas llorarán siempre la pérdida de aquellas obras maestras que adornaban sus casas, paseos, plazas y templos igualmente devastados.

Se verificáron estos horrores en el modo que van referidos á la vista, y durante el entorpecimiento de la asamblea legislativa. Los Jacobinos hacian que por medio de esta se pidiese al Rey la sancion de las penas que ellos determinaban contra los emigrados y contra los eclesiásticos, á quienes llamaban Refractarios, por haberse negado á prestar un juramento repugnante á su conciencia.

Manifestaba el Rey que todo esto excedía los términos de la ley, á los quales de seaba ceñirse; pero resueltos los Jacobinos: arrancar por fuerza lo que no podian obtener de otro modo, se aliaron con la Municipalidad de Paris que los protegía, y reunieron los mas reboltosos del populacho de los arrabales, y mezclando con ellos aquellas mugeres que eran el desecho de los mercados y de libertinage, unos y otros se armaron de guadañas, hachas y tridentes. Llevaba consigo esta numerosa gavilla doce piezas de cañon, y el 21 de Junio de 1792 marcharon con gritos y alaridos hácia las Tuillerías; y aunque nada de esto podia haberse previsto, mandó el Rey abrirles las puertas.

Le pidieron con osadía cierta sancion; pero el Rey se la negó con afabilidad, haciéndoles ver con tanta bondad y dulzura las razones, que se aplacaron aquellos furiosos, y los sosegó del todo aceptando el gorro encarnado que le presentaron: en términos que los que habian ido con intenciones amenazadoras, se retiraron apaciguados y casi arrepentidos.

Si los directores ó *meneurs*, como los llamaban, habian formado el proyecto de arrastrar al Rey por este medio á alguna violen-

cia, de que pudieran luego forjarle un crimen, les burló el suceso; pero no tardaron en procurarse el completo logro de sus iniquas miras. Persuadidos á que el malogro de su empresa habia consistido en no haber puesto á la cabeza del populacho un cuerpo de tropas regladas que inspirase audacia á aquella inexperta gavilla, y que sufriese el primer fuego si se llegaba á este extremo: enmendaron este defecto en otra expedicion que aplazaron para el 10 de Agosto, dia fatal que debia decidir de la ruina del trono, y por consecuencia de la vida del Monarca.

Al mediodia de la Francia se habian formado quadrillas de hombres acostumbrados á robos y homicidios; pero que eran al mismo tiempo soldados intrépidos, conocidos con el nombre de *Marselleses*; y á estos llamaron á Paris para que llevasen la vanguaadia en el ataque meditado contra el palacio de las Tullerías. Se hallaba instruida de este proyecto la corte, y prevenida por su parte con varias compañías de Suizos, cuyas filas se engrosaron notablemente con militares nobles, y otros que acudieron para este momento decisivo.

A las cinco de la mañana baxó el Rey, señaló los puestos, y pasó revista á los Sui-

nos. La infantería y caballería de la guardia nacional ocupaba la plaza y sus avenidas, dudando sobre el partido que debería tomar; y se dice también que el mayor número se inclinaba al del Rey. Es constante que á saberse que esta multitud había de volverse contra el palacio hubiera sido la mayor de las temeridades intentar resistirla. Así se le hizo presente al Rey; pero la creyó fiel, y sin tiempo para sondear mejor la disposición de los ánimos, se retiró á la asamblea.

Como si su presencia hubiera sido un dique para el furor del pueblo, no bien se había retirado quando empezó el fuego de cañon y fusilería; pero de un modo bien desigual para los desgraciados Suizos. Como se hallaban estos sin órdenes ni xefes, se replegaron en las estancias del palacio donde fueron perseguidos con encarnizamiento, hasta que les fue preciso huir arrojando las armas; y por mas que pedian gracia fueron inhumanamente asesinados por un populacho feroz, que se distribuyó y llevaba en triunfo los miembros palpitantes de aquellos infelices.

El Rey y su familia acudieron inmediatamente á la asamblea, la qual quedó por algun tiempo en silencio; pero los hicieron re-

tirarse para deliberar; y en aquel dia se dió aquel tan famoso como infame decreto, cuyos dos primeros artículos fuéron concebidos en estos términos: „Primero: Se convida al pueblo frances para que forme una convencion nacional: segundo: El xefe del poder executivo queda provisionalmente suspenso de sus funciones hasta que la convencion nacional haya determinado las medidas que crea debe adoptar para la soberanía del pueblo, y el reyno de la libertad y de la igualdad.” Siguen algunas leyes de policia para el ejercicio del gobierno durante la suspension de la autoridad real. Se estableció tambien que el Rey y su familia habitasen el palacio de Luxembourg; pero habiendo hecho presente la Municipalidad, encargada de custodiarlos, que eran muchas las salidas de este palacio para que ella pudiese responder de un depósito de tanta consideracion, se les encerró en las torres del Temple.

Desde este instante se multiplicáron los sucesos con tanta rapidez, que apénas puede igualarse en su relacion. La convencion, decretada el 10 de Agosto, se hallaba ya en ejercicio el 21 de Setiembre. En su primera sesion abolió la Monarquía, y proclamó la

República. En el 6 de Diciembre determinó que se formase proceso al Rey; y este fue conducido el 11 á la barra. Ignoraba los cargos que iban á hacerle; pero satisfizo sin embargo á todos con mucha claridad y discernimiento, y sobre todo con la mayor serenidad y sosiego. El 26 del mismo mes, despues de haber oido la defensa que hizo su Abogado, el mayor número de miembros manifestó inclinarse á que se suspendiese la causa, y á decretar que bastaba tomar medidas de precaucion hasta que la nacion hubiese manifestado sus intenciones sobre la suerte de Luis; pero los mas osados Jacobinos se arrojaron al tribunal, amenazando y aun usando de violencia, hasta que lograron decreto para que con suspension de qualesquiera otros negocios, se continuase la causa hasta la decision definitiva.

El 20 de Enero de 1793 fue condenado á muerte Luis XVI por una muy escasa pluralidad de votos; y aunque por medio de sus Abogados interpuso apelacion al pueblo, la convencion la declaró nula, y mandó executar la sentencia.

El 21, dia fatal, despues de un sueño que parecia no haberle turbado inquietud alguna, el Rey, á quien habian intimado su

sentencia la víspera, se levantó á las seis de la mañana: oyó misa, comulgó, encargó á su Ayuda de Cámara su última despedida para su augusta esposa y familia; y con muestras de una envidiable calma interior, ocupándose solo en sus oraciones, anduvo todo el camino desde su prision al cadalso, al qual subió á la vista de inmenso pueblo y de una formidable guardia, destinada á contener qualesquiera movimientos si se hiciesen en su favor. Se adelantó á la extremidad del tablado, quiso hablar; pero un redoble de tambores impidió que le oyesen. Se volvió, se abandonó á sus verdugos, cayó su cabeza, y todo aquel gentío se dispersó con extraordinario silencio.

Luis XVI se hallaba en la edad de treinta y ocho años, y habia reynado diez y ocho. La posteridad no le juzgará por el testimonio de los escritos que abortan las facciones en los tiempos de revolucion, ni confirmará los odiosos nombres que tales escritos le han prodigado. Era bueno, humano, deseaba y procuraba sinceramente la felicidad de su reyno. Fue buen esposo, buen padre y excelente amo: poseia conocimientos, amaba la lectura. En él se ha acabado la tercera dinastía de los

Reyes de Francia, y con él la Monarquía, que ha durado cerca de once siglos *.

* El silencio que el autor guarda sobre las ocurrencias posteriores persuade que su corazon y su pluma, horrorizados ya con la relacion de tan exécrable crimen, quedaron sin aliento para añadir que insaciables de sangre, de delitos y atrocidades aquellos encarnizados regicidas, quitaron igualmente la vida en el cadalso en 16 de Octubre de 1793 á su dignísima Reyna María Antonia de Lorena, y en 9 de Mayo del año siguiente á la virtuosa Princesa Isabel de Borbon, hermana de Luis XVI; que abjuraron pública y escandalosamente el catolicismo; y que anegado con la sangre de innumerables víctimas inocentes aquel infeliz reyno, vió mezclarse tambien con ella la de casi todos sus verdugos. Arrebatándose sucesivamente el poder las facciones, no ha tenido la Francia un gobierno estable; pero habiendo logrado durante el consular el restablecimiento de nuestra santa religion, mayor tranquilidad, y algunas otras ventajas desconocidas en el tiempo en que solo domináron las pasiones de los particulares, hizo memoria de las imponderables felicidades que la habian arrebatado con la abolicion del gobierno monárquico; y procediendo á restablecerle en 1804, ha elevado á la dignidad de Emperador á su primer Cónsul Napoleon Bonaparte, y ha declarado hereditaria en la familia de este la sucesion del trono.

ITALIA.

La Italia, que en los tiempos remotos estuvo dividida en diferentes Estados cuyo origen se ignora, reunida luego por los Romanos en un cuerpo de Imperio, quando decayó este, la dividiéron entre sí los Emperadores griegos, los Lombardos, otros Francos y otros pueblos, hasta que Carlo Magno, reuniendo baxo de su cetro aquellas partes incoherentes, formó como los Romanos un todo que trasmitió á sus descendientes. Por la debilidad de estos se reproduxo la semilla de la desmembracion, de que resultáron Principados, Reynos y Repúblicas. Decian algunos filósofos, que al salir el mundo del caos, el choque de los elementos fue el que despues de la confusion puso cada parte en su lugar; y á este modo en Italia la lucha de las potencias confundió todos los derechos; y cada una, segun era mas fuerte ó mas diestra, se hizo mas ó ménos independiente. Compusiéron luego todas una asociacion baxo de una cabeza, á la qual diéron el título de Emperador; pero miéntras pudiéron no la dexáron mas que una autoridad precária y muy limitada.

Carlo Magno hizo reconocer por Rey de Italia á Pipino, su hijo mayor, en 787, y despues de su muerte á Bernardo, hijo de Pipino. Este Príncipe, como hijo del primogénito, aspiró, muerto su abuelo, á la corona imperial. Luis el Débil, que la poseia por el testamento de su padre, venció á su sobrino, y le hizo sacar los ojos. Asoció en vida al Imperio á su hijo mayor Lotario, que se coronó en Roma. Los Papas, aunque ya ricos y poderosos, no usaban del derecho de soberanía, ni en Roma ni en sus posesiones.

Hizo Lotario coronar Rey de Lombardía á su hijo Luis en 844. Por entonces saqueaban la Italia los Sarracenos, venidos de España por los Alpes. Tuvo Luis el título de Emperador; y muerto este sin hijos varones se disputáron este título sus dos sobrinos, Luis, Rey de Alemania, y Cárlos el Calvo, Rey de Francia. Venció este con la proteccion de Gregorio IV; y el Pontífice, aunque solicitado por los señores Italianos á concurrir con ellos en la eleccion del Emperador, y para que fuese uno de estos, ó de su pais: quiso mas, si habia de tener señor, que fuese un Príncipe distante, y manejó los votos á favor del Rey de Francia, con lo qual consiguió de Cárlos



Crueldad de Luis el Débil.

Ala muerte de Carlo Magno Bernarzo, Rey de Italia hijo de Pipino, primohermano del Emperador, aspiró al imperio que poseía su tío Luis, hermano menor de Pipino. Defendió Luis sus derechos; pero no contento con haber vencido y hecho prisionero a su sobrino Bernarzo, mandó suarle los ojos. Débil para lo que exigía en tere a. u. feroz, quando debía ser beniguo, fué Luis Monarca sin acertar á serlo.



al coronarle en 876, derechos en Roma, que se acercaban al de soberanía; pero con las trabas de un Senado dependiente del Emperador. A Cárlos el Calvo, á pesar de su título, le disputó la autoridad en Italia Carloman su primo, Rey de Baviera, y hermano de Luis el de Alemania. Durante un interregno que se siguió por muerte de los dos competidores, viéndose muchos señores sin dueño, se apropiaron sus gobiernos, y se mantuviéron en ellos con el auxilio de los Sarracenos, con quienes la mayor parte hizo alianza para resistir á Cárlos el Gordo, heredero de Luis el de Alemania su tio, y de Carloman su padre. Este Príncipe, llamado tambien al trono de Francia, reunió baxo su cetro todos los Estados de Carlo Magno, y los perdió por su incapacidad. En él cesó la dominacion masculina de Carlo Magno en Italia.

Tenian los Italianos entre ellos dos Príncipes descendientes de Carlo Magno por hembra, Guido, Duque de Espoleto, y Berenguer, Duque de Frioul. Apenas puede verse vida mas contrastada que la de este último. Berenguer desde luego fue reconocido único Rey de Italia; porque Guido, su competidor, segun un convenio que hicieron en-

tre sí, debía procurarse con su auxilio la corona de Francia; pero no habiéndola conseguido, volvió contra Berenguer, le destronó, y fue coronado por Estéfano V; y para sostenerse contra Berenguer, que no abandonaba el partido, llamó en su socorro á Arnaldo, Rey de Alemania, y murió en el transcurso de estos sucesos. Arnaldo, de auxiliar que era se convirtió en competidor de Berenguer, se hizo consagrar Emperador; pero cayó enfermo, y volvió á Alemania. Esta desercion dió la ventaja á Berenguer, y volvió á tomar la superioridad. Los señores Italianos, que le habian abandonado por temor de que les castigase, le opusieron á Luis Rey de Arlés, que arrojó de Italia á Berenguer; pero volvió este, venció á su rival, y le hizo sacar los ojos. Este fue el único acto de crueldad con que se le pudo dar en rostro. Al fin le coronaron Emperador en 916. Los señores Italianos le suscitaron un enemigo nuevo en la persona de Rodolfo, Rey de Borgoña, el qual derrotó á Berenguer, pero este se desquitó. Despues de tantas vicisitudes, se veia en vísperas de alejar para siempre á su competidor, y de gozar algun reposo quando le asesinó un perverso, á quien acababa de perdonar un delito.

Se sublevó la Italia contra Rodolfo, y llamó á Hugo, Conde de Provenza; pero el Borgoñon y el Provenzal se concordáron, quedando la Italia de este último á pesar de una irrupcion de Arnolfo Duque de Baviera, llamado tambien por los señores Italianos malcontentos. Se declaró pretendiente Berenguer, nieto del Emperador de este nombre; y queriendo Hugo hacerle asesinar, huyó de la emboscada; pero no se libró de la suerte de las armas, que le fue contraria. Viéndose vencido se salvó en la corte de su pariente Othon, Rey de Alemania, llamado el Grande, y volvió á Italia con algunas tropas que el Aleman le dió. La abandonó Hugo, y se retiró á su Provincia. Dexó este un hijo llamado Lotario II, á quien diéron la corona los Italianos; pero no vivió este Príncipe mas que dos años, y se dice que Berenguer le dió veneno. Con el fin de reunir todos los derechos en su favor, quiso obligar á Adelayda, viuda de Lotario, á que diese la mano á Adalberto su hijo; y resistiéndose la Princesa la pusieron en prision, pero se salvó en la corte de Othon el Grande. Este la hizo casar con su hijo, declarándole Rey de Italia, con el permiso, medio voluntario y me-

dio forzado de Berenguer, el qual asistió á la coronacion. Por entónces estaba aquel infeliz pais saqueado por los Húngaros, y era objeto de todas las asolaciones de las guerras civiles, causadas por los que concurrían con todos estos competidores.

EL PAPA COMO SEÑOR TEMPORAL.

A los últimos del siglo décimo ya había en Roma dos dominaciones muy distintas, la de los Emperadores que titubeaba, y la de los Papas que se iba asegurando en el dominio temporal en concepto de soberanos de Roma, sustituida en ellos la autoridad de los Exarcos de Ravena, tenientes de los Emperadores griegos, y la de los Reyes de Lombardía.

Othon dió al Papa Juan VII varios dominios quando se coronó: retuvo el derecho de remediar los desórdenes que pudiesen suceder en Roma si el Papa no los corregía; pero aunque hubo algunos Pontífices descuidados, envió siempre la Providencia Papas, cuyas virtudes consoláron á la Iglesia, é hicieron respetar en ellos la autoridad temporal que tenían. Hubo diferencias muy pesadas entre el Emperador Othon y Juan XIII. Se rebeláron

los Romanos contra Juan XIV, y Othon protegió al Sumo Pontífice. Una conspiracion encerró á Benedicto VII en el castillo de Sant-Angelo, y el partido que pretendia restablecer la antigua República, le quitó allí la vida. Entre tanto el partido contrario habia elegido al Anti-Papa Bonifacio, el qual, como no podia sostenerse contra Juan XIV, tomó de los tesoros de la iglesia quanto pudo, y se pasó á Constantinopla. Con estas riquezas se adquirió el Anti-Papa amigos que le proporcionaron volver á Roma quando ya habia muerto Juan XIV, y se vengó en Juan XV, verdadero sucesor en la silla de San Pedro, encerrándole y matándole de hambre. Durante estas mutaciones, ya el trono imperial habia pasado de Othon I á Othon II su hijo, y aun á Othon III su nieto. A Gregorio V, sucesor de Juan XV, le opusieron un Anti-Papa, que porque algunas veces le han citado como verdadero Papa con el nombre de Juan XVI, ha dado ocasion para que se confundan en la Cronología el órden y clase en que deben contarse los Juanes que se siguiéron. A Gregorio V le siguió Silvestre II. Siendo este Pontífice murió Othon III, Príncipe muy devoto, que se firmaba, *servidor de los Apóstoles*; por

lo qual los Romanos reconocieron al Emperador por defensor de la Iglesia; y Benedicto VIII, quinto sucesor de Silvestre despues de Juan XVII, Juan XVIII y Sergio IV, consiguió que Henrique, sucesor y pariente de Othon, jurase sin dificultad que seria el defensor de la corte de Roma, fiel al Papa y á sus sucesores. Este Henrique está en el catálogo de los Santos. Este era el estado de los Papas, respecto de los Emperadores, por los años de 985 hasta 1012.

Muriéron el Papa y el Emperador casi á un mismo tiempo. Al Pontífice sucedió Juan XIX. Los Italianos, que quisieran sacudir el yugo aleman, no pudieron ponerse de acuerdo en la eleccion de un Emperador de su pais, y viniéron á someterse á Conrado II, llamado el Germánico, de la casa de Franconia, que dió quatro Emperadores. Continuáron en llamarse Emperadores romanos, aunque apénas poseian en Roma sino el derecho de recibir allí la corona, y así la puso Juan XIX en la cabeza de Conrado. Hizo este Principe muchos viages á Italia, y siempre con exércitos, en lo que le imitarón sus sucesores; y esto persuade que la sumision de los Italianos no era muy voluntaria.



San Leon IX prisionero.

Derrotado el ejército con que los alemanos auxiliaren á Leon IX, y no hallando á este santo Pontífice, se entregó á sus vencedores. Lo trataron estos con tal respeto, que pudiendo dictar las condiciones de la paz, las recibieron de él, y las miraron como un efecto de su beneficencia. Sin retórica ni ardidés tiene asegurada la virtud sólida el imperio de los ceráenos.

Henrique III, llamado el *Negro*, se vió, como su padre Conrado, precisado á sujetarlos á la obediencia. Durante su reynado hubo Papas que se retiráron por sí mismos, y otros á quienes hicieron retirar; pero vino despues Leon IX, cuyas virtudes ilustráron la Iglesia romana, y la restituyéron la hermosura obscurecida con la confusion anterior. Este Pontífice hizo un viage á Alemania con el fin de conseguir socorro contra los Normandos que infestaban la Italia. Derrotáron los Normandos, por mal disciplinado, el ejército que le habian dado los Alemanes. Durante su camino, por no haberle admitido en una ciudad donde queria refugiarse, se entregó Leon á los vencedores, y le recibieron y tratáron con respeto. Se firmó la paz; y aunque atendiendo á la fuerza de las armas, mas la necesitaba él que los Normandos: la tuviéron estos por un acto de beneficencia. Les hizo con este motivo la gracia de recibirlos en el número de los vasallos de San Pedro, y de erigir en feudo, dependiente de la Iglesia romana, todo lo que ya poseian, y las conquistas que pudiesen hacer en Calabria y en Sicilia.

Como en las elecciones de los Obispos, nombrados por el clero y el pueblo, y en los

que presentan los Príncipes, suele mezclarse la simonía, que hace inhábil al simoníaco, para gozar la dignidad, Ildebrando, que despues se llamó Gregorio VII, declaró, que no eran legítimos Obispos aquellos que no tuviesen la aprobacion del Papa. De aquí provienen las Bulas de los Sumos Pontífices, que absuelven á los Obispos nuevamente electos de los impedimentos ó abusos que pudo haber en su eleccion; bien que nada de esto se observa en la eleccion del nuevo Pontífice, como que es cabeza visible de la Iglesia, y no reconoce quien pueda declarar sobre la legitimidad de su eleccion. Pero de esta misma circunstancia abusaron los Ministros del Emperador Henrique IV, y así le aconsejaron que le negase su consentimiento, lo qual no tuvo efecto alguno. Aunque Gregorio VII se reconoció cabeza de la Iglesia é independiente, no fue, dicen los historiadores desinteresados, por miras de ambicion, sino por el grande deseo de purificar la Iglesia de los vicios que en su tiempo la infestaban. Se habia criado en la mas regular disciplina monástica, y se habia distinguido en sus estudios: no se le conocia vicio alguno, si no lo era la fortaleza en defender los derechos de la Iglesia. Es verdad que depuso á Henri-

que IV por inobediente, y que absolvió á sus vasallos del juramento; pero como dicen los mejores historiadores eclesiásticos, solo hubo error en el hecho, porque en su tiempo todos juzgaban por los mismos principios que él, y así era general preocupacion no distinguir entre la potestad temporal y la espiritual: y de no distinguirlas provino la persuasion de que podia deponer á los Príncipes refractarios á sus órdenes. Envió Gregorio VII á España un legado con el encargo de reformar los abusos, y de pedir que todos los países que fuesen conquistados á los Moros fuesen tenidos por feudos de la Iglesia romana, alegando para esto que antes de la invasion de los infieles se habia hecho la España tributaria de la Iglesia. Pretendió que los Príncipes le ayudasen contra todos los que se atreviesen á las regalías de San Pedro. Halló contradiccion en Alemania por la oposicion que habia entre Gregorio VII y Henrique IV, y la principal causa de sus querellas era el derecho de investidura: esto es, el de poner á los Prelados en posesion de sus temporalidades, lo que se hacia con una ceremonia, en la qual el Emperador daba á los Abades, Obispos y otros Prelados, el háculo y el anillo, y ellos ha-

cian homenaje de las tierras afectas á su prelatura. El Papa pretendia que esto en el Emperador era arrogarse la potestad espiritual. El Emperador sostenia que él no hacia otra cosa que conceder al nuevo Prelado el uso de un bien temporal. Sobre esto se derramó mucha sangre, y la discordia encendió su fuego en los padres contra los hijos.

Quien favoreció mucho al zeloso defensor de la Iglesia Gregorio VII fue la Condesa Matilde, y en prueba de su zelo, esta Princesa, que poseia casi todo el centro de la Italia, dió muchas de sus tierras á la Iglesia romana, y la hizo homenaje de todo lo demas. Se quejaba el Emperador de que en esto se le perjudicaba, porque muerta esta señora debian volver sus feudos al Imperio; pero aquí debe advertirse que quanto murmuran los hereges y otros historiadores malignos en las acciones de la Condesa Matilde, no tiene el menor fundamento, y supone en ellos poco conocimiento de lo que puede la piedad en una señora entregada á la devocion.

Victor y Urbano, sucesores de Gregorio, sostuviéron las diferencias sobre las investiduras. Pascual II partió la diferencia, y conviniéron el Emperador y el Pontífice en que el Príncipe

no volveria á dar el báculo ni el anillo, por ser typos ó figuras de la autoridad espiritual, sino que los Prelados harian homenaje de sus tierras. Aunque sintieron esto los Romanos, el Emperador impuso la ley á los que querian estorbar al Papa que ratificase el tratado; y de este modo satisfizo Pascual II á su obligacion, y coronó á Henrique V.

Quando se vieron los Romanos sin el Emperador, citaron al Papa delante de un Concilio, que se juntó en la Iglesia de San Juan de Letran en 1112; y de grado ó por fuerza dixo: „Que le habian precisado á conceder á Henrique lo que estaba por escrito,” y ofreció hacer dimision si le parecia al concilio; y á la verdad, mejor hubiera sido esta resolucion que la de excomulgar al Emperador: pues de este modo le sucedió lo que á aquellos hombres, que ni agrandan á un partido ni á otro. Henrique V conquistó amigos en la nobleza de Roma: nombró un Anti-Papa, que fue Burdino, Arzobispo de Braga: se coronó segunda vez, y se apoderó de los estados de la Condesa Matilde despues de su muerte. El Pontífice Pascual II anduvo por algun tiempo fugitivo y errante, y el Emperador atacó en persona á los rebeldes de Ro-

ma, y murió por haberse sofocado con este motivo.

No permitiendo tardanza las circunstancias de aquel tiempo, eligieron á Gelasio II. Mucho sintió el Emperador eleccion tan apresurada, porque quisiera colocar á su Anti-Papa Burdino, y no renunció á este proyecto á pesar de la legítima elección. Tomó pues Burdino el nombre de Gregorio VIII: se excomulgáron los dos rivales, y el Anti-Papa se mantuvo en Italia protegido del Emperador. Gelasio se refugió en Francia: murió allí, y los mismos Cardenades eligieron á Guido, Arzobispo de Viena, con el nombre de Calixto II. Era este un hombre naturalmente moderado, y no obstante hubo querellas entre él y el Emperador. La de las investiduras se debia terminar en un Concilio que se celebraba en Reims. Supo el Papa que iba Henrique á sostener su proyecto con treinta mil hombres, y le excomulgó. Quedó el asunto indeciso; pero se concluyó la paz entre el Sacerdocio y el Imperio en el Concilio de Bown, en presencia de tres Cardenales legados enviados por Calixto.

Se obligó el Emperador por escrito á renunciar la investidura con respecto al báculo y

al anillo, á conceder á todas las Iglesias del Imperio las elecciones canónicas, y á restituir todos los dominios usurpados. Tambien se conformó el Papa por escrito á que las elecciones de los Obispos y Abades de Alemania se hiciesen en presencia del Emperador ó de sus comisionados; y que en caso de diferencia daria su consentimiento y proteccion, segun el juicio del Metropolitano, y entraria el electo en el goce de lo temporal, tocando el cetro que el Emperador le presentaria, y haciendo homenaje. El desgraciado Burdino, desamparado con esta composicion, fue él sacrificado. Le paseáron ignominiosamente sobre un asno por las calles de Roma, y le encerráron en un monasterio para toda su vida. Muriéron Calixto y Henrique uno despues del otro, con un año de diferencia. A Calixto sucedió Honorio II, que poseyó la silla de San Pedro pacíficamente.

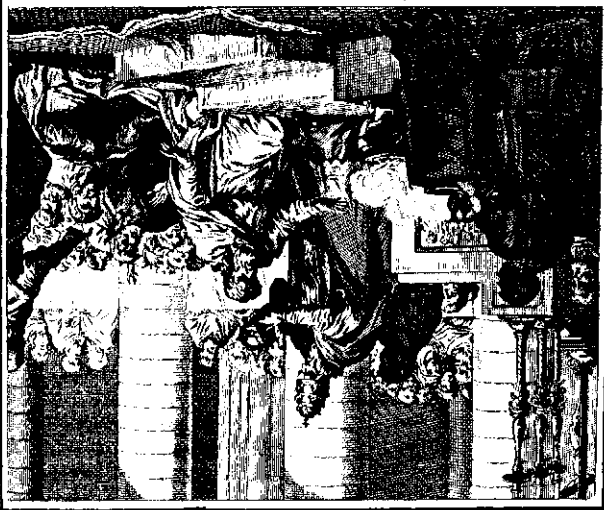
Hubo en la Iglesia un cisma en el Pontificado de Inocencio II, que reemplazó á Honorio, y tambien le hubo en el Estado reynando Lotario II, sucesor de Henrique V. El primer cisma se acabó, muriendo el Anti-Papa. Anacleto, á quien sostenia el Rey de Sicilia; y el segundo por una composicion en-

tre Lotario y Conrado III, cabeza de la casa Imperial de Suabia. El Concilio de Letran decretó muchas reglas de disciplina en tiempo de Inocencio, y condenó á Arnaldo de Brescia, que se levantó contra las riquezas de la Iglesia, y entre otros errores sostenia que los Clérigos debian vivir de ofrendas, y no obstante les dexaba los diezmos. Este herege era discípulo de Abailardo, cuyas heregias eran precisamente contra el dogma. Abailardo se reconoció, y le permitiéron morir tranquilamente en Cluni. A Arnaldo de Brescia le quemáron vivo. Inocencio vió á Rugiero Rey de Sicilia postrado á sus pies, haciendo homenaje de su reyno, y obligándose á un tributo. Los Romanos, por el contrario, pretendiéron substraerse de su autoridad, y restablecer la del Senado. En vano hicieron sus esfuerzos Celestino II y Lucio II para impedir que sacudiesen el yugo. Lucio II murió herido al pie de los muros del capitolio.

No pudo Eugenio III reducir á los Romanos á la sumision; y cansado de sufrir sus alborotos, se fue á Francia, en donde encontró unos hereges, discípulos de Pedro de Bruins, cuyos errores son muy notables. Publicaban que era cosa inútil tener iglesias, que no debian

La antigua práctica de que los Papas coronas-
 sen a los Emperadores de modo para que fu-
 deses II aspirase a esta solemnidad, que se re-
 de cierta diferencia con Adriano II: por esta-
 do el Emperador en lo que creyó compatible con
 su dignidad, se allanó todo, y se coronó el mo-
 me Pontífice. En consecuencia oportuna mun-
 ra en descendencia, y es muchas veces la negar-
 cion mas fructuosa.

Coronacion de Federico II.



ser los niños bautizados, que no se habia de adorar la cruz, ni venerar las imágenes ni las reliquias, que era burlarse de Dios rezar en voz alta y cantar las oraciones; y por último, que no estaba el cuerpo de Jesuchristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Estos hereges, que se habian juntado en grande número en Tolosa y en el Langüedoc, se disipáron á fuerza de las rigurosas penas que se pusieron en execucion contra ellos. Volvió Eugenio á Italia, en donde vivió poco, y siempre molestado por los Romanos. Tomó la tiara Anastasio IV, y solo la tuvo un año. Le sucedió Adriano IV, y entre este y Federico Barbaroxa hubo cierta diferencia, en la que cediendo el Emperador le dió el Pontífice la corona imperial. Con motivo de esta ceremonia creyó Adriano que solo los Pontífices daban el Imperio, y manifestó esta opinion en una carta que se leyó en plena dieta. Chocó esto mucho á los señores Alemanes, y mas quando dixo uno de los legados: „¿De quién tiene el Imperio sino del Papa?” Este se vió precisado á suavizar con explicaciones su pretension; pero Federico exigió en Italia mas importantes retractaciones sobre la autoridad, que en este punto creia tener el

Papa. La muerte le excusó la humillacion de verse desengañado.

Al principio se halló Alexandro III en la dificultad de sostenerse contra un Anti-Papa llamado Victor, que el Emperador le habia suscitado, y aun le habian reconocido en Italia. Alexandro III, que se veia obedecido de la Francia, pasó allá; pero todavía vió dos Anti-Papas, Pascual y Calixto, bien que la muerte de ambos le dexó libre de ellos. Pocos Pontífices han sido tan dichosos. Dos veces fue el Emperador á Italia, adonde habia vuelto Alexandro; y aunque iba el Monarca á sujetarla, dos veces se vió en la precision de salir con vergüenza, ya derrotado y ya abandonado de su ejército, y aun de los Alemanes. Todas estas ventajas se deben á la estimacion y crédito del Pontífice Alexandro III. Con motivo de la muerte de Santo Tomas Cantuariense, exigió del Rey de Inglaterra que entrase en la Cruzada, y consiguió del Rey de Francia y del Emperador Federico, con quien ya se habia reconciliado, que enviasen prontos socorros al oriente. Respetaban mucho los Emperadores griegos al Papa Alexandro III, y puede presumirse que si hubiera vivido no se habrian visto en esta Cruzada los desastres que la hicieron inútil.

Halló Lucio III á los Romanos poco dóciles á sus preceptos, y los hizo mas atrevidos la venida de Federico á la Italia; pero el Papa se negó á coronar á Henrique, hijo de Federico. El fondo de la disputa entre el Emperador y Lucio III eran los bienes de la Condesa Matilde, cuya sucesion todavía no estaba arreglada despues de tanto tiempo. Tenian la mayor parte de ellos los Pontífices, y se los envidiaban los Emperadores. Baxo Clemente XIII, sucesor de Gregorio VIII, que solo duró dos meses, se verificó la composicion entre el Papa y el Senado romano, que volvió á tomar alguna autoridad, mediando el Emperador. Por último, en 1183 se arreglaron definitivamente los derechos que en adelante pudieran pretender los Emperadores en las ciudades de Italia, y se conviniéron en que las gobernasen Vicarios y Condes, dexándolas gozar de sus derechos de policia interior, de sus costumbres y su libertad, reservando á los Emperadores el supremo dominio y las apelaciones.

En las Cruzadas tenian los Papas el supremo mando por medio de sus legados. Celestino III é Inocencio III hacian con sus exhortaciones que se cruzasen los Príncipes, ó

diesen dinero para las Cruzadas. Llegaron á excomulgar á un Rey de Leon, á un Duque de Austria, á un Rey de Francia, á un Rey de Romanos, y á otros Príncipes de diferentes grados; y debemos confesar que el temor de la excomunion no dexaba de contener á muchos de aquellos Príncipes, cuyas costumbres no eran muy puras; pero si hubieran sido mas detenidos en esto, habrian sin duda contenido la propagacion de las heregias de los Valdenses, Catarinos, Albigenses, y otros hereges que salieron por entónces. Federico II, que debiera recibir la corona de Inocencio II, segun costumbre, viendo las dificultades que se le oponian de parte del soberano Pontífice, se hizo coronar por el Arzobispo de Maguncia en Aix-la-Chapelle; pero entrando en composicion con Honorio III, sucesor de Inocencio, recibió de su mano la corona en Roma. Tuviéron freqüentes conferencias Federico II y Honorio III: en ellas convenian sobre algunos artículos; pero despues de separados solian no guardarlos todos; pero Gregorio IX dió al universo el espectáculo de un Emperador excomulgado sin embargo de haberse armado muchas veces para favorecer á la religion. Se embarcó Federico en Brindis

con quarenta mil de los Cruzados: le volvió la tempestad al puerto, desembarcó, y el Papa, mal informado, le excomulgó por haber faltado al voto de ir á Tierra Santa. El Emperador no se detuvo por esto, é hizo celebrar solemnemente el oficio divino en su presencia. Dicen que el Papa no sintió tanto la indiferencia de Federico, como el que este Príncipe le hubiese hecho salir de Roma. Se reconcilió el Emperador con el Papa, volvió este á su capital, y Federico á Alemania. Nunca fuéron buenos amigos; y habiendo convocado Gregorio IX un Concilio general, el Emperador impidió la asistencia de quantos Obispos pudo detener, y echó de sus estados á los Frayles menores y á los Dominicos. Quando pasaban todas estas diferencias tenia el Pontífice cerca de cien años, y aun conservaba firme la cabeza para entender en todas.

Colocáron despues en la santa Silla á Celestino IV, Papa de las mejores disposiciones; pero murió á los diez y ocho dias. Estuvo la Silla vacante por veinte meses: volvió Federico á Italia, y apresuró quanto pudo la eleccion; pero halló en Inocencio IV un terrible antagonista. Se abocáron el Papa y el Emperador, y no pudiéron concordar entre

sí. No creyendo el Papa que estaba seguro en Roma, porque allí tenia el Emperador muchos partidarios, dexó aquella capital, y se fue á Francia. Juntó en Leon un Concilio, publicó una Cruzada contra Federico: declaró Rey de Romanos á Henrique Langrave de Turingia: pensó el Emperador en concordarse con el Pontífice; pero no tuvo efecto la composicion. Aun despues de muerto Federico no quiso Inocencio IV reconocer á Conrado III, su hijo, por Emperador. Ofreció esta dignidad, entre otros, á Haguino, Rey de Noruega, que habia tomado la cruz, y este le respondió, que no se habia armado contra los enemigos del Papa sino contra los de la Iglesia.

Dexó Conrado un hijo llamado Conradino. Se opuso el nuevo Pontífice Alexandro IV á que ocupase el trono de su padre. Saliéron muchos pretendientes, y ocasionáron una guerra civil en Alemania. Ofreció Urbano IV, sucesor de Alexandro IV, el cetro de Nápoles y de Sicilia al Duque de Anjou, y repugnó mucho San Luis que le aceptase su hermano, porque siempre Manfredo mantuvo con firmeza el reyno de Nápoles y de Sicilia; aunque por último permitió que le aceptase.

Murió Manfredo; y Clemente IV coro-

nó en Roma Rey de Nápoles á Cárlos de Anjou. Vió el Pontífice declarada la fortuna de su protegido contra el desgraciado Conradino. Este Príncipe reunió, lleno de valor, bajo de sus banderas un ejército de Alemania, y fue á desafiar á su enemigo en las llanuras de la Apulla; pero fue derrotado, y cayendo en manos del feroz Cárlos de Anjou, este le hizo cortar la cabeza en la plaza mayor de Nápoles á vista de todo el pueblo. En toda la Europa resonáron gritos de horror; pero si no fuéron afortunados los esfuerzos de Conradino, á lo ménos se llevó, aunque malogrado en la flor de su edad, los sentimientos de su siglo, y la estimacion de la posteridad.

Se hallaba la Alemania en una confusion, cuyos desórdenes solo podian ser iguales á los de Italia. Causados de la anarquía que sobrevino, extinguida la casa de Suabia, y estrechados por Gregorio X, sucesor de Alexandro, el qual amenazaba con que nombraria él un Emperador si no determinaban elegirle, proclamáron los Electores á Rodulfo, Conde de Aspurg. El Papa y sus sucesores, que en trece años fuéron en número de seis, viéron gustosos en el trono imperial á un Príncipe, que para establecerse sólidamente en Alemania se



apartaría contento de los derechos que sus antecesores pretendían tener á la Italia. Con efecto, se dió á Nicolao III el exârcado de Ravena, la Marca de Ancona, el Ducado de Spoleto, las tierras de la Condesa Matilde, y muchos feudos. En esto solo se le dió de nuevo lo honorífico, porque había mucho tiempo que en estos países era ninguna la utilidad para los Emperadores.

Llamado Rodulfo á Italia por Honorio IV para recibir la corona, conoció que sin un ejército no haría papel de importancia; pero no pudiendo hacer estos gastos prometió presentarse, y envió delante á su Canciller para que las ciudades le prestasen juramento de fidelidad. No quisieron prestarle la mayor parte de ellas por haberse constituido independientes; y el Emperador, haciendo poco caso de una autoridad en países tan distantes, ó mirando tal vez imposible el recobrarla, mandó á su Canciller que confirmase por dinero todos los privilegios que le pidiesen; y de este modo se hicieron libres Luca, Florencia, Pisa, Bolonia, Génova y otras muchas. Esta es la época en que debe fixarse la independéncia de la Italia, desde cuyo tiempo no conserváron sobre ella los Emperadores de

Alemania sino una sombra de autoridad.

Por entónces luchaban en Roma contra los Pontífices algunas familias romanas. Las principales eran la de los Colonas, y la de los Ursinos, que habian tenido Pontífices de sus casas, y de ordinario eran rivales. Los Príncipes, que tenian alguna diferencia con la Santa Sede, siempre hallaban dispuesta una ú otra familia de estas para inquietar al Pontífice, y siempre mantenian en el Senado dos partidos contrarios. Muerto Nicolao IV hiciéron que estuviese vacante por dos años el trono pontificio. Algunas veces se observa, que los que componen un cuerpo se dexan llevar de cierto entusiasmo como los particulares. No pudiendo concordar en la eleccion de algun hombre brillante, dió el colegio de Cardenales, como por inspiracion, todos sus votos á Pedro Moron, que era un santo, pero muy sencillo. Tomó el nombre de Celestino V y empezó á gobernar; pero despues renunció voluntariamente.

Eligiéron á Benedicto Cayetano, que tomó el nombre de Bonifacio VIII. Casi al mismo tiempo de tomar la tiara se enemistó con los Colonas. Prohibió que el Clero de Francia, en tiempo de Felipe el Hermoso, pa-

gase cierta tasa impuesta por este Rey, y aun á él mismo le amenazó con que si insistia, declararia pertenecer su reyno á la Santa Sede. Con esto suscitó contra sí á los Colonas; y estos con un capitan frances, hiciéron prisionero al Papa, y le tratáron con tanto desprecio, que murió de pesadumbre. Benedicto XI, que le sucedió, reconcilió la Santa Sede con la Francia.

Quedó en el sacro Colegio cierta semilla de divisiones, queriendo unos elegir un Papa que pensase como Bonifacio VIII, y otros uno favorable á la Francia. No pudiendo concordarse hiciéron un compromiso, por el qual los que habian de nombrar el Papa debian ser tres, que los Cardenales eligiesen. Diéron sus votos á tres hombres, enemigos declarados de Felipe el Hermoso: entre ellos estaba Beltran de Got, Arzobispo de Viena, conocido por su enemistad declarada contra el Rey de Francia; pero siempre la ambicion oprime todos los demas sentimientos. Procuró Felipe hacer una visita á Beltran, y le probo que estaba en su mano hacerle Papa, porque él tenia á su disposicion los otros dos colegas; pero que su eleccion dependia de tres condiciones que le propuso. Las acep-



Prision de Bonifacio VIII.

Disgustado Felipe el Hermoso, Rey de Francia, con algunas providencias del Pontífice Bonifacio VIII, y contando con el auxilio de los Colonas, enemistados con el Papa, logró que estos con un capitán francés le pusiesen preso, tratándole además con tal desprecio, que murió de pesar. Su muerte en sí sola su muerte fue un mal, lo fue mayor redoblando la codicia en sus ómulos: tan vengazero triunfó.



tó el Arzobispo de Viena, y pasó de esta Silla á la de Roma con el nombre de Clemente V; aunque sin ir allá, porque fixó su residencia en Aviñon, y así puede decirse que casi nada le toca de quanto pasó en la capital del mundo durante su pontificado.

A su muerte juntó el Rey de Francia el mayor número de Cardenales que pudo, pues como estos vivian distantes de Roma, que era el centro comun, estaban dispersos; y quedó electo Juan XXII. Con motivo de algunas ideas místicas, que aventuró en punto de la vision beatífica que gozan los santos en la otra vida, tuvo que sentir, porque no eran admitidas de los demas teólogos. Tambièn hubo entre él y el Emperador Luis de Baviera altercaciones de importancia. Le hizo este Príncipe deponer en Roma, y colocar en su lugar un Anti-Papa; pero como se hallaba en Francia no hacia aprecio del enojo del Emperador. Le valiéron inmensos caudales las anatas, el derecho de prevencion, y las gracias expectativas: prevencion llamaban el derecho con que los Sumos Pontífices daban el beneficio quando sabian la vacante antes que le presentasen los que debian conferirle.

Benedicto XII, que le sucedió, era mon-

ge del Cister, y le llamaban el Cardenal Blanco, porque llevaba el hábito de su órden. Aunque el Sacro Colegio no hacia de él mucho caso, por divina disposicion no le faltó voto alguno: y él se admiró tanto, que dixo: „Habeis elegido un asno,” dando en esto á entender, que nada sabia para manejar los negocios de la corte pontificia; pero este fue, no obstante, el que, sin renunciar á las pretensiones de la Santa Sede, hizo la paz con el Emperador y los otros Potentados.

Su sucesor Clemente VI residia en Francia, y adquirió en ella residencia fija, comprando á Aviñon. Otros dicen que adquirió esta ciudad por cesion que con apariencia de venta hizo en él Juana, Reyna de Nápoles y Condesa de Provenza, acusada de cómplice en la muerte de su esposo.

Roma, sin la presencia del Papa, se hallaba dividida en las facciones que formaban los Grandes. Su desunion dió fuerzas á un partido popular, que mandado por Gravini de Rienci se apoderó del gobierno. Era Gravini hijo de un molinero y de una lavandera, llegó á ser notario, y fue enviado á Aviñon á suplicar al Papa que fuese á residir en Roma. Satisfizo tanto la buena cuenta que dió de su

viage quando regresó, que por aclamacion le eligieron Tribuno del pueblo. Puesto en posesion del capitolio con plena autoridad, echó de Roma á los Colonas, á los Ursinos y otras familias de la primera nobleza, debilitadas con sus mismas divisiones. Envió el Tribuno diputados á todas las ciudades de Italia, para que dixesen que los Romanos acababan de recobrar su libertad, y que él las exhortaba por su parte á imitar á la capital y á socorrerla. Muchas ciudades prometieron juntarse con él, y aun algunos Príncipes extrangeros pretendieron la alianza de Rienci.

Quando todo le salia bien, él mismo puso límites con su extravagancia á su fortuna. El hijo de un molinero y de una lavandera tomó aquel ayre arrogante que habia reprehendido en la nobleza, y se hizo armar caballero en presencia de todo el pueblo romano. Debía preceder á esta ceremonia el baño, y le tomó en donde se creia por tradicion que se habia bautizado Constantino. Se titulaba Rienci en sus cartas *caballero candidato de Santi-Spiritus, severo y clemente, restaurador de Roma, zelador de la Italia, amante del universo y Tribuno augusto*. Como si todo el que dominase en Roma debiera aspirar á extra-

vagantes pretensiones citó á su tribunal, al Duque de Baviera Luis, al Rey de Bohemia Cárlos, y á todos los Electores para que fuesen á dar cuenta de su conducta. Esto fue lo que arruinó todo su crédito: porque el Papa le trató de loco y de fanático, la nobleza recobró sus derechos, y Rienci, precisado á huir, acudió al Rey de Hungría, despues al Rey de Bohemia, y este le entregó al Papa. Conservaba no obstante alguna estimacion en Roma; y los Cardenales, que tenian en ella su residencia, creyéron que les pudiera servir para restablecer la autoridad del Pontífice. Le volvió el Papa á enviar con los títulos de Caballero, Senador de Roma, y Tribuno del pueblo; pero él incurrió en nuevas locuras. Se cansó el pueblo, le acometió, le persiguió en el capitolio, y allí le dió cruel muerte. Exemplo notable, dicen los historiadores, de la fantasía de la fortuna, y de lo instable que es todo quanto tiene su principio en una fermentacion popular.

Inocencio VI, sucesor de Clemente VI, tranquilo en Aviñon, durante su pontificado dexaba que la Italia, y sobre todo Roma, se despedazase entre diversas facciones quando su presencia pudiera calmar el furor; pero se

contentó con enviar legados con el título de Gobernadores. Uno de estos coronó en Roma al Emperador Cárlos IV, y este Príncipe no fue mas eficaz que Inocencio en corregir los desórdenes de Italia. Urbano V, que le reemplazó fue á Roma, pero no para residir en ella. Recibió dos Emperadores al de occidente, á quien coronó por su mano, y al de oriente, Miguel Paleologo, que habia ido á pedir socorro contra los Turcos. Urbano V le dió cartas de recomendacion para los Venecianos y los Genoveses, y esto fue todo lo que consiguió con su viage.

El sucesor de Urbano V, Gregorio IX, recibió una respuesta poco agradable de Valdemar, Rey de Dinamarca. Se habian sublevado los habitantes de Jutlandia, y escribiéron al Papa para disculpar su rebelion; pero se reducian sus excusas á quejarse amargamente de su Rey. Gregorio IX, que dió crédito á los sublevados, escribió á Valdemar, amenazándole con la excomunion si no hacia justicia á sus vasallos agraviados, pero le respondió el Monarca. „De Dios he recibido la vida, de mis mayores los bienes, y de vuestros predecesores la fe, y esta os la restituyo por la presente carta.” No tenia la fe muy arraygada

el que la renunciaba con tanta facilidad. Dexó Gregorio IX á Aviñon, y fue á Roma, con intencion de fixarse allí á instancias de los Romanos; y no hallando ni la sumision ni las satisfacciones que le prometian, murió de pesadumbre.

Le habian pronosticado que su vuelta á Roma, ni á él ni á sus sucesores seria muy útil, y este pronóstico se verificó demasiado. Los Cardenales franceses, que eran las tres quartas partes del Sacro Colegio, entraron en cónclave, y se viéron al punto rodeados de un tropel de gentes que gritaba con todo el exceso del furor: *Un Papa romano, Italiano, ó la muerte*: y eligieron á Bartolomé Prignago, originario de Nápoles, que tomó el nombre de Urbano VI. A excepcion de quatro Cardenales, todos los demas á los tres meses volviéron á la eleccion, declarando forzada y violenta la de Bartolomé, y nombraron á Roberto, natural de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII, y entónces se formó el que llaman grande cisma de occidente. La Alemania, la Hungría, la Inglaterra, con Bohemia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Flandes, y casi toda la Italia, obedecian á Urbano VI. Francia, España, Escocia, Nápoles y Chipre se declararon por Cle-

mente VII. Otros se mantuviéron neutrales hasta la decision del Concilio general que todos pedian. Se excomulgáron reciprocamente los rivales; y los pueblos adoptáron sus odios con un furor invencible, que causó general calamidad en Europa. Mucho padeció la religion; y las heregías, que por entónces vomitó el infierno en grande número, se valiéron de tan funesta ocasion; siendo conseqüencia triste el envilecerse el clero, cuyas desgracias siempre empiezan por la discordia entre sus miembros.

Muchas veces por quejas particulares negaban la obediencia al mismo á quien se la habian prometido, y los que antes eran venerados como Papas, se veian tratar con el detestable nombre de Anti-Papas. Aquí se ha de notar que algunos Príncipes mostraban afecto determinadamente á un Pontífice por la utilidad que les resultaba, como le sucedió al Duque de Anjou, Regente de Francia, durante la menor edad de Cárlos VI.

Se retiró Clemente VII á Aviñon: Urbano VI se fue á Nápoles, y trataba aquel reyno como dominacion suya, y no como asilo, por lo que sobrevino la desavenencia con Cárlos, que tenia el cetro. Este Príncipe le sitió en el castillo de Nocera: quatro veces

al dia se asomaba á la ventana de la fortaleza, y excomulgaba á los que le tenian sitiado. Halló modo de huir; pero nunca puso en libertad á seis Cardenales, que decia le habian querido dar veneno. Ya estaba para quedarse solo el Papa Clemente VII por muerte de Urbano VI; pero los Cardenales de Italia, llamados Urbanistas, hicieron á toda prisa una eleccion, á pesar de las reconvenções de los que se llamaban Clementinos, y pedian que se dilatase. Nombráron á un Napolitano, que tomó el nombre de Bonifacio IX, y le recibió Roma; pero los alborotos que en ella reynaban no le permitiéron estar allí mucho tiempo. La muerte de Clemente VII le inspiró que hiciese con los Cardenales Clementinos la misma tentativa que estos habian hecho con los Urbanistas; pero el éxito fue igual, porque se juntáron los Clementinos en Aviñon, y á pesar de las representaciones de la Francia, eligieron á Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Se convidáron recíprocamente estos dos Papas á ceder; pero tambien se amenazáron y se excomulgáron. Los pueblos que obedecian al uno y los que obedecian al otro llegaron á declarar que á ambos los renunciarian si no se concordaban entre sí.

El único medio que parecía propio para concordarse era la cesion del uno y del otro, y en esto estaban conformes; pero no queria Bonifacio renunciar primero que Benedicto, ni Benedicto primero que Bonifacio, rezelando que en renunciando el uno pretenderia el otro retener la tiara, como que quedaba solo con título de Papa. Lo que ganó Benedicto XIII con sus tergiversaciones fue que la Francia renunció á su obediencia sin reconocer al otro, y quedándose neutral. Benedicto, amenazado, se salvó en Aviñon, en donde, viéndose casi abandonado, envió á Bonifacio IX Embaxadores con proposiciones bastante equitativas; pero este murió despues de la primera audiencia, y los Urbanistas sus partidarios, con la misma apresuracion que la de los Clementinos en iguales circunstancias, eligieron en Roma, adonde habia vuelto Bonifacio, un Napolitano, que tomó el nombre de Inocencio VII.

Benedicto XIII, fiel á sus intenciones pacíficas, ó queriendo parecerlo, declaró su intencion de ir á Italia, y abocarse con su concurrente. Inocencio VII, á quien este deseo no le pareció sincero, le negó el salvo conducto; pero murió, y con este motivo suspendió Be-

nedicto dar este paso conciliativo, sin que á nadie pareciese mal. Los Cardenales de Inocencio eligieron con precipitacion un Veneciano, que se llamó Gregorio XII; pero juraron en pleno consistorio, que aquel que saliese electo habia de renunciar el pontificado, en caso que hiciese lo mismo el Anti-Papa, y aun Gregorio confirmó su juramento despues de la eleccion. Empezaron despues á procurar que los dos Papas renunciasen; y hallándolos igualmente distantes de condescender, se juntaron los Cardenales de las dos obediencias en el Concilio de Pisa, celebrado en 1409, y eligieron un Cardenal, natural de Candia, que tomó el nombre de Alexandro V. Este nuevo Papa murió en Bolonia, adonde le habia atraído Baltasar Cossa, caminando á Roma, de donde Gregorio XII se habia visto en precision de salir. Era Baltasar de costumbres mas que sospechosas, y muy poderoso en Bolonia: ganó pues á los Cardenales que acompañaban á Alexandro V, y se hizo elegir. Este es conocido con el nombre de Juan XXIII. Ya tenemos un Papa mas, porque Benedicto y Gregorio, que apenas se habian atrevido á oponerse en la eleccion de Alexandro V, como hecha en pleno Concilio, se

declaráron abiertamente contra la de Juan, diciendo que era simoniaca y violenta. Así para este asunto como para reprimir la herejía de Juan de Hús y de Gerónimo de Praga, se convocó el Concilio á Constanza, en el qual fuéron juzgados los dos heresiarcas, y entregados al Emperador Segismundo, que los hizo quemar vivos, aunque habian logrado un salvoconducto. De las centellas que quedáron en las cenizas de estos dos hombres, nació el incendio, que despues abrasó á la Europa. En este Concilio depusieron á Juan XXIII, por delitos demasiadamente probados: renunció Gregorio XII por Procurador, y le conserváron los honores que merecía su moderacion. Eligiéron á Othon Colona, el qual se llamó Martino V; pero nunca quiso ceder Benedicto XIII. Desde el pequeño castillo de Peníscola, frontera de Aragon, se tomaba la satisfaccion de arrojar todos los días rayos contra toda la christiandad que le habia abandonado. Los dos Cardenales únicos que le habian quedado, precisados por el Rey de Aragon, procedieron á la eleccion de un sucesor, que se llamó Clemente VIII, y no tuvo fin el cisma hasta el año de 1429, con la dimision y renunciacion absoluta de este Pontífice efímero.

A Martino V sucedió Eugenio IV Veneciano. Se debía presumir que por ser sucesor de un Papa, elegido en un Concilio, ocuparía inmóvil su trono; pero sufrió, no obstante, veyvenes, y le faltó poco para caer. Con motivo de que los Husitas pedían un Concilio para volverse al seno de la Iglesia, no pudo ménos de juntarle Eugenio IV, y le convocó á Basilea, aunque preveía que se habian de suscitar cuestiones nada convenientes á la corte romana; y con efecto, las opiniones del heresiarca Juan de Hús, sobre la autoridad espiritual de los Papas, diéron ocasion á dificultades sobre la potestad temporal, y despues de muchas aserciones, argumentos y disputas, salió la reprobacion de muchos derechos impugnados por los Husitas; y aunque el Concilio en sus explicaciones pretendió atraer á estos hereges, no quiso dar su aprobacion el Papa Eugenio IV; pero viendo la insistencia creyó detener el daño, transfiriendo el Concilio á Ferrara. No obedecieron los padres al Pontífice: se estuviéron firmes en Basilea, y le suscitaron en Amadeo, Duque de Saboya, un contrario, que se llamó Felix V.

Entre tanto dexáron muchos Prelados á Basilea, diciendo que se trataba al Papa con

demasiada dureza, y se fuéron sucesivamente á Ferrara. De allí los transfirió el Papa á Florencia, en donde el Concilio se hizo muy respetable; porque se juntáron con él los Griegos; y la esperanza de la reunion que se propuso de las dos Iglesias, dió al Concilio de Florencia un resplandor, que confundió enteramente al de Basilea y su Papa Félix. Aunque este conservó alguna esterioridad del pontificado, lo esencial estaba en Eugenio, como lo reconoció casi toda la Iglesia, y sobre todo Roma, en donde murió.

A pocos meses de Cardenal se vió Pontífice Nicolao V. Este consiguió la renuncia de Félix V, y que le reconociesen los Prelados, que de Basilea se habian transferido á Lausana. Nicolao, para formar una Cruzada contra los Turcos, tuvo proyectos, que sin efecto pretendió realizar su sucesor Calixto III. Esta honra estaba reservada para Pio II, el qual consiguió de muchos Príncipes que diesen dinero y enviasen tropas; y el zelo con que animaba los preparativos hubiera podido lograr conseqüencias ventajosas, si no le hubiera sobrevenido la muerte. Pensaba en ponerse á la cabeza del ejército y embarcarse, no por ardor imprudente y ambicioso, sino porque

esperaba que, sacrificándose de este modo, acudirían todos los Príncipes christianos para oponerse á los Turcos que amenazaban á la Italia. A Pio II se le puede colocar entre aquellos Príncipes, cuya fama no se aumentó con la dignidad; porque antes de adornarle la tiara, era ya conocido entre los sabios con el nombre de Eneas Silvio. En el Concilio de Basilea se mostró contrario á las pretensiones ultramontanas; pero siendo ya Papa las preconizó en sus escritos, y las sostuvo en sus bulas. Estableció en Roma una academia, que su sucesor destruyó como peligrosa por disputarse en ella sobre la inmortalidad del alma, y sobre otras materias abstractas.

Su sucesor, Paulo II, era enemigo de disputas sutiles, porque decia que de ellas naciañ las heregías: estableció el color roxo para el hábito de los Cardenales, y en el manejo de negocios era de gran penetracion y tino justo; por lo que muchas veces le tomáron los Príncipes por árbitro en sus querellas.

Francisco de la Robera, que le sucedió, con el nombre de Sixto IV, era hijo de un pescador; y quando de la celda subió este Franciscano á palacio no pudo extrañar la estimacion, porque quando solo tenia la capilla le



Biblioteca vaticana.

Dirigió el Papa Sixto IV. su principal atención á proporcionar á Roma riquezas sólidas en los monumentos de la sabiduría, adquiriendo por todo el mundo manuscritos raros para la biblioteca del vaticano, dotando bibliotecarios para las lenguas menos conocidas, y asignando rentas para comprar libros. Era sabio, y el sabio no se dexa de dar su preferencia á los objetos que le merecen.

respetaban ya como á sabio. Favoreció Sixto en Florencia á los enemigos de los Médicis. Se le debe mirar como uno de los principales bienhechores de la Biblioteca del Vaticano, porque la enriqueció con los rarísimos manuscritos que buscó por todo el mundo, fundó plazas de Bibliotecarios para las lenguas ménos conocidas, y asignó rentas para comprar libros. Hermoseó á Roma, y todavía conservan su nombre muchos edificios útiles y suntuosos.

No decayéron en tiempo de Inocencio VIII las bellas artes y las ciencias, porque eran muy de su gusto. Fue bastante pacífico; y si alguna tacha se puede poner en la reputacion de un Príncipe tan justo y generoso, es el haberse obligado con Bayaceto, Emperador de los Turcos, á conservar prisionero á Cicin su hermano. Pero esto seria nada respecto de lo que se dice de Don Rodrigo Borja, que en el Pontificado se llamó Alexandro VI, sucesor de Inocencio, si fuese verdad que no pudiendo conservarle en la prision porque le pedia el Rey de Francia con instancias imperiosas, le hizo dar veneno antes de entregarle. Pio III, que le sucedió, reynó veinte y seis dias, y fue reemplazado por Julio II, sobrino de Sixto IV.

Todos viéron con gusto colocado en el

trono á Leon X, que era de la familia de los Médicis. No pasaba de treinta y siete años: era liberal, atento, y de costumbres irreprehensibles como Príncipe. Protegia el mérito y las letras. En su pontificado florecieron tanto las ciencias, que diéron nombre á su siglo con los progresos y adelantamientos de los conocimientos humanos; y así se dixo del siglo de Leon X lo que del siglo de Carlo Magno, y despues del de Luis XIV; pero este mismo Pontífice, en esta parte tan glorioso, tuvo la pena de ver en su tiempo nacer las heregías, que despues han separado de la Santa Sede una parte de la Europa. Tenian los Dominicos á su cargo en Saxonia predicar la indulgencia de la bula; pero la limosna que daban por ella estaba destinada para concluir la grande obra de la Iglesia de San Pedro, que es sin comparacion el templo mas suntuoso de la christiandad. Lutero, envidioso de que no se hubiese dado á los suyos el cargo de predicar las indulgencias, siendo profesor de teología en la Universidad de Witemberg, suscitó disputas públicas sobre la eficacia de las indulgencias pretendiendo hacerlas sospechosas. Era Lutero hombre audaz, de una eloqüencia mas ardiente que culta, que es la que

mejor triunfa del pueblo ignorante. Leon X por algun tiempo desprecio la disputa, porque le parecia de poca importancia; pero sabiendo despues que las opiniones de Lutero en algunos puntos del dogma, y contra la autoridad de la Iglesia, lograban favor no solo con los pueblos sino tambien con los Príncipes, expidió una bula contra el Doctor de Witemberg. Murió este Pontífice en la firme persuasion de que contra los alborotos de Lutero habia tomado las medidas suficientes, y de que el pleyto estaba concluido.

A la verdad faltaba mucho. Sucedió á Leon X Adriano VI, que tenia la estimacion del Emperador Cárlos V, y disponia de su poder; pero aunque se valió de él contra el enemigo de las indulgencias no le intimidó; porque ya Lutero se habia hecho cabeza de un terrible partido, y habia mezclado con destreza entre los objetos de la disputa muchas questões que lisonjeaban la independencia de los Príncipes alemanes, y la inclinacion del clero inferior á sacudir el yugo de los Prelados. De este modo le sostenian los Príncipes, y la mayor parte del clero; y aplaudiendo en secreto las opiniones del heresiarca, le ayudaban á propagarlas en el pueblo. Las bu-

las de Adriano VI, los edictos que obtuvo del Emperador, y la convocacion de las Dietas, me parece que fue lo que mas contribuyó para que se esparciese el luteranismo contra la buena intencion del Pontífice, pues así en lugar de contenerle logró mayor publicidad. Viendo abierta la carrera de la disputa, se apresuraron los atletas á presentarse, y así Zuinglio dogmatizó en la Suiza al mismo tiempo que Lutero en Alemania, aunque discrepaban el uno y el otro en algunos puntos de doctrina. Socino y otros muchos cercenaron, por decirlo así, la fe católica, quitando algunos artículos fundamentales: negando los unos un misterio y los otros otro, como si fuera posible que los conocimientos humanos, que suben hasta la divinidad, pudiesen empezar de otro modo que por algun misterio incomprehensible.

Dexó Adriano VI la nave de la Iglesia á Clemente VII en medio de estas tormentas. No ha habido Papa que se viese entre mayores dificultades. Se halló en el conflicto de los intereses de Carlos V y Francisco I, sin saber frecuentemente con qual de los dos debía acomodarse, y teniendo que pasar de un partido á otro segun las circunstancias. El

Emperador, mas hábil y afortunado que su rival, dió que sentir al Papa; pero conservándole siempre el respeto debido al que es cabeza de la Iglesia. Para que no se creyese que lo que padecía en Roma el Santo Padre dimanaba de sus órdenes, al mismo tiempo que Borbon le tenia preso en Roma con sus tropas, mandaba hacer en España rogativas por su libertad. Ya salió Clemente de esta desgracia, y se presentó mediador entre los dos Monarcas, procurando ponerlos en paz. Henrique VIII, Rey de Inglaterra, le puso en las mas crueles angustias, pretendiendo divorciarse de Catalina, tia de Carlos V. Prescindiendo del ningun derecho de Henrique VIII precisamente se habia de hallar perplexo el Pontífice entre los dos Príncipes, pues tenia que desagradar al Emperador si consentia en la disolucion del matrimonio, y se exponia resistiendo á los escándalos del Rey de Inglaterra, soberbio y altivo. Mezclando dilaciones con manejos impidió Clemente que viviendo él rompiese el Rey de Inglaterra por los últimos excesos.

Murió pues quando acaso tenia que dar, á instancias de Carlos V, el golpe que separó la Inglaterra de la Iglesia católica en los

dias de Paulo III. El cisma y las heregías tomaron tanta fuerza en Alemania que se creyó la autoridad de los Papas poco suficiente para restablecer el orden, y que se necesitaba de un Concilio general. No se apartaba Paulo III de este expediente, y daba á entender que estaba dispuesto á convocarle; pero queria que se celebrase en Italia. Los Protestantes, nombre que se daban los disidentes de la Iglesia católica, creyeron que la intencion del Papa, juntando el Concilio en Italia, era disponer en él como dueño; y pidieron que pues en Alemania estaba el centro de los alborotos, allí se habia de llevar el socorro que apagase el fuego de la division. Despues de muchas dilaciones y expedientes, ya por último fue convocado el Concilio á la ciudad de Trento, que está en los confines de Alemania é Italia. Se hizo la abertura con mucha solemnidad en 1545, y por las enfermedades contagiosas que sobreviniéron en Trento, le trasladó el Papa despues de ocho sesiones á Bolonia. Aquí solo se tuvo una session, y hasta que murió Paulo III todo permaneció sin actividad.

La primera operacion de Julio III, que le sucedió, fue volver á juntar el Concilio en

Trento. En este punto quedáron los Protestantes satisfechos; pero no llevaban bien que pretendiese presidirle por sí mismo ó por sus legados. Ya los inclináron á que expusiesen en Trento sus agravios, lo que seria una especie de conformidad á lo que se decidiese; pero quando se trató de que fuesen en persona á defender sus opiniones, dixeron: Que no eran suficientes los salvoconductos, y por esta dificultad se suspendió el Concilio en la sesion diez y seis, y no volvió á juntarse durante la vida de Julio III. Marcelo II apenas ocupó la silla mas de un mes, porque se le llevó una apoplegía. Miéntras reynó Paulo IV su sucesor no se habló de Concilio; pero procedió la Inquisicion con todo rigor. Era un Pontífice de austeras costumbres, aunque en las ocasiones de importancia magnífico. Fue amante de la justicia, y tuvo valor para deshacerse de sus sobrinos y privarlos de su gracia, porque abusaban de su crédito.

Pio IV renovó el Concilio de Trento ó le continuó, porque estas dos expresiones de continuacion ó de renovacion fuéron muy disputadas; porque continuar daba á los decretos ya hechos una autoridad que los Protestantes no querian reconocer para conformarse.

El Papa abrazó la palabra *continuar*, y esta fue la que pasó. Se apresuró á congregár el Concilio; porque la Francia, en donde todo estaba mas alborotado que en Alemania, amenazaba con un Concilio nacional. Volvió á tomar el de Trento mas esplendor que nunca habia tenido. Se declararon los Obispos de Francia contra las pretensiones ultramontanas: recurrió el Papa á la Reyna Catalina de Médicis, que todo lo podia en la corte de su hijo Carlos, y esta Reyna consiguió que los Prelados franceses condescudiesen con lo que el Papa queria. Se finalizó el Concilio en 1563; Pio V recibió con grande satisfaccion la noticia de haberse concluido; y habiéndole confirmado, dió sus órdenes para las reformationes que en él estaban prescritas.

Este Concilio fixó exâctamente los artículos de la fe católica. Los Protestantes quitan muchos sacramentos y sagrados ritos, que aun atendiendo á solas las luces de la razon, pueden conservarse no solamente sin riesgo sino tambien con solo la autoridad. Empezando por el Bautismo, todas las religiones, aunque sean falsas, siempre tienen un primer acto de iniciacion, acompañado de ceremonias que le hagan respetable, y esta ven-

taja se ve en la de los católicos. La Confirmacion trae á la memoria principios de moral, señalando el celestial origen, que persuade su práctica, y hace temible la infraccion. El culto de las imágenes adorna los templos, y nos presenta los exemplares de la virtud, sobre ser las imágenes los libros de los ignorantes, que siempre componen el mayor número. La práctica de la confesion nos ofrece á los afligidos pecadores buen consejo y un consolador, ademas de la satisfaccion. La Extremauncion llama la esperanza al corazon del moribundo. No hay duda que juntándose al Matrimonio el acto de religion, no puede ménos de imprimir mas respeto á un contrato, del qual depende la felicidad de la vida. El rogar á Dios por los difuntos, es un homenaje muy útil para que se crea la inmortalidad del alma. Por último, la idea de la presencia real de Jesuchristo en el Sacramento es la que da substancia á las magníficas ceremonias de la Iglesia católica, y las hace tan penetrantes para mover el corazon, como son graves y augustas. Si en estas santas prácticas se habían introducido algunos abusos, pedirian reforma pero no destruccion.

El celibato de los clérigos y su consagracion los hace en el estado un cuerpo dis-

tinguido. Dispuso este Concilio que las órdenes religiosas se sujetasen á una de las quatro reglas de San Agustin, de San Benito, de San Bernardo ó de San Francisco. Hasta el siglo xii estaban confiadas las funciones eclesiásticas, la instruccion de los pueblos, y la celebracion de los misterios exclusivamente á los clérigos que gobernaban las parroquias de los lugares, ó á los que vivian juntos en colegios de Canónigos reglares ó seculares al cuidado de los Obispos. Aunque los monges pululaban entónces en Europa, estaban destinados á la vida ascética y laboriosa, cumpliendo con ambos empleos, edificando á los pueblos con su vida arreglada, y dándoles exemplo del trabajo con el cultivo de las tierras. Entró despues el gusto de las letras en los grandes monasterios, y la alta nobleza y aun los Príncipes buscaban en ellos la instruccion. En Francia muchas aldeas, lugares y aun ciudades deben su origen á la concurrencia que al rededor de las abadías ocasionaba la celebridad de las fiestas.

No deben confundirse los monges con aquellos religiosos que tuviéron principio en el siglo xii; porque estos, no limitándose solo á la vida contemplativa y al trabajo de ma-

nos, entraron en el ministerio sagrado, y fueron como tropas auxiliares del clero en la predicacion y administracion de los Sacramentos. La regularidad, sobriedad y desinterés de los discípulos de San Francisco merecieron la veneracion de los pueblos: el talento de los Dominicos para las cátedras les adquirió mucha estimacion, y salieron de los dos órdenes Doctores célebres, y muchos fueron admitidos en el Sacro Colegio, y condecorados con la tiara. Al concluirse el Concilio de Trento, se hallaron en él siete Generales de orden, cada uno con muchos religiosos, que se distinguieron por su sabiduría y eloquencia.

Aunque posteriormente los Jesuitas han sido extinguidos lograban en aquel tiempo grande estimacion, y eran muchas las causas que contribuian á su incremento. La instruccion de la juventud les proporcionaba sugetos útiles, porque conociéndolos desde la infancia, escogian á los que estaban dotados de entendimiento, apto para las ciencias, ó de otros talentos particulares y propios para acreditar su orden. Las bellas letras, en las cuales se distinguieron, les grangearon la estimacion general. Con sus misiones se hicieron conocidos en todo el universo. Llegaron á ser un coloso, y todo co-

loso amenaza ruina ; porque en llegando las cosas humanas á su mayor altura estan cerca de su decadencia.

Pio V , sucesor de Pio IV , creó por su autoridad Gran Duque de Toscana á Cosme de Médicis , no obstante las protestas del Emperador ; animó á los Príncipes católicos , y formó una liga contra los Turcos , cuyas fuerzas quebrantó , y tuvo el placer de saber que habian sido vencidos en la famosa batalla de Lepanto. Este Santo Pontífice , ademas de su arreglada y santa vida , mereció la estimacion general , porque no conoció la avaricia ni el sórdido interes , ni pensó jamas en enriquecer su familia.

Su sucesor Gregorio XIII procuró animar de nuevo la guerra contra los Turcos ; se mostró muy zeloso enemigo de esta nacion ; favoreció la guerra contra los Protestantes en los países baxos , en lo qual obraba como hombre público , obligado por su empleo á estas demostraciones ; pero como hombre particular era benigno , humano y amigo de la paz.

La historia de Sixto V nos enseña quanto puede prometerse un hombre de mérito quando se juntan muchos á elegir. Era hijo de un pobre , y tan pobre que su padre por

no poder criarle se vió en la necesidad de ponerle á servir con un hombre de su pueblo para que le guardase los carneros. Andaba errante por los campos con su rebaño: pasó por allí un religioso de San Francisco, y le preguntó por el camino de una villa vecina. El muchacho, no solamente se le señaló, sino que se empeñó en acompañarle y seguirle á pesar de las reflexiones que le hizo el religioso. En el camino se admiró este tanto de la viveza de sus respuestas, que se le presentó al Guardian del convento como un sugeto digno de conservarse. Allí se crió sirviendo, y le diéron el hábito de hermano converso; pero no contento con los ejercicios de su estado se introduxo en las áulas, y manifestó tanta inclinacion al estudio que le aplicáron á las ciencias.

Ya llegó á ser profesor, doctor, predicador: pasó sucesivamente por todas las dignidades de su órden, y no sin contradicciones; pero sus talentos le merecieron amigos poderosos fuera del claustro. Paulo IV, hombre austero, que gustaba de la severidad, le hizo Inquisidor General en Venecia. Desempeñó este empleo, pero con tal dureza, que el Senado le quiso reprimir, y se vió preci-

sado á la fuga. Pio V, que tambien le habia protegido quando era Cardenal, llegó á ser Papa, y le hizo General de su órden, Obispo y Cardenal, dándole una grande pension para mantener su dignidad.

Tomó el nombre de Cardenal de Montalto, que era el de un castillo de la Marca de Ancona, cerca del lugarcito de *Las grutas*, en donde habia nacido. Ya revestido de la púrpura se ocultó en la obscuridad y se sepultó en el retiro; y parecia tan decaido y tan enfermo, que daba lástima á los que le veian.

En el cónclave que se celebró por la muerte de Gregorio XIII, no quiso hacer partido con ninguno; y á los que daban algunos pasos por él les decia „Yo aceptaré, pero con la condicion de que vosotros gobernéis por mí.” Mientras se hacia el escrutinio tosía y lloraba en su rincon como si le hubiese sucedido alguna desgracia; pero al mismo tiempo estaba contando los votos; y viéndose con mas de la mitad á su favor, salió de su silla, arrojó el baston, y se presentó muy fuerte como que no tenia mas que sesenta y quatro años. Se admiráron los Cardenales, exclamó el decano, que habia error en el escrutinio: „Eso no, dixo en mas alto tono de voz

el electo, el escrutinio es bueno." Entonó el *Te Deum* haciendo resonar la bóveda, y tomó el nombre de Sixto V.

Quando ya el Papa iba á la Iglesia de San Pedro á ocupar la Santa Sede, el pueblo, no ménos admirado que los Cardenales de no ver en él aquel Montalto decrepito y enfermo, gritaba, segun costumbre: „Santo Padre, abundancia y justicia," y él respondió: „La abundancia pedídsela á Dios, la justicia yo os la daré:" y cumplió su palabra, porque ningun Papa, como él, se portó con la severidad que Roma necesitaba. En el estado eclesiástico habia grande relaxacion, y Sixto V publico ríguosas leyes, que hizo observar exâctamente. En lugar de dar libertad en su coronacion á los delinqüentes que estaban en la cárcel, segun costumbre de sus predecesores, hizo quitar la vida á quatro de los mas culpados, y solo esto consternó á los malhechores. Las cercanías de Roma estaban infestadas de bandidos: les prometió Sixto V el perdon, si iban á rendirse en el espacio de tres meses; pero pasados estos no tenian que esperarle. Prometió tambien quinientos escudos á todo aquel que entregase á alguno de sus cómplices, y al mismo tiempo prohibió á toda suerte de

personas, sin excepcion, que tuviesen la menor correspondencia con ellos, que pudiesen venderles ó darles víveres, ó el simple cubierto, so pena de galeras ó de la horca. En ménos de seis meses quedáron presos todos los ladrones que no habian desaparecido.

Es preciso alabar en Sixto V lo bien que desempeñó el soberano poder, porque reprimió la mendiguez de los holgazanes, quitó los privilegios nocivos al buen órden, hermoseó la ciudad, fabricó fuentes, levantó obeliscos, construyó iglesias, puentes, palacios y hospitales: enriqueció suntuosamente la famosa Biblioteca del Vaticano. Tuvo tropas bien disciplinadas, fortificó las plazas fronterizas, sabia el secreto de todos los Gabinetes por medio de espías; y no se dexó gobernar por los que querian que criase á sus sobrinos en estado mas alto que el que merecian.

En dos años ocupáron la silla de San Pedro quatro Pontífices: Urbano VII, que no llegó á coronarse, Gregorio XIV, que reynó diez meses; pero en favor de la liga de Francia gastó casi todo el tesoro de Sixto V. Inocencio IV ocupó la silla pocos meses: Clemente VIII, que tambien se declaró por la liga, fue el que dió la absolucion á Henrique IV, y

pronunció la disolucion de su matrimonio con Margarita de Valois. Clemente VIII vió empezar las disputas sobre la gracia y libre albedrío, y se mostró poco favorable á los Jesuitas, porque sostenian la doctrina de Molina. Siempre estas disputas, acerca de la gracia y libre albedrío, deben traer perjuicio en pasando de los términos con que San Pablo enseñó el dogma de la divina gracia; porque siendo esta, como es, un misterio, lleva consigo el ser incomprehensible; y es una especie de soberbia salir de los límites que señalaron nuestros mayores. Muerto Leon XI, que sucedió á Clemente, y vivió veinte dias, eligieron por todos los votos al Cardenal Borgese, que tomó el nombre de Paulo V. El pontificado de este es famoso por las diferencias que hubo entre él y la República de Venecia quando la excomulgó; pero mediando Henrique IV levantó el Papa las censuras. Volviéron á empezar las disputas teológicas sobre el punto de la gracia reynando Paulo V; pero este impuso silencio hasta su decision, y esta no se vió jamas. En tiempo de este Pontífice y en el de Gregorio XV su sucesor, gozaron sus vasallos la felicidad de vivir tranquilos.

Urbano VIII, sucesor de Gregorio, añá-

dió á su mucha ciencia el gusto de la literatura agradable. Pasaba por uno de los mejores poetas italianos y latinos de su tiempo; pero siempre se exercitó su musa en asuntos de piedad. El reynado de Inocencio X se pasó entre los cuidados domésticos ó de su propia familia.

El Cardenal de Rens, dice de Alexandro VII, que ántes de ser Pontífice ya habia manifestado mucha austeridad, y la conservó por mucho tiempo durante su pontificado. Clemente IX, aunque era muy capaz de gobernar por sí mismo, se entregó al Cardenal Ceigi, que habia sido su grande amigo. No tuvo la tiara mas que dos años: era piadoso y limosnero.

Le reemplazó Clemente X que reynó seis años; y este, aunque le gobernaba tambien otro Cardenal de su confianza, no siempre sufría su dependencia, y se lo dió á entender, aunque un poco tarde, á su ministro. Instándole este en su última enfermedad á que hiciese una cosa que no era de su gusto, le respondió: „Bien pudiérais contentaros con haber sido Papa seis años, ahora dexadme que yo lo sea por seis horas.” Inocencio XI su sucesor, era modesto, retirado, económico en

extremo: la mediocridad de su tren hizo desaparecer de su corte el esplendor, y retiró los señores Romanos del lucimiento. En su tiempo se vió la heregía de Molinos, que consiste en un género de espiritualidad el mas peligroso, porque de su modo de pensar se pueden sacar las conseqüencias que llevan el corazon al mayor desenfreno y libertinage; porque cautivar su espíritu mirando á la divinidad, de modo que absorto en sus reflexiones abstractas no cuide de reprimir los movimientos que sobrevienen en la carne, es declarar que este falso devoto queda inocente en las sensualidades, y así se anima á permitir las. En las obras de Molinos no se explican claramente estas licenciosidades, ni estas conseqüencias, pero se siguen necesariamente de sus principios. Por la confusion de su doctrina hubo su dificultad en condenarle; pero si su sistema halló algunos defensores, y muchos los excusan por la buena intencion; lo cierto es que esta heregía debió sus progresos á la inclinacion que tiene el un sexô al otro, de modo que siempre halla amigos en las pasiones del corazon que se pretende conquistar.

Alexandro VIII no reynó mas que dos años: Inocencio XII se declaró contra el ne-

potismo, y expidió una Bula, señalando una moderada cantidad que pudiesen los Papas mas indiferentes conceder á sus sobrinos. La heregía de Molinos le dió tambien mucho que hacer, porque se presentó con el escudo de un respetable Prelado de la Francia. La docilidad de Fenelon, y su sumision á la Bula, que condenó su libro *de las máximas de los Santos*, hizo desaparecer un sistema de falsa devocion, que pudiera engañar á las almas tiernas y piadosas.

Por tres dias estuvo rehusando la tiara Clemente XI, y solamente cedió por las fuertes instancias del Sacro Colegio. Su pontificado es famoso por la condenacion de las ceremonias chinescas, y por la del Padre Quesnel. Nunca debieran haberse disputado en las escuelas aquellas questões abstractas que las han dividido en pareceres, estorbando los adelantamientos de la teología en puntos mas importantes. Estas questões son: De qué modo, y hasta qué punto es eficaz la gracia. Si es eficaz por sí misma ó por las circunstancias. Si Dios predestina en virtud del mérito previsto. Cómo el hombre, supuesta la eficacia de la gracia, obra con libertad. Lo cierto es, que el dictámen de su conciencia le





Extincion de los Jesuitas.

El orden religioso llamado Compañia de Jesus, que en su principio correspondió admirablemente á las santas miras del glorioso S. Ignacio de Loyola, su fundador, se distraxo luego tanto y degeneró en terminos que fué extinguido por el santo zelo de Clemente XIV. en 1773. Ni de buen instituto prospera con la exácta observancia de sus reglas, pero si las desata, resulta inevitable su ruina.

dice al hombre que obra libremente, y así no puede ménos de conocerlo; y por otra parte, supuesto que su operacion sea sobrenatural, no puede ménos de venir del principio sobrenatural, que es la gracia, así llamada, porque nos viene de la misericordia de Dios. Jamas se acabarán las disputas que tienen por objeto un misterio superior á nuestra capacidad.

No obstante, estas quëstiones interminables ocupáron las mejores cabezas de la Europa en el reynado de Clemente XI, y en el de sus sucesores Inocencio XIII, Benedicto XIII, Clemente XII, y Benedicto XIV, el qual trabajó quanto pudo con algunos Príncipes tan bien intencionados como él; pero inútilmente, porque siempre prevaleció la obstinacion contra las medidas de la prudencia de este Pontífice.

Clemente XIII sostuvo la Compañía de Jesus quando la perseguian de todas partes del mundo; pero Clemente XIV la extinguió con su Bula de 21 de Enero de 1773. Este Pontífice pasó de la celda de un pobre religioso Franciscano al palacio de los Sumos Pontífices, y conservó en el trono el espíritu que le distinguia en el claustro, porque era poco amigo de la comunicacion, y de un genio atra-

biliario; pero los que lograban tratarle sentian mucho que un sugeto de su talento no muy delicado se entregase mas á la sociedad.

Pio VI, que subió á la Santa Sede en un tiempo muy delicado, empleó todo su reinado en defender el precioso patrimonio de la Iglesia, y no por el medio de las excomuniones ni anatemas, sino por el de negociaciones pacíficas, condescendencias bien manejadas, y dulces insinuaciones, que algunas veces lograron su efecto; pero se vio expuesto á las desgracias de la guerra que asoló la Italia; y en su tiempo abjuró Roma á la potestad papal, y se hizo República *.

* Se vió privado Pio VI de sus dominios temporales, y precisado á salir de Roma el 20 de Febrero de 1798. Fue llevado á Sena, de allí á Florencia, luego á Parma, pasándole despues por Plasencia y Turin sin detenerse hasta Brianzon, desde donde trasladado á Valencia del Droma el 14 de Julio de 1799, enfermó gravemente á pocos dias, y falleció el 29 de Agosto á los ochenta y ocho años y ocho meses de edad, veinte y quatro años y mas de seis meses de pontificado, llorado y admirado como dechado de virtud, aun por aquellos mismos que no reconocian su autoridad. Los Reyes de España Don Cárlos IV y Doña María Luisa de Borbon, su esposa, ningun medio practicable habian omitido para conservar á Pio VI en tranquila posesion de la Santa Sede, y para que en el tiempo de sus peregrinaciones y trabajos tuviese en todas partes á su la-

SABOYA.

La Saboya es una tierra erizada de montañas, poco fecunda en granos, pero de pas-

do Ministros suyos, que le facilitasen quantos auxilios pudiesen aliviar sus dolencias y aflicciones; siendo estos Monarcas los únicos que, sin contentarse con una compasion estéril, cuidáron de darle consuelos efectivos.

A pesar de las críticas circunstancias en que ocurrió esta desgracia, pudieron juntarse los Cardenales en Venecia; y en 14 de Marzo de 1800 eligieron Sumo Pontífice al Cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti, que tomó el nombre de Pio VII; y mejorando sucesivamente de aspecto las ocurrencias políticas de Europa, pudo pasar á Roma, recobrar el dominio temporal, aunque con ménos extension de territorio, y ocupar tranquilamente su silla. Uno de sus primeros cuidados y satisfacciones ha sido el restablecimiento de la religion católica en Francia por medio de un concordato ajustado en Paris á 15 de Julio, confirmado y ratificado por el Papa en 15 de Agosto de 1801, por medio de una Bula en que brillan la piedad, el carácter pacificador y otras sublimes prendas, que cada dia reconoce y admira mas y mas la Iglesia en el actual Pontífice.

Ya que el autor nada pudo decir de tan importantes sucesos, posteriores al tiempo en que acabó su compendio de la historia pontifical, ha parecido que publicándose su traduccion en el centro del catolicismo, debia darse á lo ménos esta noticia de ellos, aunque sujeta á la concision de una nota.

tos excelentes. Algunas cumbres de sus montes conservan perpetuamente la nieve y el hielo. La caza es excelente, y el pescado de agua dulce abundante. En Saboya varía tanto la naturaleza, que alivia el cansancio del pasajero con la uniformidad de las grandes llanuras del Piamonte; pero la fertilidad de este último país compensa con ventaja el placer que se siente al ver las extrañas y pintorescas bellezas del otro. De todo se encuentra en los estados del Duque de Saboya, bosques, lagos, fuentes, cascadas, ríos, arroyos, grutas, rocas cortadas á pico, y cuevas suaves y cubiertas de yerba. La parte mas agradable es el Condado de Niza sobre el Mediterráneo: allí no se sienten los rigores del invierno: se goza un ayre puro, un cielo sereno, y una primavera quasi continua. El Saboyano es laborioso, gusta de su país, y solamente le dexa para poner en contribucion con su trabajo los países vecinos; pero se vuelve al suyo con una alegría siempre nueva. Es famoso por el afecto á sus Príncipes. Mantiene el Piamonte una cantidad considerable de bueyes, y hacen sus habitantes grande comercio de seda, por ser la mejor de la Italia.

La Cerdeña da al Duque de Saboya el

título de Rey. En tiempo de los Romanos pasaba el ayre de esta isla por mal sano, y así desterraban á ella los que querian que no viesen mucho. No obstante, bien sea por el cultivo ó por otras físicas razones, ahora no se advierte aquella insalubridad. Los habitantes son mezcla, ó por mejor decir, residuos de las naciones que habitáron esta isla: Cartagineses, Romanos, Vándalos, Moros, y posteriormente Pisanos y Genoveses. Se advertirá que los Reyes de Cerdeña, cuyos estados eran los ménos extendidos de quantos poseen los Príncipes coronados, tenian tres capitales: Caller en Cerdeña, Chamberí en Saboya, y Turin en el Piamonte: bien que esta ha sido la residencia ordinaria.

Los principales habitantes de la Saboya éran conocidos en tiempo de los Romanos por el nombre de Alóbroges, y ocupaban la parte de los Alpes, que llamaban los mismos Romanos el Alcázar de Italia, por ser la mejor muralla que tenian contra los pueblos occidentales, y sobre todo contra las invasiones de los Gaulas. Como el mar con su fluxu y refluxu dexa charcos de agua en las concavidades, y las abandona despues de llenarlas: á este modo, el fluxu y refluxu de las naciones,

que atravesaban la enorme cadena de rocas, que desde la costa de Génova llega hasta el golfo de Venecia, debió dexar en los valles algunas poblaciones, que se quedáron allí pasada la tempestad que arruinó el Imperio romano.

Casi nada se sabe de lo que pasó entre aquellas rocas hasta la mitad del siglo VIII; pero en los años 750 vemos un Conde de Mauriana, que extendió su dominacion sobre los pequeños estados que la rodean. No habla la historia en trescientos años poco mas ó ménos, hasta que nos muestra en el siglo X un Amadeo, Conde de Saboya, pariente del Emperador Othon III, y se cree que este Saxon es el tronco de la familia que ha gobernado el cetro de los Alpes. Pasaba este Amadeo en su tiempo por el soberano mas benigno, generoso y digno de ser cabeza de una estirpe regia, que entre quantas han ceñido corona se distinguió por las virtudes benéficas sin despreciar las militares. Por entónces tenían el título de Condes de Mauriana, despues el de Condes de Saboya, y por último el de Duques.

Se cuentan hazañas fabulosas de Berondo, hijo de Amadeo; pero empiezan los anales á tomar cierto ayre de verisimilitud en tiempo

de Humberto I su hijo, y gran guerrero, que murió por los años de 1048. Le dió su padre el exemplo de las fundaciones piadosas, y le transmitió á sus descendientes con mucho respeto á los dogmas y prácticas de la religion: hasta entónces no tenían otro título que el de Condes. Amadeo, primer hijo de Humberto, famoso por su valor y magnificencia, murió sin hijos, y dexó á su hermano Othon el Condado: este añadió al primer título el de Marques de Italia. Mas afortunado con el casamiento que sus antecesores con las armas, llevó en dote de Adelayda, heredera de Susa, el Ducado de Turin, el valle de Oste, y muchas tierras y castillos en la costa de Génova.

Amadeo II su hijo gozó pacíficamente con su madre de los bellos dominios que añadió esta á la Saboya. Murió él antes que esta Señora: su nieto, Humberto II, muerta su abuela, tuvo que defender sus derechos contra sus cuñados, que pretendian entrar á la parte de la sucesion; pero esta, á excepcion de algunas asignaciones, se adjudicó enteramente á Humberto en virtud de la ley sálica, que era la que regia en Saboya; aunque con la excepcion de que á falta de varones podian su-

ceder las hembras. Dexó Humberto un hijo en menor edad llamado Amadeo III baxo la tutela de su madre, y esta volvió á casar con el Marques de Monferrato. Quando llegó á la edad competente se alistó en la Cruzada con su padrastro, y el Príncipe jóven contraxo con las fatigas de la expedicion una enfermedad, de que murió á la vuelta. Dexó este un hijo llamado Humberto III, que permaneciendo siempre en sus dominios haciendo felices sus pueblos, administrando justicia, no tomando las armas sino forzado, dexándolas quando podia reducir á sus enemigos á condiciones equitativas, y cumpliendo exemplarmente con las obligaciones de la religion, mereció el título de Santo. Mas gustoso llevaba el hábito de monge del Cister que las insignias de su soberanía, bien que entónces no parecia extraordinaria esta devocion. Se le cuentan sucesivamente quatro mugeres, pero solo la última le dió sucesion.

Tomas, que quedó en menor edad, estuvo baxo de la tutela de Bonifacio, Marques de Monferrato pariente suyo. Este Tomas vió empezar las guerras de la Saboya con el Delphinado. Aunque era buen guerrero, no aumentaron tanto sus estados las armas como la do-

cilidad de su genio y su destreza en hacerse amigos en las cortes de los Emperadores, y así le concedieron mucho en el Piamonte, y por el lado de Génova y la Provenza. Se aprovechó su hijo mayor Amadeo IV de los talentos lucrativos de su padre, y logró grande preponderancia en Italia. La sostuvo con su mucho valor su hijo Bonifacio; pero delante de los muros de Turin, que se habia sublevado, le abandonó la fortuna; y en una salida que hizo la guarnicion le prendieron. Desesperado de verse cautivo de sus vasallos, obstinados en no darle libertad, murió de pena. Le sucedió Pedro, tio suyo, hijo de Tomas I; y la venganza que tomó de la muerte de su antecesor, se reduxo á sujetar á Turin, sin dar severos castigos á los habitantes. Pretendia Pedro derechos de propiedad á Ginebra; mas se contentó con el homenaje de Conde de esta ciudad. A este Príncipe le llaman los historiadores, sabio, prudente, discreto, circunspecto: habia vivido en su juventud retirado, y dado al estudio: no le estorbó el gusto de las letras para mostrar en el trono las virtudes de mayor resplandor.

Habia empezado su hermano Felipe por una vida tambien retirada, ocupada en las

obligaciones de eclesiástico, cuya profesión habia abrazado; pero quando se vió en el caso de suceder á su hermano, se casó. Fue un buen Principe; y aunque sus vecinos creian lograr mucho por su poca experiencia, no los dexó entrar un paso en sus posesiones, é hizo felices á sus pueblos. Pedro no tuvo hijos, y llamó para el trono, despues de sus dias, á su sobrino Amadeo V, llamado el Grande, por su valor y sus victorias; y á la verdad lo fue, así en el mando de los exércitos como en el timon del gobierno. Aseguró el poder de su casa: adelantó las fronteras de sus estados, y fue el mediador y el árbitro de sus vecinos. Respetado en la cristiandad fue temido de los infieles por sus victorias contra los Moros y los Sarracenos. A Evardo su hijo le llamáron el Liberal; y las guerras que sostuvo con valor, mas no con la prudencia y fortuna de su padre, cambiáron la próspera situacion de la Saboya, y así la dexo ménos fuerte y ménos floreciente á su hijo Aymon. El sobrenombre de Pacífico que este mereció indica su virtud dominante, aunque no por ella huyó de la guerra quando la exígia el interes de sus estados. El Soberano del Delphinado, émulo perpetuo del de Saboya, ex-

perimentó la fuerza de sus armas. A Aymon le censuran de haber sido muy dado á las mugeres, y esta es la vez primera que la historia reprehende algun defecto en los Condes de Saboya; no porque no los tuviesen quando no hay hombre que esté exênto de alguno, sino porque sin duda no se ha conservado la memoria de ellos en unos Príncipes que los disimuláron con sus muchas prendas estimables.

Su hijo Amadeo VI fue llamado el Conde Verde, porque le merecia la preferencia este color por haber llevado la palma en un famoso torneo con vestido verde. Tuvo el sentimiento de ver pasar el Delfinado á manos del Rey de Francia, teniendo así un vecino mas peligroso que los Delfines. En vano intento que dispusiese en su favor el Delfin Humberto, quando viéndose este sin hijos andaba buscando, por decirlo así, dueño para sus estados; pero entre las casas del Delfinado y la Saboya hubo siempre una rivalidad que fue la causa de que Amadeo no fuese el preferido; siendo esta la única empresa que no le salió bien; aunque ninguno de sus antecesores habia adquirido tanta gloria. Los historiadores le llaman protector de la Santa Sede, defensor de la Iglesia, el apoyo mas inexpug-

nable de la potestad imperial, el amigo y vengador de los Príncipes desgraciados, el consejero y mediador de los Soberanos y Monarcas: títulos mucho mas gloriosos, porque nada costaron á sus pueblos, pues aunque siempre estuvo en guerra, sus estados siempre vivieron en paz. Adelantó considerablemente sus fronteras por el lado del Valés y el del Piamonte. Para colmo de su gloria socorrió á los Emperadores de Constantinopla, como había sostenido á los de Alemania, y sus poderosas armas levantaron de nuevo los tronos abatidos así en Asia como en Europa.

No es poco mérito en un hijo haber adquirido reputacion despues de un padre tan grande. Buscáron á Amadeo VII los Príncipes vecinos y los distantes. Fue belicoso sin servir de carga á sus estados; y la dulzura y moderacion de su gobierno le grangeáron el valle de Barceloneta, Niza y Ventimilla, que se le entregáron voluntariamente. Le llamaban el Conde Roxo por el color de su cabello. Dexó un hijo de ocho años, y la Regencia excitó diferencias grandes entre Bono de Berri, abuelo de Amadeo VIII, y Bona de Borbon su madre; pero venció esta, y gobernó con mucha utilidad de su pueblo. Este Prín-

cipe aumentó sus estados con el Condado de Ginebra, y muchas tierras en la Bresa y el Bugey; y tuvo parte en todos los asuntos grandes de su tiempo. Se nota que en medio de las ocupaciones del gobierno, para el qual era muy capaz, valiente guerrero, hábil negociador, profundo político, Príncipe justo y vigilante, se estaba preparando un retiro, no solo para descansar de los cuidados de la soberanía, sino tambien para olvidarlos, y substraerse del esplendor y trabajo de su misma grandeza. El lugar de su retiro, adonde no habian de llegar obras penosas, fausto ni sujecion, es el valle delicioso de Ripalla, que está cerca de Tonon, capital del Chavelés. Concibió Amadeo el proyecto extraño de gobernar sus estados dexando la soberanía; pero reservándose la superintendencia. La muerte de su muger le proporcionó la execucion de su plan, á pesar de la juventud de su hijo, que él no creyó servirle de estorbo, pues debia conservar la vigilancia sobre todo. Tomando bien sus medidas, instituyó Amadeo un orden de caballería, baxo la invocacion de San Mauricio, patron de la Saboya: la compuso de seis Caballeros que habian envejecido en el mando de los exércitos y en el manejo de los nego-

cios: y de estos se hizo cabeza con el nombre de Decano. Cada uno de ellos debia tener su habitacion separada cerca del convento de los ermitaños de San Agustin, fundacion suya; su hábito era una ropa larga de paño pardo con una capilla de lo mismo, y llevaban barba y cabello largo, con un baston nudoso, un bordon y una cruz de oro al cuello. En cada semana habia de haber sus dias consagrados á la soledad, y otros á los negocios de estado. El Decano y los seis Caballeros, aunque sin voto, estaban reducidos á la mas exácta continencia. Quando ya todo estaba pronto, convocó Amadeo á Ripalla una junta de Prelados, y principales señores de sus dominios, y pronunciado un discurso lleno de sabias instrucciones, creó Caballero á su hijo: le declaró Príncipe del Piamonte, y puso en sus manos la Superintendencia general del gobierno.

Este hombre, tan desprendido de las grandezas y tan enemigo de estorbos, aceptó no obstante el Pontificado con el nombre de Felix, en un tiempo en que no podia ménos de ser grande carga á causa del cisma que despedazaba la Iglesia, y no le abandonó sino con condiciones que denotaban que todavía no

dexaba del todo el esplendor y el poder. No se ve que renunciase absolutamente á la soberanía de sus estados, ni al título de Duque de Saboya; lo que solamente parece es que se mezcló poco en el gobierno. La data del reynado de Luis su hijo empieza desde que murió su padre, el qual ántes habia hecho algunos viages á Ripalla, cuyo humilde retiro dexó por el lustre del pontificado. Algunos autores malignos suponen que el Decano y sus Caballeros no se ocupaban en obras de piedad, y por esta opinion se dice todavía en frances: hacer Ripalla, para decir, regalarse. A Amadeo VIII le llamáron el Salomon de su siglo; pero si se le confirma esta denominacion, será preciso convenir en que los mas sabios tienen sus momentos de locura.

Luis su hijo experimentó incomodidades domésticas, y su condescendencia con un favorito le suscitó malcontentos, entre los que se puso á ser cabeza de partido uno de sus hijos; pero el padre se desembarazó con el auxilio y artificios de Luis XI Rey de Francia. Este Monarca se habia casado con una hija de Luis de Saboya: el frances, solicitado por su suegro, llamó al cuñado á su corte, y le hizo encerrar en el castillo de Loche.

Su descontento provenia del ascendiente que dexó tomar á Ana de Chipre su segunda esposa, que le habia traído en dote un reyno: era la Princesa mas hermosa de su tiempo, y muger de mucho espíritu.

A Amadeo IX, su hijo y sucesor, le llamáron el Bienaventurado, título que entenderian de la otra vida y no de esta; porque ¿cómo podian llamar Bienaventurado en este mundo á un Príncipe que padecia ataques tan crueles de epilepsia, que le tuviéron por incapaz de gobernar? Se disputó la Regencia entre sus tres hermanos y su esposa Yolanda de Francia, hermana de Luis IX, con cuya proteccion la logró esta. Tenia Amadeo IX todas las virtudes que hacen amable á un particular, benignidad, afabilidad, y grande caridad sobre todo. No solamente fundó hospitales: tambien en un tiempo de carestía vendió hasta el collar de su órden. „Advierto, le dixo un dia el Duque de Milan, que no teneis perros de caza;” y respondió Amadeo: „Ya los verás:” y le llevó á cierto parage de su palacio, todo ocupado de los pobres ancianos que mantenia. Era uno de los hombres mas hermosos de sus estados, y así Yolanda le quiso mucho, y tuvo de él nueve hijos.



Caridad de Amadeo IX.

Viendo el Duque de Milán á Amadeo IX, le dixo: Advierto que no tenéis perros de caza, á lo que Amadeo respondió: Ya los vereis y llovió á una estancia de su palacio ocupada toda con los pobres y ancianos que mantenía. ¿Quién dudara la tierna comunión del duque de Milán con este espectáculo? ¿Cuántos miserables serian felices si aprovechase en ellos el poderío lo que disipa en vicios y placeres?



Quando murió debiera haber conservado Yolanda la Regencia; porque Giliberto I, que era el primogénito, no pasaba de siete años; pero se habian mudado los intereses: desconfiaba el Monarca frances del afecto que suponía en su hermana hácia el partido del Duque de Borgoña su enemigo, y así no la protegió mas que lo preciso para que sus cuñados no la suplantasen, y de modo que quedase en su dependencia. Algunas veces fue esta proteccion de tan poco valor, que vió la Regente á sus cuñados quitarla su hijo, y aun hacerla prisionera. La puso en libertad Luis XI quando le importaba que saliese del cautiverio, y volvió á ponerla en posesion de su autoridad con condiciones que la dexaban dependiente de su voluntad. Murió Yolanda, y entónces el Monarca frances se apoderó abiertamente de la Regencia que tanto codiciaba. Durante estas intrigas, toda la ocupacion del jóven Giliberto eran las diversiones y torneos, que le diéron el sobrenombre de *Cazador*. Los ejercicios violentos á que se entregaba, con los excesos de su poca edad, le abreviáron los dias de la vida, y murió sin hijos á los diez y siete años.

Aunque su hermano Cárlos I no pasaba

de los catorce años, gobernó con tanta habilidad las riendas del Estado, que no se conocía que las manejaba un muchacho. En la edad mas falta de experiencia la mostraba consumada, grande afabilidad, y fortaleza sin altivez, propia para desengañar á los Príncipes vecinos, que ya contaban con aprovecharse de su juventud. Gustaba mucho de la lectura, y de la conversacion con sabios: la lengua griega y la latina le eran familiares: era su corte escuela de buenas costumbres y de virtudes. Bastaria para hacer su elogio decir que allí se formó Abaylardo, llamado *el Caballero sin tacha y sin miedo*. El temperamento débil aceleró su temprana muerte, y le robó á las esperanzas de sus vasallos á los veinte y un años de edad. Dexó un hijo de nueve meses, y disputáron á su madre Blanca de Ponserrato la Regencia; pero la obtuvo, y mostró que la merecia, sin embargo de su corta edad; pero por un accidente perdió á los ocho años á su hijo, el qual se llamaba Cárlos Juan Amadeo.

Felipe II, Conde de Bresa, que era su tío, le sucedió. Fue hijo este del Duque Luis, y el mismo á quien Luis XI encerró en el castillo de Loches por haberse sublevado contra su padre. En esta prision se le fue apagan-

do su carácter violento y fogoso. Amadeo, el Bienaventurado, hermano suyo, le habia procurado su libertad, y siempre alabó la fidelidad que observó con él; pero nunca perdía ocasion Felipe de vengarse de Luis XI. Se juntó con los malcontentos de Francia, y tomó las armas contra el Rey; pero despues fue General de este Monarca, el qual empleaba la habilidad en qualquiera que la hallaba. El Conde de Bresa apeteció la Regencia en la infancia de sus dos sobrinos Felipe I y Cárlos II; pero jamas pensó en invadir el trono, y quando la muerte del último le permitió sentarse en él. Ya llevaba la reputacion, que justamente merecia, de valor y capacidad en la guerra. Tambien campeó la generosidad de su carácter en el modo de tratar á los Grandes que le habian sido contrarios; porque no solamente les perdonó, sino que experimentáron indistintamente sus favores siempre que los merecieron. No pudo manifestar por mucho tiempo estas prendas estimables, porque le arrebató la muerte al segundo año de su reynado. Giliberto II, su hijo y sucesor, reynó siete años, y murió de haberse fatigado con exceso en la caza: le llamaban el Hermoso, y no dexó hijos.

Cárlos III, su hermano y sucesor, fue llamado el Bueno, y vivió en tiempos infelices oprimido como en una prensa, entre Cárlos V y Francisco I. Por mas que empleó todos los recursos de la negociacion para vivir en paz, no le permitieron los dos Príncipes permanecer neutral, invadiendo alternativamente sus estados; y quando murió no le habia quedado mas que el valle de Aoste, los Condados de Ostia y de Niza y algunas ciudades. Todos dicen que las pesadumbres le precipitaron en el sepulcro arrastrando consigo á su esposa Beatriz de Portugal.

El principal defecto de Cárlos fue vacilar entre los dos partidos, aplicándose ya al uno, ya al otro. Manuel Giliberto, su hijo, tuvo una conducta opuesta, y la observó constantemente, por lo que le llamaron *Cabeza de Hierro*. A la edad de diez años dió una prueba de fortaleza, que anunciaba lo que habia de ser algun dia. Quería el Papa Paulo III apoderarse del castillo de Niza: estaba allí Manuel con su Gobernador: se manifestaba este irresoluto, y la guarnicion cedia. Dixo pues el jóven Príncipe en un tono firme: „No hay para que deliberar. Ni al Papa ni á otro Soberano se ha de permitir que entre en la

fortaleza en donde yo estoy." Siguiéron su parecer, y se retiráron los Furrieles del Papa que estaban ya señalando los alojamientos.

Todo el resto de su vida fue igualmente constante y decisivo; algunas veces estuvo para ser víctima de su firmeza en las alianzas. Se habia agregado al partido de Cárlos V: hizo este la paz; y como Monarca muy superior á un Duque de Saboya, se olvidó de Manuel, quitándole de este modo toda esperanza de recobrar sus estados; pero no cayó de ánimo con tan sensible contratiempo: triunfó de todos los obstáculos, y se vió por último reintegrado en sus estados con la paz de Cható Cambresis, en la que le diéron por esposa á Margarita de Francia, hija de Henrique II.

Se aplicó Manuel á reparar con su prudente administracion los males que la guerra habia hecho en sus estados. Intentó apoderarse de Ginebra para restablecer en ella la religion católica, y publicó este objeto; pero no logró la empresa. Temia Manuel singularmente las divisiones que la nueva doctrina podia introducir en sus estados: se armó contra los sectarios; pero no executó en ellos los atroces castigos que la Francia. Con ser este Prínci-

pe tan pequeño en comparacion del Emperador y del Rey de Francia, se puso en estado de que le buscasen, y en el de enviar socorros importantes contra sus vasallos desunidos. Tambien ayudó á los Venecianos contra los Turcos.

Este Duque fue el primero que estableció en sus estados una milicia nacional: dispuso la buena administracion de la justicia: arregló la hacienda, y murió lleno de gloria. Era el hombre mas hermoso de su tiempo; y por la calidad de sus amigas, que eran todas de alta clase, se juzga que el amor le gobernaba en la eleccion. No tuvo mas que un hijo de su esposa Margarita de Francia: „La musa décima, la madre del donayre, la flor de las Margaritas, la perla de los Franceses, y el corazon de las gracias.” Estos eran los nombres que en su entusiasmo la daban los poetas; pero la historia, ménos hinchada en su estilo, dirá sencillamente que era muy hermosa, que la eran familiares las lenguas francesa, latina, griega, española é italiana, y que con su esposo comunicaba el gusto de las artes, ciencias y bellas letras. Los amores pasajeros de su marido no debilitáron la constante pasion que la tenia.

La primera operacion de Cárlos Manuel su hijo fue una nueva empresa para la conquista de Génova, que tambien se desgració: la segunda la invasion del Marquesado de Saluces, que se logró por los alborotos de Francia. Se aprovechó el Duque de Saboya de las circunstancias funestas en que se hallaba el reyno para introducirse en Provenza, en la que se hizo reconocer Soberano en una junta celebrada en Aix; pero la habilidad de Lesdigueres impidió que fuese constante y decisivo el suceso, y aun consiguió este General verle temblar la pérdida del Piamonte. En el desamparo en que se hallaba Henrique IV pudiera Cárlos Manuel haber asegurado la posesion del Marquesado de Saluces, ó sacar otras condiciones ventajosas; pero por no haber tenido esta precaucion, así que el Monarca frances venció á la liga, exigió restituciones del Saboyano.

Cárlos Manuel, despues de haber defendido vigorosamente sus usurpaciones con las armas, sintiendo sus pocas fuerzas, se resolvió á la negociacion, lisonjeándose de que infaliblemente tendria buen éxito, gobernándola él en persona. Le recibió Henrique IV con mucho agrado en su corte: le hizo mil hon-

ras, pero sin ceder un punto en lo que pedía, y le fue preciso someterse. Nada consiguió el Duque con su viage, sino el triste placer de dexar al Rey un manantial de inquietudes en una conspiracion que él animaba; pero Biron fue la víctima. Volviendo á Saboya descargó el Duque su mal humor contra Ginebra queriendo sorprehenderla; pero de nuevo erró el golpe con humillantes circunstancias, porque castigáron como á ladrones á los oficiales suyos que quedáron prisioneros en el ataque. No se desalentó por esta desgracia: hizo tercera tentativa, tambien inútil, y aun quarta, que no le salió mejor que las otras.

Siempre ocupado en proyectos de engrandecerse mas, mantenía Cárlos Manuel secretas inteligencias en Chipre, con la esperanza de realizar el vano título de Rey de aquella isla; pero sus intrigas no consiguiéron otra cosa que la ruina de sus partidarios, y la muerte de los principales por órden de los Turcos. Un relámpago de esperanza de apoderarse del Monferrato, que habia codiciado por mucho tiempo, le hizo volver á empezar las hostilidades, en que tomáron parte el Imperio y la Italia. Despues de derramada mucha sangre las partes beligerantes hicieron un

tratado con el qual volviéron al mismo estado en que se hallaban al principio de la guerra.

A Cárlos Manuel le llamáron *el padre de los soldados*, epíteto muy justo en el sentido, de que por tener siempre las armas en la mano abrazáron muchos esta profesión. También se servia freqüentemente de la pluma, como lo acreditan los varios tratados que escribió. No disimulaba que habia poco que contar con su palabra. Se le quejaba un dia el Embaxador de España de su facilidad en variar de partido, y no le dió el Duque otra respuesta que mostrarle el vestido, adviriéndole que hacia á dos caras. Por las ambigüedades, y sentido obscuro en las expresiones de sus tratados, se le debe tener mas por astuto que por político, y así vino á caer en sus propias redes. Ponia la mira Cárlos Manuel en toda especie de gloria, aun en la de ser autor: tres obras suyas tenemos: los *Paralelos*, que son cotejos de tres Príncipes y Princesas de siglos diferentes, cuyas vidas tienen semejanzas muy notables. *El Gran Herald* ó Rey de Armas, que es una coleccion de blasones de los Reyes y señores mas illustres: la *Iconoscomia*, que habia de ser una enciclopedia histórica con retratos; pero no

hizo mas que empezarla. Tambien proyectaba escribir su vida por el estilo de los Comentarios de César, pero no hizo mas que los títulos.

Quando Victor Amadeo su hijo se sentó al timon del gobierno se hallaba en guerra con Francia, no obstante que estaba casado con Cristina, hermana de Luis XIII; pero esta Princesa consiguió hacer las paces entre su esposo y su hermano. La muerte, demasiado pronta, de Victor llenó la Saboya de disensiones, durante la menor edad de sus dos hijos, Francisco Jacinto, que no hizo mas que probar la corona, y Carlos Manuel, que la recibió en la edad de quatro años. Era su madre Cristina muger prudente y de mucha inteligencia; pero por desgracia se halló hecha el blanco de la política imperiosa de Richelieu, que pretendió dominarla, y ni sus condescendencias ni sus evasiones consiguieron cosa alguna con el inexorable Cardenal, empeñado en que por miedo ó por inclinacion se le sujetasen todos. Disputaban á Cristina la Regencia sus dos cuñados protegidos por los Españoles, y la conducta del Ministro frances en esta ocasion parece haberse formado en el molde mismo que la de Luis XI para

con su hermana Yolanda en iguales circunstancias. Con la intencion de tomar en Saboya todo el mando, y despues de haber puesto á la tutora en desavenencias con sus cuñados, no quiso Luis XIII socorrerla si no recibia en sus plazas guarnicion francesa. El buen éxito que habia procurado á favor de los cuñados, no oponiéndose como pudiera, sirvió de motivo para la extraña pretension, que no se dirigia ménos que á despojar al Príncipe de toda autoridad en sus mas bellas posesiones.

Murió Richeliu; y Mazarino su sucesor, aunque no la favoreció mas, y á pesar de su genio cauteloso, no se sirvió á lo ménos de las tergiversaciones de su antecesor, y en la competencia se declaró abiertamente á favor de los cuñados. Duró la oposicion hasta la mayor edad de Cárlos Manuel; y quando esperaban los Príncipes que no estando el Duque baxo de la tutela de su madre serian ellos como una especie de curadores y participantes de la autoridad, la prudente Cristina, señora del corazon de su hijo, nada perdió de su poder. Formó esta señora un consejo tan juiciosamente dispuesto, que impuso silencio á la ambicion y á la envidia. Su constancia, su magnanimidad, su rara actividad é inteligencia

restituyéron á la Saboya el antiguo esplendor, que se habia deslustrado con las desgracias de la guerra. Sostuvo Cárlos Manuel la obra de su madre, y fue un Príncipe justo, pio, discreto y modesto; pero tambien dexó despues de sí otra menor edad.

Ha sido la Saboya afortunada en Duquesas Regentes; porque Juana de Saboya Nemours, madre del jóven Victor Amadeo, hizo memorable su tutela con la paz que conservó en los estados de su hijo. Despues se halló este Príncipe en la turbulencia de las guerras, que en los últimos dias del reynado de Luis XIV asoláron la Europa por el reyno de Nápoles y de Sicilia, que en el trastorno de los tronos habian dado al Duque de Saboya; y al fin de la guerra le obligó la balanza política de Europa á aceptar la corona de Cerdeña: cambio bien desigual; pero la paz valia mas que todo, pues no hay cosa que por ella no deba sacrificarse. Empleó Victor Amadeo los años de su descanso en los cuidados del gobierno, que se le hicieron muy dulces con la prosperidad de sus pueblos; pero aunque logró la agradable recompensa de sus trabajos, llegó á cansarse, y cedió á su hijo la corona. Todavía se estima el código de leyes que publicó.

Lo que sucedió á este Monarca despues que se retiró puede escarmentar á los Príncipes, que desean renunciar la corona á favor de otro. Victor Amadeo, fatigado con las impertinencias y la sujecion del gobierno, concibió la idea de pasar una vida deliciosa en un retiro agradable con amigos de su eleccion, y en compañía de una muger, renuevo de los gustos de la primera juventud, viuda fresca todavía, alegre y divertida. Esta era Madama de San Sebastian, á quien dió Victor Amadeo el nombre de Condesa de Somarriva, y con la qual se casó sin darla noticia de que pensaba en renunciar, lo que executó quince dias despues.

El hijo visitaba á menudo á su padre en su retiro; pero habiendo sobrevenido al anciano una enfermedad que exígia soledad y reposo: un ministro, en quien el nuevo Rey, contra el gusto de su padre habia puesto la confianza, se aprovechó de la ocasion para resfriar el corazon del Monarca, temiendo que su padre á fuerza de solicitar consiguiese su desgracia; y para esto procuró rodear á Cárlos Manuel de calumniadores que le hiciesen sospechar de su padre. No solamente se decia que este echaba de ménos el trono, y pretendia

volver á ocuparle, sino tambien que tenia siniestras intenciones. Se hablaba de secretas tropas para ganar las tropas, de que ya estaban dadas las órdenes, y de conversaciones é intimidades con los médicos y boticarios, hombres que algunas veces son terribles para los que no estan enfermos.

Cárlos Manuel, demasiado crédulo, se asustó y consintió que á su padre se le pusiese en estado de no poderle hacer daño, dexando el medio á la disposicion de su Ministro. A media noche se arrojáron las tropas á la casa en donde estaba Victor Amadeo: entráron con armas, y derribáron con hachas la puerta de su aposento, el qual se llenó de soldados. Le intimáron la órden de su hijo para trasladarle á otra parte: no quiso obedecer; pero arrancándole de su cama y de entre los brazos de su esposa, le lleváron á una casa con rejas de hierro como una verdadera prision. A su esposa la conduxéron á una fortaleza, en donde solamente solian encerrar á las mugeres de irregular conducta; y aunque algunos meses despues se la restituyéron, nunca gozó de la libertad. Esta pesadumbre alteró su salud ya debilitada; y estando para morir pidió que se dexase ver su hijo, prometiéndole que no le haria re-

*Presuntive carter. Hannul per un maligne
 saber a que su padre Victor Amadeo II
 volver al veno, dexó al arbitrio del calumnia
 dor el medio de evitarlo, y de resultas fué ser
 prendido el degenarado padre, arruinate de los
 brazos de su esposa, y conducido a una fortale
 za en que acabó sus dias. Pero se habia per-
 vido carter. Hannul, dirigitó per un malisa
 dor, si este fuere impate.*

Prison de Victor Amadeo II.



convencion alguna; pero el Ministro, temiendo que se descubriese su maldad, logró empeñar á Carlos Manuel en que no diese este consuelo á su padre, y así murió en la prision en 1732. Aquí debe observarse, que siempre habia tratado á este hijo con excesiva dureza, y no mudó de conducta aun quando le vió en el trono. ¿Podrá ya ninguno lisonjearse de que se hará amable con un beneficio, si toda su vida ha procurado hacerse temible? No obstante, no disculpan al hijo los procederes del padre. Aquí seria preciso concluir una serie de Soberanos dignos de estimacion con este procedimiento que tan poco honor hace al último; pero es preciso decir tambien que Carlos Manuel estaba dotado de las virtudes y prendas pacíficas, que hacen la felicidad de una familia y de un reyno. Murió en 1796, á poco tiempo de haber concluido un tratado en que cedia á la Francia la Saboya, patrimonio el mas antiguo de sus padres, y que daba el nombre á su familia; pero llevó al sepulcro la esperanza bien fundada de que los vencedores le procurarian un ventajoso desquite, dándole el Piamonte, que fue lo que siempre deseáron sus mayores.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO UNDÉCIMO.

A RGEL. <i>Entre Túnez, Zahara y el Mediterraneo.....</i>	3
TÚNEZ. <i>Entre Argel, Trípoli y el Mediterraneo.....</i>	20
TRÍPOLI. <i>Entre Túnez, el Biledulgerid, el monte Atlas, el Egipto y el Mediterraneo.....</i>	25
MALTA.....	29
<i>Orígen de la Orden de San Juan.....</i>	31
<i>Gerardo.....</i>	33
<i>Raymundo, I Gran Maestre.....</i>	36
<i>Gilberto Asali, IV Gran Maestre.....</i>	38
<i>Juan de Villiers, XXI Gran Maestre.....</i>	39
<i>Foulquier de Villaret, XXIV Gran Maestre.....</i>	40
<i>Gozon, Gran Maestre.....</i>	41
<i>Heredia, XXXI Gran Maestre.....</i>	id.
<i>Filiberto de Nallat, XXXII Gran Maestre.....</i>	44
<i>Pedro de Aubusson, XXXVIII. Gran Maestre.....</i>	id.
<i>Villiers de l' Ile Adam, XLII Gran Maestre.....</i>	48

<i>Juan de la Valeta, XLVII Gran Maestro..</i>	53
EUROPA. <i>Entre el mar Negro, el Mediterráneo, el Océano atlántico, el mar Glacial, y la Rusia de Asia.....</i>	55
FRANCIA. <i>Entre el Océano, la Mancha, los Países Bajos, la Alemania, la Suiza, la Saboya, la España y el Mediterráneo.....</i>	56
<i>Reyes Merovingianos.....</i>	57
<i>Reyes Carolingianos.....</i>	75
<i>Pipino.....</i>	<i>id.</i>
<i>Carlo Magno</i>	75
<i>Luis I, el Débil.....</i>	81
<i>Cárlos I, el Calvo.....</i>	92
<i>Luis II, el Tartamudo.....</i>	94
<i>Luis III, y Carloman.....</i>	95
<i>Cárlos II, el Gordo.....</i>	<i>id.</i>
<i>Eudo.....</i>	96
<i>Cárlos III, el Simple.....</i>	<i>id.</i>
<i>Raoul.....</i>	97
<i>Luis IV, el de Ultramar.....</i>	<i>id.</i>
<i>Lotario.....</i>	<i>id.</i>
<i>Luis V, el Ocioso.....</i>	<i>id.</i>
<i>Reyes Capetos.....</i>	<i>id.</i>
<i>Hugo Capeto.....</i>	<i>id.</i>
<i>Roberto.....</i>	99
<i>Henrique I.....</i>	101

<i>Felipe I</i>	103
<i>Luis VI, el Gordo</i>	108
<i>Luis VII, el Joven</i>	109
<i>Felipe II, el Augusto</i>	111
<i>Luis VIII, el Leon</i>	113
<i>Luis IX, el Santo</i>	114
<i>Felipe III, el Atrevido</i>	117
<i>Felipe IV, el Hermoso</i>	120
<i>Luis X, el Hutin</i>	122
<i>Felipe V, el Largo</i>	123
<i>Cárlos IV, el Hermoso</i>	<i>id.</i>
<i>Felipe VI, de Valois</i>	125
<i>Juan I, el Bueno</i>	126
<i>Cárlos V, el Prudente</i>	132
<i>Cárlos VI, el Bien amado</i>	138
<i>Cárlos VII, el Victorioso</i>	156
<i>Luis XI</i>	163
<i>Cárlos VIII, el Afable</i>	172
<i>Luis XII</i>	175
<i>Francisco I</i>	178
<i>Henrique II</i>	182
<i>Francisco II</i>	184
<i>Cárlos IX</i>	185
<i>Henrique III</i>	188
<i>Henrique IV</i>	194
<i>Luis XIII</i>	198
<i>Luis XIV</i>	207

	345
<i>Luis XV</i>	218
<i>Luis XVI</i>	226
ITALIA. <i>Entre los Alpes, la Suiza, la Alemania, el golfo de Venecia y la Sicilia</i>	251
ROMA.....	256
<i>El Papa como Señor temporal</i>	id.

ALGUNOS PONTÍFICES SOBERANOS, Y AÑOS
EN QUE FALLECIERON.

<i>Juan XIII, 972</i>	id.
<i>Benedicto VII, 983</i>	257
<i>Juan XIV, 984</i>	id.
<i>Juan, elegido y no consagrado, y á quien algunos cuentan por el XV de este nombre, 985</i>	id.
<i>Juan XV ó XVI, 996</i>	id.
<i>Gregorio V, 999</i>	id.
<i>Silvestre II, 1003</i>	id.
<i>Juan XVII ó XVIII, 1003</i>	258
<i>Juan XVIII ó XIX, 1009</i>	id.
<i>Sergio IV, 1012</i>	id.
<i>Benedicto VIII, 1024</i>	id.
<i>Juan XIX ó XX, 1035</i>	id.
<i>San Leon IX, 1048</i>	259
<i>San Gregorio VII, 1085</i>	260

<i>Victor III</i> , 1087.....	262
<i>Urbano II</i> , 1099.....	<i>id.</i>
<i>Pascual II</i> , 1118.....	<i>id.</i>
<i>Gelasio II</i> , 1119.....	264
<i>Calixto II</i> , 1124.....	<i>id.</i>
<i>Honorio II</i> , 1130.....	265
<i>Inocencio II</i> , 1143.....	<i>id.</i>
<i>Celestino II</i> , 1144.....	266
<i>Lucio II</i> , 1145.....	<i>id.</i>
<i>Eugenio III</i> , 1153.....	<i>id.</i>
<i>Anastasio IV</i> , 1154.....	267
<i>Adriano IV</i> , 1159.....	<i>id.</i>
<i>Alexandro III</i> , 1181.....	268
<i>Lucio III</i> , 1185.....	269
<i>Gregorio VIII</i> , 1187.....	<i>id.</i>
<i>Clemente III</i> , 1191.....	<i>id.</i>
<i>Celestino III</i> , 1198.....	<i>id.</i>
<i>Inocencio III</i> , 1216.....	<i>id.</i>
<i>Honorio III</i> , 1227.....	270
<i>Gregorio IX</i> , 1241.....	<i>id.</i>
<i>Celestino IV</i> , 1241.....	271
<i>Inocencio IV</i> , 1254.....	<i>id.</i>
<i>Alexandro IV</i> , 1261.....	272
<i>Urbano IV</i> , 1264.....	<i>id.</i>
<i>Clemente IV</i> , 1268.....	<i>id.</i>
<i>Gregorio X</i> , 1276.....	273
<i>Nicolao III</i> , 1280.....	274

	347
<i>Honorio IV, 1287</i>	<i>id.</i>
<i>Nicolao IV, 1292</i>	275
<i>Celestino V, abdicó en 1294</i>	<i>id.</i>
<i>Bonifacio VIII, 1303</i>	<i>id.</i>
<i>San Benedicto XI, 1304</i>	276
<i>Clemente V, 1314</i>	277
<i>Juan XXII, 1334</i>	<i>id.</i>
<i>Benedicto XII, 1342</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente VI, 1352</i>	278
<i>Inocencio VI, 1362</i>	280
<i>Urbano V, 1370</i>	281
<i>Gregorio XI, 1378</i>	<i>id.</i>
<i>Urbano VI, 1389</i>	282
<i>Bonifacio IX, 1404</i>	284
<i>Inocencio VII, 1406</i>	285
<i>Gregorio XII, 1409</i>	286
<i>Alexandro V, 1410</i>	<i>id.</i>
<i>Juan XXIII, depuesto en 1415</i>	<i>id.</i>
<i>Martino V, 1431</i>	287
<i>Eugenio IV, 1447</i>	288
<i>Nicolao V, 1455</i>	289
<i>Calixto III, 1458</i>	<i>id.</i>
<i>Pio II, 1464</i>	<i>id.</i>
<i>Paulo II, 1471</i>	290
<i>Sixto IV, 1484</i>	<i>id.</i>
<i>Inocencio VIII, 1492</i>	291
<i>Alexandro VI, 1503</i>	<i>id.</i>

<i>Pio III, 1503</i>	<i>id.</i>
<i>Julio II, 1513</i>	<i>id.</i>
<i>Leon X, 1521</i>	292
<i>Adriano VI, 1523</i>	293
<i>Clemente VII, 1534</i>	294
<i>Paulo III, 1549</i>	296
<i>Julio III, 1555</i>	<i>id.</i>
<i>Marcelo II, 1555</i>	297
<i>Paulo IV, 1559</i>	<i>id.</i>
<i>Pio IV, 1565</i>	<i>id.</i>
<i>San Pio V, 1572</i>	298
<i>Gregorio XIII, 1585</i>	302
<i>Sixto V, 1590</i>	<i>id.</i>
<i>Urbano VII, 1590</i>	306
<i>Gregorio XIV, 1591</i>	<i>id.</i>
<i>Inocencio IX, 1591</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente VIII, 1605</i>	<i>id.</i>
<i>Leon XI, 1605</i>	307
<i>Paulo V, 1621</i>	<i>id.</i>
<i>Gregorio XV, 1625</i>	<i>id.</i>
<i>Urbano VIII, 1644</i>	<i>id.</i>
<i>Inocencio X, 1655</i>	308
<i>Alexandro VII, 1667</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente IX, 1669</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente X, 1676</i>	<i>id.</i>
<i>Inocencio XI, 1689</i>	<i>id.</i>
<i>Alexandro VIII, 1691</i>	309

	349
<i>Inocencio XII, 1700.....</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente XI, 1721.....</i>	310
<i>Inocencio XIII, 1724.....</i>	311
<i>Benedicto XIII, 1730.....</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente XII, 1740.....</i>	<i>id.</i>
<i>Benedicto XIV, 1758.....</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente XIII, 1769.....</i>	<i>id.</i>
<i>Clemente XIV, 1774.....</i>	<i>id.</i>
<i>Pio VI.....</i>	312
<i>Pio VII.....</i>	313
SABOYA. <i>Entre el Piamonte, la Valais,</i> <i>la Suiza, el Ródano, el Delfinado y</i> <i>la Provenza.....</i>	<i>id.</i>
PIAMONTE. <i>Entre la Saboya, el Monfer-</i> <i>rato, los Alpes marítimos y el Tesino..</i>	314
CERDEÑA. <i>Entre la Córcega, la Italia, la</i> <i>Berbería y la España.....</i>	<i>id.</i>
<i>Humberto I.....</i>	317
<i>Amadeo I.....</i>	<i>id.</i>
<i>Othon I.....</i>	<i>id.</i>
<i>Amadeo II.....</i>	<i>id.</i>
<i>Humberto II.....</i>	<i>id.</i>
<i>Amadeo III.....</i>	318
<i>Humberto III.....</i>	<i>id.</i>
<i>Tomas I.....</i>	<i>id.</i>
<i>Amadeo IV.....</i>	319
<i>Bonifacio I.....</i>	<i>id.</i>

<i>Pedro I</i>	<i>id.</i>
<i>Felipe I</i>	<i>id.</i>
<i>Amadeo V</i>	320
<i>Eduardo I</i>	<i>id.</i>
<i>Aymon I</i>	<i>id.</i>
<i>Amadeo VI</i>	321
<i>Amadeo VII</i>	322
<i>Amadeo VIII</i>	<i>id.</i>
<i>Luis I</i>	325
<i>Amadeo IX</i>	326
<i>Filiberto I</i>	327
<i>Cárlos I</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos II</i>	<i>id.</i>
<i>Felipe II</i>	<i>id.</i>
<i>Filiberto II</i>	329
<i>Cárlos III</i>	330
<i>Manuel I</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos IV</i>	333
<i>Victor I</i>	336
<i>Francisco I</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos V</i>	<i>id.</i>
<i>Victor II</i>	338
<i>Cárlos VI</i>	339

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
9	1	con torsiones	contorsiones
12	{ ¹⁵ 16}	y distinguidos	distinguidos y
118	23	el grado	al grado
169	4	mayar	mayor
184	{ ¹⁸ 19}	casti-dos	casti-gados
219	16	á	para
221	8	serian	seria
251	6	otros	los
263	19	agrandan	agradan
281	{ ¹⁴ 20}	Gregorio IX	Gregorio XI
282	2		
306	25	Inocencio IV	Inocencio IX
320	17	Evardo	Eduardo
327	2		
329	24	Giliberto	Filiberto
330	16		

